Pre 8 Pesetas
Jovenes y muchos
8635
D
XIX
1678

COLECCIÓN

DE NOVELAS, TRADICIONES Y ARTICULOS

DE

D. DÁMASO DELGADO LOPEZ.

PRIMER TOMO

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DEL
DIARIO DE CÓRDOBA, S FERNANDO 34
Y LETRADOS 18.

Reg. nº 6.175

EL ESPIRITU.

¿Qué cosa es el espíritu? ¿Qué palabra es ésta tan armoniosa, tan gigante, tan sublime é indescifrable?... ¿Por qué no lo vemos, y sin embargo lo apercibimos? Luz que ilumina, es la evaporación del alma en el hombre, la voluntad, la concepción, la realización y esplicación de sus ideas; y el orgullo, la vanidad, el valor, el heroismo y la virtud de sus sentimientos: es el suavísimo aliento de Dios, que se infunde en nuestra materia para reanimarla.

Dios mismo es la esencia del espíritu: Dios, que lo abarca todo, que lo ocupa y lo engrandece. Sin el espíritu que no vemos no pudiéramos contemplar lo que admiramos.

No se ve porque es un soplo, es

un aliento imperceptible; no se siente porque es una idea, un destello no interrumpido de luz, que en corriente eterna se escapa de nuestra alma. Su forma, si alguna pudiese ser, seria la de todo lo existente, la de todo lo creado: su representación en la tierra seria la de Homero y Alejandro.

Sus obras son la estética de todo lo sublime, de todo lo horrible de este mundo: si piensa, crea una Ilíada, como Homero; pinta un infierno como el del Dante, y un paraiso como el de Milton: presenta un Mephistòpheles de eterna seducción; una Herminia radiante de valor; un Quijote de filosófica risa. Si crea, se levanta el Júpiter que proporcionara á Fidias su locura; el Agamenon de Niceas, sin cabeza, sacrificando á su hija; los caballos de Praxíteles en los pórticos del templo de Minerva, que se cree oir sus relinchos; y el San Antonio de Murillo; y si ama, si suspira, si siente, embriaga de amores y dulzuras con los delirios de la suicida del Léucades.

Venid conmigo, recorramos el mundo y veremos asombrados sus múltiples maravillas, productos de los espíritus grandes, de los genios sorprendentes.

Atravesad conmigo los campos y sentireis en medio de toda su licencia al alumbrar el sol, la tierra y las plantas, un ligero é imperceptible ruido, un vago estremecimiento, y un ténue y suavísimo murmullo, á quien no podemos dar otro nombre que el alma de la naturaleza, su existencia idealizada, el alma de su existencia.

Ese espíritu del campo, esa vida de la naturaleza, nos la han traducido admirablemente Virgilio y Garcilaso. Leed la descripción de los paraisos de Milton, Dante, Chateaubriand y Reynoso. Leed á este último hablando de nuestra madre Eva, y encontrareis el espíritu de las plantas, los peces y las aves.

El espíritu de las fuentes, oid los cantos á la de Vaclusa.

El de las estaciones lo encontrareis

en el *Pastor Fido* y en *la Primavera de un proscripto*.

El del espacio, en las *nubes* de Zorrilla.

El de las cabañas, en los idilios de Gesner.

¿Queréis oir el espíritu de los mares? Quintana lo traduce: Melendez, el de los amores del campo; Shakespeare, el de los palacios y los crímenes.

El espíritu, alma de la vida, soplo que alienta nuestra existencia, luz que ilumina nuestra materia, para que adelante crezca y se vivifique.

En los hombres, se contempla en sus palabras y en sus obras; en los animales en su instinto; en la tierra en sus temblores y erupciones; en las aguas, en sus bramidos y ondulaciones; en los árboles en su crecimiento; en las flores en sus aromas; en las brisas en sus murmullos y en el sol con sus resplandores.

Se demuestra en el sentimiento, en la espresión y en las obras. Puede

ser bueno y puede ser malo. Tiene dos séres que lo llevan de las riendas; el santo de los santos y el rebelde de los rebeldes.

Bueno es en el sentimiento si elevamos nuestra mente á Dios; si abrigamos en nuestro pecho la virtud, si se dilata nuestro corazón, si está tranquila nuestra conciencia. Malo si permanecemos en el insomnio y contemplamos fantasmas al pié de nuestro lecho: cuando nos atormenta con deseos impuros, con ambiciones infames y con la cadena de vicios que se arrastra tras de estos á reyes de nuestra miseria; cuando se ennegrece nuestra alma, cuando se encoge y aniquila nuestro corazón.

Ved las creaciones, las obras inmortales que pueblan la tierra, gigantes elucubraciones de su movimiento. El génio, su representante en nuestro lenguage, es de donde ha brotado tanta grandeza, tanta monstruosidad, tanto asombro; y ese génio que habita en todos los séres, es una chispa

del inmenso espíritu de Dios, que flota nadando sobre toda la creación.

Mirad el espíritu en su voluntad: ved el sombrero de Napoleón arrojado por su mano poderosa en el puente Waterloo y decidir la victoria. Oid á Filoxenes delante del tirano Dionisio, pedir que lo volviesen otra vez á las canteras; escuchad el *veni, vidi, vinci* del Cèsar.

Oidlo en sus concepciones: leed las aspiraciones de gloria y de amor del oriental Antara: el Mephistópheles, eterna tentación: la Beatriz, mugerdiosa que creara Dante, y el infierno que presenta á nuestra vista y nos hace escuchar el rechinamiento de dientes de los condenados que se abrasan en la atmósfera de los dolores.

Contemplad lo realizado, grande, escéptico y sublime con el apártate de Diógenes el cínico á el grande Alejandro: en lo que el mismo Alejandro respondiera á una anciana que lo confundió con su amigo Ephestion.

En la verdad, el sé que no sé nada de Sócrates.

En el valor, volad con vuestra imaginación á las Navas de Tolosa, á la conquista de Granada, á los triunfos del Cid y de Gonzalo de Córdoba.

Miradlo en el heroismo, al quemarse Scevola la mano que no supo dar un golpe homicida: buscad la prisión y muerte de Galileo, y el envenenamiento de Sócrates.

En el orgullo y la nada de la humanidad, las pirámides de Egipto, el coloso de Rodas y la torre de Babel.

Y por último, en la virtud, tended la vista por la estensión del cielo azulado, limpio y resplandeciente, y vereis confundidos con las estrellas los tesoros de virtudes qus han poblado nuestra humanidad en su verdadero edén de recompensas y felicidades.

Bajo otro aspecto, el espíritu, inspirado por la locura, por la vanidad, por la ambición y por el mal eterno: oid los relámpagos delirantes de Sca-

rron: los sacrilegios de Casti: las asquerosidades de Boccacio y de Lafontaine: los festejos nupciales de Mesalina: la desesperación del que ronco gritaba: «Président des assasins lesse moi parler,» y la respuesta anuncio de su muerte: «Tait toie, le sang de Danton t'etouffe,» la arrogancia de Mirabeau en su agonía; el incendio de Roma y la autópsia asesinato de Agripina; y el que al caer vencido y moribundo en su necia venganza, arrojara los puñados de su sangre al cielo, que le sirvieron de escudo en su vista.

El espíritu humano tiene una ayuda las más veces de un agente poderosísimo para llegar á la realización de sus concepciones, y éste es el génio.

El génio, capáz de todo lo grande, magestuoso, sublime é inmenso, en los caminos de la virtud; fatal, horrible y asqueroso en los senderos del mal y de los vicios.

El genio es el espíritu humano, hijo predilecto del espíritu divino. Tie-

ne dos fases, dos representaciones, dos existencias. Unas y otras son grandes, inconmensurables y sublimes, porque son la sublimidad moral de lo existente.

En el gran drama del paraiso terrenal encontramos la indicación de estos dos caminos opuestos que el árbol de la ciencia representara.

El prólogo de este gran drama ya habia anunciado en los espacios esta misma idea con la lucha de los ángeles rebeldes.

Y su término, la redención, ha pasado ante nuestra vista con el sacrificio del hombre Dios.

Y su epílogo acontecera sin duda alguna en el último dia de las miserias humanas.

El espíritu, padre de todo lo maravilloso de la humanidad, chispa ingerta en nuestra materia deprendida de la divinidad de Dios; y que el monstruo de la fatalidad lleva á alguno de sus átomos á Satanás, para que en su lucha con el bien, forme la armonia y el concierto de la creación.

LA LOCA DE LA SIERRA.

I

Bella, pura, inocente y encantadora, vivia una jóven con su madre, en uno de los infinitos y pequeños valles de la sierra de M.

Esta sierra es tal vez de las mas hermosas que ha dibujado la naturaleza.

Cañadas, valles y colinas, verde, sombrio oscurísimo, pajizo, verde claro y gualda: todos los colores del iris, todas las irradiaciones de la luz y de las sombras, todos los resplandores del dia; todos los encantos y melancolías de la noche: horizontes tendidos de rosa y de azul, de oro y de plata, velos blanquísimos de celages flotando por los espacios imitan-

do espumas; candales mas oscuros de vapores, balanceándose como toldos bajo el firmamento semejando fantasmas inmensas y de figuras repugnantes: encinas y pinos corpulentos; valladares de olivos, prados y kioscos de flores, madroños y lentiscos, murallones de zarzaparrillas y madreselvas, y espaciosos y pequeños salones de viñedo, resguardados por cañaverales y álamos blancos, son la hermosura salvaje y encantadora de la sierra de M, donde vivia la pastora María.

Tiene 16 años y es tan inocente como el sueño de un niño, como el pensamiento de una virgen.

No ha visto mas que el cristalino arroyo que lame las puertas de su cabaña, ni otra cosa que los arbustos y flores que tapizan las accidentadas sendas tortuosas. No ha visto mas que el sol y la luna; no ha escuchado mas que los suspiros de las brisas y la voz de los pájaros á quienes comprende.

El que haya recorrido y registrado esta sierra habrá notado un raro fenómeno; por ninguna de sus partes se hubiera tropezado con un ave; todas vivian, todas estaban reconcentradas en los alrededores de la quinta de Maria.

Ella cantaba.

Sus cantos eran mas dulces que los suspiros de las auras, mas vagos que las armonías de las frondas, mas alegres que los gorgeos del despertar de los pájaros, mas sentidos, melancólicos y dulcísimos que los cantares religiosos.

No tenian forma, ni reglas, ni medida. Todas eran entonaciones desconocidas, inimitables, vagadoras é incomprensibles: suaves como el sabor de las manzanas del paraiso; deleitables como los besos de la esposa; enternecedoras y sublimes, como los sonidos del arpa de David.

Las aves seguian à Maria en sus cantos; imitaban sus modulaciones, y formaban coros dulcísimos.

La quinta de Maria era un pequeño paraiso, y pasaba viviendo con sus delicias y escudada con su inocencia.

Era blanca y rubia; ojos azules dulcísimos y melancólicos; formas regulares y perfectas; garganta torneada de alabastro, y manos y piés leví-simos.

II.

Y era el primero de Mayo de 1857.

Luna blanquísima y reluciente iluminaba la estensión de la tierra, lámpara de alabastro suspendida del cielo.

Maria paseaba melancólica por una senda à la ventura.

Y comenzaba á meditar en su porvenir, y volaba su imaginación por otros espacios, y principiaba á comprender que el mundo era mayor que lo que alcanzaba su vista, y sentia

intuitivamente la existencia de otros placeres.

Iba tan distraida, que casi estuvo para tropezar en un jóven que yacia sentado á la orilla y en el bardal de la senda sobre la verde alfombra, que le arrancó un grito de sorpresa.

El jóven se levantó y se acercó á ella.

—¿Cómo estás? le preguntó.

—Bien, contestó María, mas no os conozco.

—¿No me conoces?... hace un año, jugábamos juntos por estos campos... soy Maximiliano.

María se habia repuesto de su sorpresa; su fisonomía era la de un niño cuando contempla en sus manos un juguete que le regalan: era la de un ángel que al nacer de un suspiro del Hacedor, oye por primera vez los coros de sus hermanos.

—Ah! sí, me alegro de verte.

Y casi fué un suspiro la entonación de su voz: instantáneamente habia bañado su rostro la melancolía. Des-

de que contemplara á Maximiliano, habia sentido una impresión tan inmensa, tan agradable, que sin saberse esplicar cual fuese, conocia que estaba trastornada. No sabia si era un infinito placer, ó una intensa amargura.

Maximiliano tomóle las manos con cariño y ella quedó sin acción.

Entònces, mirándola con intensidad, con cariñosísima espresión, la dijo:

—¿Qué tienes? estás mala?... No recuerdas con placer nuestros primeros juegos, nuestros juegos de niño?.. Respóndeme, Maria, ¿qué tienes?

Maria temblaba y permaneciò muda, con la cabeza sobre el pecho como una estátua de mármol.

Maximiliano la miraba con amor; le habia sorprendido su angelical inocencia.

La mirada de este habia sido un rayo para Maria, habia penetrado en su alma, y como una lengua de fuego lamia sus entrañas con un fuego abrasador.

Un amor inmensísimo se habia despertado en el pecho de Dolores, hácia aquel jóven, que sin duda era hermosísimo.

Su estatura era gallarda y atlética, tez suavísima ligeramente morena y ligeramente sonrosada y de una perfecta espresiòn varonil y dulcísima; dentadura pequeña y uniforme de marfil, brotando de unos lábios que imitaban una granada en flor; ojos oscuros y pelo castaño tambien oscuro de un brillo deslumbrador, formaban de Maximiliano un tipo estatuario de Fidias.

Maria continuaba con la cabeza sobre el pecho y conteniendo ligeros suspiros que se escapaban de su garganta.

Maximiliano continuó:

—No te acuerdas de nuestros primeros juegos infantiles? No te acuerdas que una tarde al tener yo un palomo blanco en la mano, dijíste acariciándolo con todo tu entusiasmo de niña: Divino, divino, divino?...

María, sin responder nada, pareció vacilar; un suspiro ahogado y profundo se escapó de su pecho, se horrorizaba de sí misma sin saber por qué. Una flecha con toda su velocidad, no es comparable con la carrera que emprendió María y que la separó en un momento de Maximiliano.

III.

Y siete días han trascurrido.

María está pálida como una enferma; ya no es la alegre pastora de la sierra: ya no tiene sonrisas para las flores, ni cantos para las aves. Ya no son inocentes pensamientos los que asaltan su cabeza. Un volcan abrasador hierve en su pecho, y millares de ideas de felicidad brotan de su cabeza, torturándole el alma y abrasando su corazón, al pensar si podrá conseguir todo el amor de Maximiliano.

Ya ha pasado un día, y otro, y otro,

y no ha dormido, y no ha visto á Maximiliano; y sin embargo, sale por las mañanas de su quinta y cruza la sierra en todas direcciones; y se aleja y se pierde y vuelve; y torna á salir por la tarde, y hace lo mismo y no lo encuentra, y vuelve á salir por la noche y regresa á su cabaña desesperada.

¿Habìa muerto el gallardo jóven, que recostado sobre el césped de los campos se lo tropezó María en aquella noche fatal, iluminado por la luna?... Han pasado siete días y no lo ha vuelto á ver: son siete siglos de martirio para su alma... pero, morir, es imposible; ella hubiera sentido magnéticamente esta desgracia, y también hubiera sucumbido de dolor. Ella existe, Maximiliano no puede haber desaparecido de la tierra... Y si no ha muerto, es todavía inmensamente más horrible para ella; no debe amarla, no; sino hubiera ido á buscarla, para vivir con el amor que ella siente tan infinito para Maximiliano.

¡Ay! cuántos, cuántos sufrimientos! cuántos dolores! cuánta desesperación!...

Maximiliano viviría en el pueblo.

En siete días había perdido María todo lo que la adornaba, todo lo que la embellecía. Sus ideas y sufrimientos la habían trastornado la cabeza.

IV.

Era el ocho de Mayo.

Pálida brillaba la luna.

Un velo de tul nacarado, semejaba su luz penetrando por las frondosas alamedas de un paseo delicioso.

María se había escapado de su quinta; había venido á la población en busca de Maximiliano.

Y oscureció, y no lo había encontrado; y siguió buscándolo por todas las calles y todas las plazas y en todas partes preguntaba por el amado de su alma; y no le contestaban y se reian,

y seguía llorando en su busca, y ja-desante parecía próxima á espirar.

Ay! cuánto lo amaba!...

Y sentóse para descansar. Se encontraba sola y de noche, y á una hora avanzada en un sitio solitario... No sabía lo que hacía.

Momentos después se sentó junto á ella Maximiliano.

Este se encontraba apesarado; por distraer su melancolía se había ido paseando por las calles umbrosas de aquel solitario paseo, y alcanzó á ver una muger sola, y acercándose conoció á María y se sentó á su lado.

María levantó los ojos para mirar al recien llegado y quedó sorprendida; un delicioso éxtasis embargó todo su cuerpo; pareció lanzar el alma en un profundo suspiro de satisfacción.

Maximiliano la miró sorprendido, y la interrogó de esta manera.

—¿Cómo te encuentras sola en este sitio?... ¿Te ha acontecido alguna desgracia?

Un profundo silencio fué la contestación de María.

El jóven continuó:

— Dime al momento qué te ha pasado. Te amo demasiado para no interesarme por tí.

La visión de un rayo de gloria, ante un pecador arrodillado, no conmueve tan profundamente el alma, como la inmensa satisfacción que se repartió en la de María.

Y Maximiliano, al contemplar la espresión encantadora de su semblante, continuó requiriéndola de amores, y ella contestaba enloquecida.

Era un deliquio intenso, era un placer infinito, era un éxtasis embriagador y dulcísimo aquella escena de amores, aquellos enternecedores y sabrosos coloquios de los dos enamorados, en aquel paseo solitario, de noche, á los rayos clarísimos de la luna, y embriagados de perfumes que repartian las flores á su alrededor.

¡Qué hermosísimos estaban entrelazados sus brazos! ¡cuánta candidèz y dulzura revelaba la fisonomía de la jóven! ¡cuánto varonil entusiasmo el hermoso Maximiliano!

. . . . . .

Las horas pasaban como instantes. Aquel placer era inescable. Maria veia realizados sus sueños: habia visto que Maximiliano la amaba, y lo tenía delante y se lo decía arrebatado; y le tenía tomadas las manos entre las suyas y la miraba con amor indecible.

Maria soñaba: Maria deliraba. Desde niña no habia sentido impresiones. Tenia un alma de fuego y una imaginación poética.

Desde que vió á Maximiliano, habia sufrido inmensamente, porque un amor profundo, el primero y el último que debia sentir en su vida, se habia apoderado de su cuerpo, habia torturado y embriagaba su alma, y tenía completamente trastornadas todas sus facultades.

Maria no tenía conciencia de sí misma: habia estado espuesto á estallar su cèrebro, por el infinito placer que apuraba al lado de su amante...

La noche habia sido breve y deli-

ciosa. Los primeros fulgores del alba vinieron á sorprender su grato coloquio.

—Adios, dijo Maria. ¿Nos veremos?

—Siempre, le contestò Maximiliano.

Un doble adios se escuchó silencioso, y sus pasos se perdieron por el paseo en distintas direcciones.

V.

Pobre y bellìsima Maria, tórtola viuda que llora por las frondas la ausencia de su amado; pálida y marchita azucena, en un dia de sol de fuego! altar sin inciensos, espacio sin flores, desierto sin oasis, paloma tiernìsima y desventurada!...

¿Por qué no has muerto, y ha volado tu espíritu al Edem?. .

Mares inmensos son las lágrimas qqe has derramado!... tus ojos ya no

las vierten, porque el manantial de los dolores se ha secado en tu alma. La flor de tus esperanzas se ha marchitado con la ausencia de Maximiliano!

Desde el ocho de Mayo, desde aquella noche feliz y desventurada, no lo has vuelto á ver á tu lado: ha pasado indiferente casi sin mirarte, y tu bas languicido de desesperación. No ha retumbado en su pecho el grito de agonía que lanza siempre tu corazon pensando en él.

Maximiliano es un ingrato: no recuerda tu angelical inocencia; tu infinita sensibilidad, tu delicadeza sin límites.

Y te dices á tì misma en tus prolongadas horas de insomnio.

—Que no me ame, bien, sin embargo de ser incomprensible, duro y espantoso, pues me ha demostrado sentir amor bácia mi; pero que no me tenga ninguna consideración, que no recuerde y se olvide de mi amistad, es una infamia.

Mil y otros pensamientos habian cruzado por su mente.

Describiremos el carácter de Maximiliano. De altas y exageradas ideas, à la primera vez que habia contemplado á Maria, esta le habia impresionado agradablemente; pero habia comprendido en la mirada de esta una superioridad sobre él que le lastimaba su orgullo. Maria se habia entregado á su amor y á su vasallage con toda su alma, y Maximiliano, seguro como todo hombre en su posesión, se complacía interiormente en producir àquel efecto, aquella adoración con que le distinguia. Sin embargo de tener preocidad y buen talento, aunque comprendia hacer mal, le agradaba desentenderse de Maria, por la misma razon de estar convencido de que ella no podia vivir sin él, de que seria si hubiese querido su esclava. Si al contrario, Maria en un momento de desesperaciòn, le hubiese despreciado aunque ligeramente, Maximiliano, herido en su amor propio,

ahogado por su orgullo, hubiera hecho los mayores sacrificios hasta conseguir completamente que María se le humillase.

Era su alma fuerte y varonil, y aunque de altos y exagerados pensamientos tenia un corazon inaccesible á la sensibilidad. Su cabeza era el norte y la guia de sus acciones, marchando siempre por el mejor camino social que le halagase el orgullo y le proporcionara el dominio.

VI.

Han pasado tres años y cinco meses menos cuatro dias.

Es el 4 de octubre de 1860.

María vivia en su cabaña, en el vallecillo encantador que ya hemos descrito.

El dia anterior habia salido á dar un paseo al oscurecer y tornó cansada, sin embargo del parasismo de sus facultades.

Ya hemos dicho que no sentía: se levantaba y se acostaba siempre á unas mismas horas, trabajaba y comia sistemáticamente, y leia siempre que veia á la mano libros de amores, pero que no alteraban en nada la monotonía de su vida. El sufrimiento eterno por el amor perdido de Maximiliano habia secado su alma y marchitado su cuerpo; habia agostado su belleza, y vivia entregada á una insensibilidad y monomanía espantosas y horribles.

Su anciana madre, que vivia con ella, conocia sus sufrimientos, pero no la causa que los produjese; y ya tambien á fuerza de llorar y de sentir, conocia ser imposible la salvación de su hija.

Y amaneció el 4 de octubre.

Y Maria se encontró que Maximiliano estaba en su quinta hablando con su madre.

Y se sorprendió un ligero momento de verlo allí, pero despues continuó indiferente.

Su madre le habia brindado hospedage en aquella quinta.

El venia á cazar un poco de tiempo.

La pobre muger ignoraba completamente que la causa de los sufrimientos de su hija fuese este jóven.

El'a le habia brindado hospitalidad; cumplia con sus sentimientos.

Aquella mañana se desayunaron todos juntos, y Maximiliano estuvo finísimo y amable.

Maria principió á sentir la armonìa de sus palabras, la irradiación de sus ojos, el perfume de su aliento.

Y esto se efectuaba en su interior, casi sin sentir, sin apercibirse de ello.

Y continuaba animada en la conversación con cierta alegría glacial, y hasta con cierto indiferentismo, que Maximiliano al contemplarla, principió à creer que esta le hubiese olvidado.

Maximiliano tenia formado un alto concepto de sí propio, y sin embargo, examinando su conducta para con María, casi, repetimos, creia que por esta causa, esta se debia haber olvidado de él.

Ya hemos dicho que desde el principio, creyó que Maria recordaria con entusiasmo sus amores, fundado en las pruebas tan grandes que esta le habia dado, y además por la idea que tenia de sí propio; y por eso estuvo tan esplícito, tan fino y tan cariñoso con ella.

Pero advirtiendo la indiferente amabilidad de la jóven, se ofendió en lo mas exagerado de su orgullo, y tuvo que hacer un desesperado esfuerzo para dominarse. Proyecta inmediatamente la idea de que podria hacer cambiar este indiferentismo en exagerada pasión como otras veces, y así logró dominar la ofensa de los casi desprecios que le habia dirigido la jóven á sus tentativas de amor.

Exageró su delicadeza y atenciones, y la demostraba á Maria continuamente, en sus miradas, palabras y acciones, que enloquecía por ella.

Y esto debia producir en el alma de Maria una inmensa revolución, que tal vez estallaria muy pronto.

Y así sucedió.

Eran las once de la noche del cuatro de octubre.

Blanca luna ilumina el suelo, y se hacia sentir algun calor.

Estaban en la puerta de la alquería.

La madre de Maria se habia levantado y retirado al interior de la cabaña.

Mientras habian estado en la puerta no habian tenido ninguna conversación.

Maximiliano en todo este tiempo habia demostrado una notable inquietud; al verse solo con Maria, dijo:

—No creí yo, Maria, que pudiérais gozar tanto en el campo; pasais una vida deliciosa.

—Al menos vivo indiferente de todo. En este aislamiento se puede gozar y sentir mucho; he gozado y he sufrido infinito, y ya me son indiferentes los goces y los sufrimientos.

—Y en ese indiferentismo no conservais nada en vuestra memoria? ¿No

teneis ningunos recuerdos? repuso Maximiliano con voz demasiado tierna y penetrante.

—Precisamente los recuerdos son los que han destrozado mi corazon y secado el raudal de mis lágrimas; y á fuerza de tanto recordar, ya lo tengo olvidado todo.

—¿Y no os acordais de mí tampoco? No os acordais de una cajita que conservo vuestra y que la tengo en mi poder desde el 8 de Mayo de 1857?.. No os acordais de mi cariño?... No os acordais que en aquella noche de luna me hicisteis mil promesas de amor eterno? Ni tampoco que yo deliraba en vuestros brazos, y vos os enloqueciais en los mios?... ¿No os acordais de nada... de nada absolutamente?

Maria se encontraba impresionada, y lo demostraba bien claramente su semblante y su silencio. A pesar de la estraña inquietud que sentia desde que allí se encontraba Maximiliano, nunca creyó que pudiera resucitar su

amor por él, nunca creyó en la influencia espantosa, en el terrible magnetismo que ejercia sobre ella; y sin embargo, ya lo estaba viendo; se encontraba próxima á ceder.

No eran tampoco solo las palabras de Maximiliano las que produjeron este efecto, era el timbre, la modulación de su voz varonil empapada en suavidad y misterio.

Maximiliano tambien estaba enloquecido.

Maria lo habia conocido, y dominando el sentimiento que iba á nacer de su pecho, continuó con la misma indiferencia.

—Aunque quisiera acordarme, no me es posible de manera alguna, porque esos recuerdos son funestos para mi; vuestra conducta, vuestro olvido, vuestra ingratitud, es lo único que conserva mi memoria; y si pudiera aborreceros, esa seria la úuica pasión que llenaria mi alma.

El amor que Maximiliano sentia, por la cándida é inocente jóven, habia

crecido inmensamente, se había ido aumentando de tal manera con las reflexiones que se hacía de su pérfida conducta, que á pesar de que las palabras que acababa de pronunciar esta, eran ofensivas á su orgullo y á la humillación que él creia haber cometido suplicándola amor; sin embargo, no las había oido: la vehemencia de su carácter, su orgullo y su pasión, que en aquel momento sentía sobre todo, le habían hecho desentenderse de todo lo que no fuera conseguir el amor de María.

—Callad, continuó Maximiliano; me estais matando con ese indiferentismo; yo creí, que me pudiéreis dispensar los caprichos y las locuras de un jóven: he creido que no podríais ser tan cruel, continuando escuchándome con esa espresión de frialdad aterradora, mis palabras abrasantes de amor, cuando yo no tengo otra idea, cuando en este momento se siente próximo á estallar mi prudencia. Vos que me conocéis, vos que me habeis

amado, no podeis ser indiferente á mis delirantes ruegos. No, de ninguna manera. Debeis violentaros sobre todo, si es preciso, y destruir esos escrúpulos de vuestra sensibilidad y delicadeza. El rogar yo es infinitamente inmenso, y sin embargo yo os suplico.

La voz de Maximiliano temblaba; su aliento era abrasador y precipitada su respiración, que llegaba hasta María, embriagándola, trastornándola por decirlo así.

Le hebìa tomado una mano, y la oprimía contra su corazón que latía desconcertado.

María, sin fuerzas, sin casi movimiento, tratò de desprenderse más bien con la fuerza de su espíritu, que con las de su cuerpo, de los brazos del jóven, pero desfallecida de amor, suspiraba profundamente.

Pobre Marìa!...

Un profundo silencio se siguió después y el murmullo de sollozos ahogados.

Los lábios de la jóven murmuraban palabras incomprensibles, envueltas con sus lágrimas.

VII.

Y se pasaron nueve días en encantados sueños de deliciosos amores.

Y eran los días hermosos; y la naturaleza resplandecia por todos partes. brindando encantos y perfumes.

Y la luna era blanquísima y en la limpia llanura de un cielo sin nubes reverberaba refulgente.

Y sin embargo, la luna parecía más pálida, el sol más blanco, la naturaleza entera más callada, más silenciosa, empapada en vaga melancolía, brindaba delicias á una imaginación triste y enferma, para poder, en medio de su silencio, verter lágrimas, lanzar profundísimos suspiros, descargando los dolores y las miserias que colmasen su alma.

Ya no se encuentran ningunas aves en los alrededores de la quinta de María; todas se han callado, todas se han muerto.

Estamos en el otoño, la víspera del invierno; y lo mismo que la primavera es la estaciòn de la vida, el otoño es la aproximación de la muerte.

Todo está triste, todo callado, todo silencioso.

María tambièn se encuentra apesarada. En medio de la felicidad de sus amores vierte abundantes lágrimas; làgrimas calladas y silenciosas que queman y destrozan su corazón.

Sabe, tiene ya la ú'tima convicción de que el amor de Maximiliano es la impresión del momento, y que su amistad tampoco puede existir.

Nueve días de placer y de luchas, le han demostrado todo cuanto podía esperar del jóven.

Solamente olvido, desesperación, abandono.

Y María apenas lo vè disimula sus lágrimas y se le muestra corriente,

agradable hasta lo infinito; no quiere molestarlo con sus quejas, no quiere ofendarlo con sus recriminaciones, no quiere hastiarlo con sus sufrimientos.

Así han pasado los días.

María aún no desmaya; todo su pensamiento está fijo en complacerlo; todas sus palabras y acciones dirigidas à agradarle.

VIII.

Llegó un día y Maximiliano anunció que se retiraba.

María quedó muerta; no esperaba tanta ingratitud.

Eran las nueve de la mañana. Se pusieron á desayunarse. No tardaron nada en levantarse. Nadie había probado un bocado.

María se había sentado pálida é inmóvil. Un círculo azul casi ennegrecido, circuia sus ojos. Su mirada era

vaga é inquieta. Su madre la miró con infinito dolor; Maximiliano estaba aterrorizado.

Se levantó para montar á caballo.

María lo llamó.

Mil quejas y mil reclamaciones fué la conversación que sostuvieron.

Su madre temblaba.

Maximiliano, cansado ya, dominando la espresión de su semblante, dijo:

—Si os he pedido amor, es efecto de una casualidad nacida del deseo; por lo tanto, dispensadme si os he ofendido, y no penseis más en mí.

María no oyó más; un prolongado y súbito desmayo le acomete, quedando en los brazos de su madre. Maximiliano partió al punto.

Todo había concluido.

IX.

María volvió de su desmayo á la vida, pero era una vida terrible... Estaba loca.

Era una locura, silenciosa, pacífica, terrible. Era no ver, ni oir, ni hablar, ni sentir, ni estremecerse, ni llorar; nada. Era una paralización completa; era un trozo de maquinaria movido por resortes. Su mirada fija, lívida y cristalizada llenaba de terror, esparcía el espanto: un andar monótono y contínuo era su ocupación en los alrededores de su quinta.

Su madre sufria al verla terriblementetodas las angustias de la tierra, todos los sufrimientos del infierno.

María inspiraba compasión á todo el mundo.

Un dís desapareció.

Y le llamaban la loca de la Sierra.

FIN.

DON GONZALO.

(TRADICION.)

I.

El Miércoles Santo del año de 1470, y á la hora de vísperas, desde la larga distancia de la ermita de San Roque, y desde el cerro de San Cristóbal casi á seguida convento de San Agustin, y desde el cerrillo de la Moñona, lindero con la ermita de San José, nombre apelativo de una de las hermanas Camachas, por su abundantísimo cabello; por las diferentes calles entrelazadas que circundaban la ciudad de Montilla, se dirigian numerosos grupos de gentes á las diferentes iglesias para dedicarse á la contemplación de la pa-

sión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y presenciar los oficios de maitines, que tenian lugar con mas esplendor que en Santa Clara y San Sebastian, en la iglesia de la Vera-Cruz.

Al extremo opuesto del Sur de la poblacion, y hácia dicha iglesia situado, en lo que hoy es cementerio, lindante con el castillo, era mas numerosa la concurrencia, que verdaderamente devota se dirigia á la oracion, pues entónces y por aquellos tiempos era mas verdad el pensamiento religioso, y constituia la devocion el lugar primero y preeminente en la mayor parte de los habitantes.

Traje corto y recogido, y pesante, con el feston oculto de municiones, toca larga, y rebujado el rostro en sus largos pliegues, las mugeres; y los hombres y los mancebos con su calzon corto, medias y chupa, capa corta de grana ó negra, birreta con plumas, ó casco de lana ó fieltro, formaban un cordon vistoso y agradable

que sombreaban dueñas quintañonas y jibadas, escuderos con sillas, y caballeros con encomiendas.

La iglesia estaba literalmente llena de devotos, y la capilla empezó la recitación de los versículos, cuya entonación solemne y grave, se difundia por el viento, elevándose á las bóvedas, y rebotando en descensos llenos, pardos y sonoros sobre la muchedumbre recojida y en silencio, la cual murmuraba alguna que otra vez el cántico, sin tener en cuenta la letra, y siempre diciendo. «Miserere mei Deus, secundum magnan misericordiam tuam.»

Numerosa y escojida la capilla, voces notables y robustas de bajos, barítonos y contraltos, monaguillos de voz argentina y metálica, producian armoniosísimo coro que magistralmente repercutía en los ámbitos del templo, como se repite el eco tras de los valles y montañas, formando escalonados descensos de apocamiento y vaguedad, intercalados de llenos

y sonoros, cada vez mas breves hasta apagarse gradualmente como el último suspiro del agonizante.

D. Pedro Fernandez de Córdoba, Marqués de Priego, aunque vivia en Córdoba y allí tenia su casa solariega, como feudal señor de Montilla y su gigante fortaleza tenia en el mismo castillo un soberbio alcazar para su morada, donde habitaban sus servidores, sus caballeros, sus gentiles hombres.

Tanto en las parroquias como en las iglesias, tenia el Marquès en el presbiterio sitio señalado de preferencia. En la dicha iglesia de la Vera-Cruz, estaba tambien marcado dicho lugar, que ocupaba un sillon de ébano preciosamente elaborado, forrado de cuero avellana de Córdoba, con clavos de oro, y coronado de dosel con armas.

En esta ceremonia religiosa estaba dicho sillon vacio; pero á uno y otro lado de él en sitiales, se hallan dos caballeros de la casa del Marqués con los hàbitos de Alcántara y Santiago.

¿Habria venido el Marqués á su alcazar de Montilla por unos dias? Esto se preguntaba la concurrencia.

El lujo y decorado del templo, era valioso y espléndido, y todo él estaba tapizado desde la bòveda hasta el suelo, de cansalote de seda rojo y cordones de oro sugetando pabellones y coruncopias riquísimas de labor y trabajo.

II

En el tercer pilar de la izquierda de dicho templo, se veia un gentil caballero recatado y casi oculto tras del muro, mirando ávidamente á una jóven que en la nave central y frente casi del caballero, estaba absorta y contemplativa en los misterios que se celebraban, sin poder siquiera imaginar que tras de aquel muro, en aquel pilar, y en acto tan religioso, habia unos ojos fijos en ella pene-

trantes y sombrios, y destilando rayos de deseos ardientes, que la devoraban con ansias desesperadas.

Era la jóven huérfana, y de una hermosura maravillosa, de hidalga clase y escasa posición de fortuna, á encargo de una dueña, doña Brígida de Valenzuela, que siempre la acompañaba.

Terminados los oficios, la gente empezó á moverse, semejando en oleadas inciertas un campo de espigas, movidas y osciladas por contrarios vientos. Los pasos de los concurrentes, despues de levantarse para buscar la salida, producian sordo y monótono rumor, idéntico al de muchos enjambres de abejas, que insensible y lentamente iban disminuyendo al esparcirse por las calles.

La iglesia fué quedando de momento en momento mas vacia, sin embargo de que algunos devotos continuaban de rodillas, y en su oración absortos.

La dueña que acompañaba á la jó-

ven parecia mas que nadie embebida en la oración, hasta el punto de que á la jóven le fué preciso el llamarle la atenciòn y levantarse, indicándole era la hora ya de la salida, puesto que el templo habia quedado enteramente solo.

Efectivamente, salieron á la calle cuando ya la noche habia cerrado completamente, trayendo en su oscuridad densa las humedades precursoras de la lluvia en las ràfagas del viento.

El galan caballero, que hemos presentado casi oculto tras del pilar de la nave central del templo, salió tambien despues, aunque recatándose.

III.

Apenas salió el caballero de le iglesia, se le aproximó un embozado.

—Roque.

—Señor.

—¿Están los otros corrientes?

—Apostados y en espera estarán ya en el rincon de la casa del Bailio.

—No te habràs ovidado de mis instrucciones ni en un detalle.

—Ni en uno. Descuidad.

—Ya sa'en. Tú la Corredera; yo la Tarasquilla, y Juan Diez... vesmos la dirección que toman. Marcha.

En este momento, que era en el que salian la dueña y la jóven de la iglesia, retrocedieron un poco caballero y criado, inclinándose á los muros del Norte del castillo, dejándoles tiempo para que se fueran alejando ambas, que no lo hacian tan deprisa como era de esperar, atendiendo al tiempo que se venia encima, anunciando lluvia.

El ronquso de la dueña, hacia su marcha torpe y difícil, y la jóven asièndose á ella la llevaba un poco mas de prisa para poder escapar à la oscuridad y tinieblas de la noche.

Por la cuesta que de la cárcel baja á la plaza, iban nuestras dos muge-

res, y los hombres de su acecho dirigióse el uno por la Tarasquilla, Mesones y Juan Diaz, siguiéndolas el otro por la Corredera, que era la misma dirección que llevaban.

La oscuridad y el viento, anunciadores de la tormenta, principiaron á producir sus efectos, empezando una lluvia menuda y fria, que amenazaba hacerse abundantísima á cada segundo que pasaba.

—Andad, andad, Brígida; nos vamos empapando.

—Hago cuanto puedo, y más de lo que puedo. ¿Me gustará ir mojándome, cuando esto por sí solo significa, y demuestra, y comprueba que me quedaré del todo baldada?

—Por eso mismo, haced un esfuerzo.

—Si tu tuvieras estos dolores, hija mia... ¡Ay!...

—Seguid, seguid por Dios, ya nos queda poco.

—¡Ay! ¡Ay!... No puedo.

—Estamos en la placilla... Haced un último esfuerzo.

En estos momentos la dueña cayó desplomada en el suelo, y un grito poderoso, estridente, argentino, inundó los aires, á la par que alzaron á la jóven entre dos hombres, que con otros dos detrás, siguieron la calle abajo en busca de la del Ciprés.

—D. Gonzalo, D. Gonzalo!... volvió á gritar desesperada la voz argentina, que no habló más ni gritó, ya fuese por causa de un letargo, ya por motivos de fuerza bruta.

IV.

La catástrofe, cuyo mudo prólogo había tenido lugar en el santo templo, habíase realizado en la calle de Don Gonzalo, plazuela de la ermita de San Antonio Abad.

Sin pasar adelante, nos es preciso dar á conocer á los personajes que en ella tomaron parte.

Don Gonzalo de Godoy, caballero

cuantioso, y de los principales y más ricos de la villa, íntimo amigo de don Rodrigo de Arias, fué encargado al morir este de la vela y custodia de su hija doña Beatriz de Arias, huérfana de catorce años, y de la cual este tutor, este amigo del padre, se había enamorado perdidamente.

Desde el momento que se hizo cargo de tal tutela, trató por todos los medios imaginables el trasladar á la jóven á su casa; pero esto no le fué posible conseguirlo, puesto que desde el primer instante la jóven Beatriz conoció la pasión que inspiraba á don Gonzalo. Además la soltería de este, su edad ya respetable de cuarenta y cinco años, y su continuada reputación de calavera y seductor, hicieron que estos intentos y esfuerzos de amor por parte de D Gonzalo, no se hiciesen demasiado públicos, puesto que implicaban un principio inmoral, que no podía acometerse por el tutor en relación con su pupila.

Todas estas continencias, impues-

tas por la educación y la sociedad, encendieron màs y más la pasión de don Gonzalo, no dejándolo sosegar un instante.

Varias veces había intentado conseguir sus deseos, seduciendo á su jóven pupila, y todos, todos se habían estrellado en la repulsión de la jóven.

Como tutor de ella, los criados estaban de su parte, y más de una vez fueron lanzados á la calle por la jóven Beatriz, y más de una vez un árabe mudo converso, habìa sido el velador y guardian incorruptible de su ama.

En una correría contra los moros, en que tomó parte D. Rodrigo, su padre, y en que estos salieron huyendo, tropezóse con que sus mesnadas entre los prisioneros tenían uno á quien habían mutilado la lengua, y que en aquel mismo momento, si tan á tiempo no llegase, lo hubieran concluido de matar.

La presencia de D. Rodrigo, fué la salvaciòn del árabe mudo; pues fué precisa toda su autoridad para liber-

tarlo de la muerte, que tan merecida tenía, según la opinión y deseos de todos, porque en la dicha pelea, aquel solo árabe había matado más cristianos que todos los demás de su gente.

La corpulencia y bravura de este àrabe, eran admirables, y por esta causa y las muertes que había ocasionado, trataban de matarlo.

Mutilado, desengrado y cadavérico, siguiò á pié sin aceptar ningún auxilio de su libertador D. Rodrigo, y desde aquel día á su lado y en su defensa, fué ciego esclavo de su amo, sin querer aceptar la libertad que le ofrecía D. Rodrigo, y pidiéndole en cambio con todas sus veras su conversión al cristianismo, en cuya religión entró tomando el nombre de Francisco.

Este noble y bravo soldado era el único servidor de la casa de D.ª Beatriz de Arias, la hija huérfana de su libertador D. Rodrigo.

Jamás pudo el de Godoy lanzarlo de la casa, y Francisco el mudo fué el

que una noche salvó á su ama de su tutor, que se habia introducido en la casa con infames intentos.

V.

Sigamos ahora nuestro relato.

El grupo de dos hombres trasportando el cuerpo de D.ª Beatriz, desmayada, y otros dos más casi junto á ellos, se preparaban á marchar por la calle abajo, en dirección á las de Lombardo ó Ciprés, cuando fué interrumpida su marcha por un embozado que subía en dirección opuesta, y que indudablemente había oido los gritos lanzados por D.ª Beatriz.

—Alto, dijo el embozado que llegaba, empuñando y desnudando su espada.

—Seguid, gritó el embozado y más recatado D. Gonzalo de Godoy, presentándose con su escudero Pedro frente al recién llegado, que los interrumpía en su marcha.

—Alto, repitió el jóven avanzando hácia los dos que se habían interpuesto entre los conductores de aquel fardo, de aquel bulto, indudablemente de aquella mujer robada, como lo indicaba el grito que oyera por aquellos lugares.

—Adelante, rugió de Godoy blandiendo su espada.

El jóven desembozado, sin temor ni vacilación alguna bramó, y lanzando mandobles, acometió á los dos, que no dejaron de devolverle tajo por tajo, cuchillada por cuchillada.

La lucha entablada, desigual en el propio instante de empezada, se hizo aún más desigual; pues uno de los conductores del fardo ó bulto, de la doña Beatriz, en fin, dejándola al otro, tomó parte también en la lucha de sus compañeros contra el recién llegado.

Tan desigual pelea era indudable que no podría sostenerse por mucho tiempo.

—Avanzad, volvió à rugir de Go-

doy, parando los golpes que recibís, y descargándolos también desesperado.

—Avanzad, avanzad, que yo aquí contendré.

En este instante el que conducía á D.ª Beatriz, á quien sus otros compañeros querían abrir paso en la estrechez de la calle, lanzando un grito cayó desplomado en tierra.

—Recoje, Mamerto, y huye repitió de Godoy.

Pero á la par un bulto gigante recogió en sus brazos á D.ª Beatriz que desapareció al punto.

Cuando volvió aquel gigante después de haber depositado su preciosa carga, fué en el momento en que dos huian la calle D. Gonzalo abajo; y los otros dos uno estaba tendido en el suelo, y otro aún trataba de defenderse.

En este momento, el que llegaba sacó un farol, y vió que el que luchaba con el jóven era D. Gonzalo de Godoy.

El que había llegado era Fracisco el mudo, el criado de D.ª Beatriz.

La lucha entre los dos siguió, solamente el tiempo preciso de la llegada del mudo. D Gonzalo de Godoy habia caido en tierra.

—¿Y la jóven? preguntó al mudo el defensor.

El mudo le contestó señalándole la casa que hace esquina á la Dos Marias en la misma calle.

—Avisad à la policía repitió el jóven al árabe.

Ambos siguieron hasta la casa de doña Beatriz, unos doce ó quince metros distante.

Al llegar á ella estaban en sus umbrales, la jòven y su dueña.

—Dios os lo pague señor. ¿Quereis decirme vuestro nombre?

—Don Gonzalo, repuso el jóven. Que Dios os guarde, y se retiró despues de haber permitido besar su mano al árabe Francisco.

Cuando á beneficio de la luz del farol de Francisco y de un velon que habia tambien en el portal, cambiaron sus miradas el jóven salvador y la

salvada Beatriz, fueron tan intensas, tan profundas, que llegaron sus efluvios hasta el centro de sus entrañas.

Uno y otro fueron la primera vez que se vieron, y la última.

VI.

Al dia siguiente vieron los vecinos de la villa, tendido en el suelo á Pedro de Ubrique, criado de D. Gonzalo de Godoy, frio y cadáver; y solamente una declaración tal vez impremeditada, lanzó en las diligencias de la averiguación de esta muerte, el nombre de Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Respecto á D. Gonzalo de Godoy, despues de largos años de sufrimiento con la terrible herida que le causaron, dejó la persecuciòn para siempre de la pobre Beatriz, que es fama que siempre estuvo desde aquella noche muriendo de amor por su jóven salvador;

pero comprendiendo que jamás podria ver á este, por sus diversos destinos, y sobre todo al conocer que era Gonzalo Fernandez de Córdoba, doce años despues se retiró á un convento despues de celebradas las exéquias de su criado mudo Francisco, que murió adorándola.

Tambien es fama, que Gonzalo Fernandez de Còrdoba jamás olvidó la hermosura de aquella Beatriz en todo el curso de las visicitudes de su vida.

Aunque no lo hemos podido encontrar, por personas de notoria fé y crédito que lo vieron há muchos años, se nos asegura que en una de las escribanías de esta ciudad, y en un protocolo, se encuentra una escritura de carta de pago por multa impuesta por heridas, exigida á D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, y pagada por su padre.

A esta calle, pues, ya por D. Gonzalo de Godoy, que vivia en su principio, ya por el drama referido, en que

juegan el D. Gonzalo de Godoy y el D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, se le llama desde entónces la calle de D. Gonzalo, que es título que ponemos á nuestra tradición.

Este hecho fué el primero que diera á conocer, cuando solo tenia 17 años, al héroe que fué despues en la asombrada Europa el Gran Capitan.

FIN.

LAS PORTERAS.

Buenos dias vecina. ¿Cómo tan temprano?

—Son las ocho de la mañana.

—Es que no he podido pegar los ojos en toda la noche, con esos malditos gatos que en este tiempo están endiabiados; no sé como no se...

—Y es cosa rara: mire V., en mi pueblo me acuerdo que nunca los oia, pues andaban siempre por los tejados, pero aquí en Madrid lo que les gusta son las calles.

—Y la señorita ¿cómo está? hace dias la encuentro muy pálida.

—Es que, ya V. me entiende, si no la casan pronto, todo se vá á descubrir.

—¡Còmo! ¿Qué dice V.?

—Lo V. que oye.

—Pues mire V., no sé como estraño tales cosas, porque ha visto una tanto.

—Vaya, cuéntame V.

—¡Qué, no puede ser! en poniéndose una á hablar, se le vá el santo al cielo.

—Es decir que yo soy una habladora.

—Lejos de mí el pensar tal cosa, cuando yo á usted la quiero tanto.

—Con todo, como yo á V. todo se lo digo, y V. en cambio, siempre viene con misterios.

—¿Con que ahí estamos? ¿Con que me viene V. con esas?

—Si señora, si señora, con esas.

—Pues no le he dicho á V. siempre que la señora del piso principal reciba caricias de leña de su esposo. ¿No le he dicho á V. cuando la mujer del escribano avariento fué á vender el velo y toda la ropa de su marido y una urna de San Quintin? ¿No le digo á V. que Cosme el pintor

de la bohardilla siempre tiene que hacer muchos retratos de muchachas y que la escalera parece una procesión? ¿Qué quiere V. más?

—Mire V. vecina no hablemos de esas cosas, porque con esas y otras, y otras no pueden vivir en este mundo las gentes honradas.

—Y ahora que dice V. eso, si por ver una y callar como calla tantas cosas espantosas, al menos hiciesen con nosotras algunas liberalidades, pase: pero ni por esas.

—¿A mí me lo dice V.?

—A V. y á todas; todas estamos lo mismo. Nos traen como panderetillo de danza, y ni Dios se lo pague á V.

—Como es cuenta de nunca acabar, dejèmoslo, vecina.

—Dice V. bien, que ya son las nueve, y es menester ir al mercado. ¿Se viene V. hoy?

—Hoy no la acompaño á V., Toribio está fuera desde ayer tarde, y nosotras, bien sabe V. que nos arreglamos de cualquier modo.

—Con que hasta despues.
—Adios, vecina.

—Oiga V. buena amiga.
—¿Qué se le ofrece á V. caballero?
—En el piso segundo ya sabe V. vive Justina.
—Toma, que si lo sé! ¿A mi me lo dice? buenos ratos me hace pasar.
—Es que quisiera, y no seria ingrato, que V. me dijese á qué hora podria verla sin testigos.
—Pues cuente V. conmigo que eso es muy fácil; á propósito ella no se ocupa de otra cosa.
—¿Cómo? ¿Es verdad?
—Como V. lo oye.
—¿Pero no es casada?
—Buena razon me dá V
—Y su marido?
—Su marido siempre en la oficina y siempre en Babia.
—De modo que podré verla.
—Ninguna hora mas á propósito que esta, ya vé V. son las once y

hasta las cuatro no hay tiempo que digamos.

—Mil gracias (alargándole un napoleón).

—Para servirlo siempre.

La portera de enfrente que ha presenciado esta escena.

—Ahora vaya Vd. á fiarse de las mosquitas muertas.

—¿Quién te ha pegado?

—Yo, yo le he pegado, y le pegaré quinientas veces que venga á enaucisar mi puerta.

—Como lo tiene usted tan callejero.

—Que usted podrá decir esta boca es mia; mire usted y calle.

—Callar yo, primero me corten la lengua; y no que no le digo á usted lo que usted es.

—Qué soy, dígalo, hable.

—Mejor es que tengamos la fiesta en paz.

—No, no hable usted.

—Que no la he visto yo á usted esta mañana hab'ar con un jovencillo que le dió á usted un napolsón.

—Eso es mentira.

—Mentira dice usted y lo han visto estos ojos que se han de comer la tierra.

—Bien, ¿y qué?

—Nada, que eso habís sido el encargo para decir la misa á algún santo...

—Usted es una tal.

—Y usted una cual.

Y se sopapearon de lo lindo las dos íntimas amigas de por la mañana, hasta que fueron separadas por el marido de una de ellas que llegó á tiempo.

Estas y otras parecidas escenas que no queremos referir, porque todos nuestros lectores las han presenciado, y porque además serían necesarios más subidos colores para retratarlas, es la comidilla diaria de la clase de porteras.

Ya sabeis también que en los matrimonios que egercen este cargo no hay

más que una personalidad, una representación, y es la de ella, es decir, la de la portera, pues el marido, el portero, nada es nada significa.

También habrán oido decir como frase vulgar y corriente, que los criados son los ladrones de las casas, y hasta cierto punto no deja de ser verdadero.

De mi propia cosecha os voy yo á decir una cosa. Quizá sean los porteros los ladrones del honor.

JULIA Y FEDERICO.

(PRÓLOGO DE AMORES).

I.

Estamos en Valencia, ciudad de huertos y de aves, de árboles y de flores, de brisas y de aromas, de armonías y embelesos, de encantada naturaleza, y de cielo azul y esplendoroso.

Nido de amores donde los poetas se inspiran, prados que recorrieran las deidades pastoriles de Gil Polo, umbrosas arboledas donde suspiraba su Diana.

Paraiso de deleites, donde nacen mujeres bellísimas, de cintura de junco, de flexibilidad de palma, de mirada voluptuosa, de tez pálida, y de soberanos contornos.

II.

Muy pronto hará tres años que Julia abandonara su país natal, para vivir en Valencia con una tia suya, única familia con que contara.

Julia, blanca y rubia, de ojos garzos y de pelo castaño; natural y elegante en su atavio, siempre suspira; la melancolía es la eterna esencia de su alma, que solo se atreve á esparcir su dolor dentro de ella misma. Muerta al parecer su mirada, revela sin embargo pasiones delicadísimas é intensas: de un ángel su carácter, tiene todas las santas cualidades que hoy son estrañas á la tierra; pero ama inmensamente, y en silencio llora, porque las lágrimas son el pasto eterno de sus ilusiones, y el manantial más rico y purísimo de su alma.

El dolor lo espresa con suspiros, el placer y los encantos que se puede fin-

gir, con las lágrimas que insensiblemente brotan de sus ojos.

Diariamente vá á una casa de tertulia y allí ha visto á Federico, el tipo encantado de sus ilusiones, el solo objeto de su ambición, el ser por quien muere, y el ángel idealizado de sus sueños.

Todos los dias lo vè, y todos los días sufre y todos los dias goza, y las lágrimas son su solo consuelo.

Imposible le presenta su imaginación la realización de sus amores: imposible que Federico se fije en sus encantos.

Por qué el desaliento se anida en su pecho, por qué no puede creer en nada que le sea favorable, por qué siempre le ha rodeado la fatalidad y la desgracia con su manto de plomo?

¡Pobre Julia, pobre Julia!

III

Federico tiene diez y ocho años: de regular estatura, pero esbelto y fornido, es delicadamente elegante.

La espresión total de su rostro regularizado y perfecto, es simpático y agradable, y templa la vivacidad de su mirada un tinte lucuoso que espresa los tesorcs y la bondad de su alma.

Federico es la modelación griega, es la perfección de la estatuaria, es la belleza divina, la belleza humana y la belleza mitológica.

Federico es el alma del niño inocente, alegre y dócil, en el cuerpo y en la forma del hombre más desarrollado.

Y Federico es el bello ideal en que se ha fijado Julia, y lo que constituye el martirio y el poema de su existencia.

IV.

Federico y Julia han visto rodar ante sus ojos dos años y medio de la amistad mas pura, de la felicidad más tranquila y mas amargada.

El primero siempre cariñoso y solícito, la segunda sufriendo y muriendo.

Ni una palabra de amor ni nada que pueda significar el fuego de su pecho; ni una mirada, ni ningun movimiento dan á conocer lo que sufre Julia, y sin embargo, la amistad de Federico es demasiado respetuosa, tanto que cualquiera pudiera interpretar, que en aquella amistad habia otra cosa que principiaba á nacer.

V.

Cuántos momentos han pasado juntos. Federico jovial y jugueton en su

niñez desarrollada; Julia siguiéndolo en sus impresiones, y encubriendo su verdadero martirio amoroso.

La amistad y el cariño de Federico por Julia, no se pueden definir sino diciendo que en ella entra en primer lugar el respeto y la fé mas ciega en la razon de Julia, y el deseo contínuo de hacerse grato á sus ojos y hasta la ligera aspiración envuelta en estos efectos de conseguir aún mas que la amistad de la jóven.

No se han dicho una palabra de amor, pero sí cariñosísimas de amistad, sin jamás separarse.

Julia va languideciendo, y Julia que aspiraria llegase el término de su sufrimiento, lucha incesantemente por desterrar esta idea que hará desaparecer los goces que siente su alma al ver á aquel niño siempre pendiente de sus miradas.

VI.

Miradlos! van juntos y sonriendo.

Julia lleva del brazo á su tia, y Federico, alternativamente, al lado de la una y de la otra.

Suelto y erguido Federico con sus mejillas sonrosadas, su naciente barba de seda, y su pelo lacio y espeso, pero de un brillo y suavidad deslumbradora, sonrie y juguetea con una flor que Julia le ha dado.

Julia, blanca y pálida, soñando delicias y sufriendo martirio, lo mira y se encanta de deleites, y hablan, por hablar, de todo.

Algunos momentos sin que por nadie se advierta, brotan las lágrimas de los ojos de la jóven.

Y esto que Julia siente delante de Federico, se espresa de distinta manera á sus solas, pues deja su imaginación volar únicamente por los campos de las ilusiones mas encantadas.

VII.

Con la tristeza mas profunda, con el dolor mas intenso, con la amargura mas inconsolable, ha anunciado Federico á Julia que su padre le llama á su lado.

¿Por qué este sentimiento de Federico? ¿Por qué el niño alegre y risueño, cuando la sociedad con Julia no le brinda ninguno de los placeres de su bella edad de oro, siente tanta amargura, tanta angustia, tanta desesperación al anunciar á Julia su partida? El respeto y cariñosa solicitud y amistad que le profesa, ¿se habrán podido trasformar con el tiempo en otro sentimiento? ¿Quién sabe de lo que es capaz el corazon? ¿Quién sabe los tesoros y efluvios de infinitísima ternura que puede encerrar un alma?

VIII.

Federico ha sido convidado por la tia de Julia á comer con ellas.

Es el 30 de Julio de este año: son las seis de la tarde, y Julia, su tia y Federico han dado un corto paseo, y á las siete han vuelto á casa para comer.

Animada pero triste ha sido la comida, y al finalizarla han sonado las nueve.

Ninguna ocasión mejor para contemplar la luna, pero en su estensión grandiosa, en el silencio de la naturaleza, en su espacio resplandeciente limitado por el cielo, la tierra y los árboles, fuera de las alegrias mundanales, de la bulliciosa sociedad.

Y determinan ir á la Alameda, grande, magestuosa, solitaria, bañada por la pálida luz del astro melancólico, llena de encantos, de delicias, de embelesos, de perfumes vagos de armonias dulces y de brisas suavísimas.

A la Alameda, jardin de hadas, paraiso de huríes, alcàzar de la espléndida melancolía, donde se puede llorar gozando, donde lejos del ruido vulgar del mundo, solo se escuchan

las melodias y los suspiros de la naturaleza; donde se puede soñar y desfallecer y enloquecer de amores.

IX.

Silenciosos cruzaban la inmensa calle del paseo á la orilla del rio.

Ya en medio de ella, Federico interrumpió el silencio.

—Antes de ahora os he oido recitar bellísimos versos... si quisiérais?

—Cuales?

—Cualesquiera, con tal que vos los digais.

Julia por toda respuesta principiò á recitar.

Era noche,
la sultana
su persiana
levantó.
Y el planeta
de consuelo,
sobre el cielo
contempló.

Julia acabó, y en seguida repuso:

— Qué, no te gusta?

—Sí, mucho; pero yo quisiera oir otros; los de las puertas del corazon.

En el timbre de la voz de Federico, se advertia una temblorosa emoción.

Julia recitó entónces la «Blanca Flor,» de D. Bartolomé José Gallardo; la poesía mas delicada que se puede concebir.

Federico en el entretanto habia gradualmente suspirado, y parecia jadeante y languidamente fatigado.

— Decidla otra vez, continuó sin embargo Federico:

Yo me levantára un dia
cuando canta el ruiseñor

Federico se detuvo.

Julia continuò:

El mes era de las flores,
à regar las del balcon
Un caballero pasara,
y me dijo «Blanca Flor,»
y de par en par abrióme
las puertas del corazon.

Federido habia bajado la cabeza, y

al acabar Julia murmuró tímidamente suspirando.

—Si no os ofendiérais, os preguntaria quién era ese caballero...

—Aun todavia no ha pasado para mí.

—Y conoceis alguno que pudiera pasar?

—Sí, ciertamente.

—Decid su nombre.

—Siento no poder complaceros.

—Pero lo conoceis hace tiempo?

—Tres dias despues que llegara á Valencia.

—Y lo tratais?

—Creo que sí.

—Con intimidad?

—Sì.

—Me conoce á mí?

—Sí.

—Y es mi amigo?

—Intimo.

—Y lo amariais si os lo pidiese de rodillas?

—Lo amo hace ya cerca de tres años sin que me lo diga.

—Mucho?

—Con toda mi alma.

—Si yo fuera ¡cuánta fortuna seria pára mí!

—Querrias tu ser mi enamorado?

—Oh! sì, seria mi mayor felicidad.

La alegría habia resplandecido en el semblante de Federico, y miraba, y esperaba que Julia hablase, con una ansiedad ahogadora.

Julia en cambio tornada pálida, habia bajado la cabeza y apenas se sentia la escasa respiración que se escapaba de su pecho.

Esta impresión desgarradora se fué instantáneamente retratando en el semblante de Federico, y seguian pasando en un silencio penoso é insoportable, en el espacio que mediara delante de su tia que se hallaba sentada.

Federico despues de luchar un momento, se atrevió á decirla:

—No me respondeis?

—Qué?

—Si me amais.

Julia articuló una palabra, pero solo con el movimiento de sus lábios, y terminándolo con un prolongado suspiro. . . . . .

. . . . . .

Momentos después tornaron del paseo, callados y melancólicos.

X.

Es el 30 de Julio: la segunda noche de los amores de Julia y Federico.

Ambos están tristes, ambos abatidos y desesperados, bajo el peso de un terrible infortunio.

Federico sufre porque se ausenta de Julia; porque ni puede pasar, ni vivir, sin encontrarse á su lado.

Julia también sufre, pero más intensamente; porque le asalta el presentimiento de que tal vez su separación sea eterna.

Federico le ha entregado su retra-

to; y al dorso la siguiente dedicatoria:

«A Julia, su Federico».

Volaba la noche, y sus horas quietas, apacibles, silenciosas, perfumadas, con la luna más resplandeciente, y más suave, y más melancólica, con las gimientes brisas en las frondas, con perfumes vagos en los jardines, y con los suspiros inmensos de la sublime naturaleza.

Cariñosas palabras han brotado de los lábios de los amantes, pero tristes, muy tristes.

Ha sonado la hora de la desesperación y se han despedido tiernamente, Federico con la seguridad, la esperanza de volver al lado de su amada; Julia con el presentimiento de que así no sucedería, pero sin poderse explicar la razón de ello.

Adios, han murmurado; adios, han pronunciado sus lábios, manifestando sus ojos y sentido su alma; pero un adios doloroso y terrible.

XI

Ha pasado un mes, y Federico ha partido para Manila, con la desesperación impresa en su semblante.

Durante este tiempo, se han escrito tiernísimas cartas de amor.

Julia que había presentido tal desgracia, se ha quedado insensible al saber tal noticia.

Su alma vuela con Federico; su cuerpo es una máquina animada, y la muerte se ha posesionado de él, para que cese su prolongado martirio.

XII

El mar se alborota, silba el viento, cruza el relámpago, retumba el trueno, y el buque rueda, desgarrando como un torbellino las aguas del Occéano, verdosas y espumantes.

El aliento de Satanás brota de los profundos senos del abismo, y Julia lo contemplaba muda, aterrada y agonizante.

El desconcierto de la naturaleza es terrible y espantoso, y á los bramidos de los vientos y mugidos de las olas, se mezclan los pavorosos silvidos de los mónstruos marinos, que rugen y levantan su cabeza con mugidos de desesperación.

El aire es abrasante, y Julia que todo lo mira, lo siente y lo toca petrificada, parece próxima á espirar.

La oracion no puede brotar de sus lábios, y las lágrimas que salen de sus ojos escaldan sus megillas.

Entre los mil espantosos rumores discordantes, mira el buque desaparecer, tragado por la inmensa vorágine y el lívido semblante de Federico sepultarse con él á la par que todos los elementos juntos, han gritado á su oido con una voz terrible.

«Vuestros amores son imposibles.»

. . . . . .

Este sueño aterrador ha tenido á Julia á la muerte.

Desde este instante implora contínuamente al cielo.

LAS TARTANAS.

I.

¡Las tartanas! se me ha ocurrido hablar de las tartanas, y á la verdad, que no sé qué decir.

Pero mis empeños son inquebrantables y aunque no diga más que inconveniencias, lo cierto es que tengo que hablar de las tartanas.

Y á propósito de inconveniencias; de seguro que diré muchísimas, según la opinión que después de haber leido este articulejo ha de formar el público.

Inconveniencias para todo el que haya pensado lo mismo que yo sobre tal asunto, y no ha tenido suficiente estómago para arrostrar la animadversión general.

Pero sigamos en nuestra empresa; y aunque yo no conozca ni un ápice de la historia de las naciones, para poder hacer apreciación sobre ella, ni mucho menos la particular que pueda tener, si es que la tiene, el *trasto* que nos ocupa, ya trataré de modo de llenar en cuanto pueda mi cometido.

Principiemos, en fin; pero no espereis un tratado histórico-generalógico de los carruajes en general y sus sucesivas trasformaciones hasta nuestros días, á pesar de que tenemos á la vista, de donde lo pudiéramos copiar con algunas variantes, sino por el contrario, las vulgares y comunes reflexiones que se le pueden ocurrir al más topo.

El carruaje de passo, es indudable que se usa, más que por comodidad, por el lujo de querer sobreponerse á los demás, pues parece que dominándolos de más alto punto, es á todas luces superior y más alta su posición.

Continuemos.

El carruaje aristocràtico, llamado berlina ó carretela, está de acuerdo verdaderamente con su idea, y llena las condiciones todas de la clase que figura como la primera de la sociedad.

Razones al canto.

Porque esta clase aristocrática, siendo como es más delicada por la atmósfera de placeres que la rodea, y por su ninguna relación con el trabajo, no puede admitir lo general de las cosas con toda su fuerza natural, ni crudeza primitiva. Los aromas los busca suaves, al contrario de ciertas y ciertas gentes que apestan á almizcle á cien leguas: sus camas más blandas que la lana, de esponjado plumón; se evita la lluvia, el frio, el calor y el aire, y si acaso lo admite en el verano, lo quiere dulcificado, vago y no directo.

De aquí pues la razón de que en estos coches sean laterales las ventanas y las portezuelas.

Y como además los criados y los caballos van delante, dando unos y otros las espaldas, para evitar esta inconveniencia, ha encontrado la idea de poner sus valadores entre criados y caballos, cerrando las comunicaciones por delante, y dejándolas solo lateralmente.

Estas, pues, son las condiciones de los aristocráticos carruajes.

Pasemos á las tartanas.

Estas no entran ni tienen las de lo referido, sino diametralmente opuestas. El viento, la luz y aromas se comunican de delante para atrás, pasando por el angosto cañón de su espacio, como si fuera un tunel oscurísimo, escusándose de guardar la conveniencia de la separación entre los criados y las cabalgaduras, con los dueños, lo cual no puede por menos de ocasionarles multitud de molestias incalificables.

Supongamos que la comunicación de estos *cartuchos* es como llevamos dicho de adelante para atrás, y que

sus claros en línea recta, no pueden impedirles ni privarles de participar de todo cuanto les pueda venir del cochero y del caballo, como son los aspersos del uno, y una coz del otro, etc.

Además, el caballo puede arrodillarse de cuando en cuando solo por costumbre: aquí teneis pues á los pobres moradores del *ánfora* que no quieren desairar la insinuación de su conductor y hacen lo mismo aunque no tan primorosamente como el primero, que de su vuelco no teme enseñar nada. Sus dos ruedas tienen que darle un balance contínuo. ¡Pero qué balance!

Vamos á otras comparaciones.

La variada multitud de todos los verdaderos carruajes que hemos llamado al principio aristocráticos, solo cuentan con dos y con cuatro asientos: los *baules* ocho.

Los primeros dos ó mas caballos é igual número de lacayos, es decir, todo par; las tartanas uno de los primeros y otro de los segundos.

Los primeros, principalmente las carretelas, descubren las formas, los trages y hasta el calzado de las bellas damas aristocráticas, que por esta circunstancia deben ir y van elegante y lujosamente ataviadas.

En cambio las segundas, rodantes cavernas, pozos artesianos, cimas de cabra, cauces y túneles con ruedas, techados oscuros y horribles, copias del arca de Noé, semejanza de la jaula que le hicieron á Don Quijote para llevarlo encantado, y figura en fin de un sombrero de canal, donde parecen ahogados sus infelices moradores, sacando el cuello para ver la luz como los galápagos, de aquella cubierta, que les semeja con los caracoles: nada se les vé, nada se divisa, nada se contempla ni de sus cuerpos, de sus adornos, ni de sus vestidos.

Resumiendo; siendo las carretelas como está probado el símbolo y emblema del buen gusto y de la elegancia, las *cucarachas* en su contraria consecuencia deben ser lo que no

quiero decir, pero que supongo deben adivinar.

II.

Las tartanas, pues, inconvenientes como son en todos terrenos, no tienen mas que una razon de ser, contradictoria sin embargo, de la idea y el por qué las tienen sus dueños.

Valencia como pais, son las Hespèrides, el jardin de Armida, la belleza encantada de la isla y gruta de Calipso. Su temperatura benigníma, y regado su suelo por corrientes claras y cristalinas aguas, ha hecho que sus habitantes sean eminentemente agricultores.

De aquí, pues, la feracidad de su terreno, y el de que haya dejado de ser vírgen, por tanto y tanto producir.

De aquí, pues, el que todos sus frutos y alimentos no tengan la fuerza ni la sustancia que les prestan otros paises menos gastados y exuberantes:

de aquí, pues, que la robustez y la naturaleza tanto de hombres como de animales, sea mas débil y mas lánguida.

En su consecuencia, esta misma debilidad les hace preciso para trasladarse de su casa núm. 8, á la del vecino núm. 10, tener uno de estos vehículos: pero en el verano, en el verano sobre todo, esta necesidad es absoluta, pues el inmenso sudor que por efecto del calor se derrama, les impide el andar, el agitarse y aun el vestirse.

Las mujeres; ¿y qué diremos de las mugeres? mas sibaritas, mas lánguidas, mas muelles y mas vaporosas, no pueden pasar sin las tartanas; sin ellas, en fin, no podrian ni pensar, ni hablar, ni principalmente, y como complemento, satisfacer su pasión dominante de la vanidad.

Aquí viene oportuno el esplicar lo contradictorio de la razon de querer tener tartana.

Siendo el principalísimo objeto de

su posesión el de satisfacer su orgullo y su vanidad, este no puede llenarse con un mueble tan ridículo y tan económico.

La economía siempre ha sido rechazada por el orgullo.

Y me preguntarán aún ¿y por qué postergais las tartanas ante las carretelas?...

Porque la tartana presta estos goces á doscientas familias, y la carretela solo á veinte.

La tartana es fácil, la carretela algo difícil.

Las razones, que solo pertenecen al metálico, ya las hemos expuesto.

¡Cuántos y cuántos lloraríamos la ausencia de este admirable vehículo, si el mundo y su implacable moda lo hicieran desaparecer por completo!

Los que no queremos andar, por el trabajo de mover los pies, ¡lo tendríamos que hacer entónces.

Vestirnos, los que preferimos ir ligeros y sueltos en un abandonado negligé; y calzarnos, los que practica-

mos la moda de los árabes, de ir en piernas y gastar chanclos.

La tartana, en fin, volviendo á resumir, es inmensamente económica y anti-aristocrática en toda la latitud de estas palabras; si sucumbieran, sería esto un catsclismo para Valencia.

III.

¿Y las reflexiones y los juicios á que dá lugar el encerramiento de nuestras bellas en estos *cajones*?

Figuraos vosotros por un momento, los habitantes de las tartanas, que llega á Valencia un forastero, ya sea de estrangis ó de la península. Figuraos que sea miope, en cualquiera de las graduaciones de este defecto, y vereis entónces el maravilloso efecto que le producen vuestros encierros, segun os lo probará el hecho histórico siguiente:

Era un príncipe ruso que con su lacayo detrás, y su cicerone al lado izquierdo, caminaba en busca de co-

nocerlo y estudiarlo todo como buen *tourista*.

El prìncipe era miope, y de cuando en cuando, se aproxima su lente al ojo derecho, apareciendo en su rostro una gran mueca de desagrado.

—¿No me digísteis que veríamos las niñas? decia el príncipe al ciceroni.

—Si, ahora iremos á la carrera de la procesión; entre tanto podeis mirar á los balcones.

—Hay pocas y están algo lejos, vamos á la carrera.

El príncipe llega á la carrera de la procesión, y su lente y su ojo derecho se revolvia en todas direcciones, contemplando la concurrencia y creciendo su mal humor.

—¿Qué acontece hoy? no veo ningunas en la calle.

—Estàn en los balcones.

—¿Encerradas?...

—No. ¿Que no las veis?

—Por cada una que veo cuento mil hombres.

—Mirad los carruajes.

—¿Esos son carruajes?

—Si señor, y en ellos se encuentran.

—Pues señor, no las veo.

—¿Quereis ir á la Alameda?

—Vamos; allì irán al menos.

—Si señor, todas.

—Ya estaba impaciente.

Pasan algunos momentos. El prìncipe habla.

—Tampoco hay alguna.

—Si señor, van en los carruajes.

—Dejémoslas pues, y á la fonda.

Aquella noche, preparàndose á marchar el siguiente dia, escribia en su cartera èl príncipe ruso lo siguiente:

«Un escritor francés ha tenido razon al decir que el Africa empieza desde los Pirineos; pues las españolas aunque se presenten en público, siempre van encerradas en sus carruajes. Las mujeres africanas, solo ocultan su rostro; las españolas rostro y cuerpo.»

El pobre prìncipe no habia estado

más que en Valencia, y calificó á todas las españolas de africanas.

Que lo hizo con sobradísima razón, lo prueba perfectamente lo que vimos hace unos meses.

En el Grao, que ya sabeis es un puerto que está en Valencia, apareció un buque marroquí que parecía tripulado por sí mismo, según el misterio y silencio con que llegara.

Todo el día estuvo quieto y pacífico, hasta que una hora antes de darse á la vela, fuè trasportado á él un bulto colosal, completamente encubierto.

Después de mil indagaciones, se supo era una tartana para el emperador de Marruecos.

La embajada de su hermano, que estuvo aquí el año anterior, le había informado de la conveniencia de este mueble, para sustitución del palanquín, conductor de las beldades misteriosas destinadas al Serrallo.

IV.

Tenemos mucho que decir aún, pero no queremos ser pesados, y vamos á estampar un epílogo resúmen.

¿Cuál es el objeto de las tartanas? ¿Es el lujo? ¿es la decencia? ¿es la comodidad? Solo pueden tener cualquiera de estas circunstancias.

¿Las reunen verdaderamente? de ninguna manera.

El lujo no puede ostentarse con tan ridículo y tan económico *vehículo*.

La decencia tampoco, pues ya hemos probado que nosotros, esencialmente orientales y sibaríticos, nos permitimos la *negligé* más inconveniente para ir en las tartanas, principalmente en el verano.

La comodidad, por último, es de todo punto imposible, por su áspero movimiento. por la impulsión del mismo lateral, que sufre el que va dentro, y por el peligro de las trepas, si el caballo se inclina ó cae.

No sirven, pues, las tartanas.

Hemos probado su ridiculez, su economía, su inconveniencia, sus molestias y sus peligros.

Acaba de escribirme un anticuario de Berlin, que la forma de la tartana, es copiada de la barca de Aqueronte.

UNA HORA FATAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

Estamos á fines de Setiembre del año de 18...; es uno de esos días nublados, que parecen entoldados por la mano de Dios, para hacer más llevadero y dulce el trabajo de los jornaleros, que se emplean en la recolección de la uva, para la formación del líquido espirituoso que él quiso llamar su sangre.

Es á tres horas de Córdoba, á las faldas espléndidas de su riquísima sierra, donde nada hay más delicioso ni más encantador. Los viñedos se encuentran resguardados por cercas de flores que tapizan también las tortuosas sendas, que se cruzan en distintas direcciones, como los incom-

prensibles caminos de zafíes y oro que forman las arañas de los campos al trasladarse de un árbol á otro. ¡Qué hermoso es contemplar desde sus lomas las tendidas llanuras que se presentan ante la vista matizadas de grupos de flores, y plantíos de viñedos y olivos, y las blancas y lujosas quintas inmóviles como centinelas guardando sus propiedades! ¡Qué hermoso es ver las cintas de plata que se deslizan suavemente por entre las juncias, y á cuyos alrededores forman algarabía confusa la multitud de pájaros que, inquietos y regocijados, no permanecen ni un momento en unas mismas ramas! Qué inocencia se respira en estos campos, pues por do quiera se ven aldeanas jóvenes que van solas con sus pensamientos á otras caserías distantes, tal vez á arreglar algunas de sus faenas.

Ya he dicho estamos en un trozo de la pintoresca sierra de Córdoba, pero en un terreno más agreste, más inculto y más solitario.

Dominando este terreno, á la falda de una pequeña colina, hay una especie de cabaña, techada con ramas, que casi no se distingue, porque se confunde su color con el del espacio.

Son las seis de la mañana; ya principia el sol á iluminar las pequeñas y altas colinas; pero no penetrando su luz todavía en los valles, no alumbra con su resplandor el lugar de nuestra escena, pues las plantas y peñascos de las eminencias que lo rodean impiden que penetren sus rayos en su recinto. Bello y encantador paisaje se nos presenta á nuestra vista, como la fuente de Valduse á quien cantó el Petrarca y la riquísima y poética del Avellano de la ciudad oriental.

En esta choza ó cabaña que hemos descrito, se encuentra una anciana recostada á su puerta, tan decrépita y achacosa, que casi parece quedarle algún soplo de vida. Fijos los ojos en el cielo parece esperar que el sol venga á visitarla en su morada y vivificarse con su calor: para sus agarrota-

dos y entumecidos miembros, esa lisma de Dios, pudiera darle la vida, pues su estado es el de una terrible agonía. No tiene lágrimas que derramar, porque los raudales del sentimiento se han secado en su alma: todo en su alma está muerto, únicamente está vivo su espíritu.

Esta anciana, está penitente tal vez, nos la encontramos quizá en su última hora, ú obteniendo el perdón de sus faltas para subir al cielo, ó sonriendo con los ángeles sus hermanos anticipadamente aquí en la tierra.

Oculto el sol con las ligeras nubecillas del otoño, no ha venido á calentar á la anciana, que ha pasado todo el día en el sufrimiento más espantoso. Sin poderse mover casi, sino arrastrándose, no ha podido encender fuego, para proporcionar algún calor á su desfallecido cuerpo.

Son las cinco de la tarde, y ha percibido algún rumor á lo léjos; con inmenso trabajo se ha incorporado un

poco, y puesto atención estraordinaria; un rayo de alegría ha iluminado su semblante y ha murmurado estas palabras:

—Ya no moriré abandonada.

El ruido era producido por un hombre que se aproximaba por el camino, distante de la cabaña como unas cien varas, y que iba á buen paso, aunque se conocía que bien cansado.

La anciana hizo un esfuerzo violento y produjo un grito.

El viajero se paró instantáneamente, y estendiendo sus miradas por el espacio, se detuvo en la cabaña: la anciana, que no lo había perdido de vista, volvió á lanzar otro suspiro y agitó sus manos. El viajero comprendió la llamada y aproximose hácia la cabaña.

—Anciana, ¿qué teneis? le dijo el viajero.

—Voy á morir, le repuso la vieja, y tengo miedo de estar sola, pero... si... Dios mio, gracias, yo creo que os conozco: esa fisonomía tan espresiva

ma parece que no me es estraña... Ah! yo quisiera recordar, decidme por Dios quien sois.

—Un proscrito; mi nombre es en valde que lo sepais, no podeis conocerme. Un proscrito que vuelve à su pais donde bebió la amargura y quiere spurar su cáliz de dolor.

—Bien, gracias, yo os compadezco.

Y la anciana con un tono débil y suplicante continuó.

—Os ruego que me acompañeis en mi soledad; será por cortos momentos; estoy próxima á la muerte y me siento desfallecer. Tengo mucho frio.

Y efectivamente, la pobre anciana tiritaba y demostraba un rostro lívido y agonizante.

El viajero al contemplarla y conocer su estado, cogióla en sus brazos, y sentándola en un rincon del hogar, y arropándola como pudo, encendió fuego inmediatamente, á cuyo calor principió á respirar y moverse la enferma, que casi ya espirante, sin este auxilio que le deparaba la providen-

cia, hubiera sucumbido al momento. Sin embargo, era estremada su debilidad é indudablemente su gastada y padecida existencia se aproximaba á su fin.

—Quereis alguna cosa mas, díjole el viejero, arropándola aún con una vieja manta que encontró mas lejos.

—Nada, nada, no necesito nada; estoy muy bien, os veo. Ya no tengo miedo de morir abandonada y sola; y no dudo ni un momento, que no me dejareis hasta darme sepultura.

—No penseis así; sosegaos y decidme vuestra vida. ¿Qué haceis en este lugar solitario?

—Ah! buen amigo, llorar y sufrir, y derramó entónces algunas lágrimas.

—Si, si, os lo diré todo, continuó; me mereceis confianza, porque creo conoceros.

—Ah, si, es verdad, os conozco: vos me habeis salvado una vez de la muerte ¿lo recordais? Si, vos erais mas jóven, yo venia cargada con leña no muy distante de estos lugares,

y caí doblada bajo su peso. Si la providencia entónces no os hubiera puesto en mi camino, hubiera muerto bajo el peso de la carga que me hizo caer en tierra... Y ahora, ahora me vais á prestar el último favor.

—Vos la anciana del bosque? vos la que me predijo una hora fatal en mi existencia?

—Si, yo, hijo mio: yo pobre muger, condenada á vivir separada del mundo.

—Gracias á Dios, que puedo hacer aún alguna obra meritoria á los ojos del Altísimo.

—Dios te la recompensará, hijo mio ven, acércate mas á mí para que puedas oirme, pues me cuesta mucho trabajo el hablar. Voy á contarte mi historia, porque quiero aprovechar los cortos instantes que me quedan de vida, para confiártela.

El viajero se acercó mas á la anciana, se sentó en una especie de banquillo, animó el fuego que ardía en el hogar, y se preparó para oir.

CAPÍTULO SEGUNDO.

La suciana comenzó de esta manera:

—«Yo en mi juventud era pobre. pero hermosa, segun me decian todos; estaba en Madrid, donde servia de doncella en casa del Duque de Lúgano. Desde el momento que entré en aquella casa, sorprendióme la belleza del único hijo que tenian. Este fijó sus ojos en mí, y para abreviar os diré, que olvidándolo todo me entregué completamente á sus amores, que formaban toda mi felicidad, pero creida en la palabra que me dió de que me haria su esposa. La casa de este título estaba muy atrasada, y habia entendido algunas veces, que sus padres querian conquistarle un buen casamiento. En esto no pudieron por menos los padres de Lorenzo de conocer nuestros amores é inmediatamente

me echaron de la casa. Yo seguí en mis relaciones con este, pero contínuamente sobresaltada, dudando de que cumpliese la palabra que me habia dado de ser mi esposo. Pasaron unos dias y se aproximaba el momento en que iba á demostrar públicamente mi falta.

Caí en cama, y unos dolores terribles me hacian conocer que pronto tendria un hijo, que tal vez me consolase de mis amores y mi desventura. A los pocos dias, estando ya mas aliviada, pregunté por mi hijo, y todos me dijeron que si estaba loca, y efectivamezte logrè perder en parte la cabeza, al conocer me lo habrian robado ¿por qué tal silencio y negativa, y quién pudiese haber sido?

La anciana se interrumpió en este momento por efecto del cansancio, y acometióle una tos cascada y fortísima, que parecia iba à romperle el pecho. El viajero le suministró una poca de agua templada y pudo sosegarse. Sin embargo estaba completamen-

te desfallecida y exánime, y con una voz casi perceptible continuó:

—Supe al cabo de unos dias, que Lorenzo, mi amante, se habia casado con una muger riquísima, pero sin atractivos ningunos. Desde entónces se apoderó de mí la rabia de los celos y no tuve ni un momento de tranquilidad. Las pocas veces que ví á Lorenzo, desde entónces, fué para tener una lucha terrible. Cada vez conocia yo que insensiblemente se iba aumentando mi rabia, hasta el punto de delirar. Un dia me lo encontré casi á la puerta de su casa y fingió no verme; yo quise hablarle y apreté el paso dirigiéndome á él y púseme delante, lanzóme una mirada terrible, queriendo proseguir su camino; yo, sin embargo, desesperada le agarré la capa, pero dando un fuerte tiron la desprendió de mis manos, y retiróse lanzándome varios insultos. Esto no era motivo, pero sin embargo, una idea de sangre cruzó por mi débil cabeza. Me dirigí á su casa y penetré en

ella con precipitación... Mi desgracia estaba allí. Cruzaba una muger por la galería, conocí á su esposa. Sorprendióse esta al verme, pero recuperándose, con un tono despreciativo, me dijo:

«Si quereis una limosna, buscad al mayordomo.» Yo que estaba casi loca, no necesité mas; estalló mi cerebro, y arrojándome sobre ella y sin darle tiempo ni aun para huir ni para gritar, apreté su garganta y la eché por tierra... Mis manos debieron ser de hierro, puesto que momentos despues conocí que estaba muerta. No me horroricè de tal acción, y salíme á la calle con una estúpida tranquilidad, y sin tener ningun tropiezo, y fuíme por los campos sin dirección fija. Once años de completa locura no me recuerdan nada de mi vida pasada. Me mantenia de las limosnas, y recuerdo que los chiquillos me apedreaban y me llamaban loca. Mucho sufrí desde entónces, y tal vez debí á mis sufrimientos, el que cansándose mi na-

turaleza y mi cuerpo recuperase el sentido, para poder llorar y pedir eternamente perdon á Dios. Desde entónces vivo en esta choza esperando la muerte, y hoy creo la recibiré, pero también con ella me otorgará Dios mi perdon.

El viagero quedó sorprendido con esta referencia y demostró en las impresiones que sintió al oirla, que tal vez conocia alguna parte, sino de la historia, al menos á algunos de sus personages.

La anciana pareció muy cansada y débil al concluir su narración y principió á inclinar la cabeza, como para entregarse al sueño.

—Dormid, le dijo el viajero, descansad, que yo velaré vuestro sueño.

—Y poniéndola en una postura cómoda, instantes despues estaba la anciana durmiendo.

CAPÍTULO TERCERO.

Felizmente hemos dejado á nuestra anciana en el descanso del sueño, quizá el precursor de la muerte, y mientras tanto, vamos á llamar la atención de nuestros lectores sobre el incógnito viajero.

Este, á quien llamaremos Jesualdo, descansó unos momentos dormitando junto el hogar; sin embargo, su sueño era interrumpido á cada momento; un lijero temblor se apoderaba de su cuerpo y despertaba sobresaltado, rodando entonces por sus mejillas tostadas y pálidas, una lágrima que se perdía en su espesísimo y negro bigote.

Haremos una lijera descripción de este personage.

Jesualdo, aunque escasamente tenía treinta años, parecía por su gastado, dolorido y magestuoso aspecto, de

más de cincuenta. Debió haber sido de una magnífica hermosura varonil, pues su fisonomía ligeramente morena y aguileña, de una perfecta formación, estaba adornada de brillantes cabellos negros y toda la barba, que con su negrura, hacía resaltar más la palidez excesiva de su semblante. Sus magníficos ojos negros demostraban á un mismo tiempo nobleza y temeridad. Debía ser de un carácter vehemente é imperioso, sin dejar por eso de tener buen fondo y excelente corazón, Sus ropas gastadas y miserables, unido á su demacración y aspecto melancólico, inspiraban más que compasión, un inmenso terror.

Pasaron algunos momentos en esta lucha del sueño y del espíritu, pero haciendo un esfuerzo levantóse y dirigiéndose hácia una mugrienta mesilla, donde ardía tristemente un pequeño y ahumado farol, se sentó á su lado, y sacando una rota cartera de un bolsillo interior de su pecho, abrióla y tomó un legajo de papeles: des-

parramólos sobre la mesa y principió á ojearlos.

Después de unos instantes que empleó en esta ocupación, dirigióse á ver á la anciana, y notando que continuaba tranquila en su sueño, avivó el fuego que ardía en el hogar y se volvió á la mesa.

Preocupado tristemente con su lectura, y por efecto de las distintas y variadas impresiones que sentía, era tal el terror que producía su semblante, que quizá llenos de miedo hubieran huido, si los génios del mal hubiesen cruzado por el espacio.

Su lectura, ya hemos dicho le producía mil distintas impresiones: ya destellaban sus ojos un relámpago de furor, que cediendo después á un sentimiento dulcísimo, le hacía derramar un par de lágrimas, que se desprendían de sus ojos marchitos. Cuando se arrugaba su frente, presentaba el aspecto más terrible é imponente que se puede contemplar, pero si sus ojos se dulcificaban, era entonces el león

que acariciaba en el desierto á sus cachorros.

Pasó una hora entre estas angustias é impresiones, hasta que el mismo sufrimiento le hizo sepultarse en un profundo sueño, interrumpiéndole en medio de su lectura.

CAPÍTULO CUARTO.

A fuer de escritores vamos á aprovecharnos de su sueño y saber lo que Jesualdo leia.

El papel que tenía entre sus manos, era una hoja de su diario.

Su diario, cuyas demás hojas estaban esparcidas sobre la mesa, y que vamos á presentar á nuestros lectores.

Está concebida en estos términos.

Diario último de mi vida.

«Tengo 20 años y estoy cargada de crímenes: el arrepentimiento ha querido tocar en mi alma, y mi destino y

la fatalidad, me han hecho proseguir mi carrera de desesperación, y olvidarme de sus avisos. Me parece imposible pueda obtener el perdon del cielo...

»Están muy presentes en mi memoria las escenas horribles de mi vida pasada, y es inútil las quiera consignar en este diario: yo quisiera cubrirlas con un velo, y que renaciendo mi confianza, pudiera tener la esperanza de que algun dia perdonase Dios mis delitos...

»Me encuentro en América, he querido huir de mi patria, lejos, muy lejos, para poder olvidar mis hechos: he venido enganchado en mi regimiento por el licenciamiento del otro que existía aquí. . . . . .

. . . . . .

»Era mi padre Administrador en la casa de los señores Duques de Lúgano, y eran demasiado las consideraciones con que le distinguian. Yo tenía unos seis años, y siempre me obligaba mi padre à estar en casa de los

Duques, para que jugase con el hijo mayor de los señores, que se llamaba Diego, y que tenía la misma edad que yo...

«Nunca han podido congeniar dos caracteres iguales; haciendo el retrato de Dieguito el primogénico del Duque, habré hecho el mio. Este niño, no por su posición que le constituia en superior à los demás, sino por su carácter violento y dominador, habria idolatrado sin duda alguna, á todo aquel que hubiera tolerado sus caprichos, y hubiese aplaudido sus acciones; esto no podía suceder conmigo; yo tenia demasiado orgullo para permitir que uno de mi edad, y que no comprendía porquè debia ejercer ninguna clase de influjo sobre mí, tuviese yo necesidad de respetar sus caprichos. Yo tambien por mi parte era violento y dominador. Esto fué causa de que bastantes veces me hubiese castigado mi padre por las faltas d e respeto, que, por su conducta, me veia obligado á cometer con Dieguito: así es que te-

niendo yo la precisión de complacer á mi padre por el cariño que le tenía; y aumentándose cada dia más las ofensas que me prodigaba Diego, llegué á desesperarme tanto, que hubo algunos momentos en que casi deliraba. No pasaba un instante sin que cruzasen por mi imaginación mil deseos maléficos, á que me conducía el ódio, que cada dia se aumentaba contra su persona. Este se acrecentaba mas y mas, pero en el instante mismo en que iba á estallar á causa de cualquier insulto, el recuerdo de mi padre, á quien idolatraba, hacia ahogar en mi pecho un rugido de rábia.

«Un dia estábamos en el jardin con los duques, y se empeñó Diegnito lo llevase en los hombres para dar algunas carreras; yo me escusé haciéndole ver tenía un pié dañado, efecto de una gran piedra que hacía dos dias me habia arrojado: sus padres trataron de desvanecer su idea; pero fué en vano, y ya me iba á prestar á su exigencia, cuando él, desesperado de mi

tardanza, me cruzó la cara con un latiguillo que llevaba en la mano... No sé lo que pasó por mí, salté sobre él como un tigre para devorar su presa, y agarrando su cuello con una desesperación convulsiva, estaba ya para ahogarlo. Su padre y el mio que corrieron hácia mi, le salvaron de la muerte: huí de la casa y me retiré al campo para no penetrar jamás en la población.

»Seis años se pasaron desde entonces en el ejercicio de la caza á que me dediqué; sin embargo, esto no debía durar mucho tiempo. Erase una mañana despues de tendido el sol, cuando yo como de costumbre estaba recorriendo los bosques, en busca de cualquier animal que saltara á mi paso, cuando un venado sorprandiendome, cruzò por delante de mi vista; no bien divisé al animal, cuando á los pocos pasos cayó muerto.

—Villano, oí que me gritaban por detrás.

Vuelvo rápidamente la vista, y veo

un ginete que venía á todo escape, y que aunque quise no pude evitar que me derribara su caballo.

Me levanté lleno de ira, cuando sentí un golpe que me trastornó la cabeza; no pude aguantar más; arrojème de un salto sobre el caballo y hundí tres veces mi puñal en la garganta del miserable.

Despues reconocí era Dieguito el hijo de los Duques de Légano. Era la una del dia.

Estaba desesperado; aquel accidente me hizo temblar; llegué á conocer que si seguia en mi pátria, pronto me llamarían mónstruo, y me vería odiado por todas partes. Tomé mi partido y huí de aquel sitio. Principié á caminar con velocidad, y siendo ya cerca de noche sentí unos lastimeros quejidos no lejos de mí: iba á desentenderme de ellos y proseguir mi camino incierto, cuando los gemidos que oia me demandaban compasión; entonces me acerquè hácia el sitio donde los habia oido y ví à una pobre anciana,

que hacía los más desesperados esfuerzos para desahogarse de un haz de leña que la oprimia con su peso y le era imposible levantarse por la caida que la tenía postrada. Acércome á ella, le arrebato la leña que la oprimia y pudo entonces incorporarse.

—Dios te lo pague, jóven: la única recompensa que te puedo dar será que me acompañes á mi choza, que no está lejos, y que esta misma leña te sirva para calentarte.

—Vaya, conducidme á vuestra morada, le contesté.

La vieja pasó por delante de mí con paso temblaroso y vacilante, siguiéndola yo hácia una mezquina choza, que no distaba mucho.

Ella al llegar se sentó desvanecida. La pobre vieja tiritaba.

Apresuréme entonces á encender lumbre, y despues de algunos instantes noté ya alguna animación, alguna vida en el semblante de la anciana.

—Ay, hijo mio, me dijo entonces, gracias; Dios algun dia te recompen-

será el haberme librado de la muerte: sin tu auxilio hubiera perecido sin duda alguna y yo debo vivir todavía.

—Oiga el señor vuestros votos, porque soy demasiado desgraciado.

—Ah y lo que siento, hijo mio, es que aun todavía te tiene que amargar demasiado el mundo. Tu tienes una hora fatal en tu existencia...

—¡La una! le interrumpí sobrecogido y temblando.

—Si, la una.

Lancè un gemido desgarrador; mi corazon se partía, mi cabeza deliraba.

La vieja, procurando calmarme, me dijo:

Yo no quisiera haberte manifestado nada, pero sin embargo, queria darte un consejo para demostrarte un agradecimiento, que la fatalidad y el destino, marcan esa hora terrible en tu vida, y que debes ampararte de Dios cuando lleguen esos instantes desgraciados para huir de ellos y escusar su contagio.

—Bien, yo les evitaré: no tendré mucha necesidad de violentarme; mi cabeza y mi corazon, pronto serán insensibles á todo.

Hubo un momento de silencio: yo meditando en mi porvenir habia desaparecido de mi imaginación lo presente. Una hora pasaría así, cuando salí de mi meditación; el sueño y el cansancio embargaban todas mis facultades. Volví la vista hácia la anciana y noté que dormía...

A la mañana siguiente me separé de ella.

Pocos dias despues me enganché de voluntario en unas tropas que marchaban para América.

Ya aquí, espero encontrar una vida nueva que me borre el recuerdo de mi malhadada juventud.

Han pasado nueve años, es decir, me encuentro con veinte y nueve de edad.

No sé como he podido enamorarme: creo será una felicidad, porque eso me proporcionará sentir las dul-

ces emociones que no he conocido en mi vida; sin embargo, temo llevar la desgracia á el ángel que me ha inspirado su amor.

Mi persona mancha todo cuanto toca.

Estamos en Santiago de Cuba. Don Pedro Gonzalez vino á esta ciudad el año de 1795, y entró de dependiente en una de las mas fuertes casas de comercio de Santiago. Enamoróse á poco de la hija de su principal, y habiéndose casado quedó él dueño absoluto de la casa. A poco tiempo tuvieron una niña llamada Maria. Esta es mi idolatrada: el ángel bello que ha mirado con compasión y ternura al desgraciado proscrito.

Hace unos dias se encuentra mala la señora doña Ana, la madre de mi hermosísima Maria.

«Hoy está agonizando. He estado cerca de media noche en asuntos de mi servicio: á esa hora he ido á casa de mi adorada. Un dependiente de ella que es un rival mio desgraciado,

me ha visto al entrar: yo no hice caso de él: sin embargo, me insultó por mi atrevimiento, queriendo arrojarme á la calle... Mi cabeza deliró y avancé hácia él con el estoque en la mano para confundirlo. El huyó, y yo siguiéndole penetré en la habitación donde se habia refugiado: varios gritos se oyeron entónces, yo le hubiera atravesado de una estocada, pero tembé y retrocedì huyendo al punto de la casa. Era la una de la noche.

Aquella noche murió la madre de Maria, pocos momentos despues de haber yo hollado su morada. ¡Hasta cuando me perseguirá mi fatalidad!..»

Aquí está interrumpido el diario: los caracteres que en èl se encuentran no se pueden comprender porque las hojas en que existen están rotas y mojadas.

Lo único que hay inteligible es: «Mañana parte Maria para España, yo iré con ella.»

Lo que continuaba despues en el

diario, eran las hojas que tenia Jesualdo entre sus manos.

CAPÍTULO QUINTO.

Las hojas que tenia Jesualdo entre sus manos decian así:

«¡Padre mio! ¡querido padre! despues de tantos años de ausencia no sé si existirá y esta duda me mata. Tampoco sé si es que existes, donde te podré encontrar, pero yo te buscaré, no pararé un instante hasta que pueda dar contigo; hasta que te estreche amorosamente en mis brazos.

»Apenas he llegado he preguntado por tí á todo el mundo, y no he podido obtener noticia ninguna. Esto me desespera. ¿Será que habrás muerto? esta desgracia más me faltaba.

Deseo que venga el dia: no puedo dormir nada, á pesar del grande cansancio que entorpece mis miembros. Estas habitaciones desiertas donde

no veo sino alguna que otra estraña fisonomía, me indica no existe ningun ser querido á mi alrededor. Mi imaginación se complace en torturarme mostrándome con esta soledad la desaparición total de mi familia.

»Ah! padre mio, tú quizás ya habrás desaparecido de la tierra, para pedir á Dios por mí en el cielo: pero mi hermano, ese pobre niño, que contaba un año cuando yo partí, ¿dónde se encontrará?... Ah! no lo conozco, pero fio en que mi amor lo adivinará donde lo encuentre.

»¡Dios mio! ¡Dios mio!... concededme siquiera el placer de que pueda abrazar á alguno de mi familia...

»La felicidad que creia encontrar á mi vuelta no existe. Mi padre está en el cielo. Las fuerzas morales y físicas se me han agotado. Llevo seis dias de correr en busca de esa felicidad, de que aun conservaba esperanza de disfrutar.

«Son las doce de la noche, y estoy cansado de sufrir y de buscar á mi

familia. Ahora pudiera entregarme al sueño, y sin embargo no puedo. Mi hora fatal se aproxima....

»Anoche salí de mi casa, al oir unos gritos en la calle: se me olvidaba decir, que hoy vive en mi casa una honrada familia. Salí al punto á la calle, y ví un hombre que se defendía de otros dos: inmediatamente me puse de parte del que estaba solo, y acometí para defenderlo. Después de unos momentos de lucha uno de los contrarios cayó en el suelo, y el otro huyó; en esto vimos que acudía gente y nos retiramos.

»Aquel á quien yo había defendido, cuando nos vimos distantes del lugar de la escena, me dió las gracias y me dijo:

—»Os debo eternamente la vida, pues el enemigo más encarnizado que puede tener un hombre, era ese que habeis muerto. Mariano Albornoz había jurado mi muerte.

»El golpe monótono y seco que entonces sonó de una sola campanada, no pudo ya impresionarme.

»Mariano Albornoz, era mi hermano.

»Será esta noche como la anterior? No, yo cortaré mi fatalidad de una vez. Me mataré.

»Estoy loco, desesperado, pronto sonará mi hora fatal, y temo suicidarme. Quiero recurrir á la oración, y no puede salir de mis lábios. Ni un recuerdo de María... Mi padre no existe... ¿para qué quiero vivir?... No lo sé, pero tiemblo.

»Estas últimas páginas las estoy devorando con mis ojos, y beso el retrato de mi padre... es lo único que me queda» . . . . . .

. . . . . .

Aquí concluia el diario. Estas últimas pàginas que estaban recientemente escritas, y que eran las que apretaba Jesualdo entre sus manos, en los momentos en que lo hicimos conocer á nuestros lectores, eran las que le tenìan en tal estado de desesperación.

Jesualdo, efecto de la fatalidad que

ya conocemos le perseguía, había adquirido la debilidad de temblar al sonido del reloj, pero lo que más efecto le producía, era el golpe solo y monótono de la una. Esto no era estraño: á Jesualdo le habían profetizado que la una sería siempre la hora más fatal de su existencia; y á pesar de que él algunas veces ayudado de su razón, se había querido desentender de estos pronósticos, sin embargo, los hechos reales y efectivos en que se había encontrado tantas veces, todos sus crímenes ejecutados en esa misma hora, le traian á la imaginación sus recuerdos horribles. A esa hora siempre despertaba: á esa hora se le presentaban en su delirio los fantasmas sangrientos de los que había sacrificado; y á esa hora temblando todo su cuerpo, y desorganizado su cerebro, veia espectros, veia sangre y le parecia volar con ellos, y estar encenagándose entre las fétidas emanaciones de las charcas de sangre de sus víctimas. Entónces, ya desvanecido después de

luchar con su imaginación, recurría á recuerdos agradables, á sus caras simpatías, como pidiéndoles amparo. María y su padre eran los séres que invocaba.

Esta noche en que lo hemos hecho conocer, había sido mayor su padecimiento, porque un momento antes había perdido la esperanza de encontrar á su familia.

Por eso no tenía en su mano las últimas hojas de su diario, en el que soñaba con la esperanza de contemplar á su padre en el cielo.

Por eso esclamaba en su desesperación ¡padre mio! ¡padre mio!

CAPÍTULO SESTO.

Nuestra narración vá á anticiparse algunas horas; esto tiene que suceder contínuamente á todo escritor, que quiera llevar algún órden en la esplanación de sus ideas, y que no quiera

embrollar su imaginación confundiendo á sus lectores, que le prestan toda su paciencia, para escuchar sus historias. Tiene que saltar indispensablemente de una parte á otra, para coordinar los diferentes sucesos que formen el nudo y el enredo de su drama; y tiene que llevar su acción á iguales pasos, porque entónces muchísimas escenas, aunque indispensables, si retrasásemos su manifestación serían intempestivas, importunas é inútiles.

Por lo tanto, tenemos que trasladarnos á otra parte, y mal que nos pese, dejar á Jesualdo sumido en su letargo.

Y ahora que hemos dicho, notamos estar dispuestos á filosofar algunos momentos.

¿Podrá ser disculpable nuestra atrevida acción como escritoras, de aprovecharnos del sueño de Jesualdo y hacerle el robo escandaloso de su diario, no para satisfacer nuestra curiosidad, sino aun más, para mostrár-

sela al púb'ico, cuando sabemos que este no propende más que á la risa, y que además de ser un millón de cosas, tiene el gran mérito de no tener corazón?

Nosotros, á pesar de que lo hacemos, no lo disculpamos; no, de ningún modo, porque hombres que comprenden algo la delicadeza, jamás podrían abusar de la confianza de su enemigo, y mucho más de un ser que inspira compasión.

Pero nosotros lo hacemos, y lo hacemos porque pretendiendo ser escritores, tenemos que llenar cumplidamente la misión del escritor.

Esta es la de demostrar á la sociedad sus vicios y sus virtudes, encerradas en las pasiones que agitan el corazón y trastornan la cabeza, para que de ello pueda conocer alguna cosa, y con esto y los desengaños que esperimente con la lectura, pueda practicar las virtudes y aborrecer los vicios.

Esta es la tendencia del escritor, y

esta es por lo tanto la razón de habernos atrevido á penetrar la recóndita existencia de Jesualdo y que nos sirva de principio para conocer la fatalidad, que aún todavía no cesa de perseguirle.

Estamos en Córdoba: en una de esas casas cuya fachada antígua adornada con sus escudos de armas, demuestra la nobleza de sus fundadores, y la no menos también de sus poseedores.

En uno de los salones sucede la escena que vamos á referir:

Son las diez de la noche: en esta habitación se encuentra un anciano, que es el único que interrumpe el profundo silencio que allí reina con sus ahogados sollozos. De vez en cuando tiene suspensiones, que son más tristes que sus mismos sollozos, porque en esos momentos se temería que hubiese acabado su existencia.

Sentado en un sillón y las piernas entrapajadas, apoyadas en un escabel con almohadones, su postura que es

siempre la misma, revelan padece alguna enfermedad muy grave que le tiene en tal estado.

A su lado arde el fuego en una chimenea incrustada en la muralla y que por cima de la campana muestra un magnífico espejo de Venecia.

Ya hemos dicho que lloraba, y que lloraba con desesperación, y que sus sollozos eran los que interrumpian el silencio profundo de aquella estancia.

Se encontraba solo.

Momentos después el silencio ha sido interrumpido: ha penetrado en la habitaciòn un jóven que lleva retratada en su semblante la desesperación: viene, aunque muy pálido, jadeando y convulso. Sus miradas vagas se han fijado en el anciano; y su vivísima imaginación le ha sugerido la idea de retroceder; lo ha querido poner en práctica al instante, pero ya no era hora.

El anciano le ha visto, quiere levantarse, hace desesperados esfuerzos para incorporarse; pero cansado y ja-

desnte queda sepultado en el sillon que le servìa de asiento.

Con muchísimo trabajo ha balbuceado estas palabras:

—¿Dònde està?

—Papá, contestó el pobre jóven temblando.

—Miguel, dime por Dios, donde està? sácame de esta muerte... ¡Hija de mi alma!

—Papá, consolaos.

—Si, yo ya estoy alegre con haberte visto, porque no dudo que la habrás encontrado, que la habrás traido contigo, ¿es cierto?

—No señor, no la he encontrado, ha desaparecido en un carruage, que precisamente la esperaba; las huellas de él no hemos podido dar con ellas.

El anciano escuchaba elelado las frases que pronunciaba Miguel, y de momento en momento una desesperación convulsiva y silenciosa le hacia arrancarse los cabellos.

—Lévame donde está, le repetia, yo moriré si nó la ven mis ojos esta noche... Ay! me ahoga mi dolor.

Calló el anciano... En un momento de convulsiva desesperación, levantóse vacilante y fué á encontrar su apoyo en los brazos del jóven Miguel, en los que cayó desplomado.

Miguel á duras penas pudo arrastrar el cuerpo de su padre hasta el sillon que le servia de asiento, allí lo dejó caer, y el pobre niño temblando se sentó en un escabel á su lado.

Pobre jóven, cuyo corazon bello é inocente gozando de amor y delicias, vertia en este momento lágrimas de sangre, que procuraba secar sobre sus megillas.

¡Pobre jóven á quien destrozaban el alma los padecimientos de su anciano padre!

Mas dejèmosle espiar atentamente los movimientos que agitan al anciano y vamos á ver lo que sucedia en otra parte.

CAPÍTULO SETIMO.

Son las once de la noche: oscura y encapotada por demás anuncia una próxima tormenta; húmedo y enrarecido el aire, sopla por algunos momentos con violencia, y despues parece plegar sus alas quedando en completo reposo.

Un ginete, llevando en sus brazos una jóven camina al parecer perdido por la inmensidad de los campos, dirigiéndole con velocidad y salvando troncos y peñascos en su aventurero camino. No se oye otro ruido mas que el trotar y galopar del caballo; ni el ginete ni la jóven murmuran una palabra. De momento en momento se detiene el ginete para abarcar mas el cuerpo de la jóven que va en completo abandono, segun los esfuerzos que hace para sostenerla. La jóven va desmayada.

Limpio y desembarazado el terreno de toda clase de árboles, parece el ginete conocer perfectamente el camino por donde se dirige, y tiene tal confianza en su caballo que no teme cruzar por entre las breñas.

Así marchaban, cuando en uno de los momentos en que se levantaba el viento, principió á descargar un terrible aguacero, acompañado de truenos espantosos; el ginete en contestación aguijoneó su caballo, que sin recelo continuaba, y juró y renegó mil veces de tan intempestivo aguacero.

Pocos momentos despues principió la jóven á volver en sí por efecto del agua que le habia mojado el semblante, y el primer impulso fué quererse arrojar del caballo. El brazo de hierro que la sostenia, se oprimió mas fuertemente á su cintura é impidió su acciòn.

—Dejadme por Dios; yo voy á morir, gritaba la jóven desesperada.

—Calmaos, ya veis no os sucede nada, respondia el caballero, procurando dulcificar su voz.

—Vos me dejareis, yo no os amo; ya no puedo amaros ya jamás. habiendo cometido este atropello. ¡Tened compasion de mí!

—Es inútil hablar mas: ya debeis estar convencida de que me dareis vuestro amor, ó de que yo lo tomaré de vos. Estoy decidido á hacerlo.

La jóven entónces por toda respuesta, hizo un esfuerzo violento y desprendiòse de los brazos del caballero, viniendo á caer al suelo, cuyo golpe fatal la privó del sentido.

Inmediatamente bajòse el caballero y recogiéndola con solicitud, volvióla á montar en el caballo, marchando poco despues en direccion á una pequeña luz ó claridad que se advertia á pocos pasos.

La jóven continuaba desmayada, y el ginete y el caballo, volaron con su carga, atravesando por medio de la llanura y del vendaval.

Pocos momentos despues llegaron á la puerta de la cabaña.

Descolgó el caballero su desmayada

carga, y en seguida bajándose la condujo al hogar donde la anciana yacía durmiendo, y á pocos pasos el viajero Jesualdo.

Ató el caballo á la puerta y penetrando junto al hogar y al lado de la jóven, volvió esta en sí. Jesualdo seguia en su sueño, y el farolillo de la mesa que iluminaba su semblante, hacia ya rato que habia sucumbido, escaso del alimento de su luz, de modo que los nuevos entrados en la cabaña no vieron mas que á la anciana, y creyéndose era el único ser habitante de aquella choza, que estaba inmóvil como un tronco.

Hemos dicho que la jóven volvió en sí de la caida que diera en el camino, y comenzó á sollozar.

El caballero sentóse á su lado y tomándole una mano, le dijo:

—Consuélate, Maria, jamás abusaré de tí, si es que te dignas mirarme concompasión. ¿A qué esa odiosidad? ya vés estás en mi poder y sería en balde tu resistencia. Yo te prometo

todas las felicidades del mundo si me miras una vez sola; yo soy como ya sabes el Duque de Lúgano y puedo hacerte mi esposa y completamente feliz con cuanto puedas desear y con todas las solicitudes de mi amor.

—Sois el Duque de Lúgano; debeis ser por lo tanto un caballero, y no dudo que comprendereis todas las razones que yo os daré para que me podais olvidar.

La jóven aparentaba una dulzura en sus palabras y en sus miradas, que verdaderamente no sentia, y por lo mismo hacia estraordinarios esfuerzos para conseguirlo, y de esa manera, probando este recurso, ver si podia libertarse de aquel terrible compromiso; sin embargo de que podemos asegurar que la virtuosa niña, estaba dispuesta á dejarse matar mil veces, antes que el Duque de Lúgano pudiese abusar de su honor.

Diremos algunos antecedentes de estos dos personages, y vendremos en en conocimiento, que esta era la jó-

ven que lloraba perdida el anciano, que contemplamos impedido en una casa de Córdoba.

CAPÍTULO OCTAVO.

Dos meses hacìa con corta diferencia, que habia llegado á la ciudad de Córdoba una escasa familia, pero al parecer poderosa y opulenta por la gran cantidad de baules y equipajes que traian.

Era compuesta esta, de un caballero de unos 60 años de edad, padre de una bellísima jóven de 25, que es nuestra Maria, y de otro niño de 14 años, tambien hermano de Maria.

Flexible como una palma, Maria, y elegante y magestuosa cual ninguna, sus blondos y rubios cabellos, adornaban la fisonomìa de un ángel, con sus bellos ojos de azul claro.

Esta era Maria.

Mil comentarios formáronse de es-

ta familia, pero lo que únicamente se sabía de cierto, era que el padre estaba absolutamente impedido á causa de unas grandes úlceras que instantáneamente le habían salido en las piernas, razón porque, á pesar de haberle visitado algunas personas de distinción, no habían devuelto la visita.

Completamente aislados pasaban la vida, cuando se presentó el Duque de Lúgano, jóven loco y disipado y el que recientemente se había quedado sin padre.

Algunos pormenores de la manera de conducirse éste, nos llevarán hasta el punto en que tuvo la osadía de robar á la jóven María de su casa.

Después de hacer la visita de cumplido, que ya hemos dicho, y en la que se había enamorado perdidamente de María, ocurriósele volver à la casa, bajo el pretesto de preguntar por la salud del caballero don Pedro Gonzalez, que así era como se llamaba el padre de Marìa.

Desde la primera visita le había

sorprendido y repugnado á María la insistencia y tenacidad con que el duque la miró, y esto unido á la libertad de sus modales, habían sido la causa de que naciese en María una cierta antipatía por el duque, que difícilmente se pudiera borrar de su pecho; así es que, cuando un criado de la casa lo anunció, estando María al lado de su padre, le contestó al punto:

—Decid al duque no estoy en casa, y que el señor continúa mal.

Efectivamente llevó el criado la respuesta, y el duque se retiró furioso.

Es inútil decir, pues ya lo conocemos por esperiencia, que los inconvenientes aumentan los deseos. Desde este día, no pensó el duque más que en María, pero de una manera apasionada y fatal.

Al día siguiente recibió María una carta concebida en estos términos.

«María: no he permitido que pase por mi mente la idea de recibir un

desaire en su casa, y mucho más cuando mi alma es la suya desde el momento que la ví: caballero por mi nacimiento y educación, me entrego completamente á Vd. ¿Querrá usted, siendo mi esposa, hacer la felicidad de su rendido s. s. q. b. s. p.?

DUQUE DE LÚGANO.»

María quedó sorprendida con esta carta, pero sin embargo le contestó lo siguiente:

«Sr. Duque: creo en su delicadeza y caballerosidad al ver no ha sospechado que en mi casa se le pudiera hacer un desaire. Por lo demás, estrañando su repentina pasión, espero se servirá dispensarme, que no corresponda, ni admita sus favores, pues tengo entregado mi corazón. Esta circunstancia impide aceptar el honor que proponeis à vuestra amiga q. b. s. m.

MARIA.»

Tras de esta respuesta, recibió María multitud de cartas, que se vió en la precisión de no contestar, por la manera en que estaban concebidas, y en las que el duque había revelado descubiertamente su mala pasión y su idea de venganza, por el desaire que creia le hacía la jóven, con no admitir su pasión.

Pasaron dos meses y María estaba ya aburrida y sofocada, pues no se asomaba una vez á sus ventanas en que no viese al duque parado en su calle, y no salía una vez en que éste no le molestase y siguiese, manifestando su pasión, las más de las veces, de una manera inconveniente y violenta, tanto que, María atemorizada, se vió en la necesidad de no salir más á la calle.

Una tarde había ésta salido á hacer una visita en carruage, y al despedirse, hora del crepúsculo, se metió con precipitación dentro del coche. Inmediatamente principió à rodar, y María no conoció el cambio que se

había efectuado, mientras estuvo dentro de la casa. Por una rara casualidad, desgraciada esta, apenas recostóse en el coche, se entregó á mil meditaciones, tal vez á pensar en sus amores, y despertó de su letargo cuando el coche cesó de rodar: se dirigió á la portezuela, y no hubo tiempo ni aún de reconocer el lugar donde se encontraba.

El Duque de Lúgano la abrió, y dando María un terrible grito, cayó desmayada en los brazos del Duque, que trasportándola á un caballo que tenía preparado, huyó con ella en dirección á la sierra de Córdoba.

Estos eran, pues, el ginete que vimos cruzar con su carga por medio de sendas y matorrales, y que fueron á parar á la choza de la anciana.

—Pero bien, repuso el duque, en contestación á las frases dulces que le dirigiera María. es inútil me trateis de convencer; mi idea es una sola; yo os amo. Si quereis ser mi esposa mañana, es preciso que esta noche seais

mia, sino temo que me engañeis: con que despojaos de escrúpulos y ceded.

El semblante del duque, á decir verdad, desmentia completamente las palabras salvages que acababa de pronunciar.

—Ah! no! jamás! abusais de vuestra fuerza, esta pobre anciana me amparará, y dirigiéndose á ella, abrazó sus rodillas.

Levantóse el duque, y enseñándole un escrito le dijo:

—Este es el último paso que doy; escuchad.

Y comenzó á leer á la luz vacilante que se desprendía del hogar.

—«Mi querido padre: es una locura la que hace dias se ha apoderado de mí: amo con frenesí al Duque de Lúgano, y he cometido la imprudencia de venir á su casa: yo soy suya; por lo tanto espera vuestra bendición y vuestro perdón vuestra amante hija.»

—Firmad, dijo, este papel, para remitírselo á vuestro padre, y otro

igual para que me sirva de salvaguardia, para que no podais dejar de cumplir vuestro compromiso: de esa manera os respetaré hasta que el sacerdote nos haya echado la bendición; sino, sereis mia ó morireis.

La jóven sollozaba agarrada á la anciana y la sacudía procurando despertarla; esta, casi sin aliento, no tenía movimiento alguno, y la miraba con ojos espantados y frios.

María sintió un horror inmenso al contemplar á la anciana, que atendida su inmovilidad y la fijeza de su mirada, parecía estar muerta. Entónces, María, se desprende aterrorizada de la anciana, y se dirige de rodillas al duque, à quien comprendiò por su mirada, sería imposible hacerle retroceder de su proyecto. Ve el duque satisfecho el terror de Marìa, y presentándole una pluma del tintero de bolsillo que llevaba, le dijo con voz implacable:

— Firmad, y acabemos, porque tal vez un momento de tardanza nos hará arrepentir.

María abarcó la pluma con sus dedos, y temblando puso dos veces su firma en los dos papeles que el duque le presentó.

—María Gonzalez, leyò el duque, está bien.

—Llevadme á mi casa, Duque de Lúgano, yo os juro seré vuestra, habeis conseguido lo que deseábais, dijo apenas acabó de firmar, y dirigiéndose á la puerta de la cabaña casi exánime.

Tomóla el duque entónces en sus brazos, y montándola en el caballo se dirigió á Córdoba.

Pocos momentos después estaban en casa del duque donde salió un criado en dirección de la casa de María, para entregarle á su padre la carta que había escrito en la choza.

CAPÍTULO NOVENO

La ancisna estaba despierta pero sin acción y sin fuerzas algunas. El sueño de Jesualdo era profundo, y no

habia advertido nada de la escena que acababa de suceder.

La noche habia pasado en tanto, y al par que Jesualdo dormia, la anciana habia ido debilitándose por momentos. La pobre vieja se habia ocupado en rezar, puesto que dos ó tres veces habia llamado á Jesualdo, despues que salió de la impresión terrible que le habia causado la anterior escena, y no tuvo contestación alguna.

A poco rato, vió que el dia estaba próximo á venir, temió morir antes de contemplar la luz, é hizo un grande esfuerzo y volviò á llamarlo.

Este despertó instantáneamente, y aproximóse á la anciana.

—Què quereis, le dijo.

—Nada, repuso la vieja, que esteis á mi lado porque se acerca mi muerte.

—¿Quereis alguna cosa? ¿Quereis que os lleve á Córdoba en mis brazos, para ver si teneis alivio?

—No, hijo mio, gracias: no habria tiempo para eso, llevarias un cadáver.

Oye, dijo con una voz que casi se percibia, has dormido toda la noche y no has visto nada. Yo no sé si es un sueño ó una escena de horror, lo que yo he presenciado. Una jóven me despertó abrazándose á mis rodillas, y un hombre le dijo que firmase unos papeles que eran su deshonra en caso de que no se casase con él, la jóven firmó y era Maria Gonzalez.

La vieja no pudo continuar é inclinó la cabeza. Jesualdo al escuchar este nombre, quedó espantado. Era el de su adorada. Levanta la cabeza de la anciana, y dícele con voz desesperada:

— Quien era ese hombre, decidmelo por Dios. Ah, no murais, para que yo pueda salvar á mi Maria... ¡Dios mio! esclamaba, viendo la inmovilidad de la anciana, detened su última hora, haced que hable y me pueda decir su nombre, y se apretaba las sienes con las manos.

— Hablad por Dios, repetia, hablad por última vez; decidme quien era

ese vil, y detuvo su respiración aplicando el oido y los ojos.

La anciana habia movido los lábios: y mas bien por el movimiento de ellos que por su palabra, Jesualdo comprendió esto.

—Yo rogaré por tí... engañada como yó por el Duque de Lúgano.

Un suspiro y un murmullo, apretando al mismo tiempo las manos de Jesualdo, fueron las últimas señales de vida que dió la anciana.

Jesualdo creia que aun seria un desmayo, pero algun tiempo despues notó que estaba yerto el cuerpo que tenia delante; y entónces cumpliendo con su último deber la dió sepultura.

En esto vino el dia y Jesualdo salió como escapado de la cabaña.

CAPÍTULO DÉCIMO.

Son las diez de la noche, del mismo dia en que murió la anciana de la

choza, y un embozado, Jesualdo, se encuentra tras de la esquina de la plazoleta que forma la casa del jóven Duque de Lúgano.

Es una noche oscurísima, y ni un viviente transita por las calles de Córdoba.

Es una de esas noches destinadas por la Providencia para la perpetración de lo que nosotros llamamos crímenes, y que sin embargo son á veces justicias del Altísimo, que no podemos juzgar ni comprender.

Jesualdo impaciente y desesperado lleva una idea fatal que lo tiene en aquel sitio. La revelación de la ancisna moribunda, le hizo conocer que su idolatrada Maria se hallaba en Córdoba, y que tal vez en aquellos momentos, era víctima de un crímen cometido por el Duque de Lúgano.

El Duque de Lúgano que irritó y secó su corazon; el Duque de Lúgano que lo precipitó en la carrera del crimen, y á quien Jesualdo por las razones que ya sabemos, profesaba una

antipatía invencible. ¿Pero cómo vivia este jóven su compañero y verdugo de la infancia, cuando Jesualdo le habia dado tres puñaladas en el bosque? Era otro hermano tal vez de su enemigo muerto? Jesualdo lo ignoraba, pero un secreto presentimiento, un deseo de venganza infinito, le hacia creer que Diego vivia, y conocer que mientras viviese, tenia que ser su génio maléfico.

Maria, por otra parte, la hermosísima Maria, su idolatrada, ya habia indagado donde vivia, y se habia podido informar de que se encontraba mala. Esto, ciertamente era debido á la felonía que con ella habia cometido el Duque de Lúgano ¿cuándo encontrar á este para sacarle el corazon, y con él el papel que le habia arrancado con violencia á la hermosa Maria, para quemarlo mil veces? ¿Cuándo vindicar sus ofensas de niño y de adulto, y cuándo vengar sus celos y su rivalidad?

Estos eran los pensamientos que

cruzaban por la mente de Jesualdo; así es que en acecho como la pantera, esperaba paseando impaciente y recatado á su víctima.

Pasó hora y media, y ya parecía Jesualdo desesperado de encontrarle, creyendo que la casualidad le separaba de él, para vengarse de una vez, cuando unos fuertes pasos se percibieron á lo lejos, que se fueron momentáneamente acercando.

Jesualdo se preparó y poniéndose precisamente pegado á la esquina, para que diese con él de frente el que se acercaba, esperó.

Instantes despues, topó un hombre con Jesualdo, produciendo un choque fuertísimo, del que resultò, que el recien venido esclamara:

—Animal, estais ciego?

—Si os parece, os pondré tambien á vos, sois un villano.

Y al par que dijo esto Jesualdo, le tiró al desconocido fuertemente del embozo de la capa.

El Duque de Lúgano que era el

que llegara, sacó inmediatamente un sable debajo de su capa y se retiró á dos pasos: Jesualdo hizo lo mismo y se principió una lucha sangrienta.

No es necesario decir que Jesualdo conoció inmediatamente á Diego, el hijo de los Duques de Lúgano, su compañero de la infancia, y á quien él en el bosque habia dado de puñaladas. Al contrario, este no pudo conocer á Jesualdo, por la distancia del tiempo y la variación completa que habia sufrido su fisonomía.

Despues de algunos momentos en que la prolongación de la lucha no daba á conocer ventaja en ninguno de los dos, la viva escitaciòn de Jesualdo, impaciente de tanta tardanza, hizo que este avanzase mas imprudentemente, pero sin adelantar nada contra su contrario.

La tranquilidad del Duque nacía de no conocer á Jesualdo, y de no turbar su mente ningun recuerdo de su pasado. Esta era la seranidad con que contaba, de que el otro carecia, y era

la gran ventaja que tenia sobre él; cuando en Jesualdo, la misma irritación, la misma espantosa rabia que le dominaba, le hacian estar mas desacertado é impetuoso en sus ataques.

El Duque conocia la destreza de su contrario, y anduvo desde el principio bastante precavido, pero despues de algun tiempo, llegó á cansarse y á irritarse un poco, y por lo tanto á apresurar su ataque; Jesualdo lo deseaba, y conociendo le haria buen efecto, le dijo:

—Ya veo despertais, creia estar con un cobarde.

—Ya lo verás, respondió el Duque, lanzándose sobre él y descargándole un golpe fuertísimo, que Jesualdo milagrosamente evitò, dando dos pasos hácia atrás; pero lanzándose inmediatamente sobre el Duque, aprovechando el avance que este habia dado para descargarle el golpe, le dió una fuerte cuchillada, introduciéndole toda la hoja en la cabeza.

—Jesualdo está vengado de sus insultos.

—Jesualdo habeis dicho, repuso el Duque con voz desfallecida; Jesualdo, mi hermano... que me mata.

—Yo vuestro hermano, dijo Jesualdo tembloroso.

—Sí, mi hermano; llévame hasta casa y lo sabrás todo... yo me muero.

Jesualdo, pálido y exámine corrió precipitadamente á la casa de Diego, que distaba unos quince pasos: no sabia lo que le pasaba, pero un secreto presentimiento y una grande intranquilidad le embargaban todas sus facultades: llamó fuertemente y vinieron los criados con luces. Vuelve Jesualdo al sitio donde yacía tendido el Duque de Lúgano y cogiéndole en sus brazos, con una fuerza sorprendente, le condujo hasta la casa, y penetrando en ella por distintos y prolongados salones, depositó su carga en un lecho. Inmediatamente se dieron órdenes para que acudiesen médicos, y entre tanto procuraron vendar la cabeza del Duque que yacía en un letargo.

Jesualdo no sabía lo que le sucedía: á fuerza de meditar en aquel acontecimiento, su imaginación se había parado y permanecía inmóvil como si no existiese.

Momentos después, llegaron dos médicos y conocieron en el estado del Duque, la proximidad de la muerte. La estocada que había recibido le había abierto completamente el cráneo.

Pidieron estos se le administrase el último Sacramento, y dijeron que ya no había más que esperar.

En esto vuelve el Duque de su letargo, y con voz debilitada murmuró, dirigiéndose á los criados.

—Reconoced á vuestro nuevo señor don Mariano Lopez García, mi hermano. Desde hoy es el heredero de mis bienes y de mi nombre.

Jesualdo, aún sin comprender nada, besó á su hermano en la frente, derramando lágrimas amargas de arrepentimiento, y quedando recostado sobre la almohada, dominado por un dolor inmenso.

El Duque tomó la mano de su hermano, y ya sin poder hablar, le entregó una llave.

Un débil suspiro después de un corto murmullo de súplica al Altísimo, indicó á los circunstantes que el Duque acababa de fallecer.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Al dia siguiente, unos magníficos funerales llevaron á la última morada el cadáver de Diego, Duque de Lúgano.

Mariano ó Jesualdo, según lo hemos conocido sentado junto á un bufete, leia derramando abundantes lágrimas el testamento de su padre.

La cláusula en que se hablaba de él decía así:

«Mi hijo Diego, si quiere complacerme cuando me encuentre en el cielo; si quiere, como yo se lo mando, espiar las molestias é insultos que

prodigara á su hermano Mariano en su juventud, que se hallaba en mis casas, como hijo de mi mayordomo con el nombre de Jesualdo, y á quien Diego no conocia, debe procurar incesantemente, como la sola idea de su existencia, averiguar su paradero y entregarle la mitad de todos mis bienes. Jesualdo ò Mariano, es hijo mio natural, tenido en mis primeros amores con una jóven del pueblo. Su nombre era Isabel Fernandez, que ya creo no existirá, pues no he podido saber de ella, desde poco después de mi matrimonio con mi legítima esposa. Sin embargo de tener en mi casa á Jesualdo, las preocupaciones de familia y orgullo, y la imposibilidad por entonces de reconocerlo por mi hijo, son las causas por las que tal vez sea desgraciado. Cuando Mariano, mi hijo, sepa esto, no dudo de su buen corazón, perdonará á su padre de tanta debilidad y tanta culpa, por lo que ha sufrido una amarga existencia, y le enviará su perdón, para que pueda Dios abrirle las puertas del cielo.»

Concluida esta lectura, murmuró Jesualdo:

—Mi madre era la anciana de la cabaña; infeliz padre! infeliz y desventurada madre mia!!

Los sollozos ahogaron su voz y así pasó muchísimos dias sin encontrar consuelo . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Un año despues era María completamente feliz, casada con Mariano Lopez García, Duque de Lúgano.

La Providencia con sus arcanos incomprensibles habia determinado llevase este título.

Las desventuras de su existencia, habràn cesado para Jesualdo.

FIN.

DAMON Y CINTIA.

I.

¡Ven á mí, inspiración! deidad sublime, que llenas al alma del poeta cuando sueña delicias en la soledad, cuando en su retraimiento en el seno de los bosques vé poblarse el espacio de multitud de hadas que voltigean ante su vista; cuando escuchando el murmullo de una fuente debajo de la enramada que la cubre, se ven juguetear mil ninfas en sus cristales!... Ven á mi, inspiración, esa inspiración con que siente el poeta cuando brilla la luna en su pàlida frente! Ven á mi, que quiero cantar á la inocencia, esa flor que se encontraba en tiempos an-

tiguos en medio de los bosques, á orillas de las fuentes, y en las cabañas de los pastores...

Es la hora del crepúsculo; el sol casi ocultándose en occidente daba una pequeña luz temblorosa, la que apenas enrojecía la córola de los lirios que en unos prados fresquísimos era la única flor que vegetaba: algunos tomillos esparcidos de trecho en trecho, y en pequeñas eminencias floridos romeros, eran las solitarias yerbas que adornaban este parage encantador. El ave ya no cantaba, porque ocultándose en los zarzales principiaba á descansar de los encendidos deseos del dia, y las plantas espirantes de amor eran mecidas por el ambiente.

Era una hora de embelesos, era una hora de felicidad, era una hora en que el filósofo al notar que progresivamente va disminuyendo el ruido que momentos antes pesara sobre el mundo, se entrega completamente á la reflexión, y goza con la melancolía de sus ideas.

Allá á lejos sobre unas colinas, se vé una manada de ovejas casi abandonada, porque un pequeño pastorcito las conduce al redil: de momento en momento suenan sus esquilas, y Damon, otro jóven pastor que viene en grato coloquio con la bella Cintia, unia su rebaño que conduce su pequeño hermanito.

—Jamás, zagala mia, la dice, has querido escuchar mis amores. ¿Vas á continuar todavía con tu dureza, sin nunca dignarte oir mis quejas, y vas á dejarme vivir muriendo, matando en mi la esperanza de que me puedan mirar tus ojos?... Ya habrás visto qué brillante y hermosa se ha presentado la aurora, y ya has visto que jamás se ha mostrado el sol tan luciente en ese cielo de trasparente azul: desde allí habia bajado la felicidad á colocarse en la frente de todos los pastores, y todos habian recibido una complacencia indefinible, al ver unirse para siempre á Clarencio y Melisa en un lazo feliz y eterno! Todos eran dicho-

sos, todos estaban alegres; y sin embargo tú mirabas con indiferencia la fiesta y el bullicio que se ostentaba á tu vista, y mostrabas en tu semblante la gran repugnancia que te causaba aquel círculo de gozo, que incesante se reunia á tu alrededor. ¿Por qué, Cintia, eras indiferente á estos placeres? ¿Careces acaso de la sensibilidad, la prenda mas bella del alma de las mugeres, y sientes lo mismo al ver los lloros y las risas, los jardines floridos y las profundidades cavernosas, una flor del valle ó el Leon del desierto?... Escucha, Cintia, dispénsame te moleste tan repetidas veces; yo comprendo, zagala mia, que no sientas por mì esa emociòn tan dulce que llaman el amor, y que yo no puedo dejar de tener hácia tí, que eres mi vida: pero no me es posible creer en tu dureza, porque la flor mas altiva del arroyo, siempre se ha inclinado à besar sus cristales para recompensar la lozanía que le presta à su tallo; y sin embargo siempre te en-

cuentro meditabunda, siempre triste é impasible ante todos los placeres que nos presenta el criador. Tú no puedes dudar que sacrificaria mil vidas por tí: tú no puedes dudar que están en tí todas mis venturas, que vivo y respiro por tí; por lo tanto, amada mia, paloma mia, dime lo que te aqueja, nada habrá imposible á mis deseos para complacerte. ¿Quieres la pintada cabrilla que cria Silvio para su amada Delia? ¿Quieres las palomitas blancas que anidan en lo mas encumbrado del monte? Dímelo, angel mio, yo lo pondré todo á tus plantas. Ah! pero no quieres nada, veo que lloras, lágrimas que yo quisiera beber para que no se perdiesen en el polvo. Tus padecimientos son del alma, dímelos por Dios, Cintia mia.

La noche ya habia oscurecido bastante, y algunos relámpagos principiaban á iluminar el espacio, y Cintia lloraba con desesperación. Calla Damon, alza Cintia los ojos al cielo, y viendo la tempestad que avanzaba,

lanza un grito desgarrador y huye dejando á Damon sumerjido en su dolor.

II.

Es una mañana deliciosa; ya hace rato ha alumbrado el sol las altas colinas que matizan el valle: en el escalon de una ermita rústica, una jóven pastora se halla inclinada la cabeza sobre el pecho, al parecer embebida en profundas reflexiones; graves pensamientos ajitan su alma.

Es Cintia, que espera á alguna persona, pues sus miradas son dirigidas de momento en momento en una misma direccion. Grandes surcos de lágrimas se notan en sus mejillas: cubre su semblante una palidez cadavérica, que lo reviste de un encanto y melancolía indefinibles, y brillan sus ojos con una lucidez espantosa; convulsivos movimientos levantan su pecho, y se advierte en sus miradas la impaciencia que le causa la tardanza de la persona que espera. Así se

encontraba la pobre niña cuando fué sorprendida por la llegada del pastor Damon, y le dijo:

—Dios te guarde, Cintia, he tardado mucho; el dia me ha sorprendido en un insomnio horrible: tus palabras fatídicas han impresionado mi alma tan fuertemente, que en toda la noche he podido atraer el sueño á mis cansados ojos: para hacer mas horrorosa la desesperación de mi insomnio, en medio de la noche han balado las ovejas!... ¡el lobo habia penetrado en el redil!.. esto aumentò mis presentimientos, y apesar de que deseaba acercarme hácia tí, temia hacerlo, porque tus manifestaciones me parece han de marchitar mi vida. Vengo decidido á oir mi sentencia; dímelo pronto, y huiré de estos valles donde pensaba encontrar la felicidad, y moriré en medio de los brutos salvages del desierto!... Habla, Cintia, ya te escucho.

Cintia levantó los ojos, y alzándose temblorosa como lirio mecido por el

ambiente, y tomando una de las manos de Damon, se dirigieron delante del altar de la ermita, donde cayeron desplomados de rodillas.

Con voz apagada y temblorosa principió á hablar Cintia, y casi faltándole la respiración, cada vez se hacia mas ahogado su su acento, tanto que semejaba las suaves modulaciones de una flauta perdida en el bosque.

—Oye, Damon, le dijo, siento que voy á morir! Voy hacer antes un grande sacrificio, sacrificio que creo indispensable para no tener en mi muerte los remordimientos que me puedan hacer amarga mi última hora al haber causado tu desesperación!... No sé como podré hacerlo; voy á reunir los últimos y escasos esfuerzos que me presta mi voluntad, para referirte mi historia. Escucha. Mi madre era la pastora mas hermosa que habia nacido en estos valles, y desde muy jóven principió á sentir un amor profundísimo hácia otro pastor de mucha

menos edad que ella; ella lo amaba en secreto, él todavia ni habia sentido el amor, ni se lo habia por lo tanto manifestado. Venian una tarde juntos con sus rebaños y les sorprendió una tormenta horrible... hubo un momente en que se hundieron á sus plantas multitud de rayos!... Mi madre no se acordó nada mas que del pastor, é hizo por su salvacion una grande promesa. El cielo los salvó! Fué pasando el tiempo y por fin llegó á ser el pastor el marido de mi madre; sin embargo nunca se satisfacia en el amor tan inmenso que profesaba á su marido; todos los momentos los ocupaba en él, y nunca se cansaba de mirarle. Trabajaban contínuamente, y sin embargo, apesar de eso, la mano del cielo descargó sobre ellos todas las desgracias que ocurrian en el valle! Ningunos séres ha habido mas desgraciados!... Efecto de tan repetidas desgracias le sobrevino á mi padre una terrible locura, y mi madre conociendo que los infortunios que

pesaban sobre ellos sería por la falta de cumplimiento de la promesa que había hecho, y que Dios castigaría en ella su demasiado amor, se dirigió al momento á esta ermita, y llevándome de la mano, además de haber ofrecido á la vírgen desde aquel punto su castidad, me hizo á mí arrancar la misma promesa... Sin embargo, mi padre murió á poco tiempo...

Hizo Cintia una leve pausa, pues su respiracion era cada vez más ahogada, y despues continuó.

—Damon, esta es mi historia. Yo te he adorado desde el momento que te conocí: yo he padecido inmensamente con el silencio. ¡La flor de mis amores no podía abrirse al soplo de las brisas! Ay! te he llamado, te he invitado para que me oigas, y que esa vírgen que recibió mis votos te dé la misma fuerza de voluntad que á mí me ha prestado, para sofocar en tu pecho nuestros amores imposibles. Yo estoy ya en mis últimos instan-

tes... No puedo ya sentir nada comparable á cuanto he padecido en esta vida... ¡Adios!... Toma mi mano en prueba de que hubiera sido tu esposa!... La esposa que más te hubiera idolatrado en el mundo!... ¡Adios! ¡Ay! ya que tanto tiempo he callado, ya que tanto tiempo no han pronunciado mis lábios mis amores y los he ahogado en mi pecho, ahora quisiera estar contínuamente repitiéndote que te adoro, y que me sorprendiese la agonía con tu nombre en los làbios! Pero no, no es posible! Quiero respetar hasta mis últimos instantes esa vírgen santísima á quien me he prometido!... Ay! adios... adios...

Calló; en sus últimas palabras ossi no se percibía el debilitado acento que dejaban escapar sus lábios: suavemente fué cayendo sobre las losas del altar, apoyando su frente en la tierra, y lentamente fué disminuyéndose el movimiento que agitaba sus lábios: murmuraba una plegeria. Su alma había volado al cielo.

Damon quedó contemplándola desvanecido; conoce momentos después su desgracia; lanza un grito desgarrador y huye como una exaiación perdido por el valle...

Después todo quedó en silencio.

EL CABALLO BLANCO.

TRADICIÓN.

I

En el año de 1499 es la època en que sucede nuestra leyenda.

Es decir, siete años después de la entrada en Granada de los Reyes Católicos, el memorable dia 2 de Enero del año de gracia de 1492.

Es decir, en la época en que se hacían sentir más los horrores de la guerra con la definitiva persecuciòn de los moriscos diseminados por todas partes, y cuyo principal teatro eran las montañas de las Alpujarras.

Cuando la Andalucía estaba más revuelta que nunca con los infinitos

bandos y parcialidades, y con los acontecimientos dramáticos que en cada localidad sucedían á cada instante.

Cuando todavía, á pesar del tiempo trascurrido, continuaban las rivalidades entre las nobles familias de los hermanos Aguilar Fernández de Córdoba, por haber castigado los reyes la rebelión del alcaide de los donceles con la demolición del castillo memorable de Montilla.

Cuando D. Alonso de Aguilar y Gonzalo de Córdoba, el primero hijo mayor y el segundo el menor de don Diego Fernández de Córdoba, eran ya notables guerreros, habiendo cundido su fama por todo el mundo.

En esta época, pues, y en la fecha que al principio hemos citado, suceden los acontecimientos que á relatar vamos.

II.

Era una hermosa, tranquila y apacible tarde del mes de Setiembre, con su aire suave y perfumado de cinamomos y madreselvas, su sol delicioso y resplandeciente trasponiendo por ocaso, y su quietud y su melancolía encantadora.

Dos colinas se levantan erguidas á escasa distancia, decoradas con colosales y fuertes castillos en las campiñas de Córdoba.

Son los castillos de Aguilar y de Montilla.

En esta última villa existían por los años ya dichos, dos hermanas asombrosamente hermosas, que tenían entre el vulgo alto renombre de hechiceras.

Su morada, situada en la calle de los Candiles, hoy de Santa Catalina, á espaldas del convento de San Juan

de Dios de dicha villa, era por demás modesta en su apariencia; pero en el interior estaba lujosamente adornada, y resplandecía de preciosidades y riquezas.

Magníficos y lujosos salones, y confortables y règios gabinetes, de damasco verde y terciopelo grana adornados, con mesas de garras de leones por pié, barnizadas de oro, colgaduras y riquísimas alfombras y lámparas, candelabros y relojes de oro y plata, eran la espléndida y misteriosa ostentación de aquellas dos hermanas soberanamente hermosas.

De unos treinta años próximamente, aunque no representaban sino veinte escasos, y con negra y abundante cabellera sirviendo de marco á su blanco y pálido semblante, resplandecían sus ojos sombriamente negros y ligeramente dormidos, revelando un carácter indomable de superioridad, con el vago tinte del doloroso recuerdo de inmensas desgracias.

Gemelas las hermanas, eran exac-

tamente parecidas, aunque se distinguían alguna cosa después de tratarlas, al ver en la una mayor dureza de carácter que en la otra.

La más fuerte se llamaba Isabel y la otra Inès.

Una anciana y dos doncellas les acompañaban, y un viejo y un jóven de musculatura atlética y robusta; y todos, todos, decididos adoradores de sus señoras.

III.

Acaba de oscurecer, y las dos jóvenes Isabel é Inès se encuentran sentadas leyendo en un cuartito inmediato al jardín, cuando se presentó el jóven, que ya hemos dicho les servía, llamado Andrès, pidiendo permiso anticipadamente.

—Una señora encubierta desea hablaros, les dijo humildemente.

—¿Ha dicho su nombre? contestó Isabel.

—No señora.

—¿Viene sola?

—Dos hombres la acompañan.

—¿Y qué desea?

—Hablaros para un asunto de gran de interés.

—Decid que entre; pero sola.

Andrés salió de la estancia en seguida, volviendo á saludar.

Isabel é Inés salieron tambien del cuartito donde se hallaban, y se apoesentaron en una sala de modesta apariencia inmediata á la puerta de la calle.

Pocos instantes despues entraba en aquella estancia una señora encubierta de piés á cabeza con un gran manto de seda negro.

Un silencioso saludo dirigió á ambas jóvenes, y enseguida Isabel le invitó á tomar asiento.

La encubierta dama se sentó silenciosa.

—¿Qué se os ofrece en esta casa? le volvió á decir Isabel.

—Pediros un favor, murmuró tímidamente la dama.

—Hablad sin miedo; se os complacerá si es posible.

—¿Sois como me han dicho...

—Hechiceras, ¿no es verdad? decidlo sin reparo.

—No me hubiera atrevido jamás....

—Os suplico no tengais inconveniente alguno en decirlo, pues hasta cierto punto es verdad.

La dama continuaba encubierta, pero empezándose á tranquilizar, dijo:

—¿Y qué podeis hacer?

—Todo cuanto querais.

—¿Podeis mandar en el alma?

—Sí.

—¿Y disponer de los afectos de las personas?

—Eso os podeis contestároslo vos misma.

—¿Cómo? dijo sorprendida la encubierta.

—Esplicándoos lo que á vos os pase: oid. Hace mucho tiempo que deseais venir á esta casa, para buscar la resolución de una cosa, en que cifrais todo vuestro empeño, y hace mucho

tiempo habeis estado luchando con vos misma sobre si debeis ó no venir ¿no es verdad?

—Verdad, repuso admirada la encubierta.

—Continúo, dijo Isabel: hoy, por fin, os habeis decidido, y aun á la puerta, y antes de llegar á la puerta de esta casa, habeis pensado volveros multitud de veces; sin embargo habeis pasado sus umbrales, por un arranque nervioso, y habeis tenido un miedo espantoso y habeis renegado de vuestro atrevimiento. Si os hubiera sido posible ya retroceder hubiérais escapado.

—Verdad, verdad, volvió á repetir la dama encubierta.

—Al entrar en esta habitación, continuó Isabel, habeis pensado que os moririas de terror, y sin embargo, en este momento me atrevo á asegurar que si no sentis aprecio por nosotras pobres mugeres, al menos teneis una ciega confianza.

—Cierto, ciertísimo, repuso la da-

ma, puesto que estoy tan tranquila como en mi casa, aunque muy sorprendida de vuestra inmensa penetración.

—Eso no es nada, cualquiera lo hubiera conocido en vuestra voz algo temblorosa.

En este momento y con la vénia de costumbre volvió á aparecer Andréa llevando una carta en una bandeja de oro, que entregó á su señora Isabel, saliendo en seguida sin esperar respuesta alguna.

Isabel pidió permiso y leyó la carta, que contenia estas palabras:

«Esa dama es de Aguilar y se llama doña Juana Henriquez de Mollinedo.»

Isabel, concluida la lectura, guardó el billete en el bolsillo.

IV.

—Con que hablad, señora mia, y decid ó preguntad cuanto querais, continuó Isabel.

—¿Es verdad, pues, dijo la dama, que disponeis del afecto de las personas?

—Podemos hacer que se ame y que se aborrezca: que adoren los que ódien, y por el contrario, que ódien los que adoren.

—¿Y es eso posible?

—Tan posible como el sol; como la noche; como el mundo.

—¿Y qué es necesario para que lo hagais?

—Mucho.

—Decid.

—Primeramente que os descubrais y digais vuestro nombre.

—¿No me conoceis?

—No necesitamos conoceros.

—Entónces...

—Sin embargo es preciso veros el semblante y saber vuestro nombre.

—¿Y no hay otro medio?

—Ninguno.

—¿Y pudiérais darme en cámbio alguna prueba para no poder dudar yo de vuestras palabras?

—Ninguna: además de que si dudais de nuestros pronósticos no se realizarian.

—Bien; me conformo.

Y la dama encubierta hizo un movimiento para descubrirse.

—Deteneos, le replicó Isabel, pues quiero demostraros que debeis tener en nosotras toda confianza.

—Hablad.

—Sois, pues, continuó Isabel, doña Juana Henriquez Mollinedo.

—Pues bien, yo soy, repuso la dama descubriéndose del todo, yo soy; y desde este momento estoy en un todo á vuestra disposición. ¿Qué mas necesitábais para complacerme en lo que os voy á pedir?

—Que arrebatais á vuestro confesor el amuleto que lleva al cuello y me lo entregueis.

—Eso es imposible.

—Convidadlo á cenar, y animándolo algo, beberá, y entonces....

—¡Ah! no, no.

—Entonces no es posible complaceros.

—¿Y no hay otro medio?

—Ninguno.

—Acepto.

—Decidme, pues, qué quereis.

—Conseguir que don Alonso Aguilar se case con mi hija Beatriz.

—Se hará.

—¿Y no deseais en cámbio dinero ú otra cosa?

—Sí.

—Hablad.

—Ahora son las seis de la tarde, es decir, ya de noche; por lo tanto no podreis marchar á vuestra casa.

—Habia pensado retirarme.

—Aquí os quedareis.

—Aquí; seria demasiado.

—Es que esta es otra de las condiciones que impongo.

—Me direis tal interés.

—Oid y dispensadme. Necesito, como os he dicho, para realizar al conjuro de cuanto deseais, el amuleto de que os he hablado; y para que venga á mis manos sin que tenga perdida su virtud, se hace forzoso hasta que él mismo ignore si se le quita.

Doña Juana pareció vacilar.

—Oid aún, continuó la jóven. Permanecereis aquí esta noche, y se despedirá vuestra servidumbre, y mañana por la tarde marcharemos las tres hasta la villa de Aguilar. Escribireis ahora una carta invitando á vuestro confesor á cenar, y nosotras haremos que se la entreguen. Es decir, que lo único que se os exige es que á nadie comuniqueis tal hecho, ni aun á vuestra hija.

—Pues bien, todo os prometo que se hará.

—¿Y no os quedareis?

—No me es posible.

En esto pidiendo nuevamente permiso, penetró el jóven que antes habìa anunciado á aquella señora en la estancia, y dijo:

V.

—Don Alonso de Aguilar pide permiso.

—Que pase, contestó Isabel al instante.

—¡Ah! me retiro, dijo entónces doña Juana Henriquez.

—No, no os ireis, repuso Isabel, porque esta es una prueba más que os doy de que lo puedo todo.

—¿Que no conoceis á D. Alonso?

—No.

—Pues entónces...

—Lo he hecho venir por medio de un conjuro, y ya veis, conociéndoos ahora, le podeis ofrecer vuestra casa, y yo os juro que se enamorará de vuestra hija.

—¿Pero es posible?

—Ya lo vereis.

Y en esto penetró en la estancia D. Alonso de Aguilar, y saludó cortésmente á las damas.

—Caballero, le dijo Isabel, la fortuna os protege, pues siempre acudis donde hace más falta vuestra galantería.

—¿Cómo? respondió D. Alonso.

—Esta señora, á pesar de que es ya de noche, queria retirarse á la villa de Aguilar, y nosotras estábamos disuadiéndola en este momento, brindándole con nuestra casa.

—Si es que no admitis la oferta del hospedaje de estas señoras, yo os serviré de caballero y escolta con sumo placer.

—Gracias, mil gracias os doy por vuestra galantería, replicó doña Juana, pues no me parece desairar tan sincera invitación de quedarme.

—Siempre me tendreis con todo á vuestras órdenes.

—Como recompensa en algo al fa-

vor que yo os debo, podeis contar con mi casa y mis facultades.

—Tendré sumo honor de ponerme nuevamente en ella á vuestras órdenes.

—Mi nombre es doña Juana Henriquez Mollinedo.

—Conozco tan ilustres apellidos y siempre podeis considerarme vuestro más humilde caballero.

—¿Con que ireis el sábado?

—Con mucho gusto.

Doña Juana pareció que dejaba escapar un suspiro en este momento, é Inès le dijo cariñosamente:

—¿Quereis retiraros? debeis estar cansada.

—No, no, es demasiado temprano; continuaré aún.

En este momento entraron dos doncellas y sirvieron tazas de agua-miel, pastas y mantecados en espléndida vejilla de oro.

Doña Juana quedóse sorprendida de aquel maravilloso servicio tan en contradicción con la modestia del decorado de aquella estancia.

Después que todos hubieron tomado, D. Alonso dijo:

—Necesito, señoras mias, dar una esplicación de la causa de mi visita en hora tan intempestiva.

—No hay necesidad de ello, repuso Inés, pues consta que sois un cumplido caballero.

—Gracias mil, pero debo hacerlo para cumplir con un encargo.

—Ah, entónces, hablad.

—Mi padre desearia le permitiéseis venir á visitaros una mañana, y me envía de embajador para saber la hora que tuviéreis á bien designar para ello.

—Podeis contestar que á la que le sea más grata, pues siempre tendremos sumo placer.

—Gracias en su nombre os doy, y me retiro ofreciéndoos nuevamente mis respetos.

Y D. Alonso de Aguilar salió en seguida de la estancia.

VI.

Al día siguiente Isabel é Inés y doña Juana marcharon á la casa de ésta, permaneciendo allí las dos primeras todo el día y toda la noche, volviéndose á su casa con el amuleto del confesor de doña Juana el reverendo Fr. Tomás de Venegas.

No bien llegaban de vuelta á la villa, vieron salir de ella á D. Alonso de Aguilar que iba á cumplir su palabra de la visita ofrecida á doña Juana Henriquez.

VII.

Han pasado diez días.

Son las cinco de la tarde, y acaba de entrar en el gabinete del jardín donde se encuentran las señoras Inés

á Isabel, el jóven criado Andrés de que ya hemos hablado.

—¿Qué haces? le dijo Isabel al contemplar su agitación.

—Vengo corriendo á avisaros.

—Habla.

—Fr. Tomás de Venegas sospecha que don Alonso de Aguilar es el que ha inducido á doña Juana para que ésta le robe su amuleto, y que don Alonso lo tiene en su poder, por lo que trata por todos los medios de arrebatárselo; y como sabe que esta noche irá D. Alonso á visitar á dicha señora, le tiene preparada una emboscada para conseguirlo.

—¿Y doña Juana sabe algo?

—Nada, nada absolutamente, sino que espera sin falta esta noche á don Alonso.

—Marcha pues enseguida á avisar á éste; aún no habrá salido.

—¿Y si no quiere hacer caso?

—Que pase forzosamente por aquí; tengo que hablarle.

Andrés partió como un relámpago.

VIII.

Colocada en una media colina la villa de Aguilar, en su parte más alta ostenta hoy las ruinas de un castillo que en el tiempo de nuestra leyenda era de los más fuertes y notables de Andalucía. Colocado por la parte del sur al extremo de la villa y mirando un riachuelo que corre á pequeña distancia, por la parte del mismo termina el recinto de la villa que nos ocupa.

La primera calle que se ostenta á la izquierda del castillo, desde su principio hasta su mitad, avanzando hácia el centro de la población, está compuesta de una pequeña tapia que rodea el jardín de la casa de doña Juana Henriquez de Mollinedo, viuda riquísima con una hija encantadora, y que ya hemos presentado a nuestros lectores.

Oscura y nebulosa la noche, pero de aplomado color el cielo, dá un reflejo á los campos que parecen de ceniza oscura.

Un ginete en caballo blanco cruzó como un vendabal el camino que media entre la villa de Aguilar y Montilla.

Son las ocho de la noche, es decir, unas dos horas después de oscurecido, y ha debido hacèrsele tarde al caballero que monta el caballo, cuando á pesar de su velocidad lo aguijonea nervioso.

En el silencio de los campos, con la magestad de la noche, el color aplomado oscuro del cielo, y el ceniciento sombrío de la tierra, el caballo y ginete parecen y semejan à Satanás recorriendo el campo de los muertos.

Ha pasado el rio sin puente ni vado, por medio de las aguas, rasgándolas como un torbellino.

Subá continuación la pequeña pendiente que conduce á la villa, y penetra en la calle de la *Morena*, que ya

hemos dicho estaba formada en su mitad por el jardin de doña Juana Henriquez de Mollinedo.

Al volver el ginete la tapia que dá al campo, rápidamente se vé sorprendido por seis individuos que lo arrebatan de la silla del caballo sin darle lugar á la defensa.

Ni un grito, ni un ruido, ni el mas ligero murmullo se advirtió en este suceso, sino la carrera precipitada y salvage del caballo, que se perdió en la calle.

IX.

En los mismos momentos de que acabamos de hablar. Doña Juana Henriquez y su hija Beatriz se encuentran en el jardin de su casa respirando la frescura de la noche en una estrecha placeta que en su centro hay, á cuyo testero están las habitaciones de la casa, y desde donde guia

una arenada y estensa calle, á una puerta falsa.

Esta puerta se halla entornada solamente esperando la llegada de don Alonso de Aguilar, que ya se vá retardando á juicio de las señoras, segun la siguiente conversación.

—Sin embargo, decia doña Juana, en el momento que las encontramos, en este tiempo no es tarde á estas horas; habrá salido de noche para no sentir el calor, y dentro de breves momentos se encontrará aquí.

—Con todo es estraño, repuso Beatríz, el querer venir á estas horas; ya veis lo que ha dicho Fr. Tomás.

—¡Qué!

—Que don Alonso es amigo de aquellas señoras que aquí han estado, y que éstas están vigiladas por la inquisición como hechiceras.

—¿Y què se desprende de eso? dijo doña Juana, principiando á cumunicársele un ligero tinte de miedo, que parecian marcar las palabras de su hija.

—Que don Alonso puede ser lo mismo que ellas, cuando es tan su amigo.

—Déjate de tonterías, niña.

—Además Fr. Tomás ha dicho, que no seria estraño nos sucediese hoy alguna desgracia con la venida de don Alonso.

—Y ya se va haciendo tarde, repuso doña Juana, poseida por el terror.

—Y la noche, ya lo veis, oscurece nebulosa, en silencio: es una temeridad; no quisiera que viniera esta noche.

—Marchemos de aquí, hija mia.

Madre é hija se levantaron y se dieron la mano para marcharse, sin darse cuenta de lo que hacian, sino engolfada cada una en medio de un terror inesplicable.

En este momento se abrió la puerta del jardin con violencia y penetró un caballo blanco á todo escape que llegó casi hasta los piés de las damas, quedándose repentinamente parado.

Estupefactas, aterrorizadas y sin ac-

ción, madre é hija, temblaron en la agonía, y al conocer en su espanto el caballo blanco de don Alonso, cayeron en tierra mortalmente desmayadas.

X

Doña Juana Henriquez de Mollinedo cayó gravísimamente enferma. A los gritos de madre é hija en la noche referida, acudieron los criados, que vieron el caballo blanco destrozar todo el jardin para buscar nuevamente su salida, que no pudo conseguir sino saltando por la pared como una pelota.

Los criados, sin saber qué era aquello, solo sintieron aún mas terror que sus amas, y los vecinos y todo el mundo no pudieron menos de enterarse de abultadas y fabulosas desgracias, que cada uno decia á su modo, causadas por unas pícaras bru-

jas que por sus rabiosísimos celos habian tratado de asesinar con un susto á doña Juana y su hija; por ser ésta, segun decian, preferida por el caballero don Alonso de Aguilar, que era á su vez idolatrado por una de las brujas.

Beatriz, la bella hija de doña Juana, que verdaderamente no habia pensado jamás en don Alonso, pues no lo conocia, ni tampoco pensó despues de haberlo visto, sentia mas que nadie tal accidente, que habia postrado en cama y tan gravemente á su madre.

Doña Juana, en fin, agravando en su enfermedad, y al cabo de un mes de cuanto hemos relatado, falleció, dejando á su hija sumergida en la horfandad y en la amargura; pero algo satisfecha por cuanto ya se desvaneció del todo el interés de su madre en la petición de don Alonso, á quien no amaba.

—No habia necesidad de tanto para que Fr. Tomás, á nombre de la in-

quisición, tratase de formarles á Isabel, Inés y don Alonso el proceso correspondiente.

Y así sucedió en efecto. A los dos dias de lo referido se encontraban presos los tres por el Tribunal del Santo Oficio.

A pesar de la asechanza de Fr. Tomás contra don Alonso para lograr rescatar su amuleto, no lo habia podido conseguir.

Para la prisión y encausamiento de las jóvenes y don Alonso, se hizo constar que las primeras con sus malas artes habian convertido á don Alonso de Aguilar en caballo blanco, con lo que se les reputó como autores de la muerte de doña Juana Henriquez de Mollinedo.

EL FUMAR.

I.

Que vivimos en el siglo del vapor; creo que no necesita cuestionarse.

Que hemos ido ascendiendo desde nuestro padre Adan, para nuestro propio perjuicio, siempre lo opinaré tenazmente; pues me lo sé muy bien esplicar con que Matusalem vivió novecientos y pico de años, y nosotros casi llegamos á sesenta.

Que en consecuencia de nuestros adelantos, (y vuelvo al principio) vemos humo por todas partes, es muy cierto.

Y que el humo sale de las chimeneas y las casas, y las torres, y los navios y los coches, es tambien indudable.

Y que el hombre hecha humo y

hasta fuego muchas veces como una locomotora ó una fragua, es tan positivo, como que á mí no me hace chispa de gracia el acercarme á nadie cuando se encuentra en este estado.

Y que tambien el hombre tenga ó no tenga temperamento fuerte y terrible, procura adquirirlo á fuersa de barbaridades, cierto y muy cierto es.

Consecuencia de todo lo dicho: que el hombre apenas conoció el tabaco, quiso fumar, y en práctica lo puso sin demora.

Y se principió á fumar de mil maneras, y tanto y tan generalmente, que hubo una época en que el tabaco se vió en peligro de agotarse.

Sin embargo, el fumar un individuo por espacio de un año entero, solo venia á costar una moneda del màs ínfimo valor.

Pero rodando la bola se ha ido generalizando tal afición, hasta el punto que en estos tiempos que atravesamos fuma todo vicho viviente.

Sentado pues el hecho de fumar to-

do el mundo, vamos à decir la causa productora de tal vicio, y el por qué, y sus naturales y materiales efectos, y las consecuencias morales que de él se desprenden.

El hombre, aislado en su meditación, en sus pensamientos, no tiene mas idea que sus ambiciones y la manera de conseguirlos: su mirada enéste estado, se estiende y se dilata, y con su idea fija, siempre se eleva. Ve el cielo y su brillantez, y sus blancas nubes que se amontonan, rosadas, caprichosas, transparentes y demás, que andan, que giran, que corren, que vuelan, y las sigue en sus evoluciones embebido; y anhela llegar á ellas, y cabalgar y correr y desvanecerse en el infinito; y esta contemplación desde *ab initio* existe, y este encanto halagador para nuestras ideas, nos embriaga y nos hace soñar delicias.

Vió el primer hombre el fuego, y al acercarse á él para calentar sus miembros, fué sintiendo al par que su calor refrigerante, que su imaginación se

evaporaba en sus ensueños como el humo que del fuego se desprendía.

Y vió que el humo semejaba las nubes.

Y encontró que el humo le encantaba la vista, y le alimentaba sus ilusorios pensamientos.

Tras de esto vino el percibir los mas delicados perfumes al quemarse las olorosas plantas, y sintió un encanto más.

Y creyó una necesidad el fuego, el humo y los perfumes.

Y descubrió al fin el tabaco al quemarse las plantas, y lo usó con delectación infinita.

El tabaco, pues, principió por la recreación y el deleite, y despues sirvió para la higiene y el descanso material del cuerpo.

Dos elementos principales existen en nuestro individuo, que son el espíritu y la materia. Los dos luchan, los dos batallan, y los dos nos mantienen en el mas perfecto estado, que es el equilibrio de nuestras fuerzas.

Cuando el uno llega á dominar al otro, acontece nuestra desorganización, ya gradual, ya completa, según la mayor ó menor intensidad del dominador.

Si el espíritu vence á la materia, el hombre entónces delira y muere: si es la materia la vencedora, héteme aquí ya al hombre convertido en un ser irracional que después también fallece.

Aquí teneis, pues, que en el hombre trabajador, y que por su afan de adelantos sería más corta su vida, viene el tabaco para distraerle de sus ocupaciones materiales, y dándole incremento á su espíritu, le proporciona el descanso del cuerpo.

¿Y las consecuencias del fumar? Hasta aquí siempre han sido satisfactorias, siempre convenientes y beneficiosas y sublimes.

Vamos á la prueba.

El abogado está ocupadísimo con la defensa de un pleito, y llegan á hacerle una interesante consulta.

La primera proposición es echar

un cigarro, como vulgarmente se dice.

El cigarro da lugar á la reflexión, á que se desvanezca una idea para dar lugar á otra, y á determinar el asunto con más claridad.

Id á una subasta, y haced este esperimento como yo lo he hecho. Llegan dos á hacerse contrincantes en las proposiciones, y pugnan y ofrecen alternativamente. Cegado cada uno de los combatientes con el demonio del amor propio, que siempre se anida en nuestro espíritu, cree que su proposición será la última; y al encontrar su cálculo desvanecido, es lo mismo que si le arrimaran una tronante banderilla.

Furioso va el hombre á escederse al último precio en una barbaridad; propinadle un cigarro, y á la primer chupada, ya se ha templado su acaloramiento. El que no ha tenido la fortuna de tropezarse con un amigo que le dé un cigarro, es el afortunado que carga con el santo y la limosna,

á gusto y contentamiento del vendedor.

Un marido vé lo que no quisiera ver, y se enciende y se irrita y blasfema y toma la determinación de hacer no sé cuantos homicidios.

Estando cualquiera solo, es una indispensable necesidad la de fumar.

En este caso el marido, al contemplar las nubes de humo que se desprenden de su cigarro, va reformando sus ideas, raciocina, filosofa; vé que todo es perecedero como el humo que se le escapa, en este mundo, y se hace paciente y sufridor; y finge no ver aquello que le hace tan mal efecto.

Y el escritor, y el literato, ¿cuántas inmensas ventajas no me direis que le resultan de fumar.

Lo primero que hace este indivíduo es sorberse una taza ó dos de café, y se pone en seguida á la tarea de su poesía, su novela, su drama, ó su historia, y escribe, escribe escitado por el poderoso líquido, pero sin llegar á

una hora de trabajo: coge un cigarrillo, y á cada fumada viene un giro, una forma, una inspiración, y á cada sacudimiento con el dedo meñique de la ceniza de aquel tesoro, brota del cerebro del vate, gastado y medio borracho, un brillante pensamiento.

Ya he dicho la causa y el por qué de fumar, sus naturales y materiales efectos, y las consecuencias morales que de él se desprenden; por lo que opino, resumiendo, que el tabaco es una escelencia, y el fumar el fortísimo valladar de los males, las desesperaciones y los crímenes de la humanidad.

Sin embargo, tiene también sus contras, y trataré de esplanarlas en mi siguiente artículo, siquier sea para que un amigo mio, distinguido literato, no me llame optimista ni pesimista.

II.

Un distinguido literato ha dicho que ya no existen niños ni niñas, y yo lo admito como una verdad profunda, y lo es indudablemente, aunque en apariencia creamos ver lo contrario.

Esta verdad nos vá á dar abundante pasto para los inconvenientes del fumar, aunque moralmente no sea el tabaco el culpable, y sí la refinada civilización.

Nos cuentan las historias que el Cid, hasta después de los treinta años, no sintió por primera vez en su pecho la llama del amor; pero hoy vemos otra cosa muy distinta. El chiquillo ó niño, como debiéramos llamar á los que no llegan á los ocho ó diez años, hacemos mal en permitirles ni un momento siquiera la aproximación á las niñas, porque sus ideas más que

su naturaleza les han abierto todos los caminos de los vicios.

Y estos chiquillos, y estos niños, ¿podreis decirme cuáles son las ideas dominadoras que les avasallan? ¿Creeis que sean los juegos propios de su edad, el trompo y la pelota? Nada de eso; así rebajarían su dignidad de hombres, su nombradía de Tenorios, su presunción de valientes.

El niño nace y crece y deja las mantillas, y le plantan los primeros pantalones; vedlo desde aquel momento con un cigarro siempre eterno en su boca.

Al principiar estas naturalezas débiles á pasos agigantados se gastan con estos abusos, y el niño-hombre se cria enfermizo.

No importa que se mares, que sude, que palidezca, que se ponga, en fin, malo: el niño-hombre á sus solas tiene absoluta precisión de ponerse práctico en aquel vicio, para no hacer mal papel entre los otros mocosos.

El que no fuma entre ellos se repuja como un marica.

Veamos, pues, á los adultos, y éstos, sin embargo del penoso egercicio de la carrera de tal vicio, fuman todos, aunque les repugne, pero solo en la calle, porque de esta manera es como pueden convencerse de que el público de ello se aperciba, para que se le tenga por hombre completo y á la moda.

Moda he dicho, sin pensar que es la homicida de la sociedad y lo que sepultará al mundo en la tumba antes que el Hacedor haya pensado en hacerlo.

Y cuánta monería, cuánto pedantismo, cuánta ridiculez no trae la moda en esta, importantísima para los jóvenes, cuestión de fumar.

Mirad á esos mil pollos que vaguean en la sociedad con la inmensa é insoportable tarea de cruzar por las calles, de repetir mil galanterías que se las copian unos de otros, visitar al sastre y al peluquero y á todo aquel que les pueda servir para embellecer sus personas, y los vereis pálidos,

chupadas y escuetos, pero con una tagarnina de á tres cuartos en la boca, aunque bien aprensada, para que ostente cierta forma especial, y colocada sobre todo en una descomunal boquilla.

¡Qué múltiple variedad de estos y què pesimísimo gusto para elegir los más ridículos!

De ninguna manera busquéis en ellos lo que se llama boquilla; esto no lo admitiría tanto el público, y es preciso que el público se aperciba de sus trompas de elefante, y de aquello es la significación del fumar.

¿Y ese alarde de fumar? ¿Y ese empeño en ostentar públicamente una falta ó un vicio, pues tal es en esta clase de imbéciles el gastar en humo unos cuantos cuartos?

Y esa poca consideración, y ese ningún decoro y sobrada indecencia de fumar en todas partes, en todas las casas y hasta delante de las señoras, salvo la frase imprudente de «si usted permite.»

Distraéseme un momento con un hecho vulgar histórico.

Era en la berlina de una diligencia y en un largo viage. En ella iban dos señoras y uno con facha de caballero: este fuma que fuma, y las señoras sudando y desesperadas. Al notarlo nuestro hombre les preguntó:

—¿Qué no les gusta á ustedes el humo?

—¡Ay, no señor, respondieron estas entreviendo una esperanza.

—Pues hasta el fin del viage ya se irán acostumbrando.

Pues esto ni mas ni menos, aunque no lo digan, lo hace toda esa sociedad culta y elegante, como idea de buen tono.

Bajo este prisma mirado, rechazamos el fumar y nos declaramos en contra de la España civilizada, para adoptar la barbárie del Africa.

Los moros en esto nos pueden servir de modelo.

Ellos no usan ni el cigarro de papel ni el puro, y sí solo las higiènicas

pipas en sus largos tubos y sus búcaros olorosos.

Ellos no fuman ni en la calle, ni en el paseo, ni en las visitas, sino aislada y reservadamete en el rincon mas apartado de su casa.

El árabe es galante y amigo, cuando ofrece al que lo visita una taza de café; pero cuando invita á fumar á alguno en su privado gabinete, le dá una prueba de la mas inmensa confianza y de la mas cariñosa amistad.

¿Y los franceses, á quienes imitamos en todo? Vedlos que tienen sus *estaminets*, sitios reservados y esclusivamente destinados para fumar.

Ya hemos dicho nuestro modo de fumar y el de los árabes.

El nuestro es inconveniente, asqueroso y perjudicial á la salud: el del árabe es honesto, necesario y completamente higiénico.

Sin embargo, la consecuencia general de todo lo dicho, es que pesando las cualidades buenas y las desventajas del fumar, nos dan el resultado de

que las últimas vencen á las primeras: por lo tanto, pues, ya que siempre ha sido esta cosa considerada como vicio, y que aún continúa siéndolo, razones y muy poderosas habia para ello, como lo significaban las costumbres de nuestros padres, que ni aún estando casados sus hijos, estos se permitian el fumar delante de ellos.

Nosotros condenamos, por lo tanto, con la sábia sociedad que tambien lo condena, el lanzar humo sin objeto, que es lo mismo que alimentar ilusiones en nuestra mente, para verlas despues desvanecerse como el humo de los cigarros.

DE CÓRDOBA Á VALENCIA.

Sr. Director de la Crónica.

Valencia 31 de Marzo de 1861.

Querido amigo: Prometí escribirte, y lo hago ahora, no solo por cumplirte mi palabra, sino tambien porque esta carta, y otras que te escribiré, calmarán en parte todas las amarguras que siente mi corazon en esta ausencia.

El destino me llamaba á esta ciudad, y lo he acatado.

Continuamente he estado fuera de mi pátria, y nunca he sentido tanto como ahora el apartarme de ella. ¿Por qué es esto?... Demasiado lo sé.

Porque mi destino me llama á estar lejos de mi pàtría, y mi tiempo determinado; porque he dejado en ella las flores de mi alma, los pedazos de mi corazon, y mi Dios, mi adoración sobre la tierra.

Mis muchísimos y verdaderos amigos, mi familia y mi madre.

Mis amigos, que son todos mis paisanos, y que me tienen un infinito cariño, una amistad á toda prueba, un afecto de hermanos; que siempre me han acompañado, que me han oido con entusiasmo, que han respetado y secundado mis ideas, y que á mi salida de Montilla me despidieron todos con las lágrimas en los ojos, pareciendo que mi partida era eterna.

Mis amigos, las flores de mi alma, porque he nacido con ellos; porque he pensado, gozado y sufrido con ellos; porque nos hemos amamantado con las doctrinas del Apóstol del Perú y del Padre Maestro Fray Juan de Avila; porque hemos aprendido la virtud y el saber del médico don Antonio Fernandez Solano y del poeta don Miguel de Barrios, y porque contínuamente hemos admirado la epopeya católica y guerrera de nuestro Gran Capitan.

Mi familia, pedazos de mi corazon,

hojas de un mismo árbol; porque en la espresión de sus sentimientos no puede caber engaño; porque el afecto y el cariño entrañable que nos liga, es puro como el de los ángeles, imperecedero como la eternidad.

Mi madre, mi consuelo, mi alegría y mi esperanza; el iris de mis tormentos; el paraiso celestial de mis dichas y la religión de mis dolores; el ángel con quien sueño, la luz con que me levanto y el amor eterno con que respiro. Mi madre, por quien rezo en mi desconsuelo, por quien derramo lágrimas en mi ausencia, y á quien bendigo eternamente.

Salí de Montilla el 15 de este mes: la antigua Montulia, la disputada Montulia; la que el cronista Ambrosio de Morales coloca en Montemayor, y un escritor del siglo XVIII contradice con muchísimos documentos, y prueba terminantemente que Montulia es Montilla. Montilla, que asegura don Modesto Lafuente en su Historia de España fué Munda, y dió por lo tanto

nombre á la celebre batalla de los Pompeyos contra los partidarios de Julio César. Montilla, célebre por ser pátria del Gran Capitan, cuya casa aún se conserva por su magnífico castillo, mandado destruir por Fernando el Católico, cuya demolicion no se concluyó por la intercesión de Gonzalo de Córdoba, y que tambien tiene su antiguo dicho popular, que dice: «El entrar en Montilla, no es maravilla; pero al salir de ella, esa es ella.»

Iban en el coche conmigo algunos amigos que me acompañaban, que se volvieron despues de un buen rato y á bastante distancia, y seguí con otros dos hasta la villa de Fernan-Nuñez, antiguo señorio del ducado de este título, no sin antes haber contemplado desde la carretera la villa de Montemayor, y tambien su gigante y bien conservado castillo, que avanza como un centinela sobre el camino con su mirada indagadora.

Llegados á Fernan-Nuñesz, y despues de pasar unos momentos, me des-

pedí de los dos últimos amigos que me habian acompañado.

Otra vez comenzó el movimiento del carruaje, y me sumergí en tristísimas meditaciones.

Llegamos á la intransitable cuesta del Espino, cercanías detestables de la ciudad de los califas, que se ostenta tras de la magnífica y espléndente llanura que riega el Guadalquivir, á las faldas de la renombrada Sierra Morena.

Pasé el puente sublime y decrépito, obra del tiempo de Julio Cèsar, y divisé la Catedral.

Unos brillantes versos de un distinguido poeta amigo mio, me trajo mi memoria, y canté con él:

«Ya descubren mis ojos la mezquita
Del grande Abderraman, sublime idea;
Epopeya con mármoles escrita
Entre sus mil columnas, la infinita
Sombra de Dios con magestad pasea.»

A seguida entré en la Catedral; me gusta rogar á Dios. La magnífica Catedral, de que ya tanto se ha hablado,

rival de la Meca en Medina, y á quien los musulmanes llamaban Zeca, y les servía para su segunda peregrinación religiosa. De aquí nace, según se dice, el refran antíguo de «andar de Zeca en Meca.»

Toda la tarde y noche de aquel día estuve contigo en sabrosa conversación literaria.

Al día siguiente 16, á las tres de la tarde, me monté en el piso superior de la *Cordobesa*, y te lancé un adios desde mis alturas.

Iba allí, porque nunca me ha gustado ponerme en berlina.

Saltó por las calles y rodó por el campo.

Volvíme á quedar sumergido en mis meditaciones.

El terreno que íbamos á atravesar, principiaba á perder su lozanía y su robusta vegetación.

Pasamos el puente de Alcolea, obra del tiempo de Cárlos III, y donde murieron muchos españoles el año de 1808 contra los franceses y tropas del general Dupont.

Pasamos à seguida por Perabad, Aldea del Rio, Santa Cecilia, Andújar, venta de San Antonio y Bailen, en cuyas cercanías en el mismo año de 1808 se inmortalizó Castaños. El bonito pueblo de la Carolina, la aldeilla despreciable de Santa Elena, de construcción de tierra roja, y donde principia á serpentear el arrecife por los desfiladeros de Despeñaperros, hasta que pasando las ventas de Cárdenas comenzamos á contemplar, ascendiendo, sus inmensos precipicios. Después vimos el pueblo de las navajas, pésimas por cierto, Santa Cruz de Mudela, Consolación y Manzanares.

Allí llegamos con el tiempo escasamente preciso de montar en el tren que salía para el Alcázar de San Juan: sin embargo, tuve tiempo de saludar á la célebre María Francisca Diaz Carralero, ciega, de Manzanares, astro ya eclipsado, y que me conoció instantáneamente, sin embargo de hacer tres años que la había visto al ir y volver de Madrid.

Recuerdo las improvisaciones que me hizo una y otra vez, y que voy á citar, siendo una de ellas con pié forzado, é indudablemente la mejor, á pesar de la carencia de consonante.

El 28 de Agosto de 1856, bajo el piè forzado de «Que tienes la culpa, Dámaso», improvisó la cuarteta siguiente:

Si te sucede algún fracaso,
Por fracaso no decir,
Ya deberás advertir
Que tienes la culpa, Dámaso.

A mi vuelta, el 25 de Abril del 57, improvisó el siguiente soneto á «el viajar por España:»

Tenemos mucha grava en los cami-
(nos,
Por eso son molestos y pesados;
Llegamos donde quiera retrasados,
Pensando en los carriles, ¡desatinos!...
Por eso no encontramos hombres
(finos,
Y vamos por lo mismo fastidiados,
Si es que además no somos acosados
Por los muchos que existen tan ladi-
(nos.

Así es que no tenemos nada bueno,
Porque también topamos gente es-
(traña,
Que sigue por do quiera muy sereno
Defendiendo una estúpida patraña.
Por fin, no dije nada, solo cieno
Se pisa en los caminos de la España.

La dejé, despidièndome, y subimos á un coche del tren, que partió con la velocidad de los ferro-carriles en España, y llegamos á las dos horas á Alcázar de San Juan, después de haber ido por todo el camino que profundiza un poco el terreno, y haber contemplado unas pequeñas lagunas de un riachuelo desencauzado, que me recordaron las lagunas de Ruydera del Quijote.

En el Alcázar de San Juan comimos primeramente, y á un precio no acostumbrado, y en cuya fonda y café estuvimos detenidos hasta la una de la noche, en que pasaba el tren correo para Valencia.

Pasé algún tiempo en conversación con el dueño de la fonda, jòven fran-

cés, muy simpático, y otro buen rato oyendo una serenata de flauta y guitarras, de jóvenes de la población.

Dió la una, se anunció la marcha, metime en el coche y partimos.

Poco despues dormitaba.

Un buen frio me despertó por la madrugada, y poco despues nos desayunamos en Almansa.

Rica y esplèndida la naturaleza, principió á ostentarse á nuestra vista. A lo lejos contemplábanse altas y peladas cuestas de montañas cenicientas, bajo un cielo tambien cenicionto que cobijaba un terreno, al parecer inculto, pero que ostentaba como macetas de boj, multitud de algarroberos y olivos: estos, en pequeño número y raquíticos y pálidos; los primeros de un rico y lozano verdor sombrio, con sus grandes hojas y su escasa altura.

Pueblecitos y quintas atravesamos, con palomas blancas posadas sobre las arboledas de un inmenso jardin.

Pasamos por un pequeño túnel, des-

pues atravesamos otro mayor, y á seguida principiamos á contemplar inmensos plantíos de naranjos cuajados de azahar y fruto, semejantes á los jardines de la isla de Calipso, que llevan el fruto y la flor á un mismo tiempo.

Pequeños, pero multiplicados pedazos de tierra sembrados de arroz, que semejaban estanques, donde, encerrada el agua, hace nacer y crecer á este cereal, que tan abundantemente produce Valencia.

¡Cuántas flores, cuántos naranjales, cuántos arroyuelos! ¡Qué aires empapados de aromas, qué brisas tan suaves!

Iba completamente encantado; creia atravesar las cercanías del paraiso.

Al descender del coche, llegados que hubimos á Valencia, y tomar el camino de la fonda, me tropecé con un raro espectáculo: sobre un entarimado en una placetilla, contemplamos unos muñecos representando un caballero y una señora, en posición

dramáticas. Creí fuesen los cancerberos de Valencia.

Sorprendido, pregunté:

—¿Qué es esto?

—*Les falles*, me contestó mi acompañante.

En otra carta, amigo mio, en que te referiré mi visita á Valencia, principiaré por decirte qué son *les falles*.

Valencia 10 de Abril de 1861.

Querido amigo: Mi segunda carta se refiere á Valencia; muy ligeramente la he visto, muy ligeramente te la describiré.

Valencia es una bella población, fundada al parecer 140 años antes de Cristo, en tiempo de la dominación romana, y fué llamada Edeta. Conquistada y perdida diferentes veces, de los romances, los vándalos, los sarracenos, hasta que en 1.238 fué reconquist-

da de los últimos, por don Jaime I de Aragon.

Situada á media legua del Mediterráneo, en medio de hermosas huertas que riega el Turia, goza de una bella y templada temperatura. Circuida de murallas y de magníficas puertas, se encuentran algunas de una colosal y rica arquitectura, entre las que sobresalen las llamadas de Cuartes y Serranos.

Lame sus murallas el Turia en casi media circunferencia por la parte del Sur, adornado de multitud de puentes de anchurosa y fuerte construcción.

Pasados estos puentes se encuentra un estenso barrio de Valencia, lleno de multitud de bellcs y pintorescos jardines, preparados en esta estación para tomar la fresa; despues se contempla cercado por una verja de hierro el jardin Real que es del patrimonio de la Corona, y á continuación principia el hermoso paseo de la Alameda, que despues se prolonga por

medio de tres calles adornadas de gigantescos árboles y por entre huertas deliciosas, hasta el pueblecito precioso del Grao, donde se encuentra el puerto de esta ciudad.

La variedad y riqueza de sus jardines, la exuberancia de su naturaleza y sus brisas y auras empapadas en suavísimos aromas, aletargan voluptuosamente, y se aspira el placer por los sentidos lenta y muellemente.

Valencia inspira el sibaritismo y la poesía. Valencia es en realidad el segundo jardin de Españs: es una *sábana* de la Arabia feliz, es el Aden de los musulmanes, es el encantador paraiso de sus huríes.

Lo primero que te dije habia contemplado al entrar en Valencia, fueron unas figuras sobre un tablado en posición dramática, y á lo que llaman *les falles*: ahora voy á esplicarte qué clase de espectáculos son estos.

Les falles, término valenciano, lengua originaria del lemosin, que en castellano son hogueras, no he podido

recabar nada de su antigüedad ni orígen; pues esto, hijo de las costumbres, ellas lo hacen nacer, crecer y subsistir, y muy raras veces derrocar.

Mas espliquemos estas fiestas.

La víspera del dia de San José aparecen en muchísimas calles, de todos los barrios de Valencia, esas ridículas y abotargadas figuras de relleno de paja, en que se condena esa multitud de vicios sociales. Unos representan los amores de un viejo por una jóven; y esto precisamente fué lo que yo ví à mi entrada: otros el abuso del colorete en las mujeres, por parecer más jóvenes y más bellas; otros la exageración del miriñaque; otros á las pollitas literatas con quevedos, y otros á los pollos pedantes y ridículos. Toda esta falsnge de figuras, unas en tablados, y otras pendientes de cuerdas de balcon á balcon, tienen debajo un buen promontorio de combustibles; y despues de haber estado todos la víspera en completa exhibición, al llegar la noche se les prende fuego, y

arden los pobres maniquís á gusto y complacencia del público, que rie y aplaude el mas ligero accidente de las llamas al devorarlos.

Al bajar del coche y penetrar en Valencia, dirigíme á la fonda de Paris.

Despues que me hube sacudido el polvo del camino, pasé á casa de un paisano mio, con cuya amistad hace tiempo me honró, que ocupa una brillante posición oficial, poeta y literato profundo, bastantemente conocido por sus brillantes dotes literarias y bibliófilas. Recibiome con la amabilidad que le es característica, y con viva y sincera alegria por mi llegada.

Despues de haber echado una ojeada por su rica y escogida librería, díjele que tenia grandes deseos de ver el mar y los bellísimos alrededores de Valencia; y como si mi amígo poseyera la lámpara de Aladino, se dirigió lentamente, arrastrando sus babuchas morunas, á uno de los balcones de su estancia, y abriéndolo de par en par, me dijo:—«Ves V.»

Jamás paisaje mas encantador se ha presentado á mis ojos: el Turia, el famoso Turia, tan celebrado de nuestros poetas; el Guadalquivir *undoso*, en cuyas márgenes floridas jugaba la Diana de Gil Polo, pasaba ceñido de verdura casi á los piés de nuestro balcon; más allá, y sobre la izquierda, veíase un bosque inmenso coronado de un cielo azul purísimo, en cuyo fondo se destacaban las gigantescas copas de los pinos de Italia y las hermosas palmeras del desierto. Sobre la derecha se estendia una verde llanura plantada de moreras que empezaban á desplegar sus hojas, y acá y allá, sin órden ni concierto, salpicada de blancos caseríos que, mas que moradas de labradores, parecian nidos de cisnes ó palomas, esparcidos en aquellos campos. Y allá en lontananza, por último, para que la magestad estuviera unida á la belleza de este gran cuadro, se veia el mar cargado de naves, confundiendo el azul de sus olas con el azul de los cielos.

Nos metimos en el ferro-carril y nos dirigimos al Grao; entónces vimos de cerca el Mediterráneo, mugidor y terrible, con sus accidentadas montañas de espuma, que en lucha eterna insisten por atravesar los límites que les impuso el Hacedor.

Aquella noche visitamos *les falles*, y contemplé la multitud entusiasmada al verlas arder, empinando el Benicarló.

Al día siguiente, 19, día de San José, estuve convidado á comer en casa de mi dicho amigo, y pude admirar su trato doméstico, confortable y oriental. Hubo abundantes libaciones, y se apuraron sendas copas de los más esquisitos vinos estranjeros y del país.

Fué servido *frappe t'-á la glace*, el opalino y espumoso *Champagne*, y al final de la comida un ponche á la romana, *assai merengato*, como diría un elegante, sin olvidar el delicioso café de Moka.

Aquella noche estuvimos en el tea-

tro principal. donde se ejecutaba la ópera *Macbeth*, por una regular compañía, entre los que sobresalía algún tanto el señor Viani. Este edificio es de agradable y elegante construcción, aunque no igualan todas sus demás dependencias accesorias con la platea y el palco escénico.

Valencia debe haber sido eminentemente religiosa. Su multitud de templos, que aún se conservan, pero no con toda la magnificencia que debieran ostentar, revelan superabundantemente esta idea á todos los forasteros.

La catedral, situada en la plaza de Miguelete, y cuya torre tiene este mismo nombre, tal vez por la figura del cuerpo de su coronación, que es infinitamente más delgado que todo el resto del edificio, y parece á lo léjos una figura de un gigante armado.

El edificio en general es hermoso y arrogante. Consta de tres puertas de arquitectura y estilo gótico, encontrándose en la principal, además de

algunas estátuas de santos, un grande escudo representando una gloria de ángeles, todo de bella escultura: en la del costado de la derecha se ven catorce cabezas de los primeros que, después de la reconquista por don Jaime, vinieron á habitar en la población. Las puertas de entrada al coro, cuya sillería es de nogal, una es de bronce y otra de mármoles y alabastro. Todo su conjunto es rico y bello, siendo de notar su abundancia de cuadros, entre los que se distinguen los del célebre Juan de Juanes.

La iglesia de los Santos Juanes, está pintada al fresco por nuestro esclarecido paisano Palomino, y con abundancia de bellas y ricas esculturas.

La de San Estéban, donde fueron bautizados San Vicente Ferrer y San Luis Beltran, cuyo cuerpo aún se venera.

Las pinturas de Camazon y Vergara en San Andrés, y las de Conchillos en el Salvador.

Las iglesias de Santa Catalina, San

Lorenzo, San Martin, con una magnífica estátua de bronce á caballo. San Bartolomé, con buenas pinturas de Juanes; San Pedro y San Nicolás, pintada elegantemente al fresco por un discípulo de Palomino, San Miguel y San Dionisio, y San Juan del Hospital, donde está enterrada Constanza Augusta, madre del emperador Teodoro Lascaris.

Hay muchos y hermosos conventos, y otros que ya no existen.

El convento de Santo Domingo, que tiene una hermosa iglesia, y en cuyo edificio se halla la capitanía general. El Temple, donde están las oficinas de Hacienda, y el Liceo Valenciano, y cuyo edificio fué en tiempo de los moros palacio árabe. El Cármen Calzado, donde está establecido el Museo provincial de pintura, y cuyos buenos lienzos son en escaso número. Los Trinitarios Descalzos, casi destruido. El convento de la Corona, donde está hoy la Beneficencia. El Pilar y San Francisco, dedicados á

cuarteles. El de San Agustín, donde se halla el presidio correccional; y la Compañía, en cuyo hermoso edificio está el Gobierno, la Diputación provincial y el cuartel de la Guardia civil.

Hay otros muchos y hermosos conventos de monjas dentro y fuera de la población, y otras muchas iglesias y cofradías, que sería fastidioso enumerar en estos ligeros apuntes, y que los límites de esta carta me lo impiden.

Hay varios colegios, Institutos y Academias bien organizadas, y con sus sesiones anuales, en que se adjudican premios á los programas publicados.

He visitado también la Universidad literaria, que es un hermoso edificio, y que paga y sostiene cuarenta cátedras de todas las ciencias, con su bonita iglesia, dedicada á nuestra Señora de la Sapiencia. Tiene una hermosa biblioteca, que fué infinitamente superior antes de la invasión

de los franceses, que la saquearon; la que cuenta hoy con hermosos y abundantes libros, y principalmente el segundo ejemplar existente del libro de caballería *Tirante el Blanco*.

Te he referido muy ligeramente todo lo que he podido ver en seis días que me he dedicado á recorrer á Valencia, sin haber descansado nada, por lo que he tenido que dejarlo por un par de días: más, sin embargo, no olvidaré el decirte que los mejores edificios que hay en esta población son la casa del conde de Albalat y la Lonja de la seda, de brillante arquitectura gótica y coronada de elegantes y calados merlones.

Este edificio se dice fué palacio de una infanta mora.

También he visitado la Plaza de toros, que es estraordinariamente hermosa, de seguro la primer plaza del mundo.

Hay además bellos y hermosos paseos, como son la Glorieta y la plaza del Príncipe Alfonso, y la ronda de Valencia.

También he visitado la Biblioteca particular del señor Salvá, la primera de España en romanceros y comedias antíguas.

He concluido mi revista de Valencia, y dejo el continuar para otro día.

Entre otras cosas, te hablaré de lo que es *comer la mona*.

EL BASTÓN Y EL SOMBRERO

UN CAPÍTULO DE NOVELA.

I.

Rosa y Domingo eran felices porque acababan de casarse y se hallaban por lo tanto en el colmo de los goces de la luna de miel.

Rosa, sencilla y elegante jóven de la córte, era bellísima.

Domingo, hijo de un aristócrata de provincias, era bien portado y de simpática figura, pero también sencillo y honradote á carta cabal, y tan terriblemente enamorado de su jóven esposa que tenía celos hasta de su sombra. Ageno en un todo á las costumbres cortesanas, siempre estaba al

lado de su jóven amiga y este era su mas verdadero placer.

Juntos iban á la fuente Castellana en un modesto carruage, y hacian egercicio de fuego en el tiro de pistola. Uno y otro estaban tan prácticos en este egercicio, que por lo menos derribaban en cada un dia de los que iban, una de las figurillas de yeso que se ostentaban como blanco en sus pedestales.

Juntos iban á pasear al Retiro y juntos les echaban migas de pan á los peces.

A los dos meses de su casamiento, Domingo habia principiado á notar que muchos de los transeuntes miraban con interés á su esposa, y esto que en un principio halagaba su vanidad, empezó á molestarle despues de una manera tenaz é insistente.

Un dia se encontraban á orillas del estanque del Retiro embebidos en su doble ocupación de alborotar á los pintados habitantes de las aguas, cuando en un corro próximo, compuesto de

tres jóvenes, cyó que hablaban muy significativamente de la hermosura de su esposa. Rosa no pudo pcr menos de ponerse encendida como una cereza, pues conocia á su esposo, y este á su vez pálido como un cadáver.

Uno de aquellos pollos, entre las diabluras que decian, recordó unos versos no sé de què autor, que recitó con desparpajo.

Me dá la sangre un arranque
Desde el pelo á los zapatos
Al mirarla en el estanque
Echando pan á los patos.

Esto fué lo que mas se habian permitido decir aquellos calaveras.

Rosa, prudente, invitó á su marido á marchar, y se retiraron mohinos.

La conversación que por el camino sostuvieron hasta llegar á su casa escusamos decirla, pues ya la deberán suponer nuestros lectores.

II.

Rosa idolatraba tambien á su marido con toda la fé de su alma, y jamás le habia pasado por la imaginación otro cariño que no fuera el suyo, y verdaderamente vivia contenta: mas acostumbrada como se hallaba al gran tono, al lujo y á la sociedad, ya iba principiando á necesitar del bullicio y la animación social, como un encanto de su vida.

Un dia estaban los dos esposos sentados á la mesa, y Agustina la criada se presentó con un trage flamante y de última moda que acababa de llevar la modista.

Segunda pacífica polémica entre los dos esposos.

Reflexiones del marido á su muger sobre la inconveniencia del lujo, y de las modas principalmente. Objeciones templadas de la muger al marido justificando esta imperiosa ne-

cesidad, indispensable para alternar en el mundo con su familia, sus hermanas y sus amigas. Réplica y mal humor de Domingo, considerando tales exageraciones; y aunque él no se habia fijado en ningun trage de muger, le dijo por último cuán ridículas eran las modas, llevadas al estremo, citando como una prueba de ello los cuellos de camisa y corbatas que ella se ponia imitando los de los hombres.

Esta idea contraria á los trages y á las modas en Domingo, era secundaria, pues nacia inmediatamente de la principal de los celos que le dominaba. Por lo tanto esta contrariedad á los trages y á las modas era la consecuencia legítima del sentimiento de sus celos.

III.

La bella y buena esposa trató desde entónces en cuanto le fué posible complacer á su marido, á pesar de que con ello sufría inmensamente, y siempre que con él salía se vestía modestamente. Con todo, alguna que otra vez daba gusto á su pasión dominante de las modas, usándolas sin que el marido lo supiera.

Esto fué causa de que un día la casualidad les proporcionase un compromiso.

Rosa había ido elegantemente vestida á casa de sus padres para ir al Prado, y Domingo al volver de sus negocios, se le ocurrió antes de ir á casa el llegar por ella.

Además del trage riquísimo que esta llevaba puesto, adornaba su cabeza un elegante sombrerillo de última novedad, con un ave del paraiso en el

frente, cuya cola poblada de plumas, ondeaba à su lado izquierdo.

Hemos dicho que iba elegantísima, y no es estraño que todos la mirasen.

Un indecente pollo tuvo el atrevimiento de dirigirle una asquerosa flor, y Domingo furioso destrozó su bastón en las costillas del bípedo, que huyó avergonzado.

En seguida entraron en su casa.

—Rosa, le dijo Domingo al penetrar en su casa y con una dura entonación, deseo que suprimas ese exagerado vestir, y aún hasta que salgas de casa, si es preciso.

—¿Y qué razón tienes para imponerme tal sacrificio? contestó la jóven.

—La razòn de evitarnos una desgracia mayor de lo que hoy nos ha acontecido.

—Pero como eso nace solamente de una estraña preocupación tuya, sino tienes suficiente fuerza de voluntad para impedirte esos arranques, tú so-

lo debes ser responsable de tales hechos.

Domingo puso aún peor gesto que al principio, y repuso:

—No arguyamos, en fin, y evita lo que te he dicho: otro día pudiera suceder algo más que hoy, y de mí no respondo.

Y la dejó, saliendo inmediatamente á la calle, pues tenía necesidad de respirar el aire su comprimido pecho.

IV.

Rosa desde aquel instante decidió corregirse del todo, y pasaron algunos días sin alterarse aquella tranquilidad.

Trabajo le costaba á la jóven el variar por completo y radicalmente sus costumbres; así es que lo iba haciendo paulatinamente para que el mundo no se apercibiese de su desaparición. Comprendió que el único y ver-

dadero placer solo se halla en la familia, é iba consiguiendo su triunfo, aunque con trabajo, con satisfacción.

Un día fué interrumpida por su amiga Julia, que entró en la estancia acompañada de un lacayo, que dejó unos bultos sobre el velador.

—Buenos dìas, Rosa, dijo alegremente Julia.

—Como tan de mañana por esta.

—Me habían dicho estabas triste, ó al menos yo lo supongo porque no has podido salir á comprar unos magníficos sombreros que se han colocado ayer en los escaparates de Dubois de la calle de Carretas.

—¡Ay! no, amiga mia, murmuró Rosa, al contrario; además de que mi estado y mis ocupaciones me impiden el pensar en esas cosas.

—Esa es la razòn porque yo he tratado de pensarlas por tí, y te he traido este elegante sombrero y precioso bastón.

—No, no, Julia, mil gracias.

—No hay gracias que valgan; he comprado dos sombreros y dos bastones exactamente iguales para tí y para mí, y yo no lo devuelvo: con que elige.

Y Julia desenvolvió sus bultos con la ligereza de una niña, presentándoselos á Rosa.

—Este y este, dijo en seguida apartando un bastón y un sombrero, y volviendo á encerrar los otros dos: son los más preciosos.

—Has hecho mal, muy mal, si supieras...

—¡Qué! nada, nada, esta tarde vendré por tí, y los estrenaremos.

—No, no vengas, no puedo salir.

—Si es que consiste en Domingo, yo se lo diré; y te dejo porque se me hace tarde. Adios.

—Adios, le respondió Rosa suspirando.

Y Julia tomando en sus diminutas manos el otro bastón y sombrero, y con un ligero paso salió rápidamente del gabinete.

V.

Inmediatamente que Julia hubo salido de la estancia, aparece Agustina la doncella, cuando su señorita la iba á llamar.

En este tiempo había llegado Domingo á su casa, y por la puerta del jardín y otras habitaciones, llegado hasta el gabinete de su esposa; pero antes de penetrar oyó esto que su mujer decía con cierta entonación de inquietud á la doncella:

—Oculta en seguida ese sombrero y ese bastón.

Domingo al oir esto se quedó petrificado. Lo que habìa oido le pareciò tan terrible que no pudo creer en tanta desgracia.

Momentos después penetró en el gabinete.

La criada ya había desaparecido con los objetos cuyas palabras habían desgarrado el corazón de Domingo.

Al mismo tiempo casi que oyera estas palabras fatales, oyò tambièn el golpe de una puerta que se cerraba, producido por Julia, é instantes después el ruido de su carruage que partía.

Rosa se quedó sorprendida ante la aparición instantánea de Domingo, y revelaba una inquietud inconcebible.

Este, que no se fijaba en las modas, que no sabía sus nombres, que las rechazaba con toda su alma porque creia que estos eran los atractivos que buscaban en las mujeres hermosas del gran mundo, los seductores de oficio, viò desde aquel momento infiel á su mujer, y se creyó el hombre más desgraciado de la tierra, ante tanta infamia. El había oido á su mugerazorada decirle á su doncella Agustina que ocultase al punto el bastón y el sombrero. ¿Por qué su mujer turbada había mandado ocultar aquellos objetos? ¿No era indudable que una y otra cosa pertenecían á un

hombre? Verdad es que él había oido que el nombre de gorro y de capota de señoras ya se había cambiado con el de sombrero de los hombres: ¿pero y el bastón? ¿Era posible que este malhadado instrumento perteneciese á nadie más que al hombre, el seductor de oficio? Además; él había oido á la par que las palabras fatales que lo habian aniquilado, el cerrarse una puerta de golpe próxima al gabinete de su mujer, y un instante después el ruido de un carruage que partía. ¿No era claro, terminantemente cierto, que el robador de su honra acababa de escapar, por haberlo visto cruzar por el jardín, y en su precipitada fuga se había dejado atrás bastón y sombrero, cuerpos espantosos del delito? ¿Por què no había entrado él como debía por la puerta principal y se hubiera encontrado frente á frente con el infame seductor y lo hubiese asesinado implacablemente.

Todas estas reflexiones se agruparon en tropel á su mente y formó al

punto su resolución al ver que no habia podido vengarse del infame.

Despues de unos instantes consiguió dominarse un poco y se dirigió á su muger.

—Puesto que estás vestida vamos á dar un paseo.

—Como gustes fuè la contestación que le dió Rosa sin haber aun acabado de salir de su sorpresa.

—Vuelvo dentro de un instante y espero estés pronta.

VI.

D. Mariano Ramirez y D.ª Antonia Moreno y Santiago, padre de Rosa, habian concluido de almorzar y estaban sentados en las butacas del mismo comedor.

Era la una del dia, y al acabar de dar su única campanada penetraron sus hijos Domingo y Rosa. Esta última apenas entrò se arrojó llorando en brazos de su madre.

Domingo se encontraba lívido y mudo.

—Que es esto que tienes, hija mia, preguntaba la madre de Rosa alarmada, al par que su padre se dirigía á Domingo.

—¿Qué te pasa? le dijo.

—Es muy sencillo, repuso Domingo con una voz tranquila y lúgubre, vuestra hija se queda con sus padres.

—¿Nuestra hija? repitieron á coro los padres de Rosa.

—Vuestra hija me ha deshonrado, y la que deshonra á su esposo ya no puede vivir bajo su techo.

El padre de Rosa cayó desplomado en una butaca. Domingo continuó.

—En el primer momento la hubiera asesinado; pero Dios me ha inspirado, y os la dejo abandonada.

Rosa se levantó entonces indignada y terrible, y gritó desesperada.

—Es falso, padres mios, es falso: ese hombre es un infame.

D. Mariano tambien se levantó entonces y con tranquila calma.

—Es preciso que nos probeis ese hecho, dijo; si lo probais, que me parece imposible, nuestro hija será tambien abandonada por sus padres.

Domingo continuó.

—Mandad á un criado, que traigan al punto el sombrero y el baston que mi muger temblando ha mandado ocultar á su doncella.

La madre entonces rechazó á su hija: el padre se tapó el semblante horrorizado y Rosa al mismo tiempo pareciò resplandecer de alegria, y gritó:

—¡Antonio, Antonio!

Un criado se presentó y Rosa le dijo:

—Id inmediatamente á mi casa y decid á Agustina que os entregue de mi parte el baston y el sombrero que le mandè ocultar.

El criado partió en seguida.

Al oir á Rosa y ver su tranquilidad todos parecieron confusos, pero temblaban con tan terrible incertidumbre.

Un silencio profundo habia sucedido.

. . . . . .

Momentos despues apareció Antonio el criado llevando en sus manos el baston y el sombrero que Julia habia regalado á Rosa.

Aquella tormenta que preparaba una inmensa catástrofe se deshizo en un instante como una bomba de jabon al soplo de un niño.

Rosa abandonó decididamente las modas y allí condenaron al fuego los cuerpos del delito.

Domingo y Rosa continuaron toda su vida felices.

—

Ahí teneis, pues, que las cosas al parecer mas pequeñas pueden traer terribles resultados. Ahí teneis, pues, la inconveniencia en la exageración de las modas.

EL AGUA DE SAN VICENTE.

I.

Era en Valencia la del Cid; la ciudad de las primaveras, de las brisas y los aromas, de los pájaros y las armonías, de las flores y las bellezas.

Al invierno sombrío sucedió la risueña primavera y despues el estío abrasador.

Angel, ausente y lejos de su familia, habia pensado en su madre en el invierno; deseó verla en la primavera, y creyó estrecharla amante entre sus brazos, cuando pasados los calores, viniese la estación de las vendimias.

Y esto era natural; cinco años hacia que Angel estaba separado de su familia y de su madre.

El pobre Angel que no habia conocido otro afecto en el mundo; que no habia derramado otras lágrimas que las del cariño y la ternura por aquella de quien era todo su corazon.

Angel que soñaba dolorido y amargado, al ver convertirse en hilos de plata los negrísimos cabellos que á su madre adornaban en otro tiempo. Angel que suspiraba por las caricias de su madre, y que rezaba à la Vírgen Maria para que se la conservase, y que besaba las almohadas de su lecho, creyendo besar su frente y sus ojos.

II.

Las flores de la encantada estación principian á amarillear, y el corazon de Angel se baña en la atmósfera de los deleites, pues se acerca el dia de abrazar á su madre.

Todo lo tiene ya preparado, y goza con esta idea, que es el anuncio de su partida.

El domingo, piensa, despues de levantarse temprano y oir misa, visitar la ermita de la casa natalicia de San Vicente Ferrer, porque pudiera tal vez no volver; y entonces Angel, tendria un remordimiento eterno.

Pronto partirá; pronto se regocijará su corazon y se ensanchará su alma entre los brazos que amantes le esperan.

Tantas leguas de distancia las atravesará en dos dias.

III.

Se ha presentado la estación del verano con un sol chispeante y sus vendabales de polvo.

Alternativamente se oscurece el sol por apiñadas, pálidas, amarillentas nubes.

Alternativamente con los soplos cálidos y abrasadores, se confunden las brisas espesas de los campos de la

humedad, y el cuerpo se estremece á su contacto.

Enrarecido está el ambiente, incoloro el cielo, pesada y sofocante la atmósfera.

De nuestros campos y nuestras ciudades se han alejado en confuso tropel para respirar otra atmósfera, pájaros que coronan los tejados y las cúpulas de los campanarios.

Los transeuntes han principiado á ponerse pálidos como el color de las nubes del cielo. Han principiado á brotar lágrimas de sus ojos, que muy pronto se han secado en sus mejillas, para irse depositando en un foco de amarguras en su corazon. Han cesado en sus diversiones, en sus baños, en sus placeres, y en sus amores, y corren desalentados en busca del amigo, del hermano, del padre y de la esposa, para auxiliarles en sus últimos momentos.

La justicia divina ha querido recordar á la humanidad, el buen tributo que ha de pagar para que tenga-

mos tiempo antes de partir para la otra vida, de abandonar las miserias de los vicios.

El bullicioso y aterrador silencio de los séres que corren desolados pensando en la muerte, solo es interrumpido por el ruido lento y monótono de las ruedas de los trasportes al no ser; y el ejercicio del dolor se ha interrumpido en nuestros corazones, que se encojen á la fuerza de tantos sufrimientos.

El mal se respira, el dolor crece y calla aterrado: el silencio espanta.

Un viajero incógnito, desfigurado, horrible, cadavérico, recorre silencioso las calles de los vivos, con la palabra *muerte* escrita sobre su escuálida frente.

Es el *cólera*.

IV.

Angel no ha podido marchar á su casa para ver á su madre y regocijarse con sus caricias.

La caridad le retiene en el sitio de las amarguras y la muerte.

Y sufre y agoniza y llora amargamente, porque no podrá abrazar á la que le dió el ser, si llegase la hora de su final partida; y sin embargo acorre con sus auxilios y su cariño, á los amigos y á los pobres, que agonizan en su lecho, y les prodiga los consuelos y las esperanzas de los elegidos para el cielo; de los bienaventurados para la gloria.

Angel está malo.

Un día cruzaba triste y apesadumbrado por la calle del Mar, y principia á advertir un bullicioso y mudo gentío que sale de un pátio profusamente iluminado, y el cual se atropella y confunde para poder penetrar en él.

Niños, mujeres, hombres, militares, caballeros y ancianos acuden todos en tropel para penetrar en aquel recinto.

No hay allí clases ni categorías, porque todos se confunden de igual modo, con la esperanza retratada en su semblante, y con lágrimas de amor en sus ojos.

Hánse acordado que tienen para con la Justicia divina un poderoso intermediario: hánse acordado que nada puede negar Dios á sus escogidos; y todos invocan el nombre de su padre Vicente Ferrer, y acuden á su casa y santuario, implorando su divina protección, purificándose con su santa agua la salud de su cuerpo y de su alma, como lo hicieran con las aguas del Jordan.

Allí entró Angel impelido por su deseo de beber el agua santa, poniéndose bajo la protección y amparo de San Vicente.

En aquel pátio iluminado hay una fuente inagotable que la beben con

ansiedad todos los que acuden, porque tienen fé en nuestra religión, porque solamente confian en Dios y en San Vicente.

Angel se encontraba malo, pálido, cadavérico, y arrastrándose como pudo, con ansiedad, con amor, por en medio de aquel gentío religioso, penetró en aquel pátio, y se llegó tembloroso á aquella fuente.

En seguida bebió de aquel agua milagrosa, retirándose á su casa después más tranquilo.

V.

Encontrándose solo, léjos de su casa, sin hermanos, sin familia, sin amigos, en medio de su dolor y sus angustias mortales; sin suspirar, ni gemir, ni removerse en su pobre y angosto lecho, Angel sufría.

Y rezaba con entusiasmo y con fé, pidiendo al cielo y á San Vicente le

concediese al menos el placer inmenso de abrazar á su madre.

Y principió á sosegarse y á esperar y á creer se le otorgarían sus santos é incesantes deseos.

Y murmuraba plegarias y oraciones para templar sus dolores, que insensiblemente desaparecían.

VI.

Aquella noche Angel se durmió tranquilo con el nombre de su madre y de San Vicente en los lábios.

Una aureola de luz aparece en su aposento y á los piés de su lecho, que corona á una belleza seráfica.

Angel cree morir de infinito placer, y no se atreve ni á respirar ni á moverse, fijos sus ojos y espantados de tan viva lumbre en aquel rostro angélico.

A la derecha de su lecho, y de rodillas; contempla una mujer llorando y

con las manos cruzadas en fervorosa oración, que dirige á la visión celeste.

Angel también llora y reza con aquella santa mujer que está puesta de rodillas; y una armonía celeste viene á inundar el espacio donde Angel se encuentra en el lecho del dolor.

Nube de vaporosa y perfumada mirra flota por el aire, y todo, todo junto, forma un concierto indefinible.

Angel siente que unos brazos cariñosísimos estrechan suavemente su cuello, y goza las delicias de la gloria; y en este momento de escitación y de religioso entusiasmo, imposibles de contener, interrumpen aquel religioso silencio dos esclamaciones juntas, unidas, íntimas, fervorosas.

«¡Bendita sea el agua de San Vicente!»

Una voz magestuosa y potente, embriagadora y sublime, rodó por el espacio.

«¡Benditas sean las aguas de la fé, la esperanza y la caridad, que emanan

del Dios Omnipotente y padre de las criaturas! ¡Benditos los que lloran, porque ellos serán consolados en el cielo!»

VII.

Angel acababa de morir y subir al cielo en medio de los coros celestes; al lado, y sostenido por la flotante túnica de la visión resplandeciente.

Su madre volvió á caer de rodillas junto al lecho de su hijo, y con lágrimas de placer en los ojos, creyó morir de alegría al verlo desaparecer en el cielo. No hubiera podido ambicionar mayor gloria.

El agua de San Vicente, la fé en Dios, hizo que Angel consiguiese su deseo de abrazar á su madre, y que hoy estén los dos juntos bendiciendo á Dios y gozando de la bienaventuranza de la vida eterna.

LOCURA HUMANA.

(FANTASÍA.)

I.

«Volemos al mundo, amigos mios; volemos al mundo y á los placeres. Los placeres son únicamente los que pueden sostener la vida; lo demás es la muerte y el infierno.

Dejemos atrás esta monotonía inaguantable de nuestras costumbres. Siempre vemos un mismo sol; siempre respiramos unas mismas brisas; siempre escuchamos las mismas armonías, y nuestro corazón y nuestra alma ansian el espacio, ansiamos vo-

lar por esos mundos que volcanizan nuestro corazon al solo relato de sus maravillas.

Abandonemos la edad pueril y los placeres de los niños. Esta vida blanca è inocente que pasamos en el regazo de nuestras madres, nos debilita nuestro corazon, y nuestro corazon es de héroes... ¡Pobre hermana mia!, te voy á arrancar lágrimas con mi partida, y ya no tendrás quien te acompañe en los paseos matinales... ¡Y mi madre... mi madre sobre todo!...

«La hora ha sonado; marcharemos sin cesar. El Dios que gobierna los mundos, nos ha hecho á los hombres reyes de la creación, y nos ha dotado de facultades extraordinarias; y estas facultades tan brillantes, no deben quedar sumidas en el oscurantismo, sino que deben agitarse, marchar, crecer, y sorprender á los pobres humanos que no tienen alma ni espíritu suficiente para hacerse gigantes.

Conocemos á Homero y debemos sobreponernos á èl. Nos aterroriza Neron; nos admira César, y nos entusiasman Annibal y Alejandro; y debemos comprender, que ante nuestra fuerza de voluntad, los convertiremos en pigmeos, colocándonos sobre sus pedestales.

Esas maravillas que de antiguo nombrara el mundo, ya las borraremos con nuestra planta, y haremos sobre sus escombros otras mas sorprendentes y que lleven grabado en su cúspide el *no mas allá* del poder humano... ¡Nuestra sabiduría es infinita!...

Debemos abarcar los orbes paseando nuestra mirada desdeñadora sobre sus mezquindades, y nuestro paso por ellos quedará señalado hasta aun mas allá de su existencia.

En Oriente descansaremos, porque su sol abrasador hace languidecer, y nos embriagaremos con sus perfumes,

En América recorreremos las selvas, inquietando los animales; y en

Europa, en sus mismos teatros, en la Grecia, resucitaremos las artes; y en Roma despertaremos el lujo y la esclavitud.

«Volemos al mundo, amigos, mios; volemos al mundo...! ¡Cuán estrecho espacio nos encierra, y oprime y tortura nuestras ideas inmensas, y nuestras aspiraciones gigantescas!Si aguardásemos un dia mas, se agostaria nuestra vida, al marchitarse nuestra imaginación... Mañana seria tarde...

Oidme; no desmayeis: En Grecia no se afeitaban los cobardes mas que la mitad del rostro... No querais ser de estos.

¡Volemos al mundo, amigos mios; volemos á los placeres!

Mirad como nos llaman con sus voces dulcísimamente armoniosas, esos grupos qus se mezclan seductores. Miradlos correr en tropel como haciendo alarde de sus juegos y de sus encantos. Los jóvenes como nos-

otros llevan el cabello largo, y rizado un poco por la espalda: visten blancas y flotantes túnicas de lana, y se ciñen cinturones de oro finísimos: Sus sandalias son de aljofar, y llevan las piernas y los brazos desnudos con ajorcas riquísimas para ostentar su fuerte musculatura y su robustez, soportando la cruda intemperie; pero sin embargo, mirad sus lábios carmíneos que empiezan á palidecer de tanto gozar. ¡Qué bellos y arrogantes están con sus coronas de verbena, y cuán desdeñosamente sonrien á esa multitud bella de vacantes que los enamoran!.. Mirad los ojos de esas mugeres, negros como el terciopelo, y como el espacio de la noche sin lámparas, y sin embargo, lucen como una estela cósmica, y brillan como un diamante, y chispean de voluptuosidad. ¡Qué hermosas son! ¡Cuánta ventura respiran sus semblantes! ¡Cuántos goces parecen brindar á nuestros ojos estasiados, y que no tratan de ocultar á nuestras ávidas miradas!...

Miradlas cómo se mezclan y confunden con los robustos mancebos, con el blanco y aromático dictamo en sus trenzas. Todas tienen la misma belleza que diera Nicea á sus sacrificados; todos los mismos ebúrneos y suavísimos brazos de los dioses de Fidias... ¡Cuàn hermosas y brillantes sus deslumbradoras cabelleras, negras como el ébano de la cumbre de Hermon, y blondas como los hilos finísimos del oro del Ofir, en redes que fingen velar sus espaldas, pero donde se aprisionan nuestros corazones.

¿Què adornos son esos de oro que cuelgan de su cuello, y descansan sobre su seno de nieve...? Las veis...? Tienen afan de goces y los mancebos están pálidos... Ahí las teneis; miradlas qué hermosìsimas, cómo reverencian y divinizan su religiòn de deleites. Y pasean elegantemente desaliñadas por las calles, sonriendo á los jóvenes para despues brindarles sus encantos. ¡Ah! solamente esto puede ser la vida. No ambiciono ahora ni ser

Pericles, ni Alejandro, ni Homero, ni Nabucodonosor; solamente quiero ser como Alcibiades, que con su belleza enloquecia de amores á las bellezas: como Stesileo de Ceos, que produjo terribles fenómenos de inmensas rivalidades!

«Tengo en mí toda la sabiduria del mundo, y no puedo aspirar á una gloria que sea mas mezquina que la mia! Platon y Xenofonte, y Sócrates su maestro, podrán ser mis satélites. Mis ideas son sagradas, sublimes é inviolables: ni los Arcantes ni los Heliastas podrán condenar ninguno de mis actos.

II.

«Naveguemos, naveguemos, amigos, y descansemos sobre estas aguas que dominamos con nuestros bajeles de

tantos y tan infinitos goces. La vida, sin variaciones y sin emociones diversas, es insoportable. Hemos dejado la Italia, que nos ha parecido desconocida, y últimamente la Grecia, que se encuentra degenerada. Sus mugeres ya no llevan Priapos al cuello, porque han abandonado la pasión de los amores, y hoy les domina la pasión de las vanidades. Todos, todos miserables ..: no pueden soportar dos cosas á la vez, y nosotros las soportamos todas, porque nuestra vida es eterna!

Vogad, vogad, que las olas nos arrullan y besan nuestras plantas.. Vogad, que las ondas nos mecen y nos acarician.

Si hemos asombrado la tierra, dominemos tambien ahora los mares. ¿Qué son estos para nuestra grandeza?

Colon fué nscio porque no hizo mas que descubrir otro mundo, pero nosotros hacemos algo, los subyugaremos á todos, pero despues de haber clavado nuestras enseñas triunfado-

ras en todos los mares. Estos serán nuestros tributarios de perlas para adornar las trenzas de nuestros cabellos, y de pescados sabrosísimos para que descanse nuestro apetito.

«Dominad ese bajel. Miradlo! viene orgulloso y ostenta el color de la nación más poderosa. A él mis lebreles: sangre y fuego tan solo, que despues ya cantaremos la victoria...!

No pensemos mas en nuestros triunfos; ya veis cuán fáciles son, y durmamos al arrullo de los vientos y de las olas.

«¡Qué poderosos somos! No tenemos necesidad de operarios para fabricar un puente en el mar como el que Xerges construyera, y que deshizo una suave caricia de estas olas. Nosotros lo tenemos hecho, porque nuestras naves puestas en hilera pueden tocar los estremos de los mares.

«Yo soy el génio que os ha proporcionado tantas grandezas; llamadme rey. esclavos!... Vestidme la púrpura de Tiro en un manto imperial; pero un manto imperial, que sea fabricado y bordado por la mano de todas las princesas de la tierra. Una corona de oro riquísimo sobre mi cabeza, y que no tenga más que un diamante, que pueda ser el nuevo sol que alumbre los universos.

Celebremos mi coronaciòn en medio del Occéano.

A la América! á la América!....

III.

«Qué país tan delicioso sería este si estuviese poblado de otros séres!... estas gentes no son hombres ni mujeres, y sin embargo, agrada la espresión de su fiereza.

Que vengan esos salvajes á entretener à su señor. Quiero ver sus juegos

y sus bailes empapados de voluptuosidad. Quiero escuchar sus cantos lentos, monótonos, melancólicos y suavísimos, saturados de embriagadora malicie; y mientras tanto me duermo, agitad los vientos para que se refresquen mis sienes.

Este *mango* corpulento me prestará su sombra; y á la orilla de este gran rio escucharé el canto de los *sinsontes*, entre los arbustos de sus orillas que se reflejan en sus cristales. Las lianas bordando troncos y formando festones y columpios, y los colibris deshojando rosas.....

«Ya estoy cansado de estos placeres. Las aves con sus diversos y nítidos plumajes, con sus trinos y modulaciones variadas, no ejercen ningún influjo en mis sentidos: no me hacen sentir, no me hacen aspirar la vida á torrentes. He querido impresiones de horror y tampoco me las han podido inspirar esos manojos de serpientes

que saltan de los árboles y que chascaran entre las hojas secas y que brillan con sus pieles de esmeraldas, rubíes, oro y topacios, á los rayos de ese farol que nos alumbra; y que silban como los euros, y que se entrelazan para acariciarse y para destruirse. Ni el salto de las panteras y los tigres, manchados gatos que juegan con la muerte: ni el oso terrible, ni el leóa fuerte; ni los reptiles de lengua de veneno me han podido distraer... ¡Cuán pobre y miserable es todo!..

Apartémonos de aquí; aprested las naves, y saludad mi nueva entrada en mi imperio del Océano. Solo esta grandeza puede asemejarse algo con la mia...

IV.

«Vogad, vogad, que pronto llegaremos á la cúspide. La mar tiene sus montañas y sus valles, y sus grutas y

sus cavernas, y su inmensa multitud de séres.

Sus montañas tienen sus puntas y sus cortes, y sus moles cristalizadas, deleznables y titánicas.

Sus valles tienen sus flores, y sus grumos de espuma de inmaculada blancura, y de rizados estambres.

Sus grutas, donde anidan los peces sobre algas flotantes; y sus cavernas, espacios de sus ondulaciones, donde rujen los mónstruos, para acompañar el concierto temible de los rumores de las aguas.

Vente à mi cámara, luz, reclínate á mis plantas sobre los almohadones de plumòn de cisnes, y canta una de tus incomprensibles melodías. El concierto que se forme con tus cantos, y los mugidos de las aguas, será dulce y horrible.

Canta solo procurando adormecerme; pero no me acaricies, porque entónces me cansarias... Dulcifica y en-

fría tus ojos, ó no me mires, porque tus miradas tienen algo de satánico, y algo de infinita dulzura.

No me brindes tus amores, porque ya han perdido su idealidad. Tus lábios que destilaban sabrosísimas mieles del Himeto, hoy brotan envueltas con el amargo absintio. Además necesito rejuvenecerme.

Canta.... sigue cantando...

«¡La tempestad! ¡bien venida sea! Esto era una cosa que yo no había gustado todavía.... Apártate, luz, y déjame contemplarla.

¡Bien por la electricidad, y sus luces, y sus destellos, y sus estelas, y sus relámpagos fosforecentes, y sus rayos lívidos!

¡Bien por los zumbidos de los vientos!... ¡Bien por sus juegos y sus choques, y sus alaridos, y sus estruendos! ...

¡Bien por el mugido de las olas, y la vacilación de sus montañas, que

caminan y aplastan y hunden; y sus valles desflorecidos, y el rumor de sus cavernas, y sus grutas desamparadas, y sus espumas en ebullición, y su hervidero de peces, y los saltos de sus mónstruos!...

«Luz, no te acerques á mí, ni me mires, ni me toques, porque tu mirada me desvanece, y me fascina y hasta diría que me causa miedo. . .

. . . . . .

«¡Oh! una montaña ha sepultado una nave. Es un juego magnífico! y lucha la nave para no sucumbir.... y no sucumbe.... ¡Bien por sus débiles esfuerzos contra las verdes avalanchas!... Estarán dormidos, y por su fortuna van á pasar de un sueño á otro sueño, aunque eterno, sin advertirlo.... Ellos son mortales.... ¡Qué infelicidad!...

Húndete como el caballo en el fan-

go, pero que te resucite la espuela, para saltar por encima de esas olas, que á pesar de toda su fúria, no son más que de agua, y el agua es delezuable.

Esas gentes no pueden ser mis vasallos, ni son tan torpes, ni tan cobardes, ni gritan tanto... Pero la nave se hunde... se hunde... se hunde sin remedio, se hundió!... Nadad ahora, miserables. ¿Por qué temeis? Vogad en ese nuevo elemento que os lleva como plumas... ¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Hasta la vista!...

No te rias, luz, huye de mí, te lo mando... te lo suplico. . . . . .

¡Qué ruido tan espantoso! . . .

. . . . . .

«Las olas surgen, y se levantan, y silban... La nave ha desaparecido....; los harapos de sus velas navegan ellos solos tendidos sobre una espantosa superficie...

Y los hombres... y los hombres nadan con vigor y luchan... ¿Pero por

qué tan desesperados esfuerzos?.... ¡Subid á las otras naves...! ¡Detenedlas para que suban, que ya me he divertido demasiado..., y tiemblo, y tiemblo como un agonizante...!

¡Qué miradas de desesperación me dirigen...! Sus cabellos cubren sus ojos lívidos, y sus lábios se cierran y se abren alternativa y convulsivamente....!

Todas! todas las naves y los hombres han desaparecido...!

¡Què horror...!!!

Luz, todavìa estás ahí, y tu semblante retrata la desesperación de esos infelices. ¡Huye, porque me causas horror!... Huye, porque me miras con esos ojos que espresan en sus radiaciones titánica complacencia...!

Huye, porque gozas al mirarlos, y te escuries cuando desaparecen...! ¡Huye, porque eres maldita, porque no puedes ser mujer; porque eres el mis-

mo Satanás que me condena...! Retírate de mí, ó con mis manos te despedazo...

¡Ah! te ódio con toda mi alma...! Me quemaría los lábios, porque en ellos has posado los tuyos!...

¡Ah! yo lucharé contigo, y te arrojaré á tu averno!. . . . . .

. . . . . .

Ya vencí!... Ahora sonriete en tus inmensos palacios!...

«Ay!... yo no puedo mas!... yo estoy cansado... yo desfallezco!...

Y aún todavia saltan las olas como ciervos, y se estienden como abanicos, y se enrollan como serpientes... y el rayo cruza, y el relámpago centellea... ¡Horrible! ¡Horrible!... cerradme los ojos!.. Que yo no lo mire, que yo no lo vea... porque tengo miedo.. Yo los he visto desaparecer á todos, y ya no queda mas nave que la mia...! ¡Huid! que no puedo sostenerme... que la cabeza me arde, y los oidos me zum-

ban... y el corazon se me despedaza... y siento la humedad en mis plantas...

No gritsis!... No maldigais!... ¡Por Dios! por Dios, llo ad y rezad!... Mi hermana y mi madre, me lo dicen al cido con ferviente súplica!... . . . .

Que las aguas me cercan... me ahogan... ¡Salvadnos, Dios mio!! . . . . . .

. . . . . .

V.

»¿Qué tierra es esta donde me encuentro?... He soñado dolores y desesperaciones... Dios mio! tened compasión de mí!

Siempre, siempre á tus plantas!... Fuera, fuera de mí la locura de la humanidad!!!

JUAN COLIN

LEYENDA TRADICIONAL

I.

Tuvo fama que convertia los hombres en animales, y que se habia servido de un sacristan seis años en forma de asno real y verdaderamente...

(CERVANTES.—*Coloquio de los perros.*)

Hallábame en mi pueblo de vacaciones cuando era estudiante; desde mi salida de Granada no me habia ya abandonado el pensamiento que se habia apoderado de mí á la lectura del epígrafe copiado, de saber esa

multitud de cuentos con que las viejas entretienen y asustan á los niños para que se duerman, cosa que sucede en todas partes y en todas las estaciones.

En Feijóo y en otros autores habia tambien leido algo referente á las brujas Camachas, y hasta por último el auto de fé en que la inquisición las habia quemado.

Recordaba haber visto en mi pueblo á un pobre viejo, que al tomar el sol en los apacibles dias en el paseo llamado de las Rosas, entretenia á sus compañeros con multitud de cuentos, que recitaba fácil y hasta elocuentemente.

El tio José se llamaba, y decidido fuíme á buscarlo.

Las cuatro de la tarde serian de uno de los dias inmediatos á la Pascua de Resurrección, y era uno de los mas templados y hermosos.

Encontré sentado en su favorito asiento al tio José, y á pesar de mi deseo no me atreví á acercarme, no

solo por no llamar la atención de los demás ancianos que con él estaban, sino tambien por ese temor ridículo é incomprensible que nos acomete al intentar alguno de nuestros actos, que sin embargo de ser naturales, conocemos que no marchan acordes con el pensamiento general.

Dí dos paseos solamente por delante del escaño de piedra donde se encontraba, y sin separar ni un momento mi vista de él, cuando ví que se levantó y se puso en marcha para retirarse.

Apoyado en su muleta y con lento paso caminaba, y esto me tranquilizó de que no podia perdérseme, y me entretuve aun algun tiempo para encontrarme con él despues en un lugar ó calle mas escusada.

Así sucedió, en efecto: pasados pocos instantes me hallaba á su lado.

—Buenas tardes, tio José, le dije.

—Muy buenas las tenga V., señorito.

—¿Cómo estamos?

—Bien, señorito; siempre haciendo por olvidar la miseria.

—Y por eso relatais tantos cuentos; ¿no es verdad?

—He tenido tanta afición á los libros, que hoy que ya casi no veo, disfruto con la memoria de lo que he leido.

—¿Y habeis leido todo cuanto contais?

—Casi todo.

—Me parece, sin embargo, haberos oido algunas cosas que no están escritas.

—Sí señor, es verdad, y son tantas que se podian con ellas llenar muchos libros.

—Segun eso, ¿las inventa V?

—¡Oh! de ningun modo: todas las he oido á mis abuelos, padres, tios y compadre; y todas, todas las conservo en mi memoria.

—Pues una de esas historias es lo que yo deseo me conteis.

—Cuando el señorito quiera.

—Os gratificaré y al mismo tiempo os lo agradeceré.

—Verdad es que necesito de la caridad pública, pero me quedaré muy satisfecho con haberos comp'acido.

—Muchas gracias, tio José.

—¿Quereis pasar á esta pobre choza?

—Necesitareis descansar, y os dejo; pero vendré cuando me lo digais.

—Mañana mismo.

—Y me contareis de las brujas Camachas, y del sacristan que fué por ellas convertido en asno.

—Todo os lo contaré, aunque advirtiéndoos que eso que acabais de decir no es cierto. La primera historia es muy larga; pero la segunda, ó sea la del sacristan asno, como vos decis, cuyo nombre era Juan Colin, es la que os referiré primero.

—Principiaremos, pues, por el sacristan Juan Colin. Con que hasta mañana.

—Hasta mañana, señorito; que Dios os guarde.

Y en seguida volé hàcia mi casa, loco de contento.

II.

Al dia siguiente amaneció nublado y con un airecillo desagradable, y me regocijè en mi interior, pues parecia habérseme quitado de encima un peso enorme.

De este modo, me dije á mí mismo, el tio José no podia contrariar su costumbre de salir en los dias templados, y no me consideraré de ninguna manera culpable de molestarlo. El dia le impide salir á dar su paseo ordinario, y hasta si es posible se pondrà contento de tenerme por auditorio.

Estaba impaciente deseando que sonase la una de la tarde para dirigirme á casa del viejo, hora en que de seguro habria comido y hasta dormitado un poco.

Así sucedió, en efecto, y á la una y minutos me encontraba sentado en

una silla taburete; tal era la pobreza del anciano; y después de saludarnos comenzó su narración, que yo escuché con avidez.

Hasta las cinco de la tarde duraría el relato de la historia del sacristán Juan Colín, y me despedí del viejo, asegurándole volvería cuantos días malos y lluviosos hubiese, para que me contara cuanto supiese de las Camachas.

Por algunos días después continué yendo á su casa, y sus noticias nos están sirviendo para un libro que publicaremos.

Varias limosnas le hice al pobre viejo, tal vez aún más de las que podía, pero con el mejor deseo, y hasta con el más vivo sentimiento de no poder aumentarlas.

Hé aquí, pues, la leyenda que me refirió y que con sus mismas palabras os traslado á continuación.

III.

«Debeis disimularme, señorito, si la costumbre que tengo de narrar estos hechos, me hace pesado en su referencia, aunque os aseguro que si no con las mismas palabras, uso al menos casi la misma forma con que las mentan los libros. Por lo tanto voy á principiar, á mi manera, que aunque á la verdad quisiese variar, tampoco podría.

Deleitosos y amenísimos valles se estienden tras de las gigantescas y vírgenes alturas de Sierra-Morena, formando lechos de rosas en medio de floridos campos, de huertos y de olivares, que desde la oriental Granada cruzan á Córdoba y Sevilla, para morir cerca de las orillas del Océano, en la Gades encantadora de nuestra Península.

En medio de aquellos campos, en

la comarca de Córdoba, existe una opulentísima ciudad romana y árabe, y á sus alrededores una modesta quinta, que en el tiempo de nuestra historia era un colosal castillo, erguido fantasma sobre una pequeña eminencia.

A fines del siglo XV dejó de existir, y en esa época se levantaba gigante esqueleto descarnado y vetusto.

Negro y sombrío como la noche, con sus parduzcas peñas y grietas profundas, parecía completamente inhabitado.

Y lo había estado, en efecto, pocos años antes del en que acaeció su desaparición, y que es el asunto verdadero de nuestro relato.

Espesos olivos y grandes y colosales encinas borden toda la estensión de su término, semejando un numeroso ejército; y á su alrededor vetustas higueras descansando sus añosos troncos en la blanquizca tierra de su superficie.

Deshabitado parece, y sin embargo moran en él séres humanos que la fantástica imaginación del vulgo se los finge espantosos y horribles.

Formas caprichosas y de toda clase de animales presta el pueblo á tales séres; pero la voz más general se reduce á haber visto alguna que otra vez un asno paseando suelto por sus inmediaciones, y este mismo asno salir del castillo solo con un serón, y dirigirse á la inmediata villa, y penetrar en el pequeño huerto de una iglesia; volver á salir cargado de toda clase de provisiones y dirigirse via recta al castillo devorando el camino á largo trote.

Algo de fantástico á la verdad tenía este animalejo, que además era bastante pequeño y ligero, y no es nada estraño que hombres, mujeres y niños huyesen despavoridos á su presencia, y que nadie hubiese pensado ni por un momento el despojarlo de las privisiones que conducía, ni aún acercarse á él.

Jamás pudo averiguarse lo que inspiraba tal horror, ni el misterio que aquel castillo encerraba, pues tampoco se hubiera atrevido nadie á intentar'o.

Habian visto también algunas veces, segun se decia, montada en este burro una figura estraña y raquítica, y hasta se aventuraban á suponer algunos, fuese el sacristán de la iglesia ó ermita de San Sebastián, donde el burro penetraba, y que era conocido con el nombre de Juan Colín. La generalidad, á pesar de todo, lo contradecía, creyendo firmemente que Juan Colín y el burro fuesen una misma cosa.

Y sin embargo, nadie había visto los habitantes del castillo donde el burro ó Juan Colín, según decían, penetraba.

Màs antes de pasar más adelante, voy á deciros lo que se sabía de nuestro principal personaje.

Unos cuantos años antes de nuestra historia, una mañana apareció

Juan Colìn en la plaza de la villa rodeado de mucha gente, que le oia cantar romances al compás de una guitarrilla ò guzla morisca.

Después que de cantar hubo acabado empezó su cuestación, en la que no dejó de llenarse bien los bolsillos.

Juan era su nombre, según él decía; y la gente, aplicándoselo á su figura, le agregó el de Colín, y desde aquel día no fué conocido con otro.

Así pasaba y vivía en el pueblo, sin embargo de que los muchachos muchas veces le molestaban, y salía de cuando en cuando por las villas y lugares inmediatos á ejercer su profesión de juglar.

La generalidad no veia en èl otra cosa que un juglar, un trovador, como le hemos llamado, y por apèndice se le calificaba de infeliz. Con todo, muchos vecinos hubieron de fijarse en las diferentes palabras que se le escapaban de sus antecedentes, y en las preguntas inquisidoras que á todo el que hablaba dirigìa.

Esto, pues, era lo siguiente.

Que era de Mártos y se llamaba el paje Juanillo; y que en la conquista de esta villa por los moros habían robado á su señorita y conducídola á Granada; que allí la había buscado para defenderla, inútilmente, y que tenía noticias estaba por aquellos lugares. Por lo demás, que él no conocía ni más padres ni más familia que sus amos y su señorita Isabel, si es que vivía.

Pasado algún tiempo de esto, el sacristán que había en la iglesia de San Sebastián, movido de compasión, lo tomó para su ayuda, y poco después á la muerte de éste quedó él con el cargo de sacristán.

Juan Colín, que había dejado de llamar la atención de la gente de la villa, como juglar, principió á llamarla desde que fué sacristán en la iglesia de San Sebastián, pues decían verlo no muy á menudo y penetrar en el castillo, abandonado por el terror del público.

Esto le dió tal misterio y tal importancia, que nadie claramente se podía definir lo que este fuese, y mucho más cada vez que alguno lo veia dirigirse al castillo, poblado de brujos y de fantasmas, según el vulgo creia.

Sin embargo, Juan Colín se podía definir con pocas palabras: huérfano recogido desde niño en casa de don Sancho Gimenez de Solís, comendador de Mártos, era tratado y querido por su amo y por su hija Isabel con entrañable afecto. Al amparo de este cariño, único que existía para él en el mundo, se criaba, cuando aconteció la última toma de Mártos por los moros, donde murió su protector, y fué robada su encantadora hija Isabel. Esta, único ser que en el mundo quedaba á su cariño, todo se lo dedicó, pero de una manera asombrosa y sublime. Un sentimiento inmenso de amor y de cariño era la sola idea de su existencia, y esta idea, siempre trabajando su mente, se la trastornó hasta

el punto de convertir aquel cariño è idolatrìa en un continuado delirio; y este delirio fué el de buscar incesantemente al único objeto de su amor.»

Aquí suspendió su narración el tio Josè, y abriendo su caja tomó un polvo despues de haberme brindado.

En seguida, y notando la ansiedad retratada en mi semblante, continuó de esta manera:

«Ahora falta, señorito, esplicaros quiénes eran los habitantes del castillo.

Dos jóvenes encantadoras y pálidas, de unos quince á diez y seis años de edad, y una mujer á lo mas de cuarenta, de fisonomía hipócrita y horrible, que las acompañaba, sirviéndoles de guardian y cancerbero, que ocupaban la parte habitable del castillo; y allá en una de sus torres, un feísimo y espantoso jorobado, que lo mismo que aquella mujer ejercia dominio sobre las jóvenes, él lo ejercia mas tiránico sobre todas.

Pocas veces bajaba este de la torre,

donde parecia que guardaba un tesoro inmenso, y era presa de la mas espantosa de las locuras.

La relación que entre sí tenían estos seres, os lo dirá cuanto me queda por manifestaros.

Os he puesto en estos antecedentes, aunque para la generalidad estaba todo envuelto en el mas profundo misterio por el temor del vulgo, hasta el momento que empieza nuestro desenlace.

IV.

Era uno de los primeros dias de Febrero del año de 1481.

Rojos relámpagos principiaron á bordar el cielo de ígneas cintas fosforescentes, y gruesas gotas de lluvia desprendiéndose pesadas y espesas se mezclaban con su monotonía al rimbombante rumor del trueno, que rugía en el espacio negro y oscuro.

Las cuatro de la tarde serian y la oscuridad era densa y lóbrega como la mas profunda noche, cuando entraba como una exhalación en el castillo misterioso Juan Colin el sacristan, casi agachado sobre el asno.

Apenas uno y otro penetraron en el soportal del castillo siempre abierto; el uno, libre del ginete, cruzó por los patios à buscar el abrigo del interior, y el otro, el sacristan, tocó en una carcomida pero férrea puerta, de una manera particular.

Unos momentos despues estaba abierta.

Juan Colin saludó cariñosamente à una de las jòvenes que hemos dicho, quien le habia abierto, y quitándose su balandrán lo colgó de un garfio en la pared, y atravesando un corto corredor entró tras de la jóven en una estancia.

Igual saludo repitió á la otra jóven, que se hallaba bordando frente á la mujer horrible y casi salvaje que hemos espresado.

Falta solo que conozcais personalmente á Juan Colin, y voy á haceros su retrato.

Este era flaco y de raquítica figura, encontrándose en la edad de los cuarenta á cuarenta y cinco años. De una palidez lívida su semblante, su mirada reflejaba la estupidez y el delirio, y á su través se advertia habitual y contínuamente la dulzura y la melancolía. Estrecho calzon de punto negro ceñía sus delgadas piernas, y una especie de almilla de igual color ajustaba su reducida cintura con una pequeña punta redondeada por detrás, que semejaba una figura fantástica y diabólica, por cuya razon la gente del pueblo le puso el sobrenombre de Juan Colin. Su agilidad, su vivacidad y su inquietud contínua, eran prodigiosas.

—¡Cómo llueve! continuó Juan Colin.

—Creíamos, repusieron las niñas, que no vendríais.

—Me ha sorprendido el agua en el

camino, y he apresurado el paso, y aquí me teneis.

Falta haceros el retrato de las jòvenes, y voy á intentarlo.

De unos quince años de edad y gemelas, eran exactamente parecidas. Blancas y ligeramente pálidas, y de una sobrehumana hermosura en su conjunto, ostentaban un cabello negrísimo y lustroso, brillando á la par en su rostro sus ojos tambien negros, y grandes, rasgados. Toda la perfección que pudiera concebir un artista para la estátua que lo inmortalizara, estaba colocada en aquellas jòvenes. Mas con todo, tratándolas pudiera notarse alguna diferencia entre ellas; la una, Isabel, era arrogante y magestuosa; la otra, Inés, aunque del mismo carácter, espresaba en su fisonomía algo de blandura, de mas amorosa simpatìa. La primera siempre debiera inspirar el respeto y el amor: la segunda el amor y el respeto.

Mas continuemos nuestro relato.

—Ya tardabas bastante, dijo aque-

lla espantosa mujer, cuyo nombre era Catalina; y como habia empezado á llover...

Juan Colin se acercó á esta, asomando á sus lábios una cariñosa sonrisa.

Catalina pareció complacida, y dijo:

—Siéntate.

—¿Qué se hacia? replicó entónces Juan Colin, tomando asiento al lado de Catalina.

—Leia yo la Apocalipsis de San Juan, replicó la jóven que habia abierto la puerta, mientras mi hermana Isabel bordaba.

—Sufrimos tanto, repuso la bordadora, que nos parece imposible tengan fin nuestros padecimientos.

—¿Cuándo acabarán? añadió la otra jóven, que se llamaba Inés.

—Pronto, muy pronto, yo os lo aseguro, pobres niñas.

—¡Si Dios quisiera!

—Sí, hijas mias, querrá; no lo dudeis. Ni un instante ceso en el trabajo para poder reunir algun oro; y ni

duermo, ni como, sino pensando en vuestro destino.

—Iremos á Granada, murmuró Inés, ¿no es verdad?

—Allí es donde os está reservado vuestro brillante porvenir.

—Pero no nos separaremos de nuestra santa religion.

—¡Ah, eso jamás!

Entre tanto, Catalina parecia refunfuñar, y miraba alternativamente á las jóvenes y á Juan Colin: á las primeras indiferente, y con interés grande al segundo.

La tormenta habia aumentado considerablemente, y parecia desgajarse en agua el firmamento.

—¿No os ireis esta noche? dijo Isabel.

—De ninguna manera, continuó Inés.

Juan Colin cruzó entre tanto una mirada de inteligencia con Catalina, y esta demostró su asentimiento.

—El jorobado se acerca, esclamaron á la par las dos jóvenes.

Juan Colin tembló y palideció:

Catalina se levantó entonces y empujó á este á una estancia inmediata, donde á su fondo se oyó un grande ruido, como si muchas piedras se desplomasen.

V.

No os he dicho, señorito, las relaciones que mediaban entre Juan Colin y los habitantes del castillo, escluyendo al jorobado, de quien vemos que huia; pero el curso de mi relato os lo irá espresando, como muy pronto vereis.

Sin embargo, por ahora bastará deciros que Juan Colin, desde que conoció á Catalina y á las jóvenes, parecia haberse olvidado de su sola idea de buscar á su señorita Isabel, perdida para él tanto tiempo hacia, y que era á la verdad la monomanía de su existencia.

Juan Colin creia, por lo tanto, que

solo existía para ser el protector y escudo de aquellas jóvenes, y con todo, no podía considerarse de otro modo sino como su más servil esclavo.

Más sigamos ahora nuestra narración.

En el tiempo que el sacristán permaneció en la cámara oscura, donde había penetrado huyendo del jorobado, y á cuyo estremo había oido el ruido que á su entrada le sorprendió, había sufrido y agonizado de una manera cruelísima.

Apenas entró se había dirigido hasta el fondo de la estancia donde oyó el ruido, pero maquinalmente y sin darse cuenta alguna de que pudiera cometer una imprudencia.

Abstraido en su camino, después de unos instantes tropezó y comprendió que había llegado al fin de la cámara. Quiso entonces buscar la pared con las manos, y no la halló por ninguna parte; dirígese al suelo, y encuentra los escombros que le habían hecho tropezar, é intenta entónces retirarse de ellos.

Era un momento en que la lluvia y el viento estaban en calma: el silencio era profundo.

De repente párase, fija su atención, y oye un grito, pero estentóreo, desesperado, agonizante y algo lejano.

Sin saber por qué, principia á latir su corazón y á erizársele el cabello.

Quiere aún oir más; salta por los escombros en busca del grito que le espantara, y cae despiomado.

Suena otro grito entónces, más horrible aún, y casi con él mezclado un rugido humano.

Tendido conforme se hallaba, alza la vista, y á lo lejos, en las alturas, divisa una especie de resplandor; mira con anhelo; parece atravesar su vista el espacio que de aquella claridad le separa, que era producida por un agugero irregular, é instantáneamente desaparece esta con el impedimento de una sombra, de un objeto, de una mujer, en fin, como Juan Colín en un rápido instante se la representó en su imaginación.

Una idea cruza por su mente: un rugido ahogado se escapa de su pecho, y se levanta para correr, cuando en este momento aparece por el otro lado de la estancia en que se hallaba, y con una luz en la mano, la repugnante Catalina, que á buscarlo venía.

Juan Colín se domina y va en su busca lívido y temblioroso, aunque haciendo grandes esfuerzos por aparecer lo contrario.

—No ha bajado, le dijo entónces Catalina.

—¿Quién es ese hombre, Catalina? le replicó Juan Colín con impaciencia.

—¿Qué te ha pasado? ¿estás malo?

—No; pero te suplico me digas quién es ese hombre; por qué causa ha venido á ser el protector ó el verdugo de esas jóvenes.

Catalina, que se había sorprendido al principio, no tardó en reponerse, creyendo comprender algo; así es que le contestó:

—¿No te lo he dicho ya otra vez? ¿Por qué ahora esas nuevas preguntas?

—Sí, sí, me lo has dicho; pero necesito oirlo nuevamente. Debes sin duda haberme engañado.

—Bien hacía yo en dudar de tu amor, puesto que de mí dudas.

El sacristán reflexionó un instante, y cambió el tono impaciente de sus preguntas.

—No, Catalina, nunca he dudado de tí, porque solo tú es la que me ha podido amar en este mundo; pero he oido hablar á ese hombre, á ese jorobado, y me ha parecido que su acento gutural tiene algo de árabe.

Juan Colín acababa de mentir porque no había oido ni visto jamás al jorobado, misterioso habitante de la torre; pero Catalina no creyó fuese esto una mentira, y le respondió:

—¿Y habrás sospechado, por lo tanto, que ese hombre tendrá algún otro interés ó relación con esas jóvenes que el que yo te he manifestado?

—Sí, sí.

—Juan, estás equivocado, pues no hay otra cosa que lo que tengo dicho.

—Cuéntamelo.

—Ese hombre, huyendo de la justicia, se metió en un castillo abandonado, y allí encontrò una mujer en la agonía, que acababa de dar al mundo dos hermosas niñas. La mujer moribunda, al ver allí un hombre, le suplicó fuese el protector de aquellos dos séres inocentes, y espiró unos instantes después. Ese hombre, pues, de quien sospechas, es el único y verdadero padre y protector de esas dos jóvenes.

—Ha muerto verdaderamente, le interrumpiò sollozando el sacristán.

—Sí, Juan, y desde poco tiempo después, yo he sido la que he cuidado de ellas.

La impaciencia demostrada por Juan Colín en sus primeras preguntas, su reacción después y últimamente sus lágrimas, debieran haber

sido suficientes para destruir las ideas que se hubieran despertado en él al escuchar los gritos y los rugidos; pero los primeros parecían repetirse de contínuo en su oido; así es que después de pasados unos instantes pareció recuperarse, y volvió á preguntar á Catalina:

—¿Cuándo te decides? Es preciso ya de todo punto marcharnos, y solo en tí consiste.

—Aún tenemos mucho que hablar.

—Bien, esta noche.

—Esta noche hablaremos.

—Sin falta alguna.

—Sin falta.

Y en esto entraron en la estancia donde se encontraban ambas jóvenes.

VI.

La lluvia aún continuaba, pero no tan espesa, y en cambio el viento reinaba ya en el espacio con la fúria del infierno.

Las jóvenes se encontraban juntas murmurando rezos de terror; pero con un aspecto de tranquilidad inspirado por su reflexión, anticipada bastante para sus años.

Juan Colín y Catalina entraron en la cámara.

La noche avanzaba en tanto envuelta en el horrible manto de sus tinieblas, cubridoras de los horrores, las desesperaciones y los crímenes.

Lívido aún se encontraba Juan Colín, y su cabeza parecía arder como un horno, á la persistente idea que de él se había apoderado, producida por los dos gritos y el rugido, la luz del agujero en la altura y la sombra.

Se dominaba, con todo, y casi casi pudo hacer desaparecer su temblor en el momento de entrar en la estancia y á la presencia de las niñas.

—¿Con que estais dispuestas á marchar, hijas mias? dijo Juan Colín al acercarse á ambas jóvenes.

—Cuando vos querais; ¿no lo sabeis? repusieron las dos.

—Pero recordad que debemos huir con el misterio, y por consiguiente, con privaciones y peligros.

—Estad tranquilo por nosotras, contestó entónces la que se llamaba Isabel.

—Ya sabeis que tenemos bastantes enemigos, y es preciso mucha, mucha prudencia.

—Toda cuanta sea necesaria la tendremos, hasta el punto de vender, si llegase el caso, cara nuestra existencia.

—Bien, hijas mias, bien; ahora es preciso que todo lo tengais dispuesto.

—Ahora mismo si quereis.

Juan Colin se detuvo un instante, y mirando à Catalina, le dijo:

—¿Podrá ser esta noche?

—Si quieres, sí.

—Velad; esta noche nos marcharemos.

—Gracias, Dios mio, dijeron á la par las jóvenes.

—Dormid si quereis un momento; os es muy conveniente; todavia es temprano, y lo mas pronto que podremos salir del castillo, será de una á dos de la madrugada.

—No podremos dormir.

—Acostaos vestidas, y tú tambien, Catalina.

Una mirada de inteligencia cambió entónces Juan Colin con esta, que añadió:

—Y tú, si quieres descansar, allí tienes tu cuarto.

—Me retiro.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Juan Colin entróse en el cuarto que Catalina le habia señalado: las dos

niñas tambien desaparecieron por otra puerta, y Catelina las siguió.

VII.

Juan Colin penetró en su habitación abrasándosele la cabeza con la idea de los gritos que no podia separar ni un instante de su mente. Dos ó tres veces intentó salir para dirigirse á la cámara donde los habia oido, y vacilaba en un mar de dudas, hasta que fué de ellas sacado por la presencia de Catalina.

Apenas entró esta, tomó asiento en un sitial, è indicó á Juan Colin que hiciese lo mismo.

Catalina empezó.

—Necesitaba hablarte, le dijo, y ninguna ocasión mejor que esta se nos puede presentar.

—Yo tambien lo deseaba ardientemente, porque no es posible continuar por mas tiempo de este modo, le re-

puso Juan Colin. Esas jóvenes es preciso que vivan y gocen fuera de esta tumba; y para ello cuento contigo.

Ya sabes que para entrar en este castillo, y saber de èl lo que sabes, has tenido que valerte de mí, pues de otra manera no hubiera podido acontecer.

—Y con todo, Catalina, no sé nada, segun parece, de estos misterios.

—Todo lo sabes.

—No conozco á ese jorobado, á ese hombre, ni su vida ni antecedentes.

—Sabes muy bien, porque yo te lo he dicho, que ese hombre habia cometido un crímen, y huyendo de la inquisición penetró en las ruinas de un castillo abandonado para ocultar sus pesquisas. Que allí, sin embargo, encontró á una mujer moribunda que acababa de dar al mundo esas dos niñas, y que le pidió las amparase, y que jamás pudiese nadie averiguar su existencia, pues de ello dependia su vida. Y sabes tambien, por último,

que yo tuve que ligarme á la existencia de ese hombre, y que al conocer esas dos niñas, formé la idea de protegerlas y ampararlas.

—Pero ignoro completamente quién es ese hombre, le interrumpió el sacristán.

—Igual me sucede á mí, repuso Catalina; pero continúo. Sabes tambien que apenas entraste por primera vez en este castillo, y cuando te sorprendieron esas jóvenes, te dí conocimiento de todas estas cosas, cuando de hacer tal confianza á uno que yo conocia, pudiera peligrar su vida, y principalmente yo, que faltaba á todo lo contraido con el jorobado; y que este hombre, en fin, para que nunca nos pudiésemos ver en un grave compromiso, ignora todo esto, y que tú vienes á este lugar. ¿No es esto cuanto sabes?

—Sí.

—Pues bien; ahora, en cambio, ¿qué es cuanto yo sè de tí? ¿Conozco la verdadera causa del interés que te

guia en esa idolatría que tal vez aparentas por esas dos jóvenes?

—Sí.

—No, yo no sé otra cosa sino esa historia que me has contado, y que puede ser falsa.

—¡Ah! no; te juro por mi alma que es completamente verdadera.

—Pues bien; dado caso que así sea, yo necesito hablarte con claridad, puesto que ha llegado el momento de estas esplicaciones. Desde poco tiempo despues que nos hemos conocido, has significado amarme, y á pesar de que yo te haya manifestado corresponderte, jamás lo he creido.

—Y te amo, Catalina.

—No, Juan, no me amas. Ese amor ó ese interés, solo tiene por objeto esas jóvenes, y mientras á mì no me conste de una manera positiva la verdad de todo esto, jamás podré ayudarte en tus deseos.

¿Y qué quieres para eso?

—Saber completamente esa historia y la razón por qué su madre al

morir hizo la prevención de que nadie las descubriese.

—¿Y entónces creerias en mí? ¿Me ayudarias en todo hasta la muerte?

—Sí.

—Júralo por la salvación de tu alma.

—¿Es necesario eso?

—De otra manera no te creería.

—¿Y me amas?

—Te amo.

Catalina se sonrió amargamente, y le repuso.

—Pues bien, lo juro.

—Oye.

—Habla.

—Yo vivia en Martos, en casa de mi señor don Sancho y de mi señorita, su hija doña Isabel, á quienes adoraba con inmenso delirio. Un dia los moros sorprendieron la villa, tomàndola por asalto, y en la presa que hicieron, se llevaron á mi señorita despues de la muerte de mi señor, con destino al rey Ismael de Granada. No sé por què ni cómo pude escapar de

la muerte, cuando yo no quise ni por un momento separarme de la casa de mis señores. Preso me llevaron los moros á Granada, y si así no hubiese sido, yo hubiera ido siempre en busca de mi señorita Isabel, para amarla y defenderla en todo cuanto me hubiera sido posible hasta derramar mi última gota de sangre. Yo no me separaba ni un instante de la Alhambra, y ganaba mi sustento cantando con mi guitarra, única y esclusivamente con la idea de saber algo de mi señorita. Pasaban dias y dias, y yo languidecia y suspiraba sin poder sacar nada en limpio de su paradero ni existencia, hasta que por fin un dia supe que habia venido á la Alhambra, destinada para el rey, pero que el infante Abou l Hasan habia aprovechado la vez, y la habia violentado; lo que conocido por la sultana favorita de Ismael, la habia hecho desaparecer de la Alhambra y de Granada, encargándosela á un asesino. Desde aquel dia deliré y no tuve mas pensamien-

to ni monomanìa que buscarla eternamente...

—Y estando muerta... le interrumpió Catalina.

—Yo deliraba, continuó Juan Colin, y mi delirio era la locura de buscar un imposible; oye: principié á recorrer todos los pueblos de Andalucía, cantando con mi guitarrilla, y preguntando siempre. Un dia topéme con un viejo, y como de costumbre, dije que si conocia á doña Isabel de Solís, y el viejo, sorprendido, me contestó que sí la conocia. En aquel momento creí morirme de júbilo, y pocos instantes despues, de desesperaciòn. El viejo me dijo que pasando cerca del castillo de Moestum un dia que hacia fuerte viento, vino á cruzar volando por cerca de su rostro, un trozo de pergamino que él recogió ansioso, y decia lo siguiente: «Viajero, apiádate de una infeliz que muere sacrificada bajo la presión de un tirano.—Isabel de Solís.» El viejo tornò á su casa y despues volvió al castillo

con algunos hombres para salvar á aquella infeliz. Todas las pesquisas que hicieron fueron en balde, pues nadie moraba en aquel castillo: el pergamino debiera estar escrito mucho tiempo antes. Desde aquel día pensé no salir de la villa. Hé aquí, pues, la historia de esas jóvenes.

—Continúa, Juan, repuso Catalina, y dime la causa de que esas jóvenes puedan temer asechanzas.

—Hijas, pues, como son esas jóvenes, del rey actual de Granada, tienen por enemigos los hijos de la sultana favorita; y habiendo tratado de asesinar á su madre, á ellas les puede caber igual suerte.

Juan Colín descansó por unos instantes, y después dijo:

—Ya sabes, pues, la historia de esas jòvenes; ¿estás decidida á seguirme?

—Desconfío aún.

—¿Ni te basta el amor que te profeso?

—Pudieras engañarme.

—Y el interés al menos de esas jóvenes que protejo, ¿no te dice que tengo absoluta necesidad de tí?

—Esa es precisamente la razón de que me puedas engañar.

—Es que mi fuga con esas jóvenes no sería posible si tu no vinieras.

—Me venderías después.

—Jamás.

—Dame algunas pruebas.

—¿Cuáles?

—Que sea una verdad la historia que de esas niñas has contado.

—¿Te bastará si te enseño algunos documentos por los que se acredita... su ascendencia?

—Entónces, pudiera ser.

—Pues aquí los tienes.

—Juan Colín hizo un movimiento, llevando su mano al pecho; Catalina repuso enseguida:

—Dámelos.

—No, Catalina: para eso sería preciso que tú me dieses iguales seguridades de tu fé.

—Las que quieras.

—Dime quién habita con ese jorobado en las torres del castillo.

Juan Colín creyó sorprender á Catalina con esta rápida pregunta; sin embargo, era demasiado astuta para ello, y le contestó impasible:

—El solo.

A estas palabras Juan Colín pareció anonadado; Catalina continuó:

—Si me entregas esos papeles, te auxilio en todo hasta la muerte.

—¿De qué modo?

—Ayudándote á asesinar á Amrru Karh Achah.

Juan Colín se estremeció y murmuró en voz baja:

—Es nombre árabe; ¿si será el asesino con quien sacaron de Granada á doña Isabel?

Unos momentos estuvo el sacristán sumergido en encontradas reflexiones y visiblemente sufriendo, hasta que Catalina lo sacó de ellas diciendo:

—Y qué, ¿admites?

El sacristán contestó maquinalmente:

—¡Sangre, jamás!

—Entónces, no es posible.

—Es que de otra manera no podríamos vernos libres nunca de esa fiera, ni tú, ni yo, ni las niñas.

—En Granada, pues, y con la posición que adquiramos, seremos invencibles.

—Sin la muerte de Amrru, nunca.

—Eso es espantoso.

—Más espantoso aún es lo que él hace.

—Habla, repuso Juan Colín alterándose otra vez inmensamente y temblando; habla.

—Ese es mi secreto.

—Habla, dílo.

—Ese es mi secreto: la felicidad de esas jóvenes, la ventura de otros, y la sola idea de tus ambiciones.

—Habla, dílo, Catalina, añadió por tercera vez Juan Colín, casi delirante, volviendo á aparecer en su mente los gemidos, la luz y la sombra que interceptara el agujero.

—Jamás, mientras no hagamos nuestro pacto de sangre.

—Juro el matarlo.

—Matando á Amrru, puedes salvar una víctima.

—¡Doña Isabel! gritó Juan Colín fuera de sí.

Un agudo pero cortado silbido se escuchó entónces, y casi al mismo tiempo sucedió un sepulcral silencio.

Catalina había desaparecido.

VIII.

Aquel agudo pero cortado silbido era una señal de llamada y comunicación entre el jorobado de la torre y Catalina.

Apenas oyólo esta, cortó la conversación pendiente con el sacristán, y se dirigió hácia la torre en busca del jorobado.

Juan Colín había quedado desmayado en el sitial, al pensamiento de que su señorita doña Isabel pudiese

vivir, y no había oido por lo tanto el silbido, ni visto desaparecer á Catalina.

Catalina había tomado una luz, y subido la tortuosa y destruida escalera de la torre.

Semejante á una hiena, que con la cabeza inclinada al suelo y estendiendo lo más posible los rádios de su mirada husmea la sangre, así parecía aquel hombre espantoso en la torre encerrado.

Nadie sabía otra cosa de él más que lo que Catalina había dicho; pero esta conocía el misterio que á aquel hombre sujetaba aquella torre, y este era sin duda el secreto que á Juan Colín iba á revelar cuando se oyó llamar por el jorobado.

A este nadie lo conocía, nadie absolutamente le había visto de los habitantes de la villa, sino únicamente Catalina, que parecía ser su cómplice, ó su compañera ó esclava, pues con él estaba encerrada.

Esta complicidad entre estos dos séres se reducía á muy poco.

Catalina, desde su juventud, que habìa sido algún tanto licenciosa, vivía en la villa, y en la villa tenía fama, si así puede decirse, pues pasada su primera edad se había encerrado en su casa, y en su casa se remediaban todas las necesidades del deshonor, y se daba culto, aunque recatadamente, á todos los vicios. Sin embargo, esto permanecía algún tanto encubierto, pues se la veia públicamente dedicarse á comadre y á propinar remedios y medicinas que generalmente tenían buen éxito. Para ella no habia dificultad alguna, con tal de que fuese con secreto todo y bien pagado, pues no dejaba de tenerles algún miedo, á los familiares de la inquisicido.

Una noche ya se iba á recogar cuando sintió llamar fuerte á su puerta. La primera impresión fuè de miedo, y pensò no abrir; pero instantáneamente reformó su idea y bajó en seguida á abrir la puerta.

Un hombre informe, jorobado, ho-

rrible, Amrru Kam Achab, el habitante de la torre del castillo, penetró en su casa. Su mirada era estraviada, y Catalina comprendió á seguida en aquel hombre el idiotismo ó la locura.

—¿Eres la Cañizares? dijo aquel hombre sentándose.

—Sí, ¿qué te se ofrece?

—Necesito un filtro, una bebida, un veneno.

—¿Traes oro bastante?

—Cuanto pidas, si con ello consigo lo que deseo; toma anticipado.

Y le arrojó una bolsa llena de oro sobre la falda, que Catalina Cañizares guardó indiferente.

No os he dicho que este era el apellido de Catalina, y por el cual todo el mundo la conocía.

—¿Y para què necesitais esa bebida? le respondió la Cañizares.

—Para que aquel indivíduo que la tome, no pueda por menos de sentir un inagotable deseo de amar á cualquiera.

—¡Ah! eso vale mucho.

—Te he dicho que pidas cuanto quieras.

—Además debo advertirte una cosa.

—Habla.

—Puede ser muy bien que aquel que la tome, si no le produce el efecto apetecido antes de cumplirse las veinticuatro horas despues de haberla tomado, llegue á morir.

—¡Ah, eso no! dijo el jorobado lanzando un rugido.

—Entónces, me es imposible, respondió la Cañizares.

—Invente, miserable. Entónces, ¿de què te sirve tu fama?

—Tal vez pudiera remediarse.

—¿Cómo?

—Si yo conozco la persona que lo ha de tomar, te lo podré decir.

—¿No hay otro remedio?

—No.

El jorobado, despues de un instante, pareció decidirse, y dijo:

—Bien, no importa; vente conmigo y conocerás esa persona.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Vamos.

Debes tener presente una cosa, y es que si despues descubres á alguno lo que veas y el sitio que visitas, ningun lugar te podrá salvar de la muerte.

—Vamos, replicò Catalina.

En seguida salieron juntos en medio de la oscuridad, y atravesando las calles de la villa, cruzaron el campo uno despues de otro.

A la mañana siguiente al amanecer, se encontraba sola la Cañizares en su casa.

Mujer de brio y de ingenio, habia engañado miserablemente á aquel idiota, sacándole buenos escudos de oro, y esta fuè la primera vez que Catalina y Amrru se conocieron.

Un año despues de esto, Catalina, perseguida de muerte por la Inquisición, buscò el refugio, para todos desconocido, de la morada ó cubil del jorobado, y desde aquel momento solo pensò en su interés de estar ocul-

ta á los ojos de la justicia y ver si descubrir podia de dónde sacaba Amrru tanto dinero.

Seis años antes, cuando Catalina conoció á Juan Colín, al brindarle hospitalidad una noche que la pidió en el castillo, y en la cual este reconoció á las jóvenes Isabel é Inés por el exacto parecido con su madre, hubo de interesarse por él Catalina, y desde aquel dia, mirando solo su porvenir y su conveniencia, y en alguna parte su amor, se dijo á sí misma:

—Si este llegara á amarme, le revelaria el secreto de la torre, y con él adquiriria el eterno agradecimiento de todos y la protección en un pais estraño. ¿Pero cómo completar mi obra, teniendo á Amrru por delante? Si descubriera su tesoro, lo mataria, y entónces nadie sabria nada de la Cañizares cuando pasase su vejez en un pais estraño, en medio del lujo y las comodidades.

Madurando en su mente de contínuo esta idea, llegó hasta el dia en

que nos encontramos, decidida para conseguir su bienestar y tranquilidad, el de matar ella misma si fuese posible al jorobado de la torre.

Una cadena mas para ligar á Juan Colín con su existencia, era la de que este lo hiciera, y ya lo habia acabado de conseguir.

Dadas, pues, tales esplicaciones, sigamos nuestro relato.

Catalina Cañizares hemos dicho que subió à la torre donde se hallaba Amarru, dando vueltas precipitadas en su reducido espacio.

—Estoy mal, muy mal, y necesito no morirme, dijo el jorobado, continuando en sus vueltas y con voz desentonada y salvaje.

—¿Qué es lo que quieres? añadió Catalina.

—Una bebida, un calmante que temple los latidos de mi corazon y las punzadas de mis sienes.

—Eso acabará pronto.

—¡Ah, no! corre, corre; si tardaras me moriría.

—Vuelvo, respondióle secamente Catalina, bajando la escalera, mientras el otro rondaba incesante la circunferencia polígona de la torre.

IX

Juan Colín, pocos momentos despues de retirarse Catalina, volvió de su desmayo, y lo primero que hizo fué dirigirse á la cámara de las jóvenes, y desde la puerta, sin entrar, decirles que se preparasen y que saliesen si fuera posible á esperarle al campo para facilitar mas la huida.

Vuelto á su estancia, esperaba impaciente á Catalina, martirizándose inútilmente pensando en su ausencia; pero al mismo tiempo ayudándose de la prudencia para no dar lugar en un instante á destruir sus intentos.

Las doce de la noche serian, y ya hacia algun tiempo habia cesado del todo la lluvia, sustituyéndola un fuer-

tísimo huracan, que habia producido, como ya hemos visto, el derrumbamiento de algunas partes del castillo, pero sin desaparecer la densísima oscuridad que reinaba y las luces eléctricas que de vez en cuando se desprendian del firmamento.

Sin embargo de que no habia mediado sino muy poco tiempo desde que Juan Colín volviera de ver á las jòvenes y avisarles de la partida, este se encontraba impaciente y desencajado de furor, sin saber qué determinar, pero esperando á Catalina.

Al fin esta apareció.

—Doña Isabel digiste, preguntóle Juan Colin.

—Sí, doña Isabel, sí, la madre de esas jóvenes.

—A asesinarlo, Catalina, llévame á asesinarlo.

—Calma, Juan; aun todavía nos podemos perder.

—¡Ah! no, vamos.

—Hace un momento te parecia terrible ese crímen que yo te proponia, y ahora lo anhelas con locura.

—¿Dónde está doña Isabel, dónde?

—En la torre segunda.

—¡Ah! por eso habia yo oido sus gritos; lo habia adivinado: condúceme á ese lugar.

—¿Pero qué razon te mueve ahora para ansiar matar al jorobado? ¿Sabes quién es?

—Es un verdugo.

—Es el verdugo á quien sin duda la sultana favorita encargó la muerte de doña Isabel, y ya ves que la ha respetado y vive.

—Pero la hace sufrir y es su víctima eterna.

—Antes al contrario, él es la verdadera víctima, porque la ama con el mas desesperado delirio.

—Y por eso la tiene encerrada, y la destroza y la desgarra en su asquerosa locura. ¡Ah! llévame, Catalina, para que beba su sangre. Ni un momento mas.

—Es necesario esperar aun un poco.

—No, no.

—Es preciso avisar á las niñas.

—Ya lo he hecho, están preparadas, vamos.

—¿Tienes puñal?

—No.

—Pues toma uno.

—Vamos corriendo.

—No, Juan, todavía no; tu eres muy débil y llevarias desventaja en la lucha.

—Mi desesperación me convierte en un tigre.

—Hace un momento he servido un calmante á Amrru, que le hará dormir dentro de cortos momentos.

—¡Oh! me ahoga la venganza.

—Calma, Juan, los momentos son terribles.

—Y tú me habias engañado, no me decias la verdad de los hechos.

—Jamás lo hubiera hecho, si no hubiera tenido en tí confianza; y hoy ya la tengo.

El sacristán habia intentado calmarse, aunque sus ojos en medio de su tez lívida semejaban dos manchas de sangre; y Juan Colín, al escuchar

las últimas palabras de Catalina, se sonrió terriblemente y bajó la cabeza.

Pasados unos momentos de silencio, Juan Colín continuó:

—¿Será ya hora?

—No, le repuso Catalina secamente; la precipitación nos perdería.

Juan Colín pareció tranquilizarse, y repuso:

—¿Y qué esperamos?

—Que Amrru haya cogido el sueño letárgico en que le sumergirá la bebida.

—¡Cuánto tiempo para mi venganza! ¡paciencia!

—¿Desea matarlo? díjole sonriendo aquella mujer espantosa.

—Cien y cien veces, si fuera posible.

—Después ya podremos vivir tranquilos, añadió con salvaje satisfacción la Cañizares.

—Sí, muy felices.

—Y si tú supieras... además...

—¡Qué! ¡habla!

—Que será dorada nuestra felicidad.

—No te entiendo.

—Torpe.

—Explícate.

—Que nuestra vida se deslizará tranquila en medio de la opulencia.

—¿Tienes oro?

—Muchísimo.

—¿Tuyo?

—Nuestro, porque á Amira pertenece.

Desde que había visto segura la Cañizares la criminalidad de Juan Colín, y que á ella se igualaba y excedía, lo creyó ya infalible para sus propósitos, y no tuvo inconveniente de entregarse á él de todos modos.

Juan Colín, en cambio, contestaba á todo maquinalmente, pues no tenía más idea que la de su venganza, y preguntó de nuevo:

—¿No es hora todavía?

Catalina se desentendió, y contestó:

—Será preciso tardar algún tiempo después para encontrarlo.

—¿A Amrru?

—No, el tesoro.

—¡Ah! sí.

—Iremos á la cuadra y trabajaremos juntos para concluir más pronto. Allí tenemos azadas, y cavando en el sumidero...

—Catalina, dijo Juan Colín casi delirante, no puedo, no quiero de ninguna manera esperar más. Me es imposible. Tengo sed de la sangre de ese infame.

—Vamos al momento; pero vuelvo á recomendarte la prudencia.

—Sí, sí, vamos.

—Por aquí, dijo Catalina tomando un velón.

En este momento salían también las jóvenes al campo, rebujadas en largos mantos negros, y silenciosas como estátuas, aunque estrechándose tiernamente.

X.

El último piso de la torre del lado derecho de la frontera del castillo ruinoso parecía un antro horrible, más que una habitación para humanos séres. Sus paredes ahumadas y descarnadas semejaban en su polígono una lóbrega cárcel.

Dos puertas solamente tenía este círculo, pues los demás lados eran ventanas incrustadas. La puerta de entrada, que era la que daba á la escalera que conducía á la torre, y á su inmediato lado por la izquierda, la que guiaba á una estrecha y corta galería que comunicaba con la otra torre cercana.

A la derecha de la puerta de entrada, y frente por frente casi de la otra segunda torre, se hallaba sentado en un gran sillón de baqueta negra un hombre de una estraña y espantosa figura.

Su semblante colocado naturalmente, era imposible verlo, por efecto de una enorme joroba que levantaba su espalda, y hacía que su cabeza formase una de las puntas de la media circunferencia que la constituia.

Era imposible, pues, que nadie entrase en aquel cubil sin que èl lo viese, pero esto teniendo que levantar un poco la cabeza de su posición natural.

A su lado izquierdo, pues, se hallaba, como hemos dicho, la puerta de la escalera; de modo que tras de la otra puerta, la que conducía á la segunda torre, era donde se encontraba su víctima.

El silbar estruendoso del viento en aquellas alturas descubiertas é indefensas á sus embates, semejaba gritos, ayes, voces y rugidos en inmensa confusión, parodia horrible de la desolación de un incendio.

Aquel lugar aislado, solitario y medroso, rodeado de un misterio profundo, é inspirando un terror pánico

pujada y abierta como la primera, les presentó á su vista una escalera de caracol, que principiaron á subir, sin reparar en los muchos escalones que se presentaban á su vista.

Un momento se detiene entónces Catalina, y aproximando la luz, mira á Juan Colin, como para asegurarse de su estado.

—Sigue, sigue por Dios, le interrumpió este, ronca pero silenciosamente.

—Creí...

—Prudencia, Juan.

—Acabemos; casi rugió el sacristàn intentando empujarla.

Siguieron subiendo en silencio, y un instante despues, á un soplo de Catalina, desapareció la luz que llevaba, despues de haber colocado el viejo velón que la producía, en uno de los escalones.

En el mismo instante principiaron á oirse pequeños y continuados golpes, que se iban perdiendo en la distancia.

Los dos quedaron inmóviles por unos instantes, sin avanzar ni retroceder.

El velón habia rodado por la escalera.

Entre tanto silbaba el viento con todas sus fuerzas.

De vez en cuando se escuchaba algun golpe ó rumor sordo mas ó menos fuerte.

Era el derrumbamiento de alguna peña del castillo ó las sacudidas del huracán.

Con todo, Juan Colín y Catalina continuaron en silencio subiendo la escalera de caracol, despues de convencidos que el ruido que el velón produjo en su caida no habia sido advertido de nadie mas que de ellos.

Pasaron aun algunos momentos.

A dos pasos de la puerta, á la derecha, murmuró Catalina al oido del sacristán:

—Bien; sigue.— Sigue, replicóle Juan Colín agonizante.

Y continuaron subiendo.

verdadera fisonomía de su perdida y muerta señorita doña Isabel de Solís, ya lo sabemos, lo mismo que la benevolencia con que la Cañizares lo acogió con el intento de valerse de él.

A los pocos días de esto, Juan Colín era el sacristán de la iglesia de la villa, y principió á ir alguna que otra vez, y siempre de noche y misteriosamente, á ver á aquella mujer, y á las jóvenes principalmente, restos del tesoro que él había llorado perdido.

Falta aún decirca que Amrru era el moro, el verdugo, á quien la sultana favorita del rey de Granada le había entregado á doña Isabel de Solís para que la asesinase, después que había sido violentada por el príncipe, Albon Hassam.

XI.

Catalina y Juan Colín caminaban por las galerías, llevando la primera

la luz en una mano y un pequeño puñal en la otra.

La Cañizares iba delante.

Brotaba del semblante de esta mujer cierto anhelo, cierta aspiración sangrienta, que retratsban sus ojos desmesuradamente abiertos, y su espresiòn de hiena.

Sin embargo, no tenia otra razon que à esto la impulsara sino el huir de pais estraño para ser libre, y llevarse los tesoros del jorobado.

Juan Colin parecia haber admitido el consejo de ser prudente, que Catalina le habia dado. Caminaba silencioso, rígido, y con la sola idea de llegar al fin de su propósito, tan delirantemente ansiado; pero espantado y convulso, y con el cabello erizado y en desórden.

Abre Catalina una puerta, y al penetrar por ella se encuentran nuestros dos semi fantasmas en otro lugar mas destartalado y ruinoso.

Silenciosos y rápidos lo cruzan y llegan á otra segunda puerta, que em-

á cuantos lo divisaban desde léjos, era una cosa que asombraba á todo el mundo, pero sin que por ello se pudiese esplicar la causa de tal asombro.

Aquel castillo tal vez había sido y era el orígen de muchas historias de negros crímenes.

La noche, además de oscurísima, y el aquilón que zumbaba despiadado, todo, todo hubiera anonadado al ser más fuerte y poderoso.

Aquel asqueroso jorobado, ya lo había insinuado Catalina, amaba desesperadamente á la mujer qus estaba encerrada en la segunda torre, y aquella mujer era su víctima.

Aquella dama era la madre de las dos jóvenes que ya conocemos, Isabel é Inés, á quien jamás habían visto por haberles hecho creer Catalina que estaba muerta.

Solo la desesperada locura de Amrru el jorobado, y hasta cierto punto la maldad de la Cañizares, hubieran podido ser los autores de tamaña infamia.

Amrru había comprado á Catalina, para que de las niñas cuidase, y Catalina se dió por muy satisfecha con estar separada del mundo, que la perseguía de muerte, y se asoció con aquel infame.

Esta mujer, pues, le había sido fiel á Amrru hasta el instante en que llegara á conocer al sacristán Juan Colín; pues creyó entrever en este y la historia que allí lo conducía toda su esperanza. Astuta la Cañizares, no quiso irse de ligero, y estudió paso á paso al pobre sacristán hasta el punto de creer firmemente el hacerlo su salvación y víctima; y solo pudo ya pensar desde este momento en librarse de Amrru para siempre.

Algo más de seis años hacía que lo conocía, es decir, cuando Juan Colín llegó por primera vez á la villa inmediata, y se ganaba el sustento cantando con su guitarra por las calles.

El cómo Juan Colín entró en el castillo, y la sorpresa que en él tuvo, al ver en aquellas lindas jóvenes la

Seis escalones faltaban para llegar á su tèrmino, y divisan una luz por las rendijas de una puerta.

Catalina se detiene.

Juan Colín pasa por delante de ella, casi de un salto, como lo pudiera hacer una pantera.

—Detente; le dijo aquella mujer, sujetándole del escaso faldón de su almilla.

—No puedo, no quiero, le respondió Juan Colín, con silenciosa desesperación.

—Empuja repentinamente, añadiò.le aquella mujer.

Casi al mismo tiempo se abre la puerta; salta el sacristán como un ciervo á su derecha, y al par que se escuchó el ruido de rodar una mesa, se oyò un rugido y una maldición terrible.

Un chorro de negra sangre saltaba como un surtidor del pecho de un hombre tendido en el suelo, que se revolvia en su agonía.

Todo esto habia sido en un rápido

instante, que no hubiera podido apreciar la vista.

Catalina habia entrado inmediatamente tras de Juan Colín, y solo pudo verle desaparecer como un relàmpago, por la puerta de la otra torre.

Contempló entónces el cuerpo de Amrru agonizante, y alcanzando la lámpara que alumbraba aquel lugar, se fué por donde Juan Colín habia penetrado.

Amrru el cancerbero, el jorobado espantoso del castillo, el asesino encargado de la muerte de doña Isabel de Solís, que con ella habia salido de Granada años antes; el loco, el furioso por un amor insensato hácia aquella mujer, aquel mártir, acababa de ser asesinado por el paje Juanillo, por el sacristán Juan Colín.

XII.

Al ruido que produjo el asesinato del jorobado, y á la desaparición de la luz que la Cañizares habia tomado, revolotearon las aves del miedo y de las tinieblas, por la circunferencia de aquel espacio.

El sacristán, sin volver la vista siquiera á quien habia hundido el puñal, se habia dirigido velozmente á la puerta de la segunda torre.

Catalina le habia seguido.

Apenas entró el primero, habia reparado su vista con el objeto de sus deseos.

Una mujer macilenta y lívida se presenta á sus ojos con la huella en su semblante de todos los padecimientos humanos.

Un traje negro hasta el cuello, escasa ya pero muy negra cabellera, sir-

viendo de marco á la blancura mate de su semblante, y arrebujada en una manta, se encuentra sentada sobre la cama.

Aquella mujer inspiraba miedo, terror, preocupacion y espanto; no se podia definir si era un cadáver sentado y rígido con los ojos abiertos, ó una víctima horriblemente desesperada.

Al abrirse la puerta hizo un movimiento, incorporándose prontamente como lo pudiera hacer una figura de resortes.

El sacristán habia avanzado y prosternádose de rodillas ante los piés de aquella mujer.

Un asombro estúpido se habia retratado en el semblante de la dama, al ver arrodillarse á aquel hombre, y le miraba sin pestañear majestuosa y terriblemente.

La Cañizares estaba algo retirada con la luz en la mano, y admirando en su interior á aquella poderosa y martirizada víctima.

—Señora, señora mia, esclamaba Juan Colín deshecho en lágrimas.

Una histérica carcajada produjo entónces aquella dama, hasta que llegó á conmover el corazon de la salvaje Catalina.

—Señora, señora mia, repuso el sacristán; soy Juanillo, soy vuestro paje que os salva.

La carcajada cesó entónces, y aquel esqueleto quedó inmóvil y como espantado queriendo escuchar.

—¡Ah! no me conoceis añadió Juan Colín levantándose del suelo, y alzando la cabeza para que bien lo mirase; vengo á salvaros.

—¡A mí! gutturó la dama con un acento indefinible.

—Sí, sí, á vos, añadió el sacristán con toda su alma.

—¡A mí, dices! Hace tanto tiempo quieres lo mismo á costa de mi vida, y no debo sino sonreirme.

Y otra segunda carcajada retumbó en el espacio, aun mas que el mugido del viento.

—Es preciso marchar, dijo entónces Catalina á Juan Colín; se va haciendo muy tarde.

—¡Ah! sí; venid, señora mia, venid; es forzosa la huida.

—¿Pero á dónde me llevas?...

—Conocedme, por Dios, y venid; soy Juanillo; soy vuestro paje el recogido y amparado en vuestra casa de Martos...

A cada una de estas palabras, una contracción nerviosa señalaba el semblante de la dama, y parecía principiar á hacer esfuerzos por poner en el que le hablaba toda su atención.

Juan Colín continuó al notario con más entusiasmo:

—Sì, sí, me conoceréis; me lo dice el corazón, y Dios, que hasta este momento me ha ayudado y prestado sus fuerzas. Es preciso marcharnos. Amrru acaba de espirar, y ya no teneis á nadie á quien temer.

Un empuje evidente recibió entónces de aquella infeliz, que parecía exánime, el mal aventurado sacristán; al

par que gritaba ronca por la desesperación más terrible:

—¡Amrru! siempre Amrru. ¡Maldito!... ¡Maldito! ¡Maldito!

—¡Está loca! ¡loca! esto es horrible, gritó casi á la par aquel pobre en el estado de la desesperación.

—Te espero allá abajo, volvió á decirle la Cañizares.

—Bien.

—Lo prepararé todo entre tanto.

—Sí, bien.

—No olvides que nos quedan pocas horas de la noche.

Catalina salió entónces.

La puerta golpeó fuertemente á impulso del viento, produciendo un gran ruido.

Otro ruido casi simultáneo, pero más grande, más prolongado, más terrible, se sintió en la otra torre, donde la Cañizares había acabado de entrar.

XIII.

Juan Colín ni vió salir á Catalina, ni escuchó el golpe de la puerta, ni el otro ruido más prolongado, màs terrible y espantoso.

Por unos instantes había quedado paralizado por el dolor que sentía.

Después prorrumpió en lágrimas amargas, y acercòse otra vez á la dama lloroso y suplicante.

Esta no había variado de postura, y parecía estar siempre prevenida en actitud de defenderse.

Un momento después barbotó rígida y secamente estas palabras:

—Amrru, es inútil tu invento. Dios me presta fuerzas hasta para poderte ahogar si intentaras tocarme, ya lo sabes.

Juan Colín apeló á todos sus recursos para poder hacerse conocer de aquella noble señora, y á pesar de que

advirtió en la estancia inmediata, es decir, en la otra torre, donde estaba el moribundo Amrru, y por donde había salido la Cañizares, un ruido sordo y continuado como el de una lucha, no se fijó en ello ni por un solo instante.

Jamás hubiera dejado su empeño, y así continuó:

—Yo os hablo de Dios y de todo aquello que puede seros grato... Soy Juanillo, soy vuestro paje...

Juan Colín se interrumpió de repente. La puerta que comunicaba á la otra torre acababa de abrirse con estrépito, y un inmenso resplandor iluminó la estancia.

La torre estaba ardiendo como un horno de fuego, y en un momento penetraron las llamas, azotando los rostros de la loca y del sacristán.

—¡Ah! venid, venid por la Vírgen Santísima. Recordad á don Sancho vuestro padre, vos su hija, vos doña Isabel de Solís, gritaba desesperado el pobre sacristán.

Aquella mujer, aquella dama, aquella loca, tan fuerte, tan terrible, tan imponente, delante del que creia era su verdugo, no había escuchado la palabra de desesperación de su salvador. Al sentir cerca el fuego, á su inmenso resplandor y á su abrasador aliento, había perdido completamente sus fuerzas.

Como el álamo gigante, que en el cauce de un rio se asienta, y cuyas raices descubre la caudalosa corriente, había quedado tendida sobre su lecho.

Ya era tiempo.

Juan Colín la mira, y sin detenerse un momento avanza y la coge en sus brazos. Decidido, carga al punto con aquel cadáver, y colocando en su hombro su cabeza desgreñada y pálida, no vacila un instante, y atraviesa rápidamente la puerta por en medio de las llamas, penetrando en aquel volcán para buscar la escalera y salvarse.

Ni vé, ni mira nada: solo le ocupa la idea de salvar aquel tal vez cadá-

ver que estrecha cariñoso entre sus brazos.

Sus piés en el momento de atravesar la puerta que comunicaba las dos torres, tropezaron en el cuerpo de Amrru, pero saltó por encima sin tocarlo.

Aquello era espantoso; más que un horno y un volcán, semejaba un infierno. El aquilón silbaba mugiendo, y las llamas ondulaban en todas direcciones, semejando penachos encendidos.

La causa de este fenómeno era que Amrru, al sentirse moribundo, había acudido á un recurso infernal por él preparado para un caso estremo. Pólvora y combustibles tenía colocados en todos los ángulos de la torre, y solo faltaba que prendiese una chispa para que el castillo volase. Así lo había verificado, y en seguida, arrastrándose como pudo, se puso cerca de la puerta de la segunda torre para abrirla, con el intento de que el fuego allí también se comunicara. Esto fué casi

precisamente en el momento de salir la Cañizares. Aparece esta, y ciérrase á seguida con estrépito la puerta á impulsos del temible huracán; casi á la par se siente cogida del traje por el jorobado moribundo, y se entabla entre los dos una lucha terrible, en medio de aquel incendio, que duró algunos instantes, hasta que Amrru espiró. Pero entónces ya era tarde. Todo estaba invadido por el fuego devorador; y además se había desplomado una parte de la torre. dejando la estancia al aire libre. Herida en su lucha en el pecho, loca, vacilante, huye Catalina para buscar la escalera, y al ver la puerta escupiendo llamas como una serpiente infernal, se aumenta su terror y retrocede espantada en el momento en que Juan Colín salía de la torre segunda, llevando en sus brazos á su señora. Un instante solo, pero fantasmagóricamente terrible, pudo ver el sacristán á Catalina, en su huida, retrocediendo de espaldas, pues desapareció casi en el mismo punto de

su vista rodando desde la torre y lanzando por los aires espantosos gritos de la más espantosa desesperación.

Juan Colín, frio como la nieve, desmaya ante aquel espectáculo; pero instantáneamente se repone, y avanza también á la escalera para buscar la salvación. Solo, hubiera retrocedido; pero reflexiona que no hay otro medio de escapar.

Veloz y decidido avanza. Las llamas le rodean como serpientes, y le lamen quemando sus vestidos y sus cabellos; pero sigue, sigue desesperado, y el fuego le consume y le devora. Un momento más, un solo instante, y Juan Colín con su carga hubiera caido sofocado en aquel mar de fuego, que parecía abrirse para sepultarlo. Dos gritos de socorro simultáneos, angustiados y doloridos llegan hasta él penetrándole los oidos y desgarrando su alma; oyó dos huérfanas, dos ángeles pidiéndole la salvación de aquella víctima, y casi sofocado y exánime, haciendo el supremo esfuer-

zo de toda su voluntad, salva la puerta y las llamas de un salto prodigioso en que atraviesa los nueve escalones que faltaban hasta la primera meseta.

Allí ya no habia fuego; pero en cambio se escuchaba en las torres abandonadas un chisporroteo invariable y furibundo.

Las fuerzas de Juan Colin ya estaban agotadas, y allí hubiera quedado desvanecido, pero siempre con su preciosa carga, si otros dos gritos mas angustiados y mas terribles no le hubieran hecho estremecerse y galvanizarse.

Se levanta y sigue bajando la escalera con la última desesperación de sus esfuerzos, y atraviesa, como un vendabal, como una máquina hasta hallarse en medio del campo, donde antes de caer, deposita su carga en los brazos de Inés y de Isabel, que casi espiraban de angustia.

Un momento despues se oyó una terrible esplosión y una luz vivíma é inmensa que iluminó todo el espacio.

Las torres habian caido desplomadas como colosales y pesados gigantes, sepultando en sus cenizas y escombros los cadàveres de Kaub Achak y Ostaline.

XIV.

Un viajero estraviado, ignorante de los misterios de aquel castillo, lo habia presenciado todo, desde larga distancia, y visto los esfuerzos de aquella negra y delgada figura salvar un obgeto en aquel océano de fuego.

Una media hora despues de esta escena, y en medio de la oscuridad, si se hubieran podido ver, se habrian distinguido un burro y dos bultos negros encima, caminando á buen paso por entre gigantescas encinas: y otros dos bultos, unidos, casi pegados, caminando á pié tras las huellas del animal.

Sus silsnciosos pasos, y los rezos y

sollozos que producian, era lo único que se hubiese podido escuchar, si fuese posible que en una tal noche y á aquellas horas y en tan medroso lugar hubiese estado alguno.

No era aun el alba, pero ya empezaban sus ténues tintas á aparecer en el firmamento, cuando entraban estos personajes en la inmediata villa por el cerrillo llamado de San José, apoSentándose despues en una casa casi en las afueras situada, que daba frente por frente á la esquina de la calle de Lovaro, que vos conoceis, pues aun tiene esto mismo nombre.

Esta es, señorito, la historia del sacristán Juan Colin, y el que un escritor muy famoso dice que fué convertido en asno; lo cual, como habeis oido, no es cierto, y estas dos jóvenes, cuya historia os he prometido contar, fueron las que andando los tiempos se llamaron las Camachas de Montilla.

LAS VACAS

A mi ilustrado amigo don Leopoldo Oréstar.

¿No conoces el sátiro de los romanos, cuyos notables y obscenos modelos en escultura y pintura se han encontrado entre los descubrimientos de Pompeya y Herculano, que se contemplan en el Museo reservado de Nápoles? ¿No sabes que la forma de estos individuos del género neutro, participaban del hombre y del macho cabrío unas veces, y del hombre y del buey otras? ¿No has leido, no has estudiado esa inestricable mitología? ¿No te

has asombrado con las siberíticas costumbres de Roma y de Grecia, y en las que la voluptuosa y miserable humanidad solo adoraba á los placeres, sus diòses, á quienes rendia culto espiritual y material á la vez? Pues en el supuesto de que no los hayas leido, en el supuesto de que solo conozcas el Pindo y la fuente Castália, y los postas romanceros y los poetas heróicos y los poetas sublimes de que tanto abunda nuestro privilegiado suelo; en el supuesto tambien de que te distraigas materializándote en los paseos, en los circos y en los teatros, y entre los manjares y las botellas, el ambar y los perfumes, las rosas y las bellas, voy á decirte, pues, algo de todo, tal vez algo de nada, cuando al acabar la lectura de este articulejo hayas sacado lo que el negro del sermon. Mas con todo, caro amigo, yo así me deleito, y hasta por egoismo lo hago, y escribo y escribo cuantas horas sabe Dios, borrones sin número, que empleo en diferentes usos y servicios.

Este preámbulo, incomprensible tal vez parecerte pueda á primera y aún á segunda vista, pues no indica y tal vez no indique tener relación alguna con el título con que encabezo el artículo; pero espero que no sucederá así, ya natural, ya forzosamente, como te demostraré mas adelante.

Y si no lo consigo demostrar, ¿qué habremos perdido? Yo un poco de tiempo, papel y pluma en los anteriores renglones, y tú una poca de paciencia al enterarte de que conozco un poco los tiempos antíguos segun las verdades ó mentiras que nos hayan traido los libros.

Me he acordado, como ya has leido, de las costumbres de Herculano y de Pompeya, y de los sátiros, que jugaban con cabras, y de los centáuros; y no solo este catálogo ha venido á mi mente, sino que tambien han acudido en tropel, el buey Apis, el sueño de las vacas gruesas y delgadas de Faraon; Milon el de Cretona conduciendo á cuestas y tragándose despues el

toro que conducia; el buey gordo de Paris, y otros mil y mil ejemplos, que por no hacerme pesado no los cito, que relación tienen como ves con el título de mi artículo, pues es gente toda de cuernos.

Otras muchas reflexiones ocurrírseme pudieran para hacer ver la razon de estas citas, acudiendo á la historia natural, referente á los animales de que me he ocupado, y hasta de sus condiciones mitológicas que siempre han tendido á la dulzura y al placer voluptuoso, por la mayor inocencia y sencillez y belleza de que su instinto y su forma las reviste; pero basta de palabrería insustancial.

Prometí escribirte un artículo titulado «Las vacas» y lo primero que á cualquiera se le ha de ocurrir, es que iba á ocuparme de las compañeras de los toros, y como estos y estas, y los machos cabrios han tenido siempre tanta significaciòn en la historia griega y romana, y dado el comienzo ya escrito, natural parecia que de ellos

me ocupase; pero muy lejos estoy de tal cosa, y de las premisas sentadas, y de la costumbre de estos cuadrúpedos hembras de marchar siempre en armonía, juntas y pareadas, deduciré que estos animales han podido trasmitir su nombre á cierto acto de la vida, que es el asunto de mi artículo.

Las vacas en el juego es la idea que me propongo esplanar. Aquí pudiera detenerme en hacer unas cuantas apreciaciones sobre este cáncer social, puesto que el juego es el originario de todas las malas pasiones del mundo, y además porque es el padre de las vacas, último estado á que llega el jugador antes de la desesperación.

Supongamos una mesa de juego ovalada y forrada por su tapete verde y brillante del uso continuo, rodeada de multitud de jugadores, tales como nosotros y muchos amigos, que no podrás dudar ni un momento que todas son personas de las que llaman decentes. Supongamos tambien que examinamos á conciencia los carácte-

res, los detalles, las preocupaciones sin fin de cada individuo en particular, y al cabo de una hora podremos salir de tal lugar con esperiencia y conocimientos bastantes para escribir muchos volúmenes.

Porque allí vemos un empleado de escasos recursos, que los hace más escasos con la evacuación contínua de sus bolsillos en busca de las mayores ó las contrajudías; un teniente, un capitán de todas armas, que torpemente barajando, si son banqueros de segunda fila, ó estúpidamente apuntando si son puntos, y no de los negros, se van quedando escuetos de bustos, por culpa de los bastos; un poeta lírico, linfático y tranquilo, que no se sabe esplicar de la manera, cómo y forma en que se le marchan sus escasos fondos, y se queda después mirando á la luna de Valencia, contemplando el flujo y reflujo de los billetes, el oro y la plata; otro poeta dramático que haciéndose superior á sus impresiones, quiere salpicar aquellas emociones violen-

tas con alguna que otra frase ú ocurrencia *d'sprit* para que le proporcione un momento de descanso, y que estudia y aprende entretanto á sus espensas, los efectos dramàticos que más pueden excitar á su auditorio de mañana.

Y todos se afanan, y todos con insistencia tratan de buscar la piedra filosofal, y juegan lados que no se dan, y cruces que los cruzan, y menores que aumentan su desfalco, y mayores que aminoran sus existencias metálicas. Fracasadas todas estas pruebas, todos estos esperimentos, los verás tomar una baraja de las desechadas por los banqueros, y hacer cálculos y cálculos hasta el infinito: apuntar una carta y pedir después el retiro, y venir la carta entónces y tirarse de los pelos, y por último, después de mil y un intentos más, sin dar el resultado apetecido, como último, como desesperado recurso, fijarse en alguno de los concurrentes en que haya visto tener más fortuna, y darle una vaca cal-

cuando que con sus dos fuerzas reunidas podrán contrarestar la omnipotente del banquero, que estoico como pudiera serlo el jefe de esta escuela Zenón de yo no sé cuantos, cuando arroja á la mesa los puñales de cartulina que destrozan á la par cien corazones.

¿Y por qué se llaman vacas? pregúntome; y para responderme á mi mismo y que lo sepas, esta amalgama de dos cantidades pertenecientes á dos individuos, significa la armonía en el pensamiento y el objeto que se proponen; que marchan solos los dos del brazo vendados los ojos en busca del precipicio, á el cual no se atreven por el miedo que es natural á llegar aisladamente.

Como íbamos diciendo, el punto ni por buscar al otro de mayor fortuna consiguió su objeto, sino que antes por el contrario, le comunicó su desgracia. Desesperado entónces y rabioso el primero, y casi agonizante, al estraviarse por un momento su mirada, se

tropieza al azar con otra lucida y brillante ó débil y apagada, y el tic-tac de sus corazones y el fluido de sus almas se besan y acarician en su doloroso estado. «Dame una vaca» es la frase de esplosión de su pensamiento, y se entienden y arreglan el compañerismo para marchar de seguro más rápidamente al sacrificio, aunque alimentando la esperanza de que salvarse pueden en su intento, que á la verdad en el tipo del jugador que te retrato esta salvaciòn, ni aún en el màs virtuoso, pasa su duración de veinte y cuatro horas, pues vuelve á la carga una y cien veces.

El verdadero jugador no puede semejarse á nadie en el mundo más que á Penélope, que no tenía otro oficio que tejer y destejer para matar el tiempo esperando la vuelta de su esposo Ulises; ganar y perder, egercicio constante de su actividad moral y material, es su distintivo. Si gana diez, necesita ciento; si ciento, mil; si mil, un millón; si un millón, todos los tesoros del mundo.

El jugador en su fuero interno, en su conciencia, no cree sentir, ni comprender otra cosa, que hacer una jugada, es decir, llegar al límite de sus deseos, lo asombrosamente Creso ó Roschild: para él no es otra cosa este asunto que vivir ó no vivir, á semejanza y al parecer traducción de las frases de Hamlet «*To be or not to be thatis the question*.»

El jugador, variedad tan grande de este género, principal, es el que está contínuamente tirándole de la oreja á Jorge, y toma un lapiz y un papel, y busca el mejor sitio, y se pone en disposición de dar la más descomunal batalla de pulmones: examina, estudia, calcula, y por último se fija y empieza á practicar y á desenvolver sus cálculos; pero no sale el primero, ni el segundo, ni el otro, ni el otro, y buscas nuevos recursos y haces nuevos estudios para continuar su tarea.

Es verano, haces calor y revolotea un mosquito y le da un picotazo: sale entónces un as á la mesa; ha sido un

mosquito y un picotazo, es el número uno; á el as de cabeza, en contra de un tres; pero al volver la baraja el banquero presenta el tres en puerta. Se para una mosca en su mano; no se había fijado si la mosca pudiera tener patas; cuéntalas con cuidado, le parece que son seis, y da la maldita casualidad que un seis se presenta en la mesa; al seis con el dinero; pero al seis lo tienen amarrado y no hay Dios que salir le haga á exhibirse ante la concurrencia.

El jugador ya no sabe qué hacer: ha intentado una vaca con uno de mejor fortuna, y lo ha destrozado; por mútua simpatía de estado, se ha tomado y la ha dado—la vaca—á otro ser á el semejante, y tambien ha salido con las manos puestas en la cabeza por no ponérselas en los bolsillos, y ha intentado todos los cálculos mas disparatados del mundo, y ni por esas; la perra fortuna le dá de capirotazos en las narices. ¿Pero desiste por ello? no, de ninguna manera, vuelve otra

vez á su recurso de las vacas y se juntan dos ó tres para darle doscientos golpes á una peseta.

Juegan la primera posta temblando, un cuatro contra un rey, por aquello de «jugarás de contínuo un rey, si no viene en contra un cuatro,» y viene su carta. Respiran fuerte; segunda intentona: se daban mayores, pero se presenta un as en la mesa, y como el as quiebra juego, á él se van derechos, y el as viene. Nuestros hombres principian á regenerarse, y en medio de su expansión acuerdan que si le dan el tercero, claro es que esto significa está la fortuna de su parte y que deben dar otros tres más, es decir hasta seis, y animados siguen en su propósito hasta un instante después que viene la carta contraria, y pierden sus últimos capitales.

Es muy rara la vez en que sucede la desesperación desgarrada hasta el punto de conducir á cualquiera de estos infelices al suicidio: por lo regular la atonía, el marasmo, la para-

lización completa es lo que sobreviene.

El tratar este asunto siquier fuese someramente me haría interminable, y voy à concluir en breves palabras.

El jugador de vacas más característico es el que tiene atroz miedo de jugar, y en proporción de que gana disminuye la posta, y reflexiona que ligando otra voluntad á la suya no podrá decorosamente aunque quiera disminuir la cantidad base del compromiso; es decir, que busca quien interesando su amor propio le impida ser debil en una cosa para la que jamás debìa tener el hombre valor de pensarlo.

Los vacas del juego como las vacas cuadrúpedos son iguales en parte á estas, porque casi todas berrean.

Y efectivamente, es palmaria verdad é incontestable: el juego está hoy á la mayor altura de conocimientos imaginables, y el que estudie en el juego sobrepuja su reputación á Murillo, á Homero y á Newton.

Ni sabemos por qué han de ser hombres grandes Alejandro como conquistador, César como guerrero y como político, y Washington como regenerador de las libertades del mundo y no los Macallister jugadores.

Creo mas fácil sin saber lo que es pintura pintar un pasmo de Sicilia como Rafael, escribir una Iliada ó hacer nueve torres de Babel, que jugar, y jugar con el gran arte y los adelantos del estudio, para proporcionarse solaz y holgura, y placeres y riquezas.

Ahora bien, ¿he escrito sobre las vacas, sobre el jugador, ó sobre nada? Yo no lo sé; bien te lo digo al principio, que no sabia si saldría algo en este escrito.

¿Y qué habré conseguido? quizás y sin quizàs el borrar cierto nombre con que me bautizó hace pocos dias uno que se llama crítico en esta capital y que creo que lo es, con el nuevo que me echen encima del mal *provista vaquero*, si es que atendida mi mala fortuna, no cargo con el uno y con el otro.

El Excmo. Sr. Doctor Juan de Fastenrash.

Marcan las épocas en la inconmensurable esfera de su duración, los diferentes caractéres que las distinguen, y que unos á otros vigorosa y atropelladamente se suceden, pasando de la nada á la vida, como pasan las pastas embrionarias, al ligero contacto de un rayo de sol para convertirse en millares de insectos.

Cada etapa de estas evoluciones, cada ideal de la humanidad, tiene su nacimiento, desarrollo, vejez y muerte; y en cada uno de estos movimientos ya se vé la tranquila paz encen-

diendo las antorchas del espíritu en todas sus concepciones, con los floreones de las ciencias, de la literatura, de la poesía, de la música, de las artes, de la agricultura y de la industria; ya el estado de consunción, con el marasmo, el descreimiento y la inércia; ya el predominio de la materia con los placeres sedentarios, gastronómicos y voluptuosos; ya la ambición insaciable con su negro cortejo de falsía, de traiciones y de locura; y ya por último el desbordamiento, la guerra y el caos que conmueven y agitan toda la humanidad y la sellan con los horrores de los cataclismos.

La época que atravesamos es de transición incomprensible, esperando lo asombrosamente bello de que es susceptible el alma humana, ó ya lo espantosamente horrible de las pasiones que muerden abrasadoras el corazon de los hombres.

En este estado, pues, cuando no hay mas que ambiciones, cuando solo preocupa á la humanidad el descorrer

ávida y prontamente el velo que le oculta el porvenir; una parada, un descanso del alma en los deleitosos jardines de Armida, en la gruta de Calipso, en los huertos Hesperides con sus manzanas de oro, en las fiestas olímpiadas, en las Academias stenienses, en los certámenes provenzales, es dulce, conmovedor, grandilocuente, inmenso.

Dejan el tanto por ciento, y los mezquinos miserables negocios, para sustituirlos con las églogas de Virgilio y de Garcilaso; la política, para estudiar en el Goethe, en Milton, en Alfieri, y en Balbuena; y la guerra para soñar delicias. con la *Jerusaleme liberata*, *Childe Harold*, la *Divina Commedia*, y Quintana y Zorrilla, es el aliento del que se ahoga, del que lucha con la muerte y principia á tener el respiro de la felicidad verdadera de la vida.

Las épocas que ha atravesado el mundo, las diversas civilizaciones de estas épocas, nos han hecho conocer

en nuestra península los poemas filosóficos y humorísticos, de La Gatomachia del fénix de los ingénios, La Mosquea de Villaviciosa, La Gigantomachia y otros muchos: los poemas épicos, la Farsalia de Lucano, la Austriada de Rufo, el Bernardo de Balbuena, la Araucana de Ercilla: los religiosos, la Cristiada de Ojeda, el Paraiso perdido de Reynoso. Los libros de Caballería Belianis de Grecia, Amadis de Gaula, Tirante el Blanco. Los de este mismo género satíricos, el D. Quijote, y la sabia crítica de este del supuesto Avellaneda: los cánticos líricos de Meus, de Manrique, de Santillana, de Herrera, de Rioja: la poesía culta de Góngora, la sarcástica de Quevedo, risa sbrasante marchitando sus labios, con las lavas de su corazón, las infinitas comedias de Lope de Vega: las deliciosas y admirables de Tirso, de Moreto, de Rojas, de Calderón: las novelas pastoriles de Cervantes, de Doña María de Zayas, de Oliva del Sabuco, de Barahona de

Soto; las inspiraciones ascéticas y rítmicas de Granada, de León, de San Juan de la Cruz, de la Santa Doctora: las eglogas de Garcilaso, de Boscan, de Melendez; y por último en nuestros tiempos, todas estas ideas representadas por Quintana, Espronceda, Burgos, Gallego, Martínez de la Rosa, Harzenbusch, Camposamor, Bretón, Ayala, García Gutierrez y tantos y tantos otros.

Hemos visto los sublimes detalles de Goethe, reflejados en Byron primero, despues en Espronceda, con el Fausto, con el D. Juan, con el Diablo Mundo, La dramáties de Calderón y de Huerta, rivalizando con ventaja con la de Shakespeare, y reflejándose en Corneille y Moliere. Nuestros autos sacramentales espresados en el sublime vulgar, mucho más sublime que el de las comedias religiosas de Racine.

Lafontaine en Francia; Casto y Boccaccio en Italia, y Quevedo en España, hermanos gemelos en la mor-

dacidad y en el género libre. En el sentimental y amoroso Camoens con sus endechas á Bárbara, Metastasio con sus cantilenas, Melendez Valdés con sus anacreónticas.

Zorrilla rivalizando con Victor Hugo; Trueba filósofo, con Lamantine sentimenta; y en fin, en una palabra, todas las manifestaciones, todos los sentimientos, todas las formas del espíritu en las cumbres del génio, con la atmósfera de la paz en los alcázares del idealismo; y todo esto grande, portentoso, como los rapsodas, como los oráculos, como las maravillas, como los genios.

En Grecia, y en la pintura, Fidias loco por el terror que le causara su obra Dios Júpiter de piedra, viviente divino. Nicoas borrando sus portentos por pálidos para su concepción; Miguel Angel en Roma, siendo la maravilla de San Pedro: Rafael con su asombro de Sicilia; Van Dick en la locura de su inspiración religiosa, asesinando para copiar su Cristo; y

Murillo haciendo un San Antonio, han revelado en sus épocas la marcha del genio por los espacios tranquilos del mundo.

Pacini con su Saffo, Bellini con su Norma, Rossni con Moisés, Semiramide é Il Barbieri, Meyerbeer con su Roberto, Mozart y otros han imitado las armonías de la humanidad y de la naturaleza.

La Venus Callipitje, de las escavaciones de Herculano y Pompeya inspirando deseos locos de lubricidad; Laoconte con sus hijos, luchando con las serpientes que estrechan sus cuerpos, y la Venus de Médicis, nos han revelado el genio de la escultura.

Y han pasado todas estas épocas mezcladas con los accidentes de las luchas, de las revoluciones, de las miserias; y han pasado también La Marcelia, El hombre de mundo, El tanto por ciento, y Venganza catalana; y hemos venido á caér en la burocracia, en la política, en la diplomacia y en la bolsa, y en el estado de

espectación impaciente de nuestro mejor, de nuestro más dichoso porvenir.

En los tres años de nuestra conmoción revolucionaria hemos tenido esos respiros, esas sensaciones, esos deleites del genio y del espíritu, con la llegada á nuestra península del poeta doctor de la Agripina Romana don Juan de Fastenrasch.

A raiz de la revolución el año de 69, por el mes de Febrero, me traducia en su despacho particular del barrio de Argüelles en la corte, el ilustrísimo señor subsecretario de Estado D. Juan Valera y Alcalá Galiano, mi distinguido amigo, cinco magníficos tomos de poesías españolas, escritas en alemán por el inspirado poeta de Colonia Juan de Fastenrasch; y recuerdo que al oir tan delicadas y poéticas bellezas, me lamentaba en mi interior de que no estábamos todo lo despacio que era menester para sentir sus deleites, porque marchábamos de transición á escape para llegar al

ideal deseado; por lo que no parecia posible prestásemos toda la atención debida á los cantares españoles escritos en la lengua de Schiller, por una pluma de las más autorizadas y modernas de la Alemania.

Los patriarcas de la literatura en Madrid, reconocen apenas hojean los libros de Fastenrasch, sus altas dotes literarias, su génio poderoso y fecundo, y se paran y lo contemplan en su Ramillete de romances, Ecos de Andalucia, Maravillas de Sevilla, Flores de Hesperia y Siempresvivas de Toledo. Los poetas españoles conocen á Fastenrasch, y lo proponen Diana y Hartzenbusch y Valera para la cruz de caballero comendador de la orden de Carlos III que S. A. el Regente del Reino expidió por su ministro de Estado D. Juan de Lorenzana.

El espíritu público se revela más á cada momento en la alta literatura española, mientras más se iban depurado las bellezas poéticas de los libros alemanes del poeta español; ales que

Hartzenbusch, Valera y Campoamor lo proponen para la Academia Española, y á seguida es nombrado Fastenrasch miembro de tan distinguida corporación. Igual paso siguen Guerra, Madrazo, Salas y Amador de los Rios, y se le nombra académico de la historia.

Crece de día en día la atmósfera en favor del nuevo poeta español, y *La Iberia*, *La Revolución*, todos los periódicos de la corte, la prensa de toda España, y principalmente D. Juan Valera en la *Revista de España*, en un estenso, filosófico y profundo artículo, habla encomiásticamente del inspirado Fastenrasch.

Las principales capitales de España conocen ya al poeta, y quieren y simpatizan con el nuevo compatricio. En Sevilla los periódicos, los literatos, los poetas escriben en su loor y pulsan sus liras. El Rector de su Universidad D. Antonio Machado, le dirige una carta de plácemes. El Ayuntamiento de Sevilla le manda

un voto de gracias; le obsequian, le atienden, le festejan, y en un almuerzo donde toda la literatura sevillana acudió, le cantan, le improvisan, le brindan. Le dedican versos D. Juan José Bueno, Zapata, Sanchez Moguel y otros, y reciente como estaba la muerte del padre del poeta, mas reciente cuanto mas vivo y eterno era el recuerdo del hijo, le escriben una corona fúnebre por la muerte de su padre; y por último, la Academia de Buenas letras le dá el diploma de su Académico correspondiente.

Llega Fastenrash á esta ciudad y en el periódico *El Eco de Córdoba* el distinguido crítico D. Agustín Gonzalez Ruano, le escribe un artículo biográfico-bibliográfico, y nuestra Academia general de Ciencias, y nuestra sociedad de Amigos del País, de las que es presidente el profundo y erudito literato Sr. D. Cárlos Ramirez de Arellano, le abren sus puertas, y nos honramos con llamarle nuestro compañero.

En Zaragoza y otras poblaciones, recibe iguales y mayores consideraciones, y en toda España, como ya hemos dicho, logra llamar la atención hasta un alto grado, sin embargo de nuestra angustiosa situación política, en busca del ideal de nuestro porvenir.

¿Y cuál es la literatura de Fastenrath? eminentemente española, eminentemente oriental y andaluza—permítasenos esta frase.—Fastenrath se ha inspirado en nuestro tesoro de romances, en nuestras leyendas religiosas y fantásticas, y unas y otras las ha vertido en la lengua germánica aquilatando y remarcando sus esquisitas bellezas. Festenrath ha traducido nuestros poetas modernos, á Trueba el popular, á Antonia Diaz de Lamarque, la Algacenia árabe, y por último ha escrito versos en la lengua de Herrera, que esceptuando ligeras faltas en la forma, no desmerecen en nada de los mejores nuestros, y que siguiendo cultivando nuestra poesía se colocará en la primera altura.

Teniendo en cuenta el Gobierno de S. M. tan singulares y relevantes prendas como adornan al poeta español—no le sabemos dar otro nombre—á escitacion de los distinguidos poetas y literatos Campoamor, Diana, Ferrer del Rio, Aguilera, Manuel del Palacio, Rafael G. Santistéban, Nuñez de Arce, Hurtado, Carreras y Gonzalez y otros que presentaron con el ministro de Estado señor Martos una peticion escrita, se firmó el decreto concediendo á Fastenrash la gran Cruz de Isabel la Católica, en 23 de Abril último, y cuyo diploma le fué remitido en 3 del pasado, día de su cumpleaños.

El ocurrentísimo poeta Manuel del Palacio, al remitirle á Campoamor la credencial de Fastenrash, le incluyó el siguiente bellísimo soneto que nos ha facilitado nuestro compañero y amigo don Agustín González Ruano, y el cual no queremos dejar de copiar á continuación.

Esclavo de tu ley es mi alvedrío.
De una misión me hicistes mensajero,
Y en prueba de mi afecto verdadero,
La credencial de Fastenrash te envío.
Vuestros nombres lograron y no el (mio
Éxito tan brillante y lisonjero,
Y á pedir algo, el cuarto del cartero
Me corresponde solo en este envío.
Conserve Dios mil años al poeta
Que olvida el Rhin para cantar el Tajo
Con musa tan feliz como discreta,
Y no le dé la suerte más trabajo
Que tener esa cruz en la maleta,
Que es no tenerla encima y sí debajo.

Desde que, como digimos, fuimos de los primeros en conocer á su llegada á Madrid los escritos de Fastenrash, que tuvo la amabilidad de traducirnos algunos de ellos nuestro amigo don Juan Valera, no hemos dejado de conocer todos sus triunfos, debidos á sus notables talentos poéticos.

Cuando vino á España Fastenrash tenía ya publicados los cinco tomos de poesías que hemos mencionado, y

ahora recientemente, ha publicado otros dos, en su mayor parte de traducciones de magníficas poesías de todos nuestros vates españoles y principalmente andaluces.

Supimos que se le había enviado á Colonia en sus días la credencial de gran Cruz de Isabel la Católica, y hemos querido, escribiendo estas mal perjeñadas líneas, dar á conocer una vez más á nuestro país, á el distinguido y jóven poeta alemán doctor en jurisprudencia don Juan de Fastenrath, digno émulo, aunque en distinto género, de su compatricio el doctor de la Universidad de Berlin, Emilio Hübner, anticuario profundo, y erudito y sábio, con cuya amistad se honra el autor de estas líneas desde Noviembre de 1860.

Un recuerdo para los dos les envía.

LA VIEJA DE TINTIN.

TRADICIÓN.

I.

Por la puerta antígua de Córdoba, calle de Santa Brígida, cuya calle se desliza á la derecha del colosal castillo de Montilla, se sale directamente y en la línea recta, siempre descendiendo hasta la fuente de la *Malenita*, situada precisamente en la falda del cerrillo que ostentaba en el tiempo de nuestro relato la ermita del Santo Cristo de los Caminantes. Dicho sitio, vereda de Huelma, estrecha hoy

como un camino por estar aprovechada en su totalidad, como todos los terrenos del común de los pueblos, usurpados y arrebatados á la propiedad y disfrute de los mismos por los privilegiados del poder, es el lugar primero donde empezaremos nuestra narración.

Desde dicha vereda y fuente, y dejando á la izquierda algunas huertas, y á la derecha tierras y olivares, se abre un caminillo que despues se prolonga en forma de cauce, por donde ruedan las aguas llovedizas, hasta la distancia de un cuarto de hora, es en donde se encuentra la mal llamada fuente de Tintin, que no es otra cosa que una pequeña charca de agua cristalina.

En la izquierda de dicho caminillo cauce, y corte recto de una piedra ó trozo de granito, cuya extensión no se puede medir por estar sus límites cubiertos por las tierras cercanas, aparece una hendidura, que se prolonga en forma de monters, dentro

de la cual puede penetrar un hombre como unos dos metros, siendo su fondo estanquillo cristalino de agua, cuyos sobrantes ruedan por la parte baja del camino, ya desde aquel punto con mas ó menos corriente.

La laboración de las tierras circunvecinas, y principalmente en la superficie ó techumbre de esta cueva, ha hecho que desaparezca el chorro natural del agua, gota á gota caida desde el peñasco á la charca, y cuya circunstancia, presumible y lógicamente, desde los mas antiguos tiempos, daria el nombre de Tintin á dicho manantial.

De esta cueva, pues, y estanquillo, que en los tiempos de nuestra leyenda era de mayor extensión interior, aunque á la vista no presentase más que la descripción que hemos hecho, se conserva en Montilla la tradición de *La Vieja de Tintin*, que según ha pasado de unos en otros, parece que era *verde* y *jeñosa*, y cernía continuamente en el hueco del manantial,

con cedazo monstruoso, los higos que arrojaban las higueras plantadas en los superpuestos terrenos de la peña. Estos higos tenían la virtud, al comerlos, de que cesaban inmediatamente las querellas entre los padres y los hijos.»

II.

El 31 de Julio de 1589 se habían aprobado en la ciudad de Montilla las Constituciones de la órden de Caballeros Quantiosos, aparecidos por primera vez en la España cristiana á raiz de la batalla de Clavijo, año de 844; y cuyo principal objeto era el de combatir la raza mora, y últimamente toda inmixtión extranjera en los asuntos nacionales.

En la casa del Bailio, calle hoy de Juan Diaz, se determinaron y aprobaron dichas Constituciones, y allí surgió en su última reunión aproba-

toria, una lucha, una enemiga de sangre, que no debia terminar sino con la muerte.

Don Alonso de Vargas y el licenciado don Pedro de Figueroa, personas de la primera reputación y nobleza, y entre los cuales existia siempre una ligera emulación de cual mas preponderase en las esferas de la vida social, por cuestión de quién fuese más ó quién menos, en la aprobación de uno de los artículos, se trabaron de palabras, y despues de obra, yendo á las manos.

Don Alonso de Vargas dió un bofeton á Figueroa, y éste á su vez y casi simultáneamente una estocada al don Alonso, sin poder pasar á mayor violencia, porque los caballeros concurrentes pusieron término á la querella separándolos en el acto.

En los primeros dias, despues de pasada la escena que acabamos de referir, los amigos y las respectivas familias de los contendientes, sirvieron de escudo con su vigilancia á los ren-

coras de ambos caballeros; pero algun dia terminada ó descuidada ésta, dió por resultado la muerte de Figueroa, al subir la cuestecilla de Rompe haldas, hoy cuesta de Lozano, al comenzar el crepúsculo de una tarde de Setiembre.

Frente por frente de la casa número 17 de dicha cuesta de Rompe-haldas, casa donde vivió desde la edad de tres ó cuatro meses hasta la de 19 años el ilustre general, hoy espatriado, don Juan Contreras y Roman, se encontraron los dichos Vargas y Figueroa solos, y en desafío reñido se batieron, quedando muerto el último.

La esposa de don Pedro de Figueroa, doña Juana Paez de Liébana, que idolatraba á su marido de una manera enloquecedora, casi estuvo á la muerte por causa de la pèrdida de su esposo. Sin embargo, se salvó quedando para siempre perturbado su organismo, hasta el punto de que ocultamente principió á madurar, y á preparar su cerebro, una idea terrible, al

conocer habian sido infructuosos los deberes de la justicia para encontrar al matador de su marido.

Efectivamente nada, nada se pudo conseguir ni averiguar del causante de dicha muerte, aunque se practicaron toda clase de diligencias oficial y extraoficialmente.

Para esta esposa delirante de dolor, y perturbado su cerebro por la venganza, nadie, ninguno otro habia sido la causa de la muerte de su esposo, mas que su contrario don Alonso de Vargas; y contra este, soñó, acarició y preparó, una venganza terrible.

Don Alonso de Vargas desde su casamiento con doña Mencia de Astorga, habia sido siempre el hombre mas feliz de la tierra, con el amor de su esposa mientras vivió, y con el amor de su hija única Teresa, que era el encanto de su existencia. Perfecto caballero como era y esclavo del honor, por causa de éste, y de su carácter demasiado violento, en duelo de igual á igual, ya hemos dicho habia sido en

verdad el autor de la muerte del don Pedro; muerte que habria de traerle su desesperacion eterna.

La vengativa esposa de Figueroa, buscó con refinamiento persistente el flanco mas doloroso de su enemigo, y lo encontró al fin, haciéndole aparecer manchada á sus ojos, su hija idolatrada Teresa.

Tal fué, pues, su trabajo, y tan continuado dia por dia, que antes de los tres años hubo de lograr su terrible propósito.

Este es el asunto que nos proponemos brevemente referir á continuación.

III.

Era el 4 de Mayo de 1591.

Entremos en una gran casa de la calle de San Fernando de la ciudad

de Montilla, que aun en su esquina conserva un sello de la antigüedad de Ulía (1) y dejando una placetilla que le precede, atravesemos sus grandes y macizas puertas oscuras.

Despues de penetrar, torzamos á la derecha hasta buscar la última habitaciòn baja, que tiene alta y pequeña ventana á la calle Anton de Aguilar. Esta es la casa de don Alonso de Vargas.

Misteriosa y sombría, de altos y macizos muros, parece inhabitada, y efectivamente casi lo está, desde hace unos diez dias, pues en ella no moran mas

(1) Es una piedra sepulcral romana que la trae don José Vazquez Venegas de los papeles del Dr. Enrique Vaca de Alfaro, y publicada por Musatari, y últimamente por el Dr. Emilio Hubner en sn *Corpus Inscriptionum latinorum* señalada con el número de órden 1542. Para sacar el calco de esta piedra fuimos en el año de 1856 con el Dr. Hubner, al sitio donde aun se encuentra, que es la esqnina de la calle de San Fernando á la de Anton Aguilar.

habitantes, que doña Teresa de Vargas, hija única del don Alonso, y un criado y una criada tan ancianos y tan servidores de la casa, que el cariño que les conceden sus dueños les dá derechos de familia.

Son las ocho de la noche, y en la cámara que hemos referido, tapizada en grandes recuadros de madera sugetos á las paredes, con cuero avellana de Córdoba, y con clavetillos dorados, se encuentra la jóven hija de don Alonso, sentada en un sitial, y apoyada en un reclinatorio portátil que tiene delante, pareciendo sumida en un profundo aletargamiento.

Silenciosa y calladamente ha penetrado en la estancia un anciano mayordomo, completamente encorbado por los años, y sostenido en una muleta para auxiliar sus pasos vacilantes.

Teresa no se ha incorporado en el asiento ni ha demostrado señales de conocer que alguien se acercase, hasta que el anciano al llegar á ella le tocó suavemente en el hombro.

—Niña Teresa, le dijo, aqui me tienes y te traigo una noticia.

Teresa se incorporó y mirando tiernamente á Cristóbal Peres, que así se llamaba este antiguo criado, le respondió:

—Hablad, hablad, porque ya no tengo alientos para tanto sufrir. ¿Y mi padre?

—De él, hija mia, de él es la noticia.

—Venid, venid pronto.

—No te impacientes por Dios, á mis años no se puede ir deprisa, y á mis años tambien, hay alguna esperiencia y muchos temores.

—Pero decid de una vez, Cristóbal.

Sosiégate y ten calma, y empecemos antes por la conversación de siempre. ¿En qué le has ofendido? Dímelo por Dios.

—En nada, en nada Cristóbal, os lo he dicho ya muchas veces; en nada os repetiré siempre, y en nada, en nada, diria al mismo Dios que me lo preguntase.

—Sí, tienes razon, tienes razon, hija mia, y no puedes menos de tenerla. En nada, porque eres un ángel; en nada, porque no cuentas mas que quince años; en nada, porque tu educacion no ha tenido igual; en nada, porque nadie ha fijado aun en tí los ojos; y en nada, por último, porque la inocencia está todavia inmaculada en tu alma. Pero, ¿por qué está tu padre sério y reservado contigo, y el dolor y la desesperacion es lo que últimamente hemos visto en su rostro?

—Sabeis que no lo sé, y me lo preguntais para hacerme sufrir, replicó Teresa derramando un mar de lágrimas.

Cristóbal al verla tambien lloró, y sus sollozos mezclados con los de Teresa, interrumpieron el silencio de aquella estancia.

—Templa por Dios tu llanto, querida hija mia, añadió Cristóbal, sujetando sus lágrimas, y tomando aptitud mas serena; templa por Dios tu llanto, y sigamos hablando de tu padre.

Teresa iba á interrumpirle; pero el anciano continuó:

—No podemos, pues, de ningún modo esplicarnos el dolor y reserva que se reflejaba antes de partir en el rostro de tu padre, y muchísimo menos al haber despedido todos los criados antes de partir, á excepción de la vieja Florencia y yo, y sin embargo, hay aquí un misterio terrible que no podemos penetrar.

—Y yo, ¿qué he podido hacer más que respetar las órdenes de mi padre, y no admitir otros criados aún á pesar de vuestros deseos?

—Tú nada has hecho ni has debido hacer, y en el mismo caso yo me encuentro, que desde el tiempo de mis abuelos servimos esta casa. Pero ahora, y esa es mi venida, te suplico hagas lo que te aconseje.

—Hablad, decid; ¿á quién he de obedecer más que á vos que me queréis con el cariño de un padre?

—Acabo de saber, repuso Cristóbal, que mi señor don Alonso se encuen-

ra en casa de su sobrino el Alcalde mayor de Alcaudete, y es preciso que le escribamos una carta.

—Marchó sin decir dónde, añadió Teresa. ¿Cómo sabeis que allí se halla?

—Me lo acaba de decir el demandadero de las monjas de Santa Clara, pues su hijo que ha llegado hoy aquí, después de estar en Baena, y antes en Alcaudete, dice haber visto al señor.

—Pues bien. ¿Qué he de hacer?

—Dirigirle esta carta que ya traigo aquí escrita.

—La firmaré: con eso basta, y vos también.

—Así lo he hecho, hija mia, y si acaso no respondiese, ponernos en camino, y allí al amparo de la familia, en Alcaudete, pedirle explicaciones y perdón hasta tanto de traerlo á nuestro cariño.

—Dàdmela.

Cristòbal alargó á Teresa un papel enrollado, y ésta después de leerlo se

levantó y dirigiéndose á una mesa, suscribió la carta dirigida á su padre, entregándosela después á Cristòbal.

—Adios, hija mia, añadió éste: dentro de un momento llegará Anselmo, á quien he mandado llamar, y éste la llevará mañana á Alcsudete al amanecer. En seguida pienso acostarme; creo que me encuentro un poco indispuesto.

Desde el momento en que Teresa había entregado la carta á Cristòbal, volvió á quedar sumida en su aletargamiento, pareciendo no oirle.

El anciano Cristóbal se retiró.

IV.

Una hora escasa había pasado, y el golpe lento y monótono de las campanadas de la queda, parecía haber dado en el cerebro de la jóven Teresa, conmoviéndose todas las fibras de su

cuerpo, volviendo otra vez á la realidad de la vida, cuando penetró en la estancia la vieja Florencia.

Aquella niña de quince años, sola, y con su pensamiento luchando hacía ocho días, sin poder ni aún vislumbrar ligeramente el misterio que envolvía la resolución última de su padre, de abandonar su casa, dejándola en aquel estado, sola, únicamente con su pensamiento en lucha, había sufrido torturas infinitas. Estas torturas, este anhelo, esta ansiedad, en una palabra, latente, contínua y pertinaz, le habían por completo destrozado su alma vírgen, cuando su alma vírgen aún no había empezado á sonreir tristemente con las ilusiones de los problemas sérios de la vida.

Este estado de nueve días consecutivos, la habían transformado de repente, y la habían hecho ser mujer en el camino de las amarguras.

Su belleza admirable, se había agostado como la flor; blanca y pálida casi llenaban por completo el óbalo per-

fecto de su semblante, la dilatación de sus pupilas, y la cinta azulada que cada vez se extendía más á su alrededor.

En su mirada, antes dulcísima, se destacaba profundo fuego sombrío, precursor de aliento poderoso, de resoluciones rápidas, extremas, indestructibles; y eternamente ciega en su lucha de descubrir y de adivinar, su intenso padecimiento y anhelo la sostenían.

Un estremecimiento nervioso hemos dicho que recorrió todo su cuerpo galvanizándolo, con los lentos y monótonos golpes de las campanadas de la queda, despertándola de su marasmo, en el momento de penetrar en la cámara su criada Florencia.

Esta era una anciana de los mismos años y los mismos achaques de Cristóbal.

—¿No te has acostado? le dijo Teresa admirada de verla entrar.

—Y cómo he de hacerlo, señorita, sin vos haberlo realizado.

—Tienes razòn; egoista con mis dolores, no comprendo que los causo á los demás. Retírate y acuéstate.

—¿Pero vos no lo haceis?

—Retírate y acuéstate, pobre Florencia; yo aún he de tardar algún tiempo. Tengo la cabeza que me arde, y no podría conciliar el sueño.

—Yo no quisiera... se atrevió á murmurar Florencia.

—Pues lo harás, enseguida, replicóle Teresa, con cariño á la par que con entereza. ¿Lo entiendes?

Florencia pareció hacer una demostraciòn para retirarse sin replicar cuando la jóven añadiò:

—¿Y Cristòbal, está ya acostado?

—Sí, señora, respondió Florencia. Apenas salió de este aposento se retiró á su cuarto para descansar, porque se encuentra indispuesto.

—¿Entónces no ha venido nadie? interrumpió la jóven.

—Eso iba á continuar diciendo. Ya en su cuarto Cristòbal, llegó Anselmo, á quien entregó una carta diciéndole

que al amanecer partiera para Alcaudete, retirándose en seguida éste y quedando en hacerlo.

—Bien está, ahora á descansar, Florencia.

—Puesto que la señora lo ordena, lo haré. ¿No necesitais nada?

—Nada: retírate. Buenas noches.

—Buenas noches, repitió Florencia al atravesar las puertas de la estancia, y en cuyo momento se oyeron fuertes golpes en la puerta de la calle.

Florencia tornó en seguida á penetrar en la cámara.

—¿Habeis oido llamar á la puerta? dijo.

—¿Quién será á estas horas?

—Yo creo que no se deberá abrir; dos mujeres solas é indefensas...

—Dices bien; pero no deja de sorprenderme quién ha de venir á mi casa.

—No sé, señora, no sé: como no fuese el amo.

—Sí, sí, abre inmediatamente; no

tardes, replicó Teresa anhelante é impaciente.

Florencia, sin embargo, permanecía como clavada en su sitio sin obedecer las órdenes imperiosas de su señora, cuando se repitieron los golpes en la puerta con más fuerza.

—Marcha, Florencia, marcha inmediatamente, repitió la jóven, y en el mismo momento de pronunciar estas palabras, se lanzó precipitadamente en dirección de las puertas de la calle apartando á Florencia de su camino, que visiblemente temblaba de miedo.

Florencia, sin embargo, con voz apagada, aún se atrevió á murmurar.

—No vayais, no vayais por Dios, señorita.

—Teresa no hizo caso y llegando á la puerta, y decididamente descorriendo el cerrojo, la abrió.

Un hombre del campo se presentó á su vista, que sin saludarla, y demostrando impaciencia é inquietud, le dijo:

—Si quereis ver vivo á vuestro padre, en este instante está espirando en la huerta de la Plata, por la venganza y los asesinos de doña Juana Paez de Liébana.

—Mi padre, mi padre!; esperad, con vos partiré.

El hombre del campo, sin parecer oirla, pues habia echado á andar precipitadamente, antes de volver la esquina inmediata de la derecha, pronunció estas palabras:

—Voy á avisar á la justicia.

—Esperad, gritó nuevamente la jóven Teresa, cuando ya los pasos del campesino, se oian por última vez al entrar en la calle Corredera.

Teresa habia quedado inmóvil y pálida en la puerta de la calle; y si no hubiera llegado Florencia, que solo habia oido el grito de «esperad,» tal vez no se hubiera movido de aquel sitio en algun tiempo.

La oscuridad del portal hacia que Florencia, ignorante de todo, no pudiese percibir lo desencajado del ros-

tro de su señora, y esta misma ignorancia le hizo esclamar viendo la inmovilidad de Teresa:

—¿Pero señorita, qué haceis? Quién era el que llamaba? Algun burlador sin duda. No habia nadie.

Ante el tropel de tantas preguntas de Florencia, pudo rehacerse por completo la jóven, y fingiendo serenidad, respondióle:

—Sí, nadie, alguno que equivocaria su casa en la oscuridad; alguna burla como has dicho; algun loco probablemente.

—Veis como yo lo decia?; y á Dios gracias, que...

—Marchémonos pues á acostar, cierra la puerta.

Florencia cerrò el cerrojo inmediatamente, y añadió:

—¿No os acompaño?

—No: ya te lo he dicho.

Teresa marchó delante y penetrando en su cámara cerró la puerta por dentro. Florencia al echar el cerrojo en la puerta de la calle se retiró á su aposento.

V.

Son las dos de la madrugada del dia 5 de Mayo de 1591, es decir, próximamente cinco horas despues de las escenas que acabamos de reseñar.

Un chiquillo, un jóven hermosísimo, escesamente de unos doce años de edad, de rasgados ojos negros y con el traje de un trabajador, se encuentra tristísimo y ojeroso y anonadado, sentado sobre una peña inmediata á una pocilla de agua, que es la que hemos designado lleva hoy el nombre de la *Malenita*.

Sin embargo de su postracion y anonadamiento, como de haber corrido grandes distancias, y estar poseido de inmenso dolor, parece esperar atento el menor ruido para huir, segun la inquieta actitud que le sobrecoge al sentir el mas leve é imperceptible de las ramas.

Su sufrimiento revelado en su semblante y mirada es intenso, y ráfagas rosadas que brotan y desaparecen por instantes en sus mejillas, marcan profundísimo rubor.

Aunque la noche es clara y serena, va ya desapareciendo lentamente la oscuridad y sucediéndole en cambio la reverberación lejana de los ausentes resplandores del alba.

El tiempo no es de primavera como debiera marcar la estación, sino por el contrario bochornoso y cálido, sin que se mueva la mas ligera brisa.

El jóven no tiene conciencia del estado en que se encuentra, que debe ser gravísimo, y sin embargo le estraña tanto silencio y tal soledad, pues creia que ya debia notarse el primer movimiento del trabajo por los campesinos sus compañeros, que madrugando saliesen á sus faenas.

Efectivamente, á esa hora y en todos tiempos, hay diligentes trabajadores que madrugan muchísimo antes del alba, y ningun movimiento,

ningun ruido, ni cerca ni lejos percibió el chiquillo, que esto determinase. Era con todo natural y de fácil esplicación esta carencia de movimiento. El venidero dia era el primero de la Pascua de Pentacostes ò venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, y la huelga era general en todos los trabajadores.

La actitud en que se encontraba el jóven de esperar atento el menor ruido, y la nerviosa inquietud que le dominaba, se han realizado.

El ruido, y en su consecuencia la sorpresa que le ha sobrecojido, han sido tan instantáneas, que en el momento de levantarse y huir, un perro podenco hermosísimo; se le ha acercado con demostraciones de júbilo.

A la presencia del perro tembló mas poderosamente nuestro jóven, y vaciló unos momentos para no caer en tierra, sin fijarse en los aullidos lastimeros del animal, ni en los esfuerzos que este hacia desgarrándole sus ropas.

El podenco sin darse un punto de reposo, intentaba avanzar tirando del jóven, y este, mudo, temblorono, jadeante, la vista perdida, extraviada, prensándose las sienes con ambas manos, no podia fijar sus ideas, y hacia esfuerzos poderosos por llamar su razon que se le escapaba.

Empezó à andar á los empujes del perro y en seguida é instantáneamente á la par de una sacudida nerviosa de todo su cuerpo gritó desgarradamente.

—¡Ya es tarde! Ya es tarde!

El perro acompañò con un aullido mas lastimero este grito de desesperacion, y continuó tirando de los calzones del muchacho.

Este, rígido y nervioso pareciò tomar aliento, y dirigièndose al perro le dijo:

—Sí, sí, vamos, aún todavía podré llegar á tiempo.

Y chiquillo y podenco empezaron mas bien á correr que á andar en direccion del Norte.

La caminata del perro y del jóven, tomada en línea recta por enmedio de los escasos sembrados, y mas abundantes matorrales, fué pesada y fatigosa: y el podenco latía, y el jóven jadeaba, pareciendo que se le rompia el pecho á cada aliento que despedia.

Así caminaron durante unos breves momentos, cuando el perro lanzando un leve gemido; quedó tendido en tierra.

El jóven se detuvo y miróle espantado, sin embargo de la oscuridad.

El animal exhalaba en aquel instante su último aliento.

No adivinó el muchacho la causa de esta parada, y sin percibirlo siquiera, iba á continuar su marcha desalentada, cuando tropezó con el cuerpo del animal.

Se detiene, se baja, recoje el perro con sus manos que se le tornan húmedas, y nota el enfriamiento cadavérico, y presiente que aquella humedad es sangre, y arrima sus manos

ávidamente á sus ojos. La tènue claridad de las reverberaciones crespusculares, le permiten adivinar la oscuridas de sus manos, y notar que aquella humedad es pegajosa, y lanzando un grito desgarrador, prosigue su camino, ya incierto desde aquel instante por falta de su guia.

Seis ú ocho pasos ha avanzado con prodigiosa rapidez cuando instantáneamente se detiene y vuelve hácia el perro, pidiéndole ayuda. Cae desplomado con todo su peso en tierra, y toma en sus brazos el cadáver del animal, levantando su cabeza sobre sus dos manos hasta la altura de sus ojos. Sus pupilas penetradoras quieren contemplar la vida que ya habia huido de aquel cadáver, y sus lábios quieren pedirle consejo, ayuda, auxilio, en su situación de misterios y angustias.

Sus ropas se han manchado de sangre, sus manos están tintas en ella, y el cadáver se desprende nuevamente cayendo en tierra.

En esta ansiosa actitud, desencajado el semblante, y en medio de aquel profundo silencio, ha oido repercutir sobre el suelo, á su espalda, lejanos pasos de corceles en carrera, y esto le hace pensar en que se retarda en su empresa. Fija su oido con más atención; se asegura de la verdad del ruido que oyera, y tomando desesperada resolución, se precipita en veloz carrera hasta perderse de vista.

VI.

Una casería rústica, esencialmente campestre y anchurosa, con numerosos establos, enclavada en un estenso valle, y con gigantescas arboledas y exuberante frescura por la parte del Oeste, y limpia y despejada por las demás á excepción de los sembrados de trigo, es lo que tenemos necesidad de presentar á nuestros lectores en la noche de nuestra referencia.

En la estensa planicie que precede á las puertas de entrada de esta caserío ó quinta, se ven en tendida fila casi sin levantarse del suelo, seis pilas rústicas, derramando el agua sobrante un reguerillo que se pierde entre los árboles de su izquierda, del abundoso venero que las llena.

De frente precisamente de estas pilas, se encuentra la puerta principal de este caserío, y no decimos puerta principal por su importancia, sino porque á su lado derecho aparece otra, y á su lado izquierdo una empalizada, semejando otra de entrada á los establos.

Por esta puerta principal que hemos dicho, se penetra en una inmensa cocina adornada á uno y otro lado con asientos de piedra pegados al muro; y despues á las demás dependencias que solo son establos y caballerizas y tinados, y en su parte superior graneros.

La puerta otra que hemos señalado á la derecha de la principal, es la úni-

ca que en la oscuridad se puede ver está entreabierta, pues se nota desde lejos un rayo de luz, semejante á una ancha cinta en toda su longitud.

Esta quinta, á pesar de estar hace tiempo deshabitada, no estrañaria á ningun pasagero el verla con luz en esa hora de la noche, pues muchos de los cazadores de lobos, venados y ciervas, corsarios nómadas por estos terrenos, la suelen tomar como deshabitada para su abrigo, y principalmente para sus pequeños festines y orgías.

Sin embargo, fuera de estos aventureros, nadie se hubiera ocupado en visitarla, pues su último morador hacia unos nueve años, habia amanecido ahorcado en una mañana de viernes santo.

Son las doce ó más de la noche, es decir, unas tres horas próximamente despues de la escena referida en la casa de Teresa de Vargas con los ancianos criados Cristóbal y Florencia.

Un silencio profundo reina por doquiera, y solo se advierte de momento en momento, que una sombra intercepta el rayo de luz que se desprende de la puerta entreabierta, que ya hemos indicado.

La escasa claridad de la noche hace que no se puedan percibir los contornos de esta figura, y esta figura en su rápido movimiento por la planicie delante de la puerta, ó es pura fantasía de los sentidos, por el pavoroso terror de los campos, ó es fantasma materia fingiendo perfecta realidad, ó sér angustiosamente desesperado que allí sufre tortura infinita, próximo á estallar su cerebro.

Sus paseos, idas y venidas por delante de la puerta, son regulares y rápidos, y parece que quiere cansar su cuerpo en su constante ejercicio para ponerlo á la altura del estado de sus facultades.

Su figura, aunque no puede definirse, más bien presenta la de un hombre, pero un hombre envuelto en capa ú hopalanda rastreante.

Momentos hay en que se para y escucha en la dirección de los campos, volviendo despues de un breve espacio á seguir sus interrumpidas vueltas.

Son más de las doce como hemos dicho, y el fantasma se acaba de detener, y ha avanzado rápidamente por el sendero más inmediato á la cerería.

Unos instantes despues se oye el murmullo de dos que hablan sigilosamente en la dirección y el sendero que tomára el de la hopalanda.

Agitada y rápida parece su conversación, y despues de pasados unos instantes, quedó interrumpida de repente.

En dicho punto, las dos figuras se han separado bruscamente, y la segunda que no hemos visto, se ha ocultado detrás del caserío abandonado, mientras que la de la hopalanda se ha dirigido á la puerta por donde destellaba un filamento escaso de luz.

VII.

¿Qué hay en el caserío del ahorcado? ¿Qué hilo de luz es este que se desprende por la pequeña puerta de su derecha? ¿Quién es este fantasma de la hopalanda? ¿Con quién ha hablado? ¿A qué entró rápido por la puertecilla interceptando la luz que de su interior derrama?

Eso es lo que vamos á ver dentro de breves instantes, y lo que tratamos de referir á nuestros lectores.

Cerca de dos horas han pasado y en todo este tiempo ni un solo murmullo se ha percibido dentro ni fuera del caserío.

Digimos anteriormente que la decidida y desesperada carrera del muchacho campesino hasta perderse de vista dejando abandonado el cádaver del perro, habia sido efectuada en el momento de convencerse del ruido y galopar de caballos.

Este galopar habia terminado de repente, al parecer à distancia de la casería por la parte del Norte como de unos quince minutos de camino.

Los que habian detenido de improviso sus caballos, casi no habian tenido necesidad de desmontarse, pues estos habian quedado tendidos sobre la tierra.

Larga y vertiginosa carrera acababan de dar. Larga, incansable, terrible, y los nobles brutos al terminarla, esperaban acabar tambien con su vida, desangrados por los aciostes, sudorosos y jadeantes, donde las fuerzas y el dominio les habian arrancado todos sus esfuerzos.

Uno de los ginetes al bajar descolgó dos pistoletes del arzon, è igualmente ordenó al otro su criado que hiciese lo mismo.

—Pedro, marchemos á pié y pronto, dijo el primero, y vuelve por última vez á mirar si nos sigue Lobezno.

—Es inútil señor, le repuso el criado; Lobezno queda tambien tendido

en tierra y desangrándose. No se levantará más.

—Así me gusta, añadió con voz ronca el llamado señor. En marcha, pues.

—Os lo ruego por Dios, una vez más; señor deteneos.

—Calla y sígueme, ó vuélvete.

—¿Y estas señales?

—¿Cuáles?

—Primero, Lobezno tendido y muerto en tierra, y despues estos pobres animales, cadáveres.

—Esas señales, Pedro, alumbrarán mi camino.

—Esas señales, señor, os darán á conocer á la justicia.

—A la justicia yo la buscaré ó ella me encontrará cadáver.

—Pero...

—Calla; no me repliques, repuso el caballero impidiendo con la acción y la palabra que su criado hablase. Oye bien mi último encargo por si quieres cumplirlo. Vela despues de mí porque se realice mi última voluntad es-

crita y firmada en este dia. En marcha pues, sígueme ó vuélvete.

—Señor.

—Vivo, y silencio.

Pedro bajando la cabeza se apresuró á cumplir las órdenes de su amo, y recojiendo de su tendido y cadáverico caballo una pistola de arzon, le siguió silencioso.

VIII.

Ya digimos que el muchacho campesino al sentir el rumor del galopar de caballos, habia tomado decidida y desesperada carrera, perdiéndose en la inmensidad de los campos.

Instantes despues llegó á la puerta principal de la casería, y llamó con sus manos, con todo su cuerpo, ciego como iba en su carrera desesperada.

Silencio profundo siguió á su violento empuge, y silencio profundo continuó despues de repetir otra llamada mas poderosa.

Un momento despues, rehecho el jòven, y estendiendo su vista en la longitud del frente del caserío, vió en la segunda puerta el filamento de luz, y à ella dirigiòse penetrando de repente.

En el primer departamento donde la luz se hallaba, viejo y destruido velon de Lucena colgando de un clavo en la pared, y sin otra clase de mobiliario, sino algun palo roto de sillon en uno de sus rincones, sucios y mugrientos por el abandono, oyó el jóven un gemido ahogado, semejante á un suspiro, y penetró sin vacilar por otra segunda puerta que daba á otra estancia.

En esta otra estancia no habia otro mobiliario sino un jergon y unas mantas, colocado todo sobre poca alzada tablazon carcomida, semejando un lecho, donde habia reclinado un hombre, cubierto todo con las mantas y semi inclinado á espaldas de la puerta de entrada como para escusar la luz que por ella penetraba.

En el momento de entrar nuestro muchacho, oyóse otro quejido del que estaba en el lecho, mas vago é indefinible, y este esclamó arrojándose sobre aquel cuerpo.

—Padre mio! padre mio!...

El de la cama pareció hacer un movimiento como para volver la cabeza, y repitiendo desgarradoramente el jóven ¡Padre mio!, cayó desplomado y sin fuerzas sobre el lecho.

Dos ruidos casi simultáneos siguieron á este segundo grito del muchacho, el de la primera y el de la segunda puerta que se abrieron con un empuje poderosísimo.

El primer viajero de los que habian abandonado los caballos moribundos, habia penetrado en esta segunda estancia.

Al ruido que produjo su entrada, el muchacho que un momento antes cayera desplomado sobre las ropas del lecho, se incorporó, al par que otro hombre, el del lecho, se deslizaba del mismo.

Lo que vamos á referir no tiene esplicación, no tiene detalles, como no los pueden tener ninguno de los monstruosos crímenes que se cometen en la ceguedad de las pasiones.

Al incorporarse el jóven, en el despertar de su desmayo no habia aun terminado de volver la cabeza, á la impresión del ruido de la puerta, cuando un terrible pistoletazo se la atravesó de una sien á otra.

Mientras el chiquillo caia en tierra sin lanzar un grito, el viagero asesino gritó con voz terrible:

—La liviandad y la deshonra no se sostienen en mi sangre.

A la par que estas palabras, una segunda detonación oyóse, dirigida, al parecer, al hombre que se habia deslizado del lecho por la parte opuesta, pero apareciendo en este instante por una puertecilla allí oculta el bulto de la hopalanda, este fué quien recibió el golpe cayendo tambien herido.

Al dar paso por la puertecilla oculta en el muro y detrás del lecho á el

hombre que habia de él descendido, sustituyóle tan precisa é inmediatamente el bulto de la hopalanda, que éste fué quien recibió en su pecho la segunda detonación.

El primer cadáver, el del jóven, como hemos dicho, se había desplomado en el suelo; el segundo, el fantasma de la hopalanda, se había quedado en el lado opuesto del lecho entre las almohadas y el muro.

El viagero asesino contempló pasmado y atónito esta nueva figura de aquel cuadro, mientras éste se endezaba lentamente como haciendo supremos esfuerzos, apoyando sus manos en el jergón, mirándole á su vez terriblemente.

Con horribles torturas de dolor, y descompuesto y cadavérico el semblante del fantasma, sus ojos estremadamente abiertos no pestañeaban sin apartarlos de su asesino, y esforzándose más en su agonía, asomando sarcástica risa á sus lábios, gritóle:

Alonso de Vargas, Alonso de Vargas, Alonso de Vargas! ya está vengado mi esposo don Pedro de Figueroa.

Don Alonso de Vargas, pues este era el viagero asesino, intentó saltar encima del lecho, pasando por el primer cadáver, para alcanzar á la esposa vengadora doña Juana Paez de Liébana, cuando esta gritó aún casi ronca por la agonía:

—Has muerto á tu hija Teresa sparciendo por mí culpable á tus ojos. Muerta está por tu mano, pero es inocente. Ahora concluyeme de matar, mi obra está terminada.

Un doble grito de dolor y desesperación, apagado el primero, atronador el segundo, conmovieron hasta los muros de aquella estancia. El bulto de la hopalanda, doña Juana Paez de Liébana, había lanzado un gemido al rodar en tierra; el otro por don Alonso, cayendo inanimado sobre el cuerpo de su hija Teresa, el muchacho campesino, á quien asesinara un momen-

to antes. Se había atravesado el corazón con su puñal.

A pesar de que Pedro el criado se había quedado fuera en el campo, habiendo jurado á su señor el no penetrar en el caserío, al oir las detonaciones, avanzó y penetró en el momento en que su señor caia moribundo, abrazándose en su agonía con el cadáver de su hija.

Pedro no podía hacer nada para favorecerlos: eran cadáveres.

Inmediatamente se dirigió al bulto de la hopalanda, la vengativa esposa de Figueroa.

Esta al sentirlo aún murmuró débilmente:

—Matadme, matadme; ya nada me importa sino mi salvación.

Pedro el criado, reflexionando instantáneamente sobre tan terrible drama, casi lívido de terror, y en el más sombrío silencio, y en medio de la oscuridad, huyó por los campos llevando en sus brazos á doña Juana moribunda.

IX.

Empezando el alba á sonreir, momentos después de esta escena, llegaban al caserío el Alcalde mayor de Montilla Licenciado don Diego de Calmaestra, y su alguacil Labicton y el familiar del Santo Oficio don Pedro de Córdoba y Porres, con otros dos familiares y un par de criados.

En silencio y misteriosamente después de reconocer la casería, sin encontrar viviente ni vestigio alguno que denunciase al criminal, levantaron los cadáveres de don Alonso de Vargas y de su inocente hija Teresa, disfrazada de mancebo, para acudir, según el falso aviso, en auxilio de su padre; y los condujeron á la ciudad, lo mismo que los dos pistoletes y el cuchillo, autores de la catástrofe.

Muy pocas personas vieron entrar en la ciudad este cortejo fúnebre; y

los cadàveres fueron llevados á su casa, sin que nadie pudiese apercibirse de ello.

Toda clase de indagatorias se hicieron para descubrir el autor de tan tremendo crímen, pero todo fué en valde.

Solo apareció entre las ropas del don Alonso, el cual se hizo constar en las diligencias incoadas, el siguiente documento:

«Hoy cuatro de Mayo salgo de Alcaudete en dirección á la casería de la Plata, donde mi hija Teresa y yo encontraremos la muerte. A mi criado Pedro con recado falso lo he mandado á Cabra. Mis herederos, pues no tengo otros, serán mi dicho criado Pedro, y mis otros dos criados Cristóbal y Florencia. Yo don Alonso de Vargas.»

Al volver Pedro á la casa de su señor al día siguiente, y enterado por Cristóbal, prestò después declaración ante la justicia de haber estado en Cabra por mandato de su amo, y re-

nunció su parte de herencia para que se emplease en sufragios por el alma de sus señores.

Nunca había podido Pedro comprender la vida monacal, que en su juicio no era otra cosa que contrariar en un todo las purísimas doctrinas del Salvador; pero en aquel momento y en las condiciones que se encontraba, cuando ya sin familia, sin cariños, sin fuerzas para el trabajo, sin misión de virtudes que llenar en el mundo, donde ya no podía ser útil á nadie ni para nada, comprendió como pago eterno de su cariño para con sus amos, y su siempre adoración al Ser Supremo, su incesante silencio y sus eternas plegarias hasta la terminación de sus días.

En el convento extramuros de San Laurencio, profesó y allí continuó con vida ejemplar hasta su muerte.

Los funerales de don Alfonso y de doña Teresa de Vargas fueron ostentosos, y sólo supo el público por conducto de Cristóbal y Florencia, sus

ancianos criados, que al volver dichos señores sus amos de Alcaudete, habían sido asesinados por unos facinerosos.

El proceso incoado, aunque secreto, en la imposibilidad de descubrir el crimen, después de bastante tiempo y á instancia de sus parientes, se mandó destruir.

Poco mas tiempo que sus señores vivieron Cristóbal y Florencia, y al finalizar el último de los dos habia terminado con la herencia. La repartieron constantemente en los pobres sin tomar nada mas que lo preciso para su sustento.

X.

A los treinta años de nuestro drama y en medio de la noche, dos legos del convento de San Laurencio, vestidos de trabajadores, y dos frailes conducian en un sillon de brazos un

cadáver desde la cueva de la charca de Tintin al dicho convento.

El cadáver era el de doña Juana Paez de Liébana, que con vida ejemplar y santísima, despues de curada de su herida, habia allí pasado toda su vida, alimentándose sólo del pan que le llevaba Fray Pedro de la Visitación su salvador, y de las yerbas y frutos que producia el terreno.

Pedro el criado allí la habia conducido para intentar salvarla de su herida, de su delito y de su pecado, y ya hemos visto habia conseguido uno y otro.

No es estraño, pues, que alguna que otra vez los campesinos viesen aquella mujer penitente, y se ahuyentasen de aquellos lugares llamándola *La Vieja de Tintin.*

Lo cierto es, que durante la vida de la penitente y mucho tiempo despues, los higos que las higueras de la peña producian servian, en la buena fé de las sencillas gentes, para aplacar las diferencias y rencores entre los padres y los hijos.

Al siguiente dia de llevar el cadáver á San Laurencio se celebraron solemnísimas honras y sufragios por toda la comunidad, por la muerte de la donadora de unos cuantiosos bienes.

Esta donadora era la esposa de don Pedro de Figueroa, doña Juana Paez de Liébana, arrepentida y penitente: *La Vieja de Tintin.*

FOTOGRAFIAS.

I.

Vamos á dar principio á nuestro asunto filosofando históricamente; y vamos á hacerlo pese á los que nos quieran leer, por figurarse encontrar en estas líneas cualquiera cosa de provecho.

Tenemos el convencimiento íntimo de que la humanidad ha progresado, y sin embargo, no podemos abandonar la idea de que á la vez ha retrogradado.

Dos ideas contrarias se repelen y rechazan segun la ley natural; su es-

pacio su intermedio ó su diferencia, es el vacio, es la nada.

Vamos á decir algo en apoyo de nuestra primera idea.

Hubo un tiempo en que no existía el papel moneda, hoy la caja de Pandora de todos los enredos financieros.

Un tiempo tambien en que no se conocia la pólvora, hoy la omnipotente razon universal, pese á la política y á la diplomácia.

Tiempo en que no se habia adivinado la mitad del mundo, y por cuyo descubrimiento por Colon, la humana miseria lo aherrojara en una prisión.

Tiempo en que Sócrates tomase la cicuta, porque su talento trituraba á la ciega ignorancia.

En que Shakeaspeare y Poquelin (Corneille) fuesen las luces de su inteligencia, histriones del populacho.

En que no se habia inventado el vapor, ni descubierto la electricidad.

Tiempo en que las paredes de la casa de cada *quisque* encerraban su

patria, cuando hoy todos somos cosmopolitas.

Mucho mas pudiéramos decir en apoyo de nuestra primera idea, pero creemos que ya sea bastante para su comprensión con estos breves apuntes.

Pasemos á sostener la segunda.

El máximum hoy de la existencia es el de sesenta años, puerto á donde por escala descendente hemos venido á parar.

Matusalem vivió novecientos y pico de años.

Los monumentos notables llamados maravillas, que aún hoy existen, no se proyectan en nuestros dias.

Nuestras catedrales con sus esculturas y sus tallados de oro, no se puede concebir su realización.

En la moda menos variable entonces, nuestros trajes eran mas duraderos. Hoy no se piensa en fabricarlos.

Un traje de seda del siglo pasado, colmaba con su peso á la mas robusta dama.

Todas estas cosas se esplican muy bien.

Las generaciones marchan rápidas á su destino eterno. Se suceden unas á otras como las figuras que valsan en la tapa de un organillo.

¿De dónde vienen, y á dònde van?... Esto se lo pueden esplicar los filósofos.

Sin embargo, vamos á esplicarlo á nuestro modo. En el mar, en el estanque y en la fuente, cae un objeto sobre el cristal del agua: círculos mil prodúcense pequeños, y se estienden y se engranden, y llegan al límite de su elemento. Otros que llegan después los empujan, y por efecto de su impulsión, al cabo y con el tiempo en su rotaciòn eterna, volverán á aparecer. Así vemos nosotros las generaciones.

De esta opinión nuestra, sin duda, habría nacido tal vez la transmigración y la metempsícosis.

A propósito, ¿quién sabe lo que habremos sido? Me figuro que he podi-

do yo ser Efhestión el amigo de Alejandro.

Pero ya hemos divagado bastante, y es indispensable el tratar de nuestro asunto.

II.

Todas las grandes cosas de la antigüedad, no se harían sino para grandes cosas.

Dioses les llamaban á los reyes para poderles tributar homenages inmensos. Concebían, y concebían muy bien, que solo á Dios pueden tributarse todas las grandezas del mundo.

Así los brahmmas, los indios y los chinos no tenían más esculturas que la representación de sus mitos; los egipcios las de sus ídolos, y sus geroglíficos como lenguaje de estos.

En Specía, se intentó pintar, y solo se concibió la idea más grande para el asunto, y los personages de más

importancia del mundo. Agamenón, rey de los reyes, de los ejércitos de Troya, sacrificando à su hijo.

Entónces vivían mucho las generaciones, y en su consecuencia tenían más tiempo para hacer sus obras, que por esta razón debieran ser duraderas.

Hoy admiramos sublimes bellezas de escultura, incomprensibles divinidades, en los lienzos legados por aquellas felices edades, tras de sudores y de trabajos empleados para trasmitirnos sus concepciones.

Pero hoy marchamos de prisa, muy de prisa. Nuestra vida es más corta. Nacemos, si así puede decirse, y necesitamos para vivir en nuestros cortos días, aún más del alimento del espíritu, que el del cuerpo.

Sin embargo, á los placeres de Lúculo mezclamos los de Heliogábalo.

Los circos de la ciudad eterna los tenemos trasplantados para las lides taurinas, que pronto fenecerán.

Hoy tenemos los teatros, las giras,

las danzas, las carreras, los carruages, y toda multitud de festejos; porque necesitamos distraer nuestra existencia en goces sin límites; porque necesitamos correr; porque necesitamos llegar pronto al fin.

Estas, pues, son las partes principales de nuestros adelantos, en la brevedad de nuestra vida.

Pero aún hay otras muchas más.

III

La sociedad ambicionó conocer á los hombres distinguidos y eminentes.

Sabía los proverbios de *cada oveja con su pareja*, y de *dime con quien andas y te diré quien eres*, y quiso aplicárselos á ella misma.

Después ambicionó más. Lucieron los que intentaban parecer eruditos, elegantes albums, en donde á costa de mil sacrificios, sudores y trabajos,

habían podido recojer unas cuantas composiciones en prosa y en verso.

¡Cuántas torturas ha sufrido la imaginación de nuestros sacerdotes literarios, para satisfacer esta exigencia de los necios!...

Hartzembusch y Bretón de los Herreros, Zorrilla, Rubi y Vega, y tantos otros, ¡cuántos brillantes pensamientos depositaron en esos grandes libros!

Y el mundo á todo esto caminaba.

Pareció después más propio del bello sexo este capricho de la cultura, y las bellas tomaron sus misales, que no pueden tener otro nombre, que libro de los inciensos.

Hasta aquí habían sido las mujeres más bellas, otras medianas y otras horribles.

Los albums fueron su vara mágica. A todas por igual las hicieron sobernamente hermosas.

Voy á permitirme el consignar una idea.

Ahí tienen ustedes el mal lado de

la galantería, que es una mentira descarada.

Oid este hecho histórico.

Un dia estaban en un baile Madama Stael y una muy hermosa Mademoiselle, que era su belleza el único adorno con que contaba.

Suponemos que nuestros lectores no ignorarán que la parienta de Necker, era horriblemente fea.

Un amigo de ambas, algo fátuo, se acercó para galantearlas.

Cuanto tiempo maduraria en su mente la estupidéz que las encajo, no lo sabemos.

—Me place, dijo, el encontrar reunidas la belleza y el talento.

Mad. Stael contestó entónces:

—Doy á usted dobles gracias, pues esta es la primera vez que me he oido llamar hermosa.

El talento confundió á la estupidez, pero demasiado delicadamente.

La idea prosperó.

Ya no eran los albums, libros registros, propiedad exclusiva de un

sexo, ni de una clase, sino de la universalidad de las gentes.

Ya no eran los albums los depositanos de los borrones de los poetas y los literatos: lo fueron también de los paisagistas, pintores, bordadores, músicos, cómicos y bailarines, toreros y demás; de todo aquel que se distinguiese en algo.

He visto en un album la firma raquítica de un bolero.

IV.

Vino Mr. Daguerre, ¡qué felicidad! Verse reproducidas las fisonomías de todos! Retratos de celebridades, retratos de necios, idem de bellezas, idem de fealdades.

Pero esto era aún poco, y costaba mucho.

Ya hemos llegado à lo sublime de la ides, aunque nos falta mucho para su perfección.

Hoy por casi nada tenemos docenas de retratos.

Podemos mandar á todas partes nuestra representación, por nosotros mismos.

¡Cuánta satisfacción no tendremos si viajamos algún día, al encontrar nuestra efigie sobre alguna peña, y un coro de salvages bailando y haciendo visages á nuestro alrededor!...

Y si por casualidad, en el kiosco de una china, hija del emperador, de la idem se entiende, nos vemos entre una colección de europeos, fenómenos y esperpentos de la raza humana ¡cuánta satisfacción!!!

Antes era solo, esto de verse reproducidos, privilegio exclusivo de los dioses.

Pasó el tiempo y fuè de los reyes.

Después, de los grandes hombres.

Hubo época en que estos se multiplicaron.

A seguida se les denominó más modestamente con el nombre de celebridades.

Y los retratos ilustraron las obras literarias.

Y en las novelas se pintaban las escenas de una criada pisando el rabo de un gato.

Y en los viages se dibujaba á los hotentotes.

Y se pintó todo.

Y ya fué preciso que nos pintáramos á nosotros mismos.

V.

Ni la inflexibilidad de Pio IX, ni las convulsiones de la Italia, ni la política de Napoleon, ni nuestra misma política, han sido bastantes para preocuparnos ni un solo momento.

Si tuviese la creencia de que era malo nuestro actual gobierno, no me quedaria duda ninguna de que su larga existencia era producida por causa de las fotografías.

¡Fotografías! ¡santa palabra! últi-

mo y supremo recurso que nos ha brindado la diosa felicidad, que en todo lo demás no tenemos el gusto de conocer.

¡Fotografía! ¡sublime pensamiento! propio de nuestros adelantos.

Por eso hemos adoptado esta idea; la hemos hecho propia con indecible entusiasmo.

Mirad esas tiendas: todo está fotografiado.

Leed los periódicos, y veréis la vera efigie de todos los personajes políticos.

Porque es necesario que vivan todos, que vivan los artistas, es decir, los constructores de las máquinas y los que las manejan.

¡Qué gusto el hacerse multitud de retratos é irlos repartiendo como pan bendito!

—Este para V., me dijo un dia mi zapatero alargándome uno.

—Estoy reuniendo á todos mis amigos en las letras. Me hace V. falta.

—Verdaderamente no dejo de hacer pocas, porque tengo un destinillo.

—He leido un soneto de V., y necesito el retrato del autor.

—Bonita consecuencia, dige para mí.—Gracias, ahí lo tiene V.

—Ya tengo 321.

—Le daré á V. el mio, ¿no es eso?

—¿Cuándo esmbiamos?...

—Ahora, si V. quiere. Almejan es el Editor.

—Con mil amores.

—Gracias.

—Espere V. le daré una memoria para que no me confunda con Adela.

—Yo jamás olvido á V.

—No se lo doy hasta saber donde me colocará.

—Donde V. quiera.

—Pues entónces entre Corina en Italia y Maria Antonieta.

—Señora, no es posible, porque yo solo trato con los vivos.

—Pues entónces al lado de Eugenia de Teba, ó si nò sola.

—Sola estará V. mejor.

Esta es la conversación general; pero en cambio las ocupaciones son

diversas, aunque todas convergen á un mismo punto. Esto es, vestirse muy remilgadamente, para irse á los salones de espera de los gabinetes fotográficos.

Nuevos cafès, pero de más íntima confianza en el trato socia!.

¡Cuántos mameluecos *stultus* y mamarrachos se ven por todas partes!

Figúrense VV., un jóven muy bonito, rubio como unas candelas, y que llevaba una corbata de granate y pajizo para retratarse, y no hubo fuerzas humanas para hacérsela quitar. Queria un retrato de colorido.

¡Qué variación de posturas! ¡qué movimientos, qué contorsiones, qué repulgos de boca! ¡Cuántos apuros para estudiar nuevas posturas!

Ya el dedo pulgar introducido en la botonadura del chaleco; ya en el bolsillo del pantalon; ya prendiendo la solapa de la levita. Ya con sombrero y baston y ya sin ellos. Ya los bigotes á la borgoñona; ya el pelado á la Garcilaso de la Vega; ya el peina-

do á lo Napoleon; y los piés lánguidos y caidos y estirados, y cruzados como el trenzar de los boleros.

¡Ah! ¡qué Pandemonium de figuras!... Como si el mundo fuera pequeño ha venido á aumentarse considerablemente.

¡Pobre humanidad! hoy te atrae la manía fotográfica; ¿en qué pensarás mañana?

Ya has dado otro paso. Quieres sellar con tu fisonomía los cierres de las cartas, para que te manoseen por todas partes y con todas las manos...

Bueno es que nos convirtamos en perros por un poco de tiempo.

Valencia Setiembre 1862.

JUAN GRANDE

TRADICION.

I.

Era el diez de Mayo del año de gracia de mil setecientos sesenta y nueve.

En la iglesia de San Francisco, convento de los Jesuitas, situado en la calle Corredera, de la ciudad de Montilla, se celebraban honras conmemorativas, de las virtudes, excelencias y palabra del Padre Maestro Juan de Avila, que hacia ya doscientos años que habia hecho su tránsito al cielo,

coronado con la aureola de los santos, el mismo dia diez de Mayo de mil quinientos sesenta y nueve, despues de una permanencia continuada en Montilla, de diez y siete años.

Allí, á la izquierda del altar mayor, se levantaba, y aún existe la tumba y mausoleo de este insigne varon, y allí, en aquel templo, todos los fieles estaban empapados en la atmósfera de sus virtudes, esparcidas con la vigorosa palabra del sacerdote, que en el sagrado púlpito relataba el panegírico de su vida.

La compacta muchedumbre saboreaba dulcemente las escenas edificantes de su vida, su celo y propaganda religiosa en todos los pueblos de la Andalucía, principalmente en nuestra provincia, y mas particularmente entre nosotros, donde constantemente vivió, hasta su gloriosa muerte, acontecida en la calle de San Juan de Dios, y en la que fué entónces su casa, y que hoy es la ermita de Nuestra Señora de la Paz, frente

por frente á otra ermita oratorio, dedicada á San Juan de Dios, que hoy ya no existe.

Saboreaba, como hemos dicho, la muchedumbre la sagrada palabra del sacerdote, y sin embargo, esto no impidió que muchos de los circunstantes viesen inmutarse y palidecer y temblar á un hombre de avanzada edad y atlético, á quien todos miraban con sin igual respeto y consideración, que de rodillas estaba entre el púlpito y la tumba del apóstol de Andalucía.

¿Quién era este hombre que sin embargo de estar en el templo hacia que recibiese consideracion y aprecio con las miradas, y mudo y silencioso, derramando lágrimas se habia estremecido y palidecido, y habia hecho que maravillados lo contemplasen?

El sacerdote, en su referencia, acababa de decir: «Aquella santa piedra, donde despues de un largo paseo se sentaba á descansar unos momentos

nuestro padre maestro. Aquella piedra, donde soñaba esperar las numerosas visitas que desde Granada le hacía su predilecto discípulo, su bien amado Juan de Dios, á quien su palabra convirtiera en Granada, abandonó su vida de devaneos.

La oración siguió su curso, y después de breves instantes terminó en medio de la religiosa unción y silencio de los circunstantes; cuando estos, más y más sorprendidos, vieron levantarse á nuestro hombre atlético y religioso, y pasando por entre la apiñada muchedumbre que le abría paso, salir de la iglesia sin que se terminase la función conmemorativa.

II.

En la calle de Herradores, que este es el nombre que lleva escrito en sus muros y en los padrones de la ciudad,

y que sin embargo es conocida de todos los vecinos con el nombre de Juan Grande, vivía en los tiempos de nuestra narración un tal Juan Fernandez, que después de mucho tiempo de soldado, y casi en la vejez, se vino ya al pueblo de su nacimiento á concluir el resto de sus dìas en su pequeña casa, donde murió su madre, que estaba situada en la esquina de dicha calle y la Corredera.

Sin familia y sin parientes, nunca había tenido interés alguno de volver á su pátria, y si lo hizo fué solamente para adorar y reverenciar más aún á sus paisanos Francisco Soiano y Juan de Avila, pues á este como á tal lo tenía, y adoraba su cuerpo en su tumba, colocada en la iglesia de San Francisco.

Respecto á su padre nunca oyò hablar de él, pues su madre le había dicho cuando niño que habìa muerto antes de que hubiese podido besar á su hijo, y del cual, cuando aconteció la desgraciada muerte de su padre, se

encontró en una cajita un medallón con un retrato, y acompañado de un escrito de su madre en que decía: «Este es tu padre, y no tiene nombre».

El misterio de su vida, más oscuro aún con este escrito de su madre, que antes de ir á la guerra, le había preocupado bastante, lo dejó en abandono como imposible, y al volver no tuvo más pensamiento que la práctica de todas las virtudes, y la religión, en la cual se adormía, se mecía, se empapaba, pareciendo siempre, y cuando estaba en las iglesias principalmente, estar sumido en un éxtasis delicioso.

Mientras que no se acostumbraron á estas prácticas, las gentes de todas edades y posiciones no cesaban de hablar de Juan Fernandez, pues creian punto menos que imposible, que un tan gallardo mozo como era, hercúleo y gigante, no pensase ni en mirar ni sentir pasión alguna, sin embargo de que era seguro, segurísimo, que mu-

chísimas mujeres, desde la más alta hasta la de más baja posición, hubieran tenido un inmenso placer en que por un momento lo pudiesen atraer hácia sí, y que le retuviesen sus encantos.

Pero nada de esto sucedia: su vida solo era el trabajo contínuo, y el descanso en las iglesias su constante oración, y no perder ninguna de las prácticas religiosas.

Su robustez y sus formas atléticas eran tan poderosas, y era tan gallarda y elevada su estatura, que desde el momento en que llegó á la ciudad, despues de dejar las armas del soldado, no se le reconocia ni se le nombraba de ninguna manera, y hasta casi puede decirse, que muy pocos, poquísimos conocian su apellido, sino solo su nombre y el calificativo de grande, que verdaderamente le correspondia.

De su fuerza maravillosa, muchos, muchísimos vecinos habian visto repetidas pruebas, que igualaban y ex-

cedian á los hechos del renombrado Milon de Cretona.

III.

Era una tarde fria del mes de Diciembre del año de mil setecientos cincuenta y ocho.

Bajando por el llano de Palacio, cruz de Arbon, camino de Santa Maria, en dicha ciudad de Montilla, principia ascendiendo un camino recto, que en dirección de Oriente para en la sierra del mismo nombre de la ciudad, dejando á mano izquierda la llamada finca del Cigarral, antes de olivos y hoy viñas, cerrada de muros, y en estos en su principio, mirando á la ciudad, y al Sur algunos asientos rústicos, que sirven de descanso para los que allí se dirigen á tomar el sol, es donde presentamos la escena.

Hoy hay muchos que sún tienen

esta costumbre; pero en los tiempos á que nos referimos, eran casi todas las personas de posición, las que acudian á este lugar, en invierno principalmente.

En la cerca, pues, del Cigarral, en pié, contemplando una piara de cerdos cebados, de la propiedad del Marqués de Priego, y que cada uno de ellos pesaba, el que menos, mas de cien libras, se encontraban varios caballeros que acompañaban al Marqués de Priego, cuando uno de aquellos señores dijo al Marqués.

—No lo podreis dudar al fijaros en aquel gigante que se acerca. Aquel es Juan Grande.

—Hablémosle, repuso el Marqués lleno de curiosidad.

—Juan, llamole don Andrés de Arellano.

—Buenas tardes, señores, respondió, acercándose al grupo Juan Grande, y despojándose del sombrero.

—¿Vienes de Guta ó del Carril? le interpeló el don Andrés.

—Vengo del trabajo, y de ahí cerca, porque esta tarde es la primera del septenario á la Inmaculada, y no quiero perderlo.

Entónces el Marqués, entrando en conversación con Juan Grande, le preguntó por sus fuerzas, á lo que él respondió que ya eran muy escasas porque los años no pasaban en balde, y que por esta causa, y la falta de uso, no podria quizá hacer mucho.

—¿Tienes mucha familia? le dijo el Marqués.

—Solo, solo, siempre solo.

—Con todo no te vendria mal un cerdo. ¿Te podrias llevar uno en brazos?.

—Probaré, si es que de este modo complazco á V. E.

—Pues bien, ya sea el de menos peso ó el de más, tuyo es si te lo llevas á tu casa; y como lo creo imposible, no te digo lo mismo respecto á más de uno.

Juan Grande, por toda contestación, recojió primeramente con el bra-

zo izquierdo uno de los más poderosos cerdos, oprimiéndolo por la cintura, y quedando en el rosco de su arqueado brazo; y enseguida recojió otro, aún mayor, con el brazo derecho, y así, con los dos cerdos, emprendió el camino de su casa, acompañado de todos aquellos señores y del Marqués, que asombrados y mudos le seguían; rogándole el mismo marqués una y más veces que los dejase de llevar, pues era ya suficiente prueba, y que él ordenaría los mandasen á su casa.

Juan Grande continuó sin embargo, y con relativa tranquilidad y paso igual su camino, perdièndolo de vista el Marqués y los que lo acompañaban.

Con muchos curiosos de la gente del pueblo que lo seguían, Juan Grande subió la cuesta de Santa María, la pendiente calle de San Luis, torció la calle Escuelas y la calle Herradores y penetró en su casa con los dos cerdos regalados por el Marqués.

Estos hacía rato que se encontraban cadáveres.

IV.

Este pues era Juan Grande, de apellido Fernandez; y este era el que en el primer capìtulo, y en la edad de 72 años habia salido de la Iglesia de San Francisco, sin esperar á que terminase la función religiosa de aniversario en honor del Padre Maestro Juan de Avila.

Una hora y cuarto habia pasado desde la salida de Juan Grande de la Iglesia de San Francisco, y la numerosa concurrencia habia empezado á desalojar la ancha nave derramándose por las calles en dirección á sus respectivas moradas.

El digno sacerdote que habia pronunciado la oración apologética del Padre Maestro, se dirigía hácia su casa por la calle de Herradores y se pa-

ró como todo el que pasaba, en la misma esquina del Hospital de la Caridad, antes el Albergue, donde yacía un hombre tendido en tierra al parecer sin dar muestra de vida alguna.

Cuandó llegó el sacerdote, al inclinarse para observar al moribundo, tratò de alentar á este, el cual se incorporó un poco sobre una gran piedra de molino en que estaba recostado.

—La bendición, padre mio, con el perdon de mis culpas, balbuceó con penosísimo trabajo, y besando un medallon el moribundo.

—Recíbala en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo, contestó el sacerdote bendiciéndolo.

Los ojos del moribundo, que no parecía sino esperar este último consuelo, para volar á la otra vida, se cerraron dulcemente, y poniendo sus lábios sobre la gran piedra de molino, se fueron debilitando sus besos, confundiéndose y haciéndose igual el frio de la piedra, con el frio del cadáver.

Juan Grande acababa de espirar, despues de haberse traido la piedra de molino que estaban el campo. «Aquella santa piedra donde se sentaba á descansar el P. M. Avila, para esperar á su predilecto discípulo Juan de Dios cuando venía á visitarlo desde Granada.»

En estos momentos pasaba el Marqués de Priego, y deteniéndose y acercándose, vió que el Sacerdote recojía de las manos del cadáver el medallon que habia besado, antes de morir, y al reconocer el retrato que en el había, dijo para si. El retrato de mi padre.»

Despues, rogándole al sacerdote consérvase el medallon, le manifestó que á su costa se harian los funerales de Juan Fernandez, apellidado Grande.

En el mismo momento una vieja más que octogenaria, que tambien habia visto el retrato del medallon al recojerlo el sacerdote, y que lo reconoció, murmuró retirándose.

—Infamia y violación de los poderosos. He ahí el padre de Juan Grande. Dios bendiga á su hermano.

La piedra que trajo Juan Grande de la cerca del Cigarral todavía se veía en la esquina de la calle Herradores, y la Corredera, antes de hacerse la nueva casa de comercio que hoy existe desde el año de 1870.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA.

I.

La historia es el universo.

Es el sílito, es la luz de la vida de la naturaleza, del Criador; es el principio. Eterna como el infinito, refleja y retrata la actividad, el movimiento de la existencia; y podrá terminar cuando la materia haya acabado, cuando el espíritu no exista.

Vamos detallar en breves razones el nacimiento lógico de su forma visible en la humanidad: su existencia moral databa desde el Verbo.

Creado el mundo, flotó en el eter, ya en grandes masas parduzcas y errantes, ya en inmensos focos argentíferos de esplendor vivísimo, ya en átomos infinitamente impalpables ni aún en la idea; y todos estos pedazos de la gran obra, sostenidos por el vapor del último hálito de Dios, durarán en su concierto eternidades, hasta que dicho vapor se pierda en la inmensidad.

Respiró el hombre el aliento vivificador del globo donde se asentaba, y con cinco sentidos, eléctricas corrientes de sus sensaciones, laboreó con los gases de su cerebelo las acciones de actividad de su propia existencia.

Vió primeramente el fulgurante azulado espacio con bordados de oro como puntos imperceptibles de fuego, y lo vió después palidecer y sombrear y oscurecerse; y más después alentar vaga, tibia y pálida lumbre, con el fanal de plata mate más clara y el tachonado de estrellas. Vió el nacimiento de la planta, y la muerte poética de

la flor, y el pájaro irizeo revolotear por el aire meciéndose en las landas de la atmósfera.

La armonía multiforme de la brisa rizando las hojas, y el huracán tronchando las encinas; el rumor infinito y plañidero de los animales, y el aliento universal de la vida llegó á su oido. Los aromas le embriagaron, gustó los sabrosos y amargos alimentos, y su mano se posó sobre el volúmen de los cuerpos numerosos de la tierra.

Con las impresiones del deleite cantó las sensaciones de sus alegrías y placeres, rapsodas divinos que entre ellos pulsaban con sus liras de cuerdas de oro. Con las impresiones de dolor las lágrimas brotaron de sus ojos, los suspiros rebosaron de su pecho, y entre el ay de la palabra, modnló sonidos letales de sangradora pesadumbre.

Doliente y agitado en su historia, la necesidad por guia, y con el Satan de las pasiones en su corazón, riò, gimió, trabajó y luchó eternamente con

la vitalidad de la naturaleza para sostener su propia vitalidad, dejando siempre la muerte tras de sus pasos; aureola brillante de la primera aurora de la vida.

Alma tuvo, animado espíritu jefe de sus órganos los sentidos, madre tierna ó medrosa, blanca ú horrible luz guiadora de todos sus pasos; los que pudieran llevarle por las tinieblas insondables y espinosas del dolor, y los que también le brindaban caminos de paz y venturanza. Fué la palabra en sus lábios, y la palabra en sus lábios fué en pálida semejanza del verbo el *Fiat lux* genesiaco. La palabra en sus lábios fué la de los cantos israelíticos, los himnos de Isis, de Budha y de Brahma; las parodias de los rapsodas; las casidas de los rawies; los salmos sacerdotales; las endechas de los trovadores, y los versos de los poetas.

La palabra, palanca poderosa y universal de su espíritu, no era bastante para su vida deleznable y perecedera,

ligada antes y después con la vida deleznable y perecedera de sus progenitores y sus descendientes; cadena de generaciones que se suceden, como la cadena de los días, de los años y de los siglos en la incesante circunvalación de los globos.

No era bastante la palabra, y buscó los signos para comunicarse con otras vidas, y hasta para respirar el orgullo de quererse aún dar lugar entre las generaciones venideras. Fueron las letras, y fué la escritura; y la escritura rodó entre las elegías y los himnos, y por último la referencia de sus hechos para inmortalizarlos, y que pasasen más allá de su sepulcro.

Toda la palabra escrita tiene su razón lógica de ser en los diferentes géneros de literatura, única y sola cadena ligadora de los recuerdos y la vida del ayer y el hoy de la humanidad. Esta es la historia.

En su significación más ámplia y general, la literatura comprende la religión, la moral, la filosofía, la legis-

lación, la política, la historia, la ciencia, la elocuencia y la poesía. La religión es la inmaculada lumbre del alma que encuentra las recompensas del bien practicado en nuestro viaje terrestre. La moral, la relación inmediata de la religión y nuestras acciones con la humanidad nuestra hermana. La filosofía, la rebusca de la incógnita; la verdad analizada. La historia, el minucioso y monumental detalle de nuestras pasiones, nuestras moralidades y nuestros vicios, principales entes con que se alimenta el espíritu, y la cual recibe el adorno de la ciencia, la elocuencia y la poesía, deleitoso oasis entre su desnuda aridez; luz brilladora entre dos crepúsculos; suspiros de placer entre el revuelto mar de lágrimas.

II.

Hemos explicado la existencia en principio y el nacimiento escrito de la historia: ahora nos toca emitir nuestra pobre opinión sobre las condiciones de ella.

No comprendemos la historia como algunos en sus dos extremos opuestos de pesimismo y de optimismo: las dos corrientes traen sus principios y su fondo negro aterrador. De la primera deducimos en nuestra razon lógicamente la mera concurrencia de lo bello y de lo bueno en la marcha peregrina de nuestro viaje; y en su consecuencia su leccion nos trae el desaliento para el bien, sino somos de los adornados con la aureola de la predestinación, y se retuerce más y más nuestro espíritu al no encontrar la luz vivificadora que le es tan precisa, y desmaya nuestra fé, y nos dor-

mimos por último con el marasmo de la amargura y del descreimiento, al lado del impetuoso torrente. El optimismo, por el contrario, pintándolo todo bello y armonioso, hace que no nos esforcemos, no pongamos nada de nuestra parte para huir del error y de la maldad; porque la razon empapada de egoismo, siempre cree encontrarse en el camino de la mas recta perfección.

La humanidad entera, tan semejante, tan íntima, tan hermana y con idénticos órganos y fuerza de vitalidad, es tan diferente y tan múltiple en sus sensaciones, que para cada individuo en particular seria necesario adoptase el historiador individual sistema, que repitiera y tocara minuciosamente los recónditos y redoblados pliegues de cada espíritu de Dios colocado en los hombres.

En el escrito de la historia desaprobamos en absoluto todos los sistemas con su marcha regular y única para detallarla. La historia se escribe para

la humanidad y la humanidad en múltiple è infinita en todas sus apreciaciones. El ecleticismo, escuela abigarrada, manto de todos los colores en el sistema filosófico, es el que mejor cuadra aplicado á la historia, segun el estado del progreso de nuestras sociedades modernas.

III.

Tan antigua la historia como el mundo, tan antigua como el hombre, tan antigua como la palabra, tan antigua como la literatura hablada y escrita, es el único orígen que le señalamos. El escrito que de ella tenemos es lo que las civilizaciones pasageras, las épocas arrebatadoras y los cataclismos destructores, nos han querido dejar en su terrible ejercicio: y he aquí porque con arreglo á las noticias que alcanzamos, damos la existencia de la historia desde la civilización

china, egipcia y griega, escala que llega hasta nuestros dias: he aquí porque sobra lo conocido, en los nuevos descubrimientos de la ciencia, anteriores á las noticias y orígenes que tenemos, ha venido el prehistorismo á decirnos mas de lo sabido, á la par que el estudio de la ciencia, con sus diversas nomenclaturas, astrológica, geodésica y paleontológica, nos ha presentado ancho campo para deducir nuevos hechos históricos, á fuerza de minuciosos, pueriles, y al parecer despreciables detalles.

Lejos estamos nosotros de condenar lo pequeño. Nunca nos han admirado las inmensas alturas del Ararat ni los Alpes; ni los ingentes oceanos, ni las cataratas y torrentes de Américas, ni los cráteres Etnicos: para nosotros lo grande es lo embrionario, lo imperceptible, lo atomístico, lo infinitamente pequeño; siempre en gestión, en combustión, en crecimiento y desarrollo eterno, hasta lo inmenso é inabarcable.

La historia no es para nosotros los hechos gigantescos que han venido preparándose imperceptiblemente entre el curso invisible de las generaciones. No son las armadas de Xerxes y Darío tapizando los mares: no las conquistas de Alejandro con reyes por generales y borrando civilizaciones como la griega: no son las cruzadas, armada universal cristiana contra los turcos: no son los imperios de Nínive y Babilonia, ni las dominaciones universales de Roma; nada de esto: no es nada de esto para nosotros y nuestra manera de ver, donde está encerrada la fuente de la historia. No es el elevado surtidor sobre taza de blanco mármol, con sus chorros espumantes y sus regueros de perlas. No vemos nunca esta manufustenza sin acompañar al encanto que sentimos la reflexión sobre su procedencia, sobre su orígen; y desde el chorro de las perlas límpidas del agua, bajamos á la taza marmórea de su conducto, y desde su conducto al manantial, y

aun todavia lo abandonamos buscando las destilaciones de los valles por las estalactitas de admirables bordados; y en el fondo de los valles caer la lluvia, y esta lluvia ver que se desprende de las nubes, toldos húmedos y pardos de la condensación de los vapores.

No es la historia para nosotros el magnífico trage de terciopelo que presentamos confeccionado para halagar á una odalisca en su Alhamí; no es el palacio maravilla con torres ebúrneas y pebeteros y baños de oro, para el tirano ó el emperador morada, en su completo y acabado cuadro la historia. Para nosotros y nuestro pensamiento, la historia está en los detalles, en las causas que aceleraron y prepararon los progresos, y los hechos gigantes y terribles de su coronamiento. La narración de las triviales cosas y los pequeños perfiles para que despues se intente sobre ellas el hilvanado y el tejido de toda obra, es cuanto comprendemos quepa en la misión del historiador.

IV.

Abarcando la historia todos los intereses de la humanidad, todas sus sensaciones, todo su progreso, no puede por menos de ser ecléctica, como ya hemos dicho, y universal en sus formas y resultados.

No puede pintar al hèroe olímpico ni al atleta gladiador sin reseñar su desnudez; ni la sangrienta batalla sin la bravura y muerte de los guerreros; ni los progresos de la industria sin santificar el vapor; ni los cientìficos inventos sin dar á conocer sus autores; ni los monumentos admirables sin detallar á Cheops y las Pirámides.

Para ser completo un trabajo de esta naturaleza, debe engarzar en sus hilos todas las perlas de la escritura humana; la filosofìa, las ciencias todas y la poesía. En Alejandro, César y Napoleon primero, tiene su atre-

vido pincel que hacer con bravura el retrato de los conquistadores: para ocuparse de los semidioses Homero y Rossini, tiene que recorrer asombrado y caer vencido en el campo de batalla á orillas de Troya con Priano y Hecuba, y llorar deleitosos dolores sangrando el corazon por sus ojos con la portentosa Semirámide, con las notas sombrias de las plagas de Egipto y la plegaria lumbrosa de Moisés para el paso del mar Rojo: para tratar del constante, del inocente y castísimo amor, tiene que pintarnos la Eva de Milton, la Penélope de Homero, y la Nala del Mahabarata, recorriendo con su amante Damayanti las altas cordilleras del Himalaya, sin intimidarse ni temblar su mano al pasarla por las cabelleras de los leones y los tigres.

Para recorrer los mares entre las estelas de espuma, tiene que buscar derrotero y dirección cierta; y no puede hacerlo sin acudir á la brújula que lo señala, y al vapor que lo em-

puja: de los tiranos, sin ocuparse de Domiciano y Dionisio de Siracusa, y del aún más terrible, el poeta incendiario y parricida.

El historiador ha de conocer precisamente con más ó ménos extensión, con más ó ménos profundidad, algo de todas las ciencias humanas; debe tener en su paleta algo de todos los colores y en su alma el foco de todas las sensaciones, y en su cabeza el frio laboratorio del químico para descomponer y segregar, y separar todos los cuerpos y sustancias, à la vez que los sepa unir, y mezclar y confundir en la graduación proporcional, en la referencia del asunto que le incumbe.

Debe recorrer, aunque no quiera, los campos todos de la inteligencia escrita, y detenerse para tatuar en los salvajes, las figuras miniadas que le son más simpáticas. Andrógino con sus propias fuerzas y conocimientos, deducir, formar, inventar y referir, lo lógico, lo que naturalmente verosímil alcance su razón. Debe pasar por el

azoico primera capa de la tierra privada de todo vestigio, y seguir marchando posteriormente sobre el eozoon y los terrenos calcáreos y silíceos; escrutar las edades del lias y del trias, y la jurásica posteriormente, y guiarse siempre por el órden en todo, que preside á los usos de la universal inteligencia.

V.

Entre el historiador sincrónico de los tiempos que narra, y el que años, siglos después emprende tal trabajo, hay y existe una inmensa diferencia, que se comprende á primera vista. El sincrónico, ó coetáneo, vió y tocó por sí mismo los acontecimientos de que se ocupa; y el de siglos después, lee y compara y extradiciona los anteriores escritos. ¿A quién debemos preferir en estos dos casos? Para nosotros es indudable, preferimos al escritor que

no vió ni tosó los acontecimientos; el que los vió y tocó, hombre como todos los demás, y por tanto sujeto á las miserables pasiones de la vida, no pudo por menos durante ella, de agitarse con la virtud, con la razón, con los vicios ó las pasiones. En todas estas luchas, necesariamente tuvo su pró ó su contra, sus triunfos y sus dolores, sus celos y sus venganzas, y en ninguno de estos casos, al marcar los acontecimientos, pudo expresarse con el frio juicio que la razón verdaderamente fria é indiferente pudiera estimar, para relatar la sola y sincera verdad de los hechos. En los tiempos feudales los cronistas eran cantores siempre asalariados de las excelencias de su señor: las crónicas de los reyes por sus súbditos esclavos, nos dicen siempre lo mismo; y solo un escrito de un filósofo, de un desligado de la humanidad, de un gigante solitario, poderoso de orgullo y de conciencia, es el que solamente merecernos debe entera confianza para el conocimiento de la verdad.

El historiador de años posteriores, no busca solo las crónicas antíguas, sino que estudia en los archivos, en los documentos públicos, en la tradición, en los detalles la verdadera razón de los hechos; y como desligado por completo de todas las pasiones de aquellos tiempos que pasaron en que él no vivió, lee y reflexiona, estudia y analiza, juzga y deduce; y frio é impasible, filósofo ó pensador, desentraña la verdad de entre los diversos campos sostenedores de verdades opuestas, y escribe por tanto la más acabada y verdadera historia.

La forma de la historia debe obedecer á los tiempos.

VI.

Ahora bien, ¿á qué sentimientos, á qué ideas, á qué corrientes responde nuestra época? Lo diremos á pesar de que es muy conocido. Nuestra época no responde en general sino á la marcha rapidísima del progreso. Desde

las alturas inaccesibles de los dioses, bajó á las montañas de los emperadores, y después sucesivamente, de los reyes de derecho divino á reyes constitucionales, á reyes demócratas, á reyes populares en la misma progresión de descendencia; hablemos en relación de lo que fué. La ilustración, el saber, la enseñanza, pasó de las manos bramíneas á las sacerdotales; de la teocrácia á la nobleza; y de ésta sucesivamente y por sus naturales escalones, llegó hasta el cuarto estado; donde hoy principia á extenderse de una manera prodigiosa.

Antes relegado el saber, era una notabilidad el que leia y escribía: antes los libros eran escasos, pues consistían en limitadas copias que la afición aislada de los monges en su soledad, los trabajaba en largos días, en bastantes años. Vino la imprenta, se generalizó la lectura, y hoy día todos en general, con la prensa periódica, y las asociaciones y las sociedades científicas, y las mil formas de la enseñan-

za, han derramado en todos la luz, el progreso, el saber, la conciencia de ser hombres humanos, á imágen y semejanza del Divino Criador, sostenedor eterno de las esferas.

En este supuesto, pues, la historia no puede escribirse para ninguna agrupación social de ninguna clase ni denominación; ni para los monges solitarios con sus abrillantados códices del misticismo y ascetismo religiosos; ni para los cartularios, piés y manos y hasta cabeza civil de sus señores los feudales; ni para las córtes y los reyes con las crónicas de alabanzas miserables de sus pagados cantores.

La historia hoy, como toda clase de libros, pasa de mano en mano, desde el académico al jornalero, desde el banquero al mendigo; desde el sacerdote al seglar; y debe llenar todas, absolutamente todas las exigencias de la universalidad de la sociedad, como las brisas y corrientes atmosféricas hinchan el espacio, como el astro sol ilumina los infinitos globos.

Para llenar medianamente su misión el historiador, ni debe ser esencialmente matemático, ni virtualmente filósofo, ni entusiastamente poeta, como ya hemos dicho, porque seria esto lo mismo que darle al cíclope para destruir la masa granítica, el alfiler de oro del prendido de una matrona; á Orfeo para dominar á los animales con los acordes de su lira, el pincel de Nicesas griego: á la almeé oriental, y la bayadera de la India, la clava de Hércules ó el aspid de Cleopatra. Comprendida por los unos, seria sanscrito para los otros; entusiasmándose con ella en parte, habria quien se le cayeee el libro de las manos y no podria llenar el objeto de ser un libro verdadero de la humanidad, un documento testificado de ayer para hacer y dar fe en la vida mañana y siempre.

VI.

El estilo historial grave y serio—puesto que no puede ser otra cosa la verdad—no por eso deja de admitir con agrado, al filósofo que indaga y al poeta que dulcifica. Una historia toda séria y grave, no seria otra cosa mas que el resultado de un matemático, y el lector no podria encontrar las deducciones que de estas matemáticas le presentara el filósofo: y con la aspereza del esti'o, sin el adorno y el encanto de la poesía, de lo bello, no tendría fuerzas bastantes para seguir el lector en su estudio.

Aceptamos el estilo puro, recto, levantado y grave que pertenece á la historia; pero creemos que podia engrandecerse superiormente, con el ribeteado de la poesía y con el bordado espléndido de la belleza y el encanto.

En estas ligeras reflexiones ó pinceladas generales hemos querido ex-

presar nuestro criterio y nuestra opinión; y sobre todo los deseos de nuestra voluntad, producidos por nuestra conciencia.

Concluiremos como hemos principiado.

La historia es el universo.

MARTIN DUÉLAMO

TRADICIÓN.

—Decian nuestros padres que en este pozo de Martín Duélamo, en otros tiempos habia habido un duende, que por defender un tesoro habia destruido con muchos rayos de fuego el castillo de Bellvente.

—Unos mozos han venido en otros tiempos á descubrirlo, buscando un ladrillo que daba las señales donde estaba oculto el tesoro.

—Mi abuelo nos contaba que habia visto este ladrillo.

Dichos populares.

I.

A fines del siglo XIII y principios del XIV, en la populosa, noble y rica entonces villa de Montilla, se acababa de fabricar una soberbia casa para

los tiempos de entonces, en su calle antigua, una de las subidas del Castillo para sus pobladores, con dos torres de defensa, á semejanza de obras construidas, y por cuya causa se le empezó á denominar calle de las Torres, viniendo hoy á conservar la idea de este nombre en el actual que lleva de Torrecilla.

No es de nuestra incumbencia y asunto de hoy el tratar de la gloria que cabe á esta ciudad, y principalmente á esta calle referida, por conservarse aun en ella, y en la casa número 1, la fachada de la en que naciera el Gran Capitan D. Gonzalo Fernández de Córdoba.

Pasemos, pues, á nuestro asunto.

En la mediación de dicha calle de las Torres ó Torrecilla, se encontraba la casa que nos ocupa, y en la esquina precisamente izquierda de la calle entonces de las Orejas, hoy de San Juan de Dios, la cual habia sido morada de un muy rico caballero Don Mendo Yañez Dovinal, bastardo, se-

gún se decia, de una morisca y de D. Lope Gutierrez de Córdoba, à quien el rey D. Enrrique II hizo merced del castillo y villa de Montilla en el año de 1340, ingerto violento y sin razón hecho por el favoritismo en su servidor Lope Gutierrez en los derechos de las casas de Aguilar y Córdoba, á quienes siempre perteneció.

Una hija única que el D. Mendo dejó, era la sola moradora de esta casa, donde pululaban criados y criadas sin número y con fausto extraordinario, sún mas del que se podia sostener.

Mientras vivió D. Mendo, orgulloso y tiránico, esta casa inspiraba á todos los vecinos terror y miedo; mas despues de su muerte, representada solo por una mujer, se habia convertido este terror en desprecio y lástima, pues aunque á la dueña de esta morada, hija de D. Mendo, se le suponian las mismas condiciones que á su padre, no podia de ninguna manera ejercer la presión de éste en el pue-

blo, ni mucho menos para ello, por su sexo, desempeñar ningun cargo público.

No era esto solo, pues esta señora, además de sus condiciones morales, murmuradas por el pueblo, se le añadia también la de relajación de costumbres.

II

Era el 1.° de Noviembre del año de 1409: en su salón de la casa que ya hemos indicado, lujosamente puesto, y tapizadas las paredes de cuero de Córdoba, se encuentra Doña Ana Yañez Dovinal, soltera y huérfana, hija de D. Mendo é de Doña Clara Aldama, según rezaban los papeles de su ejecutoria.

Huérfana de madre desde muy niña, pues nunca la conoció, entregada á doncellas y dueñas servidoras, y en el abandono más completo de su pa-

dre, que empleaba su tiempo en correrías contra moros y en cacerías fastuosas; de orgullo y soberbia infatuada, tenia en su vida ya, aunque corta, negras amarguras y desengaños producidas por su violento carácter y sus pasiones, desgraciadamente desbordadas é infortunadas.

Desde niña habia estado acompañada de su dueña Aldonza Romero, y en esta aún conservaba toda su confianza.

Hacia ya días que doña Ana estaba triste y retraida en sus solitarios salones, y su amargura, no solamente rebosaba por toda su casa, sufriéndola sus criados, sino que empezaba á demacrar su poderosa hermosura, circulando ligera sombra azul en sus ojos.

Era una mujer perfectamente admirable, y modelado su cuerpo con la más esquisita perfección. Blanca y pálida, ojos y cabellos negros y sedosos, y labios gruesos y rosados, encerraba menuda fila de dientes; y á

esto unido, una expresión grave y reposada, pero tormentosa á veces en su exaltación, la hacian en todo ser el tipo de la más perfecta belleza.

No tenia otra edad que la de veintiseis años, y desde los veinte, en el año de 1403, habia perdido á su padre.

Ya hacia más de una hora que se encontraba doña Ana sentada en un sillon de baqueta con clavos mil de metal dorado adornado, y sin variar de postura, apoyadas sus mejillas ya en la una, ya en la otra mano.

La melancolía de doña Ana, cada vez más intensa, tuvo un momento de suspensiòn, y pareció de repente fijar su pensamiento.

Aldonza habia entrado en la habitación prudentemente, y querido retirarse en seguida al ver á doña Ana sumida en triste ensimismamiento; más advirtiéndola ésta, la llama y la dice:

—Aldonza, siéntate á mi lado y escucha.

Y esperó unos momentos hasta que ésta hubo cumplido su mandato. Después continuó:

—Préstame toda tu atención, y después de oirme me contestarás á todo, pero no como hasta aquí, sino dura y terriblemente. Ya es preciso hablar claro y de una vez; de la conversación que tengamos dependerá el porvenir de las dos, y te lo advierto, el tuyo será de muerte; el mío no se sabe.

—Señora, repuso Aldonza verdaderamente asombrada, no sé qué deciros, tiemblo por vos.

—No: respecto á eso tranquilízate, y empieza solamente á temblar por tí. Oye.

Doña Ana colocó su sitial más por frente del de Aldonza, y mirándola friamente dijo:

—Estás en casa y á mi lado desde que yo tenia dos años, es decir, veinticuatro. Hoy es tu edad la de cuarenta y nueve, por tanto entraste en mi casa de veinticinco años con el carácter

da mi doncella. No hablemos del verdadero que tenias ni tampoco el de que eras casada é ignorabas el paradero de tu marido, probablemente porque huirias de su lado.

—Pero, señora, interrumpió Aldonza sin poderse contener.

—Calla y oye, replicó instantáneamente doña Ana; es preciso reconocer toda nuestra vida para tomar de una vez distinto derrotero.

Aldonza bajó la cabeza con señales de abatimiento. Doña Ana, grave desde el principio, continuó:

—Tu amistad y tus consejos para mi padre creo que le produjeron horribles desgracias, y causadora tú tambien de ellas, ante ellas sucumbió en fines de 1403, hace seis años.

—Señora, dispensadme, volvió á interrumpirle nuevamente Aldonza, jamàs tuve parte en sus desventuras; por el contrario, tratè de evitarlas.

La dueña pareció vacilar en el uso de la palabra, y su señora, con el asomo en sus labios de una amarga sonrisa y con acento duro, le dijo.

—Sigue, Aldonza, sigue, que es bueno refrescar la memoria.

—Vos lo sabeis tambien como yo, repuso la dueña. Las desgracias de don Mendo, vuestro padre, respondian sobre todo á las desgracias ocasionadas á don Anton Lopez del Recio. Rivales ambos, ambos poderosos en el predominio de la villa, ejercido éste siempre por el don Anton, vuestro padre luchó con él constantemente hasta derribarle y hundirle; y de tal manera fué que en querellas y pleito que sostuvieron, basado en la propiedad y posesión del ruinoso castillo de Bellvente, el don Anton perdió toda su fortuna y perdió á su hijo, que se lo arrebataron, y por último, perdió la vida ante este, el más grande de sus dolores. Todo esto en 1403, y desde entónces se notó en vuestro padre tristeza, melancolía, irascibilidad terrible, y sobre todo, alejamiento del mundo y miedo.

—Ese alejamiento y ese miedo es el que aún no me has esplicado bien,

y ahora precisamente quiero que lo hagas.

—Os lo diré todo, sin embargo que yo nunca creí fuesen otra cosa que visiones. Se me quejaba de ver un fantasma, y siempre de noche, que se le presentaba de vez en cuando en su cámara y del cual huia horrorizado. Este fantasma era el de mi esposo, que murió como sabeis, y cuya muerte tampoco él ignoraba, porque ambos entramos en el depósito de *La Caridad* á dar una limosna, y nos encontramos con su cadáver allí expuesto. Hé aquí todo.

—Sí, Aldonza; y tambien sé que mi padre murió asesinado en su mismo lecho al lado del mio, y encerrados ambos de manera tal que á nadie era posible penetrar en nuestra cámara. ¡Horrible misterio que me atormenta y que jamás he podido comprender, porque hemos examinado despues mil veces, y nos hemos convencido, que ni puerta ni resquicio habia penetrable para nadie de este mundo! ¡Qué vida, Dios mio!

Doña Ana cesó de hablar horrorizada por tales recuerdos, y bajó sombriamente la cabeza. Unos instantes despues, haciendo un penoso esfuerzo, levantóla y prosiguió:

—Fué preciso, segun acordamos suponer, su muerte natural, y así se hizo; pues tú me hiciste ver que pudiera resultarme compromiso criminal y de honra.

Y era la verdad, doña Ana; y aconsejé, como siempre, en interès vuestro.

—Con relación al interés, sigamos ya por otro camino. ¿Tuviste en cuenta mi propio interés al hacerme conocer á tu sobrino para que fuese burlada en sus amores?

—No podeis dudarlo, vos lo habeis dicho muchas veces en los veinticuatro años que os sirvo.

Doña Ana, manteniéndose en una reserva profunda, replicó con la misma gravedad de siempre:

—Bien, Aldonza, no tengo desconfianza, y ahora te pido un favor y es

contestarme á una pregunta con toda claridad.

—Siempre lo he hecho, aun causándoos desgrado.

—¿Qué reputación tengo en la villa?

Ante esta pregunta inesperada Aldonza se sorprendió y pareció vacilar en la respuesta.

—Te abrí é más ancho camino para oir lo que deseo. Mi primer amor, tu sobrino, me impresionó vivamente y fuè débil; era un infame. Despues un nuevo amor, y despues otro, verdaderamente puros, lo sustituyeron sin poder conseguir ni del segundo ni del tercero ningun honrado fin, porque tu sobrino en venganza de mi abandono hacia públicos los favores de mí obtenidos. ¿Podrás contestarme ahora?

—Mi señora, repuso Aldonza, ignoro la opinión de la villa sobre vos; pero debo suponer con justicia que no debe ser favorable.

—Así me gusta; quiero la verdad

que me hiera y no la mentira que me engañe. Ahora bien; ¿creeis que siendo tan rica, y tan noble, y tan bella, pueda encontrar un hombre honrado y noble para esposo?

—Eso es lo que no puedo asegurarlos, si aquí os quedáseis; en otra parte sin duda alguna.

—Estoy en un todo conforme con tu parecer.

—En Egabeo (1), en Monturque. en Montalban, teneis estados.

—No, Aldonza, más lejos; mucho más lejos. La vida en esta villa me es insoportable. Si conociera al asesino de mi padre y lo vengara, pudiera estar más tranquila con mi alma; mi cuerpo, desgraciadamente, pereció.

Y enjugando una lágrima abrasadora que á su pesar brotó de sus ojos, continuó:

—Haz que preparen mulas de viaje y nos iremos al punto al castillo de Bellvente; allí pasaremos unos dias y

(1) Cabra.

determinaremos después para fijar nuestra morada.

—¿Hoy, día de difuntos? respondió Aldonza sobrecogida.

—Hoy, en este instante, en este momento. Lejos, lejos de nuestra amargura.

Aldonza no se movía y temblaba.

—Sal; dá las órdenes inmediatamente.

III.

Desde Montilla, y por el camino antíguo de Monturque, que conduce también á Cabra y á Lucena, saliendo por la puerta de la Cruz de Arbon, hoy de San Blas, y pasando unos doscientos metros de bajada, siempre en terreno ascendente despues, escalonado de colinas, divididas por valles, y entre las que figuran en primer término la redonda piedra de Guta, posteriormente Las Peñuelas, por diver-

sas agrupaciones de cantería y, por último, la llamada Luenga, semejante á una pirámide y socabada en su interior, situadas todas á la izquierda, se tropieza, á una hora escasa de distancia de la villa, á la misma orilla del sendero y á su derecha, un pozo informe de agua somera, elevado en el pasado año y mes de Setiembre de 1874 á la categoría de fuente. Pasado este pozo, situado en un regajo ó cañada que por su parte derecha se levanta en eminencia, coronada por el castillo de Ballvente, sigue después el camino con el mismo escalonamiento ascendente hasta la llamada Sierra de Montilla, y después á la de Cabra y Lucena, concluyendo, por último, con Sierra-Nevada, que domina y protege á Granada con jigantesca cimera de espejos y luces plateadas, reflejos de las nieves eternas de su cúspide.

Allí, á la orilla del pozo que hemos dicho y en su inmediata eminencia, se levanta un castillo, centinela y torre de construcción romana y árabe, aun-

que ya amenazando ruina en todas sus partes, llamado en su tiempo el castillo de Bellvente, pues hoy no existen sino ligerísimos vestigios.

La corriente de aguas sobrantes del dicho pozo, denominado como el castillo en los tiempos de nuestra historia, forma un arroyuelo que llevaba este mismo nombre y el cual lo ha perdido confundiéndolo la tradición con el nombre de Benavente, arroyo también á él próximo siguiendo dicho camino, por el que es cortado.

Del castillo y del pozo principalmente vamos á referir la tradición.

Todo este paisaje agreste y sombrío, pero de cielo azul y espléndido, con su verdura negra de encinares y matas espesas y entrelazadas, tapizando el terreno por todas partes, no es asequible á ningún ser humano, exceptuando solamente la angosta senda que forma el camino, y la cual muchas veces es cubierta por los matorrales de uno y otro lado, que se juntan formando espeso toldo verde. Por

esta causa abunda sobremanera la cacería mayor, que era el principal recreamiento de la nobleza de aquellos tiempos.

Puros los aires y saludables con las mil emanaciones de la flora natural de aquellos terrenos, y con las matas y yerbas olorosas, y los bosquecillos de madroñales y lentiscos y madreselvas, hacen todo este espacio campestre grave á la par que poético, adusto al mismo tiempo que encantador.

Colocado el castillo de Bellvente en su plana eminencia, teniendo á su falda el pozo ya indicado de cristalinas aguas, y su corriente rodeando la meseta en que se encuentra, nos presenta una magnífica vista con su torre de defensa dominando todo aquel territorio, semejando á un colosal jigante con su maza, ó á un Hércules inmenso armado de su portentosa clava.

En este castillo, pues, propiedad últimamente de don Antón López del Récio, y posteriormente de don Men-

do Yañez Dovinal, es á donde ha pensado dirigirse su hija doña Ana con su dueña Aldonza.

Eran las cinco de la tarde del día en que empezamos nuestra relación, y en este camino ya descrito, y en dirección hácia la antígua villa de Montilla, caminan dos peregrinos, ambos jóvenes, en traje de villanos, y de figuras varoniles y graves de poderosos recortes. Bien mirado, el uno revela alta gerarquía y nobleza; color trigueño y pálido, y cabellera negra y profusa, y barba naciente. El otro no es posible detallar exactamente su figura, pues su color bronceado, sin ser negro ni blanco, no revela con claridad ni raza ni orígen, pero puede calcular el más ignorante es procedente de las castas orientales. Su figura, en general, con todo, es de la más perfecta modelación: pelo negro, naciente bigote, cual seda, y el resto del rostro lampiño.

Ambos peregrinos no pasan de la edad de veintidos años, y el primero

marcha delante grave y meditabundo, siguiéndole un poco detrás el segundo, que no pasa un momento sin que en él no fije su mirada con profunda tristeza y en el anhelo de recibir órdenes.

El de aspecto de caballero dió un suspiro, como para recobrar aliento, y se detuvo; el de criado, instantáneamente tendió en el suelo una manta que llevaba al hombro y le invitó á sentarse.

—Descansad, amo mio, le indicó con la palabra.

—No estoy cansado, es que vacilo, repuso el jóven sentándose.

El criado en seguida, tomando una resolución dijo:

—Mi vida es de mi amo, y yo debiera saber sus penas para consolarlo, y su mal para remediarlo.

—Sí lo sé; Dios te lo pague, Pedro.

—Pedro Khoi de Bagdad, repuso con gozo el criado. Pedro Khoi de Bagdad, que iba á ser muerto por no

haber dado agua á la Jorunfa (1), y mi amo salvóme de la muerte.

—Sí, hablemos de entonces, lo recuerdo siempre con placer, y me encuentro bien recordándolo. Entre los linderos de la Persia y de la Armenia, en la ciudad de Khoi, marchábamos con el embajador del rey nuestro señor Enrique III, don Ruy González de Clavijo, cerca del Gran Tamorlán de Persia, y nos tropezamos con la comitiva del embajador del sultán de Bagdad, y tú eras entre ellos el secundero conductor de uno de los principales regalos, una jirafa, que este embajador á nombre de su sultán debía entregar al Tamorlán. Yo fuí el primero que divisé á la comitiva en el momento en que se daba órden para tu muerte. Yo quería morir, y de rodillas me acerqué á tu señor pidiéndole que castigase en mí tu falta. El embajador, sorprendido no solo de la petición, sino más aún por mi carác-

(1) Jirafa.

ter de extranjero, indagaba y averiguaba entre los suyos tan rsro proceder para deliberar, cuando se acercó la comitiva de mi amo Clavijo y pusieron en claro, después de reconocerse mútuamente, mi demanda.

—No seguiré, añadió el caballero, al ver que á Pedro se le asomaban dos lágrimas á sus ojos.

—Sí, amo mio, mi señor, mi vida; esto es de felicidad y de placer; pero no lo harè ya.

—Y contrayéndose Pedro violentamente, se secaron por sì solas en sus pupilas las lágrimas que aún no se habían deslizado.

El caballero continuò, después de acariciarle tiernísimamente con la mirada.

—El embajador de Bagdad, tu amo, acordó perdonarte la vida, y entregarme tu propiedad para siempre, regalándome además dos cajas de diamantes y de rubies de Zhatsi. Mi amo Clavijo acordó también con la misma generosidad relevarme de los trabajos

forzados y que le acompañase libre en su comitiva. Tu te doblaste ante mis rodillas; yo te levanté en mis brazos y te estreché contra mi pecho. Desde entònces como hermanos. Llegamos despues á Samorcander, y no queriendo aceptar tu esclavitud te entregué á tu propia libertad, que rehusaste, deseando no abandonarme jamás. Concluida la misión del Embajador Clavijo hemos vuelto á España el año pasado del Señor, de 1406. Hé aquí todo.

—Y mi vida y mi muerte son de vos eternamente.

—Gracias, Pedro, yo no quiero mas que tu amistad y tu cariño, y si tengo alguna felicidad en la vida, á tu amistad y cariño la deberé.

—Y una noche llegaremos á esa villa, y yo quisiera que encontrárais consuelo.

—Tiemblo, Pedro: mi parada no es de cansancio, sino que ahora mientras más me acerco á mi pátria más se debilitan mis pasos y quisiera volverme atràs.

—No puedo evitar vuestro dolor porque lo ignoro; si fuérais mi hermano, lo sabría y lo evitaría.

—¿Y qué consuelo puedes darme, querido Pedro, para las llagas profundas de mi alma? ¿Puedes tú remediar que yo no hubiese ido á la fuerza y arrancado de los brazos de mi padre á esos paises que he recorrido? ¿Puedes tú evitar las desgracias sucedidas ya hace años para que llegara á este extremo?

—Para lo sucedido, la venganza es el remedio.

—A eso vengo, á eso venia, á vengarme; y sin embargo, parece se debilitan mis fuerzas. Deseo llegar, saber y preguntar por mi padre; pero ya en el mar embarcado, apenas de mi salida del puerto de España, soñé que habia muerto. No sé nada de mis desgracias, y sin embargo, comprendo que han sido muchas. ¿Vivirá mi padre? Lo ignoro. ¿Quién será el causante de mi desventura? Tambien lo ignoro.

En el entretanto que hablaba el caballero, una terrible contracción en el semblante de Pedro Khoi indicaba su mucho sufrimiento, y solamente húmedos se notaban sus ojos.

—Duelo, amo mio—murmuraba Pedro—yo os vengarè, lo he jurado al Estua (1), al Dios grande; pero hablad, hablad, yo comprenderé todo.

—Oye: recuerdo solamente que era feliz en mi niñez, y debería ser rico, pues tenia todos los goces como el primero, aun más que el primero de los de mi edad. Recuerdo tambien que el último año que yo estuve cerca de mi padre lo vì constantemente triste y abatido, y creí comprender la pobreza, aunque en mi persona ni en nada que se veia en mi cara se notaba. Recuerdo tambien en que me repetia mi padre muchas veces que no habia tenido más que un amigo, èl y

(1) Entre los indios y salvajes orientales, es Dios.

los suyos, y éste era mi ayo, á quien no recuerdo, y que ya habia muerto. Recuerdo que á los doce ó trece años me sacaron de mi casa sin estar presente mi padre, y que viajé muchos dias atravesando pueblos, no sin cierta curiosidad, hasta llegar á una ciudad muy grande, que debió ser Madrid, y que despues de algun tiempo salí de esta con direccion à un puerto donde fuí embarcado, y desde cuyo momento cesó toda consideracion para conmigo, tratándome muy mal durante todo el viage de Clavijo hasta que te salve la vida.

Ya no puedo decirte màs, querido Pedro; esto es todo.

—Yo os juro, en cambio, que antes que vos conoceré y castigarè los causantes de vuestras desgracias.

—Calla, Pedro, y no jures. Mejor es concluir: sigamos marchando á nuestro destino.

Y se levantaron para seguir nuevamente su camino.

IV

No se habia sún el sol ocultado y por el Norte principiaban á destacarse pardas nubes cinteadas que, á los últimos rayos de la lumbrera del dia, semejaban campos de ópalo, nacar y rubíes en el tendido horizonte por cima de las colinas que rodeaban nuestro teatro campestre.

El avefria principiaba á levantar de momento en momento su tendido y bajo vuelo, dejando oir en las humbrias su penetrante silvido, y el alcaraban ya se dejaba ver, aunque con vue'o inseguro y vacilante.

Ni un viviente poblaba aquelios terrenos: el ruido parecia muerto en aquellas soledades, si se exceptúan los rumores tristes de los crepúsculos.

No bien se habian enderezado nuestros viageros para proseguir su camino, creyendo oir ruido entre las ma-

tas y juncos de la corriente del arroyuelo que nacia del pozo del castillo de Belivente, y fijando la vista entre los matorrales y malezas de que aquello estaba poblado, vieron agitarse con afán para atravesarlas, y lanzar aullidos dolorosos á una figura semisalvaje por su demacracion y palidéz y andrajos, y principalmente por su caballera y barba canas y encrespadas, que indudablemente hacia esfuerzos y señales incomprensibles pidiendo proteccion. El aspecto de aquella figura con nada de humano, era verdaderamente horrible, y sin embargo, ni el caballero ni Pedro Khoi se inmutaron, sino que por el contrario, avanzaron ambos simultáneamente en direccion de aquel vestiglo.

Cuando el anciano horrible, que no era otra cosa, vió que hácia él se dirigian, con señas desesperadas indicó le siguiesen.

Los viageros continuaron sin vacilar.

No bien lo pusieron en práctica,

vieron que el anciano cayó desplomado en tierra, tal vez abocado de alguna terrible convulsión nerviosa y paralítica, ó de algun ataque epiléptico.

Pedro Khoi y el caballero saltando las matas corrieron á auxiliar á aquel ser que se retorcia y se agitaba, produciendo aullidos y palabras ininteligibles pero indicando claramente una direccion determinada. Sus miradas vidriosas y torcidas, el movimiento de sus brazos y sus semi-gritos, semi-ayes incomprensibles, denotaban, sin embargo, una tenaz inclinacion hácia un punto fijo, y ambos peregrinos, percibiéndolo, encontraron enseguida á dos ó tres pasos la boca de una cueva cubierta de juncias y matas. Comprendiendo los viageros que aquella fuese su guarida, cargaron con el cuerpo de aquel infeliz, y penetrando en aquel tugurio á los pocos pasos en un receptáculo, á la derecha, encontraron un lecho de malezas y allí lo depositaron.

Pasaron entónces las convulsiones

de aquel infeliz, y el caballero salió deseguida fuera de la cueva á respirar el aire, quedando Pedro al lado de aquel paralítico ò epiléptico.

No bien el caballero hubo atravesado las matas hoyó el rumor inmediato de algunas caballerías.

V

La luz crepuscular, anticipada por la presentación de las nubes en los tendidos horizontes, alumbraba la pequeña cabalgata que digimos conducia á doña Ana y Aldonza en direcciòn del castillo de Bellvente.

El caballero, al escuchar el rumor, avanzó aun más allá de la puerta unos dos pasos y vió en lontananza la cabalgata que por el camino se dirigía. En el primer momento despertósele una viva curiosidad al ver que eran mujeres las que caminaban, cuando á la verdad era muy estraño que á tal

hora, y en dirección opuesta á la villa, nadie, nadie pudiese caminar, como no fuesen campesinos que se dirigiesen á alguna choza ó abrigo de los campos. El jóven no había dirigido ni siquiera un punto su mirada hácia el Sur, por lo que no había reparado ni en la eminencia ni en el castillo de Bellvente, que á alguna corta distancia y casi á su espalda se encontraba.

Apenas pasaron cortos instantes de tal curiosidad, la mirada del caballero pareció deslumbrarse, y con más tenacidad y más fijeza la dirigió hácia aquel grupo de los viageros, que en silencio no interrumpido caminaba lentamente.

El jóven se encontraba estático, absorto, tembloroso; nada veia de aquel grupo sino la primera viajera doña Ana, y parecía haber quedado sin facultades. Doña Ana, entretanto, su dueña y los conductores, inapercibidos de que eran mirados y observados, continuaban su camino.

¿Qué instantáneas, qué momentáneas

impresión, pero tan profunda, habís recibido el viagero? Este miraba tenázmente, y su pecho parecía hincharse, y su respiración se acortaba visiblemente. Estaba pálido, lívido. La cabalgata continuaba acercándose por el informe sendero entre los matorrales, á cuya villa, en el punto que se encontraba el caballero, que era el cauce del arroyo, este lindaba con él inmediatamente.

La dama y su dueña, colocadas en sillones sobre las mulas, daban la espalda á aquel lado, y los escuderos, atentos á su servicio, no habían podido fijarse en el caballero, que en pié y convulso, y la mirada estraviada, parecía próximo á desvanecerse.

Ya está cerca la primera dama del caballero: la caballería, de repente y rompiendo el cabestro, retrocede espantada, y doña Ana hubiera caido en el suelo si no hubiera encontrado los brazos del peregrino, que saltó como un rayo á su lado preparado á recibirla.

Sorpresa y rubor, y no otra cosa, fué la sensación que recibiera, y descansando un momento sostenida por los brazos del jóven, recobró el aliento doña Ana y quedóse ruborosa y espantada ante el latir y temblar de su favorecedor, principalmente al notar en su mirada ardientísimo fuego.

Pasado un corto espacio, doña Ana, serena, hubo al fin de comprender que no solo no era indiferente á aquel jòven, sino que, aún más le habìa impresionado honda y profundamente. Pasmada estaba en su interior de este efecto tan repentino de simpatía con su primera vista, pues doña Ana no creia de ninguna manera ser conocida por este estrangero sino en aquel punto, y revolviendo en su mente, aún más pasmada se encontraba cada vez que ella creia sentir igual impresión.

—Gracias, me habeis salvado—dijo doña Ana balbuciente.

—Yo fuì del percance la causa, y soy feliz en haber evitado la desgracia que pudiera acontecer.

—Basta con que yo me crea á vos reconocida, y por esto solo desearía me proporcionareis ocasión de mostraros mi agradecimiento. ¿Querein decirme á quién debo la vida?

—Voto tengo hecho de no revelarlo hasta llenar una misión; pero sí podré deciros que, viajero de lejanas tierras, me dirigía á Montilla en cumplimiento de mi encargo.

—Quedo satisfecha con tal esplicación, y si quereis, puesto que pronto es de noche y falta una hora para llegar á la villa, alojaros en mi castillo, que ahí se divisa: me consideraré feliz.

—No sé si puedo permitirme tal placer.

—Yo os aseguro quedaré muy honrada.

En esto Pedro había salido de la cueva, y el epiléptico arrastrándose, había llegado hasta su boca.

El caballero volvióse á Pedro, único que no veis, y le dijo:

—Vamos á ese castillo.

Un rugido se oyó por detrás de Pedro en este instante, casi articulado, pero medroso, adivinándose un no terrible.

Al acabar el caballero de hablar á Pedro, presentó el brazo á doña Ana, que no quiso ya cabalgar, y echó á andar en dirección del castillo de Bellvente, que estaba de allí á corta distancia.

Los demás de la comitiva siguieron detrás.

Aldonza, desde el punto en que vió al salvador de doña Ana, pareció cuidadosa y pensativa, y no se separaba de él ni un momento su mirada.

Púsose la cabalgata en marcha, caminando en primer lugar doña Ana y el caballero, seguidamente Aldonza y después los criados con las mulas.

Pedro también, en vista de la órden recibida, iba á seguir detrás, pero agarrado con fuerzas de sus vestidos por el viejo epiléptico, volvió el rostro y este empezó á hacerle señas deses-

peradas de interés y dolor. Pedro se volvió del todo y procuró comprender al viejo.

El semblante de èste, casi cadavérico, espresaba una terrible y amarga pesadumbre: por sus movimientos espresivos, sus repetidas señales, sus gritos y alguna que otra articulación de palabra, debía traducirse sin duda de que pudiera ser mudo, ó que el estado de su parálisis ó de su epilepsia le impidiesen el hablar por completo.

Pedro fué arrastrado dentro de la cueva por los sentimientos dobles de conmiseración y curiosidad.

La mímica de aquel viejo, terriblemente espresiva, le indicò á Pedro muchísimas cosas, entre las que creyó comprender, aún dudosamente, el que aquel viejo pudiese conocer á su amo; pero en lo que no le cupó la menor duda fué en que tenía conocimiento de un tesoro, y principalmente que su amo no se alejase en el inmediato castillo con aquellas damas,

puesto que de así hacerlo habría una terrible venganza marcada con los golpes de la campana del castillo.

No es posible imaginar los inauditos esfuerzos de aquel semicadáver para hacerse comprender de Pedro, y no le hubiera soltado sus vestidos si éste no le conociese de que estaba ya enterado y que buscaría á su amo para hacerle salir del castillo, si es que hubiese entrado.

El viejo, con todo, y como última espresión, le repitió diferentes veces las señales de la campana y de la venganza.

Pedro salió de la cueva dando seguridades al anciano.

Ya era de noche. Al recibir el aire libre, la cabeza de Pedro estaba hecha un volcán, maldiziéndose por comprender toda aquella historia, todo aquel poema horrendo que creia entrever en las expresivas y desesperadas señales del paralítico, aunque sin poder esplicárselo del todo.

Con todo, en este estado de sobres-

citación, y ligando la mímica que acababa de ver con las confidencias ligeras de su amo, vió que en realidad pudiera haber algo de lo indicado por el epiléptico, y no dudó ni por un instante que aquel esqueleto, que aquel cadáver viviente, pudiera ser el sello de todo un drama. Sobre todo, la insistencia del anciano en que se ejecutaría una venganza, y la súplica desesperada de que no se hallase su amo en el castillo, le determinaban vivamente que el primero fuese favorable á su señor, y que la venganza se reduciría tal vez solo á los habitantes del castillo, ó á algunos de ellos, causador de las desgracias de aquel infeliz, y que tal vez quizá tuvieran también estas desgracias algo de común con las de su amo. Pero, ¿cómo su señor en este caso no había conocido al viejo, y al mismo tiempo también ignoraba quiénes fuesen aquellas mujeres? Pedro Khoi todo era un mar de confusiones, y estas confusiones eran más terribles cuanto que en

su juicio no debia dudar ni por un instante que todo aquello, para él incomprensible, era verdad, dolorosa sobre todo.

Pedro Khoi seguia en tanto saltando por las matas en dirección de la masa negra, informe, que era lo que solo en las tinieblas le presentaban la figura del castillo. ¿Qué era, se decia, aquella luz eterna que al lado del lecho del anciano estaba, y que el anciano le señalaba al unificarle su venganza? ¿Y qué, además, se repetía, aquel agujero negro en la piedra, á la luz pegado, que tantas veces con la luz señalara?

Estas ideas en su cerebro, y en su oido el martilleo del aullido gutural del viejo, tenian verdaderamente trastornado al pobre jóven.

Seguia en tanto en línea recta su camino hácia el castillo, y sin embargo de tanto trastorno en su cabeza, empezó á madurar un plan de defensa de su señor.

Habia llegado á la puerta principal del castillo.

El puente levadizo estaba echado, y en la misma puerta, en lugar de viejo y feroz guardian, encontró una muger Pedro Khoi.

VI.

Pasemos ahora á ocuparnos de las viageras y del huésped del castillo de Ballvents, que ya hacia media hora habian penetrado en él.

El tiempo que tardaron en el camino parecióles un soplo. Asidos como iban del brazo doña Ana y el peregrino, las eléctricas corrientes del contacto las habia indicado mucho más que cuanto pudiesen sus palabras. Además iban tras de ellos Aidonza y los dos criados, y la conversación era ligera y vulgar, pues así lo aconsejaba el respeto.

En este estado de deliciosa impresión llegaron nuestros jóvenes al castillo de doña Ana.

Uno ó dos criados campesinos habian salido á recibirlos, y tomando las caballerías, con los sirvientes se habian retirado á sus departamentos, mientras que el que hacia de conserge y guardian, con un mudo silencio y servilismo, y con un farol en la mano, precedia á Aldonza y ésta al peregrino y á doña Ana, que continuaban en muda contemplación.

Despues de unos momentos estaban ambos jóvenes instalados en un sombrío y anchuroso salón, y al lado de una chimenea, donde principiaba á arder un fuego consolador, pues todo en aquella cámara parecia frio y de hielo.

En estas preparaciones de colocarse y encender lumbre, Aldonza habia comunicado en secreto con su señora doña Ana, y esta habia cambiado de repente.

Al encontrarse ya solos y sentados en dos soberbios sillones colocados sobre pieles de osos que rodeaban el hogar, y apoyados sus piés en la chi-

mensa, el jóven habia notado un cambio repentino en los sentimientos y fisonomía de doña Ana, pero sin poder comprender la causa, pues no habia percibido lo que Aldonza la comunicase.

Doña Ana, al sentarse, habia caido en el sillon como postrada despues de recibir la confidencia de su dueña.

Luego que se hubieron retirado el criado y Aldonza, pasaron aún nuestros jóvenes unos momentos de silencio, pues doña Ana, sin poderlo disimular, tenia baja la cabeza en visible y tristísima meditación.

El jóven peregrino, al contemplar este abatimiento tan repentino, nó pudo menos de preocuparse, mucho más que, cuando el corto paseo que habia dado para llegar al castillo con doña Ana, habia notado señales indudables de impresión favorable de simpatía en esta.

¿Qué será, se decia el jóven, este cambio tan repentino? Es preciso conocerlo. Y enseguida le dirigió la palabra.

—Creí por un momento haber encontrado mi felicidad al aceptar vuestra hospitalidad, y veo, por el contrario, que solo es de mi desventura.

—Dispensadme—repuso doña Ana, —un sombrío pensamiento me ha acometido, es verdad, y no he sido dueña de mí misma para disimularlo; pero tranquilizaos, os lo ruego, no es nada.

—Es difícil me pueda tranquilizar descendiendo del cielo á donde me habia llevado mi ensueño.

Doña Ana bajose para atizar el fuego, y respondió despues:

—Debeis tener frio: está tan despoblado este salon... el fuego consuela.

—¿Os desentendeis de mi conversación?

—¿Pudièrais creerlo, cuando tanto y tanto os he rogado para que aceptáseis mi hospitalidad? ¿No teneis conciencia de haberme salvado la vida?

—Sin embargo, desde hace un instante os encuentro muy cambiada, y quisiera saber la causa para evitaros cualquier disgusto.

—Os he asegurado antes que fuè solo un sombrío pensamiento y que ya ha pasado del todo; os lo repito.

Doña Ana verdaderamente estaba trastornada, dolorida, impresionada y llena de rubor. No sabia cómo escusar la cariñosa solicitud del jóven, y sin embargo, al escucharlo se estremecia de dolor y temblaba aun más si lo dejaba continuar en aquella instantánea pasión que en el jóven habia encendido.

—Una prueba de ello—dijo despues retirándose un poco.—¿Por qué no me habiais de otros paseos, de otras costumbres? Las veladas son muy gratas de este modo.

—Primeramente, señora mia, soy muy jóven y no tengo historia alguna: he viajado desde niño por muy lejanos paises en verdad, pero he viajado como lo haria un pária, un esclavo sin conciencia alguna ni de familia, ni de amigos, ni de deberes, ni de sociedad.

Esto es cuanto yo os puedo decir.

Ahora es cuando empiezo á ser hombre y ya me asedia la amargura.

—¿Tan pronto? ¿Y por qué? Podeis decírselo á una amiga, y una amiga verdadera, como debeis suponer.

Cada frase de doña Ana parecia por grados más violenta, y este estado no podia pasar desapercibido al jóven. Doña Ana temblabla de que su huesped hablase lo que sentia, y ella veia claramente en sus ojos, y moria de dolor de que así no lo hiciese, porque verdaderamente doña Ana se habia encontrado por primera vez y rapidísimamente amante y pudorosa.

Se habia entregado decididamente á su destino, y este no sabia cuál fuese en el estado de duda terrible que se encontraba.

A las últimas palabras de doña Ana el jóven repuso.

—Me decís lo diga todo á una amiga, y sin embargo, esta amiga balbucea, tal vez en contradicción sus palabras con sus sentimientos. Me decis que hable de los mios á una ami-

ga verdadera, y con todo, torceis la conversación.

Doña Ana aun bajó la cabeza sobre el pecho, con verdadero dolor de muerte. Las lágrimas rodaron por sus megillas y ya no trató de ocultarlas.

—Sufro mucho, ¿qué os he de decir? Sufro mucho, y no veo ya ningun consuelo para mí en la tierra.

—No será así, no será, yo os lo aseguro—replicóle el jóven enardecido y acercàndose más à doña Ana.—Oid, añadió con vehemencia, os he dicho que empezaba ahora la vida del hombre y que me asediaba ya la amargura. ¿No sabeis por qué?

Ante el fuego de la espresión del caballero, doña Ana levantó la cabeza y le miró asombrada, respondiéndole:

—No lo quisiera saber, porque tendría sumo dolor.

—Pues dispensadme, debo dicíroslo, y os lo diré: tal vez de este modo resolveré mi destino.

—Os aseguro que sufriré mucho: adivino lo que intentan, y á la verdad no es posible.

—Si es posible, es posible—repuso con màs fuego y decisión el jóven.—Es posible, porque vos me lo habeis dicho. Es posible, porque no sois casada. Es posible el que yo os ame, porque vos, á vuestro pesar, teneis por mí simpatías.

Un rayo de felicidad brilló por un instante en los ojos de doña Ana, y rápidamente se tornó sombría y horriblemente livida, corriendo las lágrimas abundantemente por sus mejillas.

El jóven, calenturiento, sin notar la transición, le tomó arrebatadamente una mano. Doña Ana dejólo y le dijo:

—No, no, nunca.

—Sì, respondióle el jóven delirante; yo os amo y vos me amais.

Otra vez se inundó de placer el semblante de doña Ana, y dìjole:

—¿Me jurais no tener otro interés que yo superior en la vida?

—Sí, sí, os lo juro, porque ahora es cuando esta empieza.

Aquellos momentos de vida y felicidad de doña Ana, pasaron como un relámpago. Tornóse súu más sombría y muda, y las lágrimas cesaron de repente. Poco después apareció tristemente pensativa y le dijo:

—Adivinaba desde el primer momento vuestro amor, y yo á mi pesar, os lo confieso, recibí idéntica impresión por vos.

—Si seremos felices, le interrumpió el jóven ardorosamente y queriendo estrechar entre sus brazos á doña Ana.

Doña Ana se lo impidió digna y gravemente.

—Contenes—la dijo,—contenes y oidme. Adivinaba desde el primer momento vuestro amor, y sentí á mi pesar también igual efecto por vos, os he dicho. Poco después he comprendido que esto no puede ser posible en la vida, porque yo estoy sola y separada del mundo para siempre. Id á la villa mañana.

—¿Me despedís? —interrumpió vivamente el jóven.

—No, de ninguna manera. Vos lo sabeis.

—Os amo, volvió á decir tristemente el jóven.

Doña Ana continuó sin perder aquella horrible tranquilidad sombría que habís sucedido á su esplosion de lágrimas de amor.

—Sé que me amais, no lo he podido dudar ni un instante desde el momento que os ví. También tengo la seguridad que habeis conocido perfectamente en mi igual arrebatadora sensacióa, y por si acaso vos no lo hubiéseis conocido, yo he tenido la culpable franqueza de revelároslo. Así, yo no puedo despediros; pero debo de poner por ahora un punto en esta conversacion, y así os lo exijo, invocando ese mismo amor que me teneis.

Doña Ana se detuvo contemplando si caballero, que visiblemente sufría pensando.

Os lo exijo, os lo ruego con toda mi alma; no sigamos sobre ese punto. Cuando salgais de este castillo ireis á la villa en cumplimiento de un encargo. Cumplidlo como caballero y como cristiano. Cuando volvais al castillo, no lo dudeis, os esperarè para oir, si quereis, vuestras palabras de amor; más aún, para realizarlo.

—Pero, ¿por qué este cambio tan repentino? Yo sufro, no puedo comprender....

—¿Quereis que además de mi ruego me avergüence yo misma delante de vos?

—¡Ah! no; pero decidme tal misterio.

—Averiguadlo por vos mismo en la villa; sobre todo, cumplid vuestra misión, y os juro que después os he de oir en todo.

—Lo haré, y volveré.

—Juradme como caballero que hemos acabado por ahora esta contienda, hasta el punto en qus después de haber salido de este castillo y cum-

plais vuestro encargo quisiérais volver á él.

—Os lo juro—replicóle el jóven, abatido, meditador y conforme ante la gravedad, la sinceridad, la inquebrantable fijeza que demostrara doña Ana.

—Gracias, esto más os deberé eternamente.

Guardaron unos momentos pertináz silencio. Doña Ana después, reponiéndose, habló.

—Sois mi huésped y mi salvador, y no debo descuidar nada en trataros como á tal. Es preciso, pues, que nos sirvan la cena.

Al decir esto llamó doña Ana á Aldonza.

El caballero, silencioso, permaneció en una postura de abatimiento: sus dos manos sugetaban su frente.

VII.

La noche se había presentado intensamente fria y oscura como el terror. El silencio de los campos era sombrío y horroroso.

Pedro Khoi, como digimos, saltando calenturiento sobre las matas había llegado á la puerta del castillo, donde en vez de viejo y feroz guardían había encontrado una mujer.

Apenas hubo Pedro penetrado por las puertas del castillo, un ruido estridente de cadenas dejóse oir á su espalda.

El puente levadizo se había levantado.

La mujer que le esperaba era la dueña Aldonsa Romero.

Esta representaba la edad que hemos indicado, y sin embargo conservaba aún todavía restos poderosos de una pasada hermosura.

Pedro Khoi contempló la profundamente, y pareció le notar se encontraba como impresionada, como temblorosa.

He venido á recibiros, le dijo Aldonza, porque el agradecimiento de mi alma lo siento del mismo modo, y quería espresároslo por mi parte.

—Agradecéroslo hé en el santo nombre de Dios, respondió Pedro con ternura.

Aldonza, sin cesar de mirar y admirar á Pedro, la precedió por el pátio del castillo, sombríamente oscuro, y después le hizo penetrar por un gran portalón, que en su primer espacio anchuroso no presentaba á su frente sino muchas cabezas de ganado mayor, de osos y de lobos, y á sus dos lados de entrada dos recipientes de madera con alabardas y mosquetes enmohecidos, terminando á cada uno de ellos por dos anchísimas escaleras que conducían al piso superior.

Este grande espacio estaba alumbrado por un gigantesco farol, colgado

en el centro, de solo un mechero y una luz, y aquel espacio, con aquellos trofeos, é iluminado por tan escasa luz, hacía más tinieblas y producía como ellas miedo y terror inesplicables.

Por la escalera de la derecha subieron Aldonza y Pedro, y atravesando después un compartimiento y varios comedores fueron á dar á un salón anchuroso, en cuyo estremo opuesto al de la entrada, y delante casi de un balcón, había una gran copa de bronce sostenida en alto con garras de león del mismo metal, y á su orilla un alto velador de recipiente, solo el preciso para contener un velón monumental que ardía en dos de sus seis mecheros.

El fuego de la copa de metal, casi acabado de encender, humeaba un tanto, y Aldonza dirigióse al balcón, y abriéndolo se asomó á él á la par que Pedro que la seguía; entretanto el humo se desvanecía con el viento que penetraba.

—Dispensad, pero el humo no es cosa de sufrirlo, pues es mal sano—le habia dicho Aldonza.

—No me sienta mal el respirar el aire, porque hé venido corriendo antes de que se acabara el crepúsculo para no perder de vista el castillo, y hè llegado fatigado.

—Habeis tardado. ¿Os estraviásteis?

—No, de ningun modo, sino que cansado, y descansando como estaba, me he venido despues ya que no habia otro remedio por causa de la noche.

—Entremos, os puede hacer mal el aire.

—No tengais miedo, la noche, aunque oscura no es demasiado fria.

VIII.

Reclinando Pedro sus brazos en el barandal de madera, quedó contem-

plando la atmósfera y el terreno, y areyó distinguir el arroyo, à cuya orilla se encontraba la cueva donde habia quedado el mudo paralítico. Aldonza se encontraba à su lado, y enseguida le dijo:

—Ya es bastante; podemos penetrar y cerrar las maderas.

—Decidme antes: ¿qué es ese hoyo y eso que parece blanquear al pié del derrumbadero?

—Un pozo á orillas del castillo de aguas riquísimas, pero que está completamente abandonado, aun de los ganaderos, porque creen que en él se albergan duendes y fantasmas.

—Entremos —dijo Pedro con viva ansiedad, pero disimuladamente.--Entremos y me direis algo de esos cuentos.

—¿Oís el aullido de los lobos?

Pedro Khoi habia palidecido espantosamente, y volvió en la oscuridad á asomarse al balcon.

El grito que èl habia oido no era otra cosa mas que la especie de rugi-

do persistente que tantas veces oyó al paralítico para espresar su idea de venganza.

¿Era un aviso más sobre su realización? Así lo presumía, y temblaba por su señor: con todo, serenóse violentándose, y penetró en el salón respondiendo á Aldonza.

—Tendrán hambre. Pero con esta noche quizás no encuentren caza. Háblame, pues, del pozo.

—Respecto á los duendes, no os puedo decir más sino que aseguran los campesinos que los hay, y aun alguno se atreve á indicar el haber visto una persona horrible, como un esqueleto, de cabellera y barba blanca y enorescopada, y que esto tambien lo afirman los que moran en este castillo á nombre de mi señora.

—¡Ah! entónces deberá ser cierto, y me estraña vuestro valor.

—Estas son propias cosas de villanos, efecto de su ignorancia.

Un nuevo aullido del lobo siguió á la última palabra de Aldonza.

Pedro Khoi la dijo:

—¿No os parece que ese aullido pudiera ser del duende ó fantasma en vez del lobo como me deeís?

Aldonza se habia puesto pálida, tal vez ante algun recuerdo, tal vez ante algunas ideas sombría, y á la par Pedro Khoi parecia violento y preocupado.

Sucedió un breve silencio. Aldonza, que era de un temperamento fuerte y terrible, se repuso la primera, y notando la intranquilidad de Pedro, le dijo:

—Jamás hasta ahora hemos venido nosotras á este castillo, y jamás he dudado del aullido del lobo que acabais de oir, porque muchas veces en nuestra casa de la villa inmediata, á la salida del campo, los hemos oido semejantes. Pero teneis algo, estais intranquilo, ¿necesitais alguna cosa?

—No, no tengo nada; era que pensaba en los lobos.

Aldonza lo miró profundamente y dudó un instante de si tal manifestación era completamente sencilla.

—¿Y mi amo? añadió Pedro.

—Está con mi señora. ¿Y sois estrangeros, y tal vez de lejanas tierras?

Pedro empezó á mentir, comprendiendo que pudiera ser imprudente de otro modo y comprometer á su amo.

—Sí, yo me llamo Pedro Khoi, de Bagdeal, y mi amo es de Venecia, en la parte de la Italia, y creo viene para entregar una herencia.

Aldonza, al escuchar esto, volvió nuevamente á dudar de Pedro, y aún más se reconcentró, y aun más le atormentó su primer pensamiento de recuerdo. Desde el punto en que habia contemplado al caballero, creyó reconocerle, y desde que esta idea se apoderó de su cabeza, apenas llegó al castillo y tuvo ocasión de ello, se lo habia comunicado á su señora.

Ante las manifestaciones de Pedro, y examinando profundamente su semblante, habia creido igualmente que este mentia; y como en el objeto de su mentira habia mucho de rela-

ción con su ides, quiso à intentó descubrir cuanto le fuese posible.

—Yo creia que vuestro amo fuese solamente el interesado en el encargo—añadió Aldonza—pues he creido reconocer en èl á un jóven caballero hijo de nuestra villa.

Pedro Kboi se descompuso un momento; despues añadió con naturalidad.

—Me pareee estais en un grror, pues mi amo no es de otra parte sino de Venecia, y su nombre es el de Martin Duélamo.

Al escuchar este nombre Aldonza se puso cadavérica y no pudo ya disimular su terrible impresión. Pedro comprendiò que habia cometido una imprudencia, pero no podia esplicarse en qué consistia, toda vez que este era el nombre con que se denominaba su amo, ocultando el verdadero hasta realizar sus intentos.

¿Cómo, pues, este nombre desconocido de Martin Duélamo habia producido tal sensación en Aldonza,

cuando al quererlo llevar su señor, significaba el más reservado incógnito? ¿Cómo es, se repetía sufriendo, que el nombre fingido, supuesto, desconocido, imposible, habia producido en aquella mugar tan profunda impresión?

Desde aquel punto Pedro Khoi, sin adivinar la causa, hecha su cabeza un torno, creyó terriblemente verdad las indicaciones del mudo paralítico, y un nuevo aullido de lobo que llegó escasamente á su oido, rugido que para él tenia otra significación, le hizo ya decidirse sin perder un instante á salvar á su amo del peligro que corria dentro y fuera del castillo.

Aldonza, como hemos dicho, habia palidecido hasta lo sumo, al escuchar el nombre de Martin Duèlamo, pero dominándose repuso:

—Pues creia fuese vuestro amo quien os indiqué, porque es bastante su parecido; pero he reflexionado, y vuestro señor no puede tener cuarenta ó más años.

—No tiene sino veinte, respondióle Pedro, aceptando el disimulo de Aldonza.

En este instante fué llamada ésta por doña Ana desde el otro salón vecino.

Aldonza en seguida, escusándose con Pedro, penetró en la inmediata habitación llevando tras de sí la puerta. Pedro Khoi acercóse á ella con disimulo y se puso á observar, abriendo un pequeño espacio.

IX.

Anchurosa era la cámara inmediata donde se encontraban doña Ana y su huésped en la triste y amorosa conservación que ya hemos descrito.

Abandonado hacia ya tiempo el castillo de Bellvente de sus dueños para descansar de cacerías, faltaban en él todos aquellos pequeños detalles que hacen agradable á una morada.

Escasos muebles de remota antigüedad, y casi desaparecido su exorno mural, en todas sus dependencias no se tenía otra cosa que miedo y tristeza. Sin embargo, su estructura parecía aún gigantesca é indudablemente de varias épocas su construcción. Desmoronándose más cada día, ya parecía difícil su total recomposición, y aún tampoco nadie pensaba en ello.

El salón, por lo tanto, en el que se encontraban doña Ana y el jóven, adolecía del estado general del castillo, y apesar de lo iluminado que se hallaba, animado por un soberbio fuego en grandiosa chimenea, inspiraba también luto y tristeza.

Acercóse Aldonza hasta su ama, que estaba al lado del caballero, y esperó órdenes.

—Doña Ana, pálida y serena, le dijo:

—Ya habrá llegado el criado, y creo lo habreis atendido en cuanto sea posible.

—Sí, señora,—replicóle Aldonza ha-

ciéndole con disimulo una seña confidencial y sin dejar de mirar al caballero.

—Bien; pues que sirvan inmediatamente la cena en esta cámara.

—Sereis complacida, señora mia,—y nueva seña más marcada, la repitió Aldonza.

—Id,—continuó doña Ana percibiendo la indicación de Aldonza y desentendiéndose.

Aldonza hizo un saludo de despedida, y cuando se habia retirado algunos pasos levantóse, é inclinándose ante su huésped le dijo:

—Permitidme: y acercóse á Aldonza llamándola.

El ama fué á encontrarse cerca de la puerta de la cámara con su dueña.

—¿Qué me indicais con esas señas? le dijo impacientemente.

—Señora, os lo repito nuevamente, ese jóven debe ser algún hijo de don Antón López del Récio, que viene á vengar á su familia.

Doña Ana no se alteró ni un instante, y repuso:

—Te he dicho que estás loca.

—No lo dudeis, yo os lo aseguro. Es el vivo retrato de su padre. Además, no os ha dicho su nombre porque lo oculta hasta el cumplimiento de un voto. ¿Sabeis el nombre que lleva?

—No.

—Pues su criado me ha dicho se llama Martín Duélamo.

—¿Y qué? ¿Por la semejanza de su nombre con el de un difunto te alarmas?

—Me alarmo con razón; hoy es el día de los difuntos.

—Basta, yo no tengo crímenes.

—Además—continuó Aldonza con desesperada vehemencia, al ver la imposibilidad de su señora,—el hijo vengará en la hija las muertes causadas por su padre don Mendo.

—Y bien, ¿y qué? Se vengará en la hija del que ofendió á su familia; se vengará en la mujer que no puede ya vivir sin su estimación; se vengará, y al vengarse con mi muerte hará mi mayor felicidad.

Que sirvan la cena.

—Meditad, doña Ana—le replicó sombriamente Aldonza.—No solo sois vos la que teneis que temer, sino también yo.

—Huye si quieres; que sirvan la cena en el momento,—respondió doña Ana con entereza tal, que no dejaba lugar á la duda.

Convencida Aldonza de tal resolución, radió un relàmpago de criminalidad por sus ojos y rodó una amarga sonrisa por sus lábios.

—Señora...—insistió sún Aldonza.

—Vete, repuso doña Ana volviéndole la espalda.

Instantáneamente corrió á su sitio Pedro Khoi huyendo de la puerta entornada, desde la cual solo pudo percibir y traducir una alarma de Aldonza comunicada á su señora.

Aldonza salió enseguida y se dirigió á otra puerta de la primera cámara que comunicaba al comedor.

Poco después volvió con un criado que, ayudándole, conducían entre los

dos una mesa llena de manjares y platos y servicio completo.

Pedro entónces acercóse á Aldonza y le dijo que indicase á su amo si necesitaba de sus servicios, entretanto esta penetraba en la segunda estancia con el criado.

Notando después Pedro, observador siempre, que Aldonza no había dicho nada á su señor, al salir el criado que le había acompañado con la cena, penetró decididamente en la cámara.

—¿Este es vuestro criado?—le dijo doña Ana á su huésped después de haber recibido el humilde saludo de Pedro.

—No, señora; es solamente mi amigo y compañero.

La mesa había sido colocada entre ambos jóvenes. Aldonza, por indicación de doña Ana, se puso al servicio de su huésped. Pedro igualmente se puso al de la dueña del castillo.

La cena empezó silenciosa y con verdadera y agitada preocupación in-

terna de cuantos á la orilla del lugar se encontraban sobre las pieles de osos.

El caballero se encontraba silencioso, triste y preocupado; doña Ana impasible, grave y serena, significando en su semblante animacion, pero chorreando su corazón en sangre. Pedro, violento, desasosegado, temblando. Aldonza, sombría y terrible, trabajando á la par con la mente y con su cuerpo con frialdad pasmosa.

El caballero era el único que ignoraba todo lo terrible que aquella situacion encerraba, y solamente se esplicaba el resfriamiento de doña Ana como algún escrúpulo de la delicadeza más esquisita.

Doña Ana, desde que conocia todo y calculaba pudieran ser ciertas las prevenciones y avisos de Aldonza, se habia entregado fatalmente á cuanto sobrevenir pudiera; feliz si nada existía y aquel jóven la amaba; feliz si muriendo pudiera borrar los crímenes de su padre, dejando ella á la par de

padecer con no obtener la verdadera, la sola, la única pasiòn que habia brotado en su pecho, pura y santa por primera vez, como la lumbre de un tabernáculo.

Por su parte Aldonza tenia en cuenta su criminal proyecto para salvarse de la venganza que tanto temia, y cuyo único autor era ya á su pensar el jóven aquel incógnito llamado don Martin Duélmo, que no podia ser sino algun hijo de don Anton Lopez del Recio, ó su representación de Ultratumba en la tierra.

La actitud de Pedro Khoi, basada siempre en el más profundo repeto hàcia su señor, era, ya que no podia otra cosa, estar á la vista de los peligros que èl temia: el uno de los habitantes del castillo, el otro del pensamiento de vengauza del mudo paralítico, que con el del castillo indudablemente tenia relación, aunque este mudo estuviese de parte de su amo, segun habia creido comprender.

Así las cosas, la situación de nues-

tros personajes era violenta é indagadora, excepto doña Ana, que parecia insensible, y empezó la cena en silencio, solo interrumpido de vez en cuando por frases estudiadas y generales.

Pasado el primer plato, doña Ana dijo á su comensal:

—Comeis poco. ¿Es que no os agradan estos manjares?

—Al contrario—repuso el jóven—me creo tengo buen apetito.

—No discuto, sin embargo, de mi parecer diverso. ¿Acostumbrais á beber vino? Aquí no lo usamos porque no está en nuestras costumbres, pero creo puede servirse.

En seguida se dirigió á su dueña.

—Aldonza, vè si hay alguna botella.

Los ojos de Aldonza relampaguearon, y Pedro la siguió con ávida mirada cuando salió á cumplir la órden de su señora.

En el tiempo en que tardó la dueña en volver, Pedro intentó en vano fijar la atención de su amo, pues este

permanecia completamente abstraido, ensimismado por algun triste pensamiento.

Poco despues volvió Aldonza con una botella de vino rancio de Ipagro, (1) y acercándose á la mesa escanció en el vaso del caballero.

A Pedro le faltó poco para precipitarse sobre Aldonza, pues temía todo de aquel rostro sombrío y de mirada estraviada; pero reflexionó que tenía tiempo estando su amo al alcance de todo.

En este momento, empujadas por una ráfaga de aire se abrieron las puertas de una de las ventanas del salon, penetrando una ligera y menuda lluvia, y á la par penetró el aullido estridente de un lobo. Los circunstantes se estremecieron porque parecia que este aullido habia sonado en la habitaciòn inmediata. Pedro Khoi palideció dengamente, y sin esperar más

(1) Aguilar de la Frontera.

quiso darle aviso acercándose al oido de su amo.

Aldonza que se encontraba al lado del caballero, le dijo:

—Vuestra señoría tiene servido el vino más rancio de estos lugares.

Doña Ana añadió á su continuación:

—Brindad, pues, por mi salud.

El jóven peregrino, ante la invitación de doña Ana, asió el vaso con su mano derecha en el momento en que principió á resonar por el castillo y por los campos silenciosos la campana que en él habia, y Pedro, rabioso, lívido, apoderándose con rapidéz del vaso de su señor, vertiólo sobre las pieles antes que este lo hubiese llevado á sus lábios.

La campana, sonando siempre, los habia dejado á todos por un instante absortos y paralizados. Sus diferentes espresiones de semblante era cada una un drama indescifrable.

Doña Ana quiso hablar; Aldonza, reponiéndose al punto, intentó acercarse nuevamente al caballero, y por la espalda fué á clavarle un puñal.

Pedro Khoi se interpone vivamente y recibe el golpe en el pecho, cayendo sobre el caballero y ambos derribando la mesa.

Instantes, nada más que instantes, habian mediado desde el último aullido del lobo, en los cuales había pasado cuanto acabamos de referir. La campana seguia agitándose poderosamente, al parecer sacudida por una mano de hierro, y el viento en remolinos con menuda arena penetraba por la abierta ventana.

En el momento en que cayó Pedro sobre el pavimento, herido por Aldonza; en el momento en que esta derribaba á su amo, al desplomarse moribundo sobre èl, derribando ambos la mesa, doña Ana, creyendo fuese su huésped el herido, pues notò la accion de su dueña, cayó tambien al suelo desmayada de muerte. Aldonza al ver la mala fortuna de su intento, saltando sobre Pedro Khoi, fué á dirigirse nuevamente al caballero para completar su obra en el momento que

fué agarrada con fuerza de hierro por detrás.

Una figura de demonio la tenia asida entre sus brazos y arrancòle el puñal que aun blandía desesperada.

El peregrino, levantándose, acudiò en auxilio de su jóven criado, y ni aun notó el desmayo de doña Ana, ni aun vió el demonio que asiera á Aldonza, arrebatándole el puñal.

La campana seguia repicando y el castillo, fuera de aquel lugar, parecia desierto.

—No hay tiempo para nada—gritò poderosamente aquella figura horrible que tenia abrazada á Aldonza.

—Salvaos, salvaos; yo tengo que quedarme aquí con estas parejas para bailar la última danza infernal entre las llamas.

En este instante un resplandor brillante penetrò por las abiertas puertas de la ventana y de la cámara y por el cañon de la enorme chimenea.

Todo esto habia sucedido en el espacio de un segundo.

La campana continuaba repicando en el castillo.

El fantasma gritó con voz poderosa y estridente, dirigiéndose al jóven peregino.

En el pozo del barranco de Beliente existe un tesoro. Cumplo mi venganza y la de vuestro padre don Anton Lopez del Recio.

Don Diego Lopez del Recio, pues no era otro el peregrino, al contemplar aquella escena y reconocer al mudo de la parálisis, viendo que penetraban las llamas de un incendio por los abiertos claros de la cámara, mirando con dolór á doña Ana desmayada, alzó en sus robustos brazos á Pedro Khoi exánime, y atravesando el salon y la cámara inmediata; corrió por los desiertos corredores del castillo hasta llegar al pátio, donde depositó á su amigo.

Apenas dado este paso, volvió el jóven por los mismos lugares y penetró de nuevo en la habitación donde se encontraba el epiléptico, siempre

abrazado á Aldonza, y haciéndola rodear el salon con saltos convulsivos, entretanto que doña Ana seguia desmayada sobre las pieles.

El salon era ya un horno poblado por las llamas.

Apenas vió el viejo entrar al caballero, gritó con voz terriblemente desesperada, pero sin soltar su presa:

—Huid, huid; no quedan más que pocos momentos de festin y de danza. Huid, huid.

Don Diego, sin hacer caso de aquella advertencia, y enmedio ya de las llamas que habian prendido en los muebles, acercóse á doña Ana, y cogièndola en sus brazos con una fuerza ya casi agotada, se dirigió nuevamente con su carga para salvarla, cuando se escuchó una espantosa detonación subterránea rompiendo el piso de la cámara una de sus puertas, que dejó abierto un boqueron de fuego que era imposible atravesar de todo punto.

El vengador y los criminales, y aun

los inocentes no tenian ya salvación algunas, excepto Pedro Khoi, que agonizaba, empapándolo en el pátio la menuda lluvia que caia.

Don Diego Lopez del Recio, con todo, ni se espanta ni retrocede ante aquel abismo, imposible de salvar. El cuerpo de doña Ana, apoyado en su cadera izquierda y sujeto con el brazo del peregrino, cuelga en arco á su lado. Las llamas lo rodean ya y están próximas á prender en sus vestidos, y un instante despues allí perecen ambos con el viejo y Aldonza, que sostienen una lucha de saltos como las panteras y los tigres.

Don Diego, con su carga, ha adelantado hasta la orilla del boqueron y se abre aún más este, destruido el techo por el incendio. Desesperado retrocede el jóven para tomar el impulso necesario, y vuelve á avanzar y salta sobre el abismo. Don Diego se ase con desesperación y con su mano derecha toca á las puertas de la habitación que comunicaba con la otra,

y se entabla una lucha de encontradas fuerzas en ambas orillas del agujero.

D. Diego cae desplomado sobre el pavimento de la cámara inmediata. D.ª Ana, al mismo tiempo, sigue agarrada desde la opuesta orilla por aquel viejo terrible, siempre asido á Aldonza, y caen todos tres en las profundidades de las llamas. Un rugido de dolor inmenso, de muerte, se escapa del pecho del jóven al contemplar tan insudito crímen, y agotándose sus fuerzas, vuelve la vista horrorizado y golpea su rostro con el pavimento.

Un momento despues el suelo desplomóse, sepultándose entre sus llamas y escombros los cadáveres de Aldonza, doña Ana y el viejo vengador.

En medio del chisporroteo de las llamas y del estruendo de la destrucción de la cámara principal, al bajar las tres víctimas sepultadas, aun se oia al horrible viejo.

—¡Què última danza tan sabrosa la del infierno!

Don Diego López del Récio gritó á su vez, levantándose como un cadáver y con el acento de la más horrenda desesperación:

—¡Malditos! ¡Malditos de Dios sean los que alientan la idea de la venganza!

Huyendo de aquella tremenda catástrofe, vacilante, exánime, cruza don Diego la segunda estancia á buscar á su amigo Pedro, agonizando en el pátio, y en el punto de encontrarlo y haber salido con él en sus brazos al campo, una inmensa detonación y un ruido espantoso que hizo temblar la tierra bajo sus plantas, sepultó para siempre el colosal y ruinoso castillo de Bellvente.

Desde la entrada del viejo en la primera cámara principal había dejado de oirse el aullido del lobo, y la campana del castillo, frenéticamente agitada, había cesado.

La ruina que arrancaba desde la cueva del paralítico, y aquella luz misteriosa, y sobre todo, la mano de

aquel demonio, habían llenado su misión sobre la tierra.

IX.

La noche continuaba oscura y tenebrosa, y las últimas llamas reflejaban fantasmas en los árboles.

La lluvia, aunque escasa y menuda, la hacía más fría.

Don Diego, con su criado Pedro en sus brazos, llegaron alumbrados por los candentes escombros á la cueva del horrible anciano, única guarida á que podían dirigirse, con el intento Diego de salvar si fuese posible á su amigo Pedro.

Jadeante, sudoroso y lívido de horror, llegó don Diego con su preciosa carga al lecho de malezas del paralítico, y allí lo depositó.

Pedro Khoi no estaba herido de muerte, y su señor pudo auxiliarle en

los primeros momentos, quedando después inerme, abatido y muerto, contemplando el reposo fatigado del herido.

En este momento dió la hora de medianoche; la lluvia empezò á caer á torrentes, y el agua formaba lúgubre ruido.

Don Diego seguìa inmóvil en su postura, sin tener más atenciòn ni pensamiento que contemplar á cada paso el estado de su herido. A lo menos, estas eran las señales esternas de su actitud.

En tanto, las horas pasaban y la lluvia era constante, pertináz, caudalosa. El arroyuelo del pozo, sin embargo de estar en el principio de su nacimiento, parecía ya bordear las orillas de la cueva, y don Diego se alzó para impedir la inundación antes que pudiese el agua penetrar en aquella angostura, y principalmente en el receptàculo ó plazoleta donde estaba el lecho de malezas con su herido Pedro.

Inmediatamente se puso á trabajar para conseguirlo, y sus esfuerzos fueron poderosos y titánicos, ya arrancando peñas, y piedras, y pastos, y tierra con sus manos, pudiendo tabicar casi, al menos en su parte baja, la entrada en aquella cueva.

Durante su angustiosa faena no había cesado de vigilar el estado de Pedro, y notó que la cueva parecía prolongarse pasado el receptáculo.

—¿Tendrá otra salida?—se preguntó don Diego. Y en el mismo instante, no teniendo más pensamiento que el de salvar á su herido, se dirigió por aquella abertura, que á poco después se hizo tenebrosa al perder los rayos de la luz que ardía aún pegada por completo al negro agujero ó ruina que, reguero de combustibles ardientes, había llevado el incendio al castillo de Bellvente.

Don Diego, que desde niño no había conocido más vida que la de los sufrimientos, y que en su esperiencia ya nada podía asombrarle, aunque

siempre sereno su espíritu, los acontecimientos, que tan rápidamente se habían sucedido y eran tan espantosos, lo tenían atolondrado, calenturiento, y en verdadero estado lamentable. Además, al brotar en su pecho el amor había muerto para siempre.

Acabado todo había para el jóven peregrino en su vida; y si bien nada en realidad sabía de todo aquel misterioso y horrible drama, comprendía que en èl no era indiferente, puesto que aquella venganza se había realizado en parte con el nombre y representación de su padre.

Acabado todo para èl en esta vida, no le quedaba nada más que Pedro, y en el pensamiento solo de su amigo se encerró sombrío y doliente, derramando en la oscuridad ardientes lágrimas por sus ojos.

No sabía ya en su desórden intelectual si el cielo estaba también interesado en aquellos horrores, y él y Pedro formaban parte de las víctimas.

El fuego, la inundación, indiferente le sería si no tuviese la idea de Pedro.

Con esta idea siguió su camino á tientas en la esploración de la otra avenida de la cueva.

Ningún tropiezo tuvo en su marcha por las tinieblas, hasta que al cabo pareció concluir la galería en todas direcciones, pues tocó por todas partes la peña viva con sus manos hasta mucho más abajo de la altura de su talle.

Ya iba á volverse, cuando al dar el primer paso se hunde su pié al parecer en una pendiente casi recta.

Indudablemente hubiera caido si no hubiese apoyado su cabeza y un hombro en el muro que poco antes había palpado como un punto final de la madriguera. Don Diego se repone, toma posición segura, y palpa, toca de nuevo con sus manos en la oscuridad. Un agujero advierte á sus piés, pero no ya horizontal, sino recto; pero húmedo, frio, ruidoso, y com-

pronde imposible el exsminarlo en las tinieblas.

—¿Què es esto? — se dice á seguida, y nuevamente resuelto, se arrodilla y profundiza su mano en la hendidura.

—Agua también, exclama temblando, y vuélvese, y corre cuanto le era posible para arrancar nuevamente á Pedro de la muerte.

No bien había empezado su marcha por la tortuosa y oscura galería, oye aumentarse el ruido del hervidero de las aguas.

Apresura sus pasos cuanto puede, y el agua corre detrás de él desbordada y lo alcanza, y lo empuja y lo arrastra.

Perdido está D. Diego sin remedio, porque don Diego no se salvaría sin llevar consigo el cuerpo de su amigo.

Ya está cerca de la plazoleta donde vé el herido, y antes de llegar, el agua, más veloz, arrolla el farolillo que se apaga, y él recibe un golpe terrible de un cuerpo duro que se detiene á sus piés en el mismo lecho de

malezas, donde cayó desplomado para amparar hasta en su muerte á su queridísimo Pedro.

X.

A la mañana siguiente don Diego y el herido, sentados el primero sobre la yerba, y teniendo sobre sus rodillas la cabeza de Pedro, tenía abierta una cajita de hierro rellena de diamantes, que era la que se había detenido á sus piés en la pasada inundación.

Tomó de ella un papel que contenía el escrito siguiente:

«Este tesoro, arrancado á don Mendo Yañez Dovinal, que robó y mató á don Antón López del Récio, es solo del hijo de este don Diego. En castigo de sus crímenes, don Mendo fué asesinado en su propio lecho, y en castigo de sus crímenes, ha perecido

toda su raza. La amante de don Mendo, Aldonza Romero, su cómplice y demonio de tentacion, la del intento parricida en su esposo, la infame siempre, ha perecido. El autor de este castigo del cielo ó del infierno, es el que fué esposo de Aldonza, que tambien fenece con todos los infames en el incendio del castillo de Bellvente. Las razas de los miserables, de los viles, de los réprobos, no deben ser sustentadas por la tierra.

Aquí fué,
Martín Duélamo.»

Desde entónces el barranco ó pozo inmediato del castillo de Bellvente, que era lo que se conservaba, se denominó siempre el pozo de *Martín Duélamo.*

LA PESCA DE CAÑA.

Como me figuro, y con razon, que al leer este título mis lectores dirán que sobre tal asunto ha escrito ya todo cuanto se podia se escribir, quiero advertirles oportunamente, que por la misma razon trataré de no decir nada de cuanto se pueda haber dicho, buscando mi pensamiento en los campos de la alegoría, y en las regiones en que esta industria, siempre contradictoria, produce contìnuamente resultados opíparos.

No me arrepiento de la última palabra, pues aunque la pesca de caña, materialmente hablando, está muy

lejos de producir ni peces, ni anguitas, ni truchas, sin embargo, por el camino que yo me propongo recorrer hutilizar, no solamente produce toda clase de pescados y de carnes, sino tambien cuenta variedad infinita se elabora de dulces y de almíbares y turrones.

Principiaremos, pues, pasando una ligera revista por todo cuanto se haya podido decir de la pesca de caña, considerandoen su verdadera significación, que despues ya nos podemos engolfar en nuestro asunto.

Se ha dicho que la pesca de caña es propiedad de los posmas.

Que casi todos los que se dedican á este delicioso entretenimiento son casados.

Que son aficionados, para buscar la calma que en su casa no existe.

Que es tambien recurso sublime, de los pensadores bulliciosos, que sin embargo de recorrer su idea todos los mundos, no pueden salir de los estrechos límites de su cabeza.

Que sus múltiples y variadísimos accidentes, son el estarse sentados horas y horas, mirando el agua deslizarse arrastrando inmundicias de toda especie, y si está clara ver reproducido el cielo, las nubes, los pájaros y las arboledas en sus cristales.

Que es una industria contraproducente y negativa, pues en lugar de hacer beneficios solo ocasiona gastos.

Que su resultado único, pues lo que es de pesca no hay tu tia, es que á los maridos les tranquilizan sus casas los agenos.

Y que en general, y á la postre, todos los aficionados á la pesca de caña, viven los largos ò cortos dias de su vida en una sosegada quietud y reposo, igual estado al de su afición, por efecto de contínuos y deliciosísimos dolores reumáticos.

Esto, pues, en reunión, es la pesca de caña, considerada en su parte material.

¿Pero no hay otra pesca de caña más generalizada y màs universal?

¡Cuántos y cuántos pescadores de caña, hay en el mundo y pululan entre las gentes!

En la autonomía del pensamiento, y uso esta palabra por estar de mode, ¿quién puede negar que todos los habitantes de este globo terráqueo somos pescadores de caña y que alguno que otro solo por equivocación ò por variar se dedica á cazar?

Que se pesca desde el puesto de un lacayo hasta la poltrona de un ministro, y el uniforme de librea, ó de caballero, hasta la cogulla del arcipreste Juan de las Indias, ó las tres colas de un bajá.

¿Y quién en fin se atreverìa á dudar, que se pesca todo, y que todo es pescado, y que el mundo, por mitad y alternativamente, es pescado y es pescador?

Por supuesto que no debemos desperdiciar la ocasión de decir que entre pescar y ser pescado, preferimos lo primero.

¿Pero cómo podemos esplicar que

el pescador sea pescado, y el pescado pescador?

Muy sencillamente.

El pez, la trucha, y todo lo que nada en el líquido elemento cruzan por su espacio, flotantes, con su vista miops, tras la pesca de iguales séres, pero en su relación más pequeños; y tambien tras todo aquello que les pueda abrigar el estómago. Tropiézanse con un cebo, y avanzan para engullírselo. Ya encontraron su pesca en el momento de ser pescados.

Mas esto es disculpable y muy racional, aunque les suceda á los irracionales. Su instinto es la natural conservación, y la buscan; y su instinto no los puede poner al alcance de todas nuestras picardías.

Pero en la sociedad, ¿cómo sucede esto? ¿cómo se egerce la pesca? ¿Para qué?

Por la ambición de los goces; por el lujo; por los honores; por la sed de mando; por la tiranía dominadora; para vivir á su manera, para hacer sufrir á los demás á su capricho.

Pescadores, y pescadores de caña, son los comerciantes, los tenderos; todas las profesiones, todos los oficios; y todas las clases, desde el chalan gitano hasta el embajador de Mehemet Alí.

Figuraos un gitano viejo, en féria, con un burro jóven, compañero de su infancia; y un jornalero cándido como la inocencia del campo.

¡Cuánta sublime palabrería no se desprende de los lábios del boticario! ¡Cuánto contento interior siente al escucharle el alma del campesino!

La venta del jumento se ha realizado por veinte y cinco pesos.

La p'epa tiene mas edad que su amo el zíngaro, y este cuenta ya cincuenta y tantas Navidades.

El labrador cree haber hallado una ganga.

El uno es pescador, el otro pescado, y sin embargo este último cree haber pescado al jitano.

Hé aquí la estética de lo sublime de la pesca de caña. El anzuelo ha

sido un asno. El cebo las sirenáicas palabras del chalan,(salvo la frase.)

Chocolate superior se anuncia en los diarios.

Entre parèntisis: el chocolate es de habas y de maiz.

Toma el público el anzuelo, (periòdico) traga el cebo (el anuncio,) marcha á casa el fabricante, y compra para un año. Tambien cree haberse manducado una breva, y sin embargo la breva ha sido para el vendedor.

Las mamás por otra parte. ¿Quién duda, que son las mas finas pescadoras del mundo? Exiben su caña, que son sus hijas mas ò menos bonitas, y les enjaretan el cebo de los trajes y de los adornos. ¡Cuántos bobines (a) pollos, tragan estos soberanos anzuelos, y deleitosamente pescados en el yugo matrimonial!

Yo á la verdad, de mí no me atrevo á decir nada, pero sí de uno á quien conozco como á mí mismo, que con el cebo de unos ojos negros, se

tragería todas las muchachas habidas y por haber de quince á diez y ocho primaveras.

No puedo menos de disculpar, y los aplaudo á boca llena, á todos aquellos que se dejan pescar con los anzuelos de las muchachas lindas.

Estamos en la villa de Tontilio, que no recuerdo si existió ó existe, y á qué reino pertenece, porque me he olvidado de la historia y de la geografía, desde que me la hecho de literato.

Ved á don Silvestre Pastor rodeado de una cáfila de lobos, que le han imbuido la idea de aspirar al puesto de príncipe ó lo que quisiera que fuere, de aquella villa. Esto es en el tiempo de Mari-Castañas.

Don Silvestre tiene que dispensar medio año de arrendamiento de sus fincas, á los colonos que lo adoran.

Aquí teneis á don Silvestre, pescador de caña con el anzuelo de su riqueza, y el cebo de sus fincas.

Don Silvestre es ya señor del pueblo, tiene hecha su pesca, los colonos

también han hecho la suya, y todos, todos, con los lobos que rodean á don Silvestre, se hallan contentos.

Reasumiendo, los colonos pescaron con la caña de su voluntad, medio arrendamiento ahorrado.

Don Silvestre con la de su riqueza el señorío del pueblo, y los demás el destinillo á que cada uno aspiraba.

Esta, pues, es la pesca alegórica de la caña; en los sublimes y grandilocuentes tiempos que hemos mencionado.

Esto mismo por idénticos modos y circunstancias es lo que sucede en el día; y esto, sin variar un ápice, será en el año del día del juicio.

Una costurera para entrar en casa de un sastre se sirve de la caña del oficial del taller.

El oficial por su parte ha buscado un apoyo en la hermana del maestro.

El maestro viste á un rumboso parroquiano, que le han pescado los anzuelos de su mujer.

Para acabar os contaré un hecho

de los antedichos tiempos de Mari-Castañas.

Un día preguntó uno al concluir la lectura de la historia de aquel imperio:

—En qué consiste que todos los generales lo son á la edad más avanzada, y estando casi medio destrozados, y sin embargo, Juanito, con tan pocos años y completamente bueno y sano, es general?

—¡Toma! es muy sencillo, le contestaron. ¡Qué! ¿No sabíais que era primo del ministro?

LA CRUZ DE LOS MARTIRIOS.

TRADICIÓN.

I.

El señor de la villa de Aguilar de la Frontera don Alonso de Aguilar, célebre en Córdoba y en toda nuestra provincia por los notables hechos á que diera lugar, y sobre todo por su decidida protección á los judíos, que tan vejados y maltrechos se encontraban por la inquina de la generalidad de los habitantes, llevó esta protección á lo sumo, y á todos cuantos

pudo, y aún más, les admitió en su propia villa ya dicha de Aguilar.

Tantos y tantos fueron de estas pobres familias, que llegaban á implorar su apoyo, que tuvo necesidad de acudir á su hermano el marqués de Priego, para que les diese cabida en su villa de Montilla; y efectivamente, dicho marqués, su hermano, aunque también algo inficionado de esta mala voluntad y que servía contra los judíos, le concedió dicho favor de buen grado, pues comprendía que esta persecución era un tanto injusta.

El alcaide del castillo de Montilla, Alonso García de Algaba, el Agudo, recibió las órdenes oportunas del marqués para que admitiese en su villa de Montilla las cien familias judías para quien su hermano don Alonso le pidió vivienda y hospedage.

Cuando se realizó este hecho se convirtió en un drama terrible y sangriento, y el héroe de él fué el dicho alcaide Alonso García de Algaba el Agudo.

II.

En cuanto nos sea posible por los antecedentes históricos que ponemos, creemos pertinente el ocuparnos de cuanto tenga relación con nuestro personage.

Alonso Perez, natural del Carpio en las montañas de León, tuvo que venirse huyendo á vivir á la villa de Montilla con todos sus hijos, y además sus hermanos Luisa, Hernán y Gonzalo, porque este último había cometido el doble crímen de asesinar al Arcipreste y al sacristán de dicha villa del Carpio.

Este hecho fué el siguente: En el dicho lugar del Carpio, en León, el señor Arcipreste de la villa se enamoró perdidamente de Luisa Pérez, y se enamoró con la insistencia de una pasión desbordada; y con ayuda del sacristán puso sus pretensiones en

juego, aunque siempre desairado de una manera dura y cruel, como correspondía á la dignidad de Luisa, y á la inmoral pretensión del Arcipreste, y su adiàtere el sacristán.

Gonzalo, su hermano, la sangre hirviendo, la honra quitando no permitir ser manchada, en el arrebato natural de su juventud, y en sorpresa de rapto intentada contra su hermana Luisa, fué el matador del Arcipreste y el sacristán del Carpio.

De los principales de la villa eran Cristóbal García de Algaba, denominado el Albanojuero, por ser el primero que después de haber estado ausente y perdido sufriendo mil vicisitudes y penalidades, y volver á su pátria, fundó un hospital denominado Albergue, que estaba situado en la esquina de la calle de Escuelas, y Herradores, ó Juan Grande, por cuya razón se le apellidó desde entónces el Albergueno.

Este Cristóbal se casó con Arca Ruiz, hija de Alonso Pérez el venido de la villa del Carpio en León.

El otro más principal de la ville, era Alonso García de Algaba, el Agudo, alcaide del castillo y fortaleza de Montilla, hermano del anterior, y el cual estaba también casado con otra hija del Alonso Pérez.

III.

Hombre atlético y robusto, el Agudo, de moral intachable y espíritu exacerbado, religioso y fanático, todo su pensamiento lo tenía fijo en la pureza de su religión, y en la limpieza de su sangre; por cuyos antecedentes respetables, y de alta valía, había merecido la confianza del marqués de Priego, para nombrarlo como lo nombró alcaide del castillo, la más apta persona en quien pudiera depositar su confianza.

El Agudo, pues, al administrar los intereses de marqués del Priego, y ser

representante de su poder feudal en la villa de Montilla, no solo sabia hacer justicia seca, siendo inexorable hasta en lo más trivial, sino que se trastornaba hasta el delirio, al pensar que algun individuo, pisase ni aun de paso los alrededores de la villa, sin que tuviese siquiera algún roce con la raza judía.

Esplicados los preliminares, y conocido el héroe de nuestra leyenda, pasemos, en fin, á su relato.

IV.

Desde el Ipagro romano, el Ibins Poley árabe, ó sea la ciudad de Aguilar de la Frontera, en la provincia de Córdoba, y á ocho leguas de la capital, y por la hermosa y despejada carretera que desde Málaga se dirige á Córdoba, hermoso paseo plantado casi todo él de árboles en sus orillas, que linda con estensos campos de oli-

vares, haremos pasar á nuestros lectores, primeramente por el puente que está sobre el rio de Aguilar, su nombre originario de Cabra, y despues á la mitad de la distancia, entre dicho Aguilar y la Ulia romana, Montilla, nos detendremos en la fuente de la Higuera, abundantísima de aguas, y con pilar de mármol hermoso y cuadrilongo, paralelo á dicha carretera, y unos tres metros más abajo que la misma situado.

Al Oriente de la fuente, y desde su nacimiento, empieza una magnífica finca moderna, con hermoso y soberbio edificio, con arboledas seculares, fuentes y saltadores, y recuadros de jardines y kioscos, y cenadores que no dejarian por un momento de recrear el ánimo del viagero.

Desde este punto, y siguiendo la carretera, y ya en ascension más marcada, mediando el camino restante hasta Montilla, veremos la llamada vereda de Panchía que atraviesa la carretera, formando una cruz recta

é igual, y en su esquina de Oriente inmediata á Montilla, una gran piedra redonda, que parece raro aún se conserve, pues á todo en la vida se le encuentra aplicación, que según la tradición escrita era la base de una cruz de piedra que allí colocaron los fieles en conmemoración de un hecho horrible é infame, de un espantoso crímen cometido por el fanatismo, de un borron que jamás podria lavar la la historia aunque todavia viviesen los que lo ocasionaron.

Este hecho tuvo lugar por los años de 1480 y en el mes de Setiembre.

Este, pues, es el asunto de que nos vamos á ocupar, que como histórico, merecerá más que otra cualquiera la atención de nuestros lectores.

El sitio y lugar de la piedra se conoce con el nombre de La Cruz de los Martirios.

V.

Habia pasado el dia, y al caer de la tarde el calor sofocante que rainaba en la atmósfera, se habia hecho más espero, si así puede decirse, apareciendo en el cielo ligeras nubes de color sombrío, que conforme iba entrando la noche mas se oscurecian y agrandaban, pareciendo tendidas en el cielo alfombras rasgadas de terciopelo que se iban juntando y unificando sus trozos, semejando con ello cerrar los esquicios y randijas por donde el aire entrase, y haciendo que la atmósfera imitase por todos lados la boca de un horno, exhalando solamente el baho de los incendios.

Como medida prudencial se había acordado se hiciese la traslación de las familias judías desde la villa de Aguilar á la próxima de Montilla, al medio de la noche, con el objeto de

que los vecinos de esta no sufriesen alarma alguna, y por lo tanto evitar tratasen de impedir tal determinación. Y precisamente esta misma medida de prudencia, fué la que favoreció los inícuos planes que proyectara Alfonso García el Agudo, pues nunca, nunca, podía soportar que la pureza de sangre de los rancios cristianos se espusiese á ser contaminada con la de la maldita raza judía.

Las familias judías, en número de unas ciento próximamente, habían salido de la villa de Aguilar por diversos puntos y á diferentes horas, y tomaron en silencio y á pié, cargadas con sus utensilios y pequeños equipajes, el ancho y hermoso camino entónces que correspondía á la carretera moderna, que hemos descrito al principio.

En largo cordón y á la desfilada marchaban estos infelices en busca de un hogar que en todas partes se les negaba por el estígma religioso que llevaban marcado en su frente.

Mil tormentas parecía que amagaban la tierra, pero tormentas de fuego únicamente, pues la atmósfera estaba impregnada de un calor sofocante, percibiéndose olores metálicos de la tierra, semejando los efluvios que esta exhala momentos antes de sus convulsiones y temblores.

Aquella noche, desde sus primeros momentos, Alonso García, el Agudo, hizo avisar, y el mismo avisó á sus servidores más allegados, inculcando en su espíritu el horror que le inspiraba esta desgraciada secta, y haciéndoles comprender todas las desgracias y todas las miserias, solamente con que respirasen el mismo aire que los cristianos.

El desarrollado y funesto fanatismo que en todas las clases dominaba, hizo que no fuesen necesarias muchas advertencias para que sus espíritus se revelasen contra tal medida; así es que un número considerable de niños, en su mayor parte mujeres, se armaron de palos, horcas, estacas,

arcabuces, hoces y toda clase de armas, é inmediatamente, y en tropel, se dirigieron hácia las orillas del camino de Aguilar, ocultándose entre las sombras de los olivos y los encinares, para esperar é intentar feroz acometida de muerte contra los infelices errantes sin hogar ni fortuna.

Alonso Garcia, el Agudo, el atlético, el feroz, el sanguinario les comandaba, y le parecian larguísimos los instantes que tardaba en dar con todos los que venian, no para espantarlos, no para hacerlos huir, pues que entónces quedaba su mala semilla sobre la tierra, sino para esterminar á cuantos viniesen, y si posible le fuera á todos los que existiesen en el mundo de esta raza.

VI.

Un relámpago azulado, verdoso, rosáceo, prolongado como una inmensa serpiente, ondeando entre las nubes y haciendo descubrir sus senos de rasos plomizos y terciopelos mates que tardara en su aparición y desaparición más de lo natural iluminando la tierra y los espacios, pareció ser la señal de alarma, de acometida, de asesinato, de los fanáticos ocultos entre los matorrales.

Por todas partes, por ambos lados del camino de entre las sombras de los olivos, de entre las ramas de las encinas, de debajo de las matas espesas, una multitud de hombres del pueblo y de jóvenes, de mugeres y ancianos, cubrieron como un manto, rodearon como un círculo largo, desigual, espeso en sus líneas, más por unas partes que por otras, á los descuidados viageros.

El Agudo al frente de este grupo, queriéndose hallar en todas partes, ambicionando él solo destrozarlos á todos, lanzó su vista como un sangriento Quijote en las manadas de carneros, y embestía, golpeaba, hería, magullaba, y asesinaba á aquellas pobres víctimas en unión de sus secuaces, que alentados y furiosos, hidrópicos de esterminio, trituraban, asesinaban, mataban, dejando el suelo cubierto de destrozados cadáveres.

Los relámpagos parecian crecer y fulgurar y cruzar el espacio, haciendo más terrible la sangrienta escena é iluminando las agonías de los moribundos y las miradas locas y tenaces, y estraviadas y sangrientas de sus acometedores, que parecia que creian llenar en su fanatismo religioso un santísimo deber.

Solamente Alonso Garcia fué el matador de veinte y siete, muriendo de los demás hasta setenta y tantos á las manos del populacho, escapando los restantes en dirección de Aguilar,

guareciéndose muchos al pié del castillo de esta villa, en una cueva que allí existía en una peña, y que desde entónces se denomina La Peña de los Judíos.

VII.

El hermano de don Alonso de Aguilar, el Marqués de Priego, no pudo menos, al escuchar las quejas del primero, refiriéndose á tan gran crímen, hacer algo en desagravio de tamaña injusticia, y mandó á su villa de Espejo desterrado al Alonso García el Agudo, autor de tan grande infamia.

Mas poco tiempo sufrió de este castigo, pues su mismo señor, aunque no aprobase en absoluto el hecho, estaba tambien inficionado de las exageradas ideas religiosas y le levantó dicho destierro, mandándole poblar su villa de Monturque á donde se

fué el Alonso con veinte y cuatro familias de sus deudos y parientes.

Nuevamente fueron mandadas á aquella villa diez familias hebreas, y nuevamente el terrible, el hidrófobo de sangre humana, el Agudo salió á recibirlos con sus deudos, y en el molino de la Harinera, tomando una hazada, mataron hasta siete, huyendo los demás para no volver á donde sonase el horrendo, el espantoso nombre de Alonso García el Agudo.

CARTA ÍNTIMA

AL ALEMÁN ESPAÑOL DOCTOR FASTENRATH

SOBRE

LA WALHALLA [1]

Distinguido y muy estimado amigo mio: Hace más de un año estoy retirado en mi pueblo de la candente arena de la política, dolorido y descreido, y cual otro conde Ugalino del Dante

(1) LA WALHALLA, Ó LOS HÉROES ALEMANES, por el doctor don Juan Fastenrath, con un prólogo de don Manuel Juan Diana: el tomo 1.º impreso en Madrid en la imprenta de Aribau y compañía.

esclamando «io non piangeva, si ventro impietrai», los males presentes de mi pátria.

No tengo alientos para escribir, ni para luchar, ni para moverme, obliterados como creo se encuentran mis sentidos; y solo coordino y allego datos para el pensamiento de realizar, si Dios quiere, una historia de mi pátria, Montilla. Mi trato, por lo tanto, es con los muertos que la honraron, olvidando á los vivos que la escarnecen; mientras tú, lleno de gloria, coronas de laurel á tus héroes vivos, engrandecedores de la unidad teutónica. Entre otros de mis paisanos de merecido renombre, busco y encuentro la partida de bautismo del capitán de los tercios de Flandes, delicadísimo poeta, y judío converso, Miguel de Barrios, que nació en Montilla en 3 de Noviembre de 1635; y converso con los célebres médicos Solanos, y me extasío con las prezas de Gonzalo de Córdoba; pero siempre llagado y dolorido con nuestros acerbos males y desgracias sin número.

Pero hoy ha llegado á mí tu recuerdo, tu libro *La Walhalla*, y me parece que empiezo á respirar nueva vida, porque he sentido las impresiones de admiración que me has despertado siempre, pero más gigantes, y las vivísimas de una amistad como la tuya, que tanto me honra.

Hoy ha llegado á mí tu recuerdo, y quiero despertar de mi atonía, y escribirte una carta, un folleto, un libro, todo para tí entusiasta, cariñoso, profundo. Hoy quiero dar desahogo á mis dolores elevándome á tu atmósfera y á tu afecto, y enviándote todo el mio, que sabes es tuyo por sincera amistad, y por profundo reconocimiento.

Quiero escribirte una carta y dejaré correr la pluma sin concierto, espontáneamente, con los impulsos, los sentimientos de mi corazón.

Una carta para *La Walhalla* y para su egregio autor el Festenrath de Alemania, y el Festenrath de España; el Goethe y el Rioja, el Schiller y el Cervantes de la época presente.

La série de las civilizaciones han seguido desde el principio su curso natural, y rodaron desde la China y la India al Egipto y la Grecia; y empujadas después por Alejandro se detuvieron en Siracusa, la Gran Grecia, la Italia, hasta que por último su fuego esplendoroso y ardiente se comunicó al hielo septentrional, germinando en tu suelo con el más podroso destello de sus rayos.

Nuestra historia, nuestras costumbres y nuestra educación nos habían señalado como de paso la invasión de los bárbaros del Norte, y nuestra ignorancia, sin tomarse el trabajo de esplicarlo, se posesionó de esta idea, dejándole un lugar en el corazón, para no ocuparse de ella.

Nosotros, querido Juan, inspirados con el cálido suelo de nuestra península, con sus brisas y verdores, con las tradiciones fantásticas de los historiadores y poetas romanos, del jardín de las Hespérides con su dragón defendiendo sus manzanas de oro;

nosotros dominados por los fenicios y cartagineses, con su refinamiento de civilización y cultura; de los griegos con su poema y sus artes; de los romanos con sus emperadores sibarítico s y estúpidos de obscenidad, Eliogábalo y Claudio, y sus conquistas portentosas con César, hermafrodiseo universal; de los vándalos y los hunnos con su bravura y dureza, y de los árabes con su sensualismo y delectación, estamos infiltrados casi de todas las sávias de la tierra, que màs y más han germinado en nuestro ser á beneficio de nuestro sol espléndido y brisas refrigerantes.

Estas razones por una parte, nuestra afinidad y semejanza en nuestra raza la latina; nuestro parentesco y vecindad con la lengua gàlica de Racine y Chateaubriand; con la lengua música de Petrarca y de Dante, y de Rossini el inmenso; y sobre todo, lo lejano, lo nebuloso, el crespón de nieblas divisorio del Mediodía al Septentrión; del fuego al frio; del latino al

germano, nos han hecho en nuestra ignorancia por largos años, no tenderos ni por un momento la mano amiga, para poder estáticos admirar con delirio á *Boehm y Arnd* moralistas; al maestro de la oratoria, *Mosheim*, profesor en Helmstaedt; *Leibnitz* el matemático; *Gleim* el cantor guerrero, y *Klopstock* el religioso; *Lessing*, el patriota literato, y Müller, Juan, el historiador, con otra pléyade de inteligencias y génios, que han marcado en muchos casos los senderos de la civilización.

Nosotros que hemos conocido paso á paso y constantemente todas las literaturas antiguas y modernas, no hemos aspirado la vuestra, sino desde principios de este siglo, y en muy escaso número de vuestras eminencias. Hemos conocido la literatura inglesa, y sin embargo los ingleses poco nos han leido; la francesa donde hemos visto de la nuestra p'ágios y robos con Moliere y Lesage; y la italiana que, tan dulce, carece de virili-

ded, y sin la entonacion de nosotros grave y levantada.

No os hemos conocido, no os hemos estrechado la mano, ni aun estudiado ni leido, á pesar de que divinizais á Cervantes, sentais en vuestra mesa al dulcísimo Trueba, y recibís en vuestro hogar á la delicada y sentidísima Fernan Caballero.

Vosotros que sabais mas de nuestra literatura que nosotros los españoles; vosotros donde se aduna en admirable consorcio el juicio y la imaginacion, la razon y la poesía; y que podeis ser Necker y Byron á la par, porque teneis todo el fuego del entusiasmo y todo el frio de la reflexión, os hemos visto desde muy lejos.

Desde que tuve conocimiento de que Alemania existia, tan profunda, tan sábia, con sus hombres de letras, de ciencias y de artes, jamás he podido comprender nuestra ingorancia general, de vuestra vida, productora permanente del saber y la ilustracion.

Desde entónces he querido estudiaros y he podido leer algo de Goethe, de Schiller, y de Heine, con su ciencia profunda, con su drama terrible, con su poesía humorística y filosófica, y no he podido menos de temblar y admirarme.

Tropecé contigo á la casualidad, ventura para mí, y mi sensación de amistad fué tiernísima; y mi entusiasmo de artista, de poeta, fué profundo. ¿No habia de serlo? Un aleman de quince años desplegando con fé ardiente la bandera de Cristo y la familia en el santuario terrestre, santificando sus padres; y despues educándose y amamantándose en nuestras ciencias, y en nuestras artes, monumentos y tradiciones, nuestros hombres y nuestras glorias, y produciendo «Un ramillete de romances españoles,» «Ecos de Andalucía,» «Las maravillas Hispalenses,» «Las flores de Hesperis,» «Siemprevivas de Toledo,» «El libro de mis amigos españoles» y «Los héroes alemanes de 1870,»

ocho volúmenes escritos en la lengua germana, y ocho volúmenes, sin embargo, escritos con la sávia española, con el sentimiento ibérico, y con la imaginación mas brillante que pudiera producir la Bética, admirarme debia, como ha admirado á tus hermanos españoles.

Y así fué; porque tus romances son la resina olorosa del aloe de Socotora; tus endechas, perlas de Ormuvi, y tus cantos, rubís de Ceylan; y tu aroma poético, es tan sabroso como el tomillo y el romero de Galaad; como la pimienta de Goa, como las mieles del Himeto.

Y así fué; porque es el solo, el único extrangero que ostenta mas distinciones honoríficas y científicas de nuestro pais, y entre los españoles quizá no pueda citarte otro que haya alcanzado tanto.

Despues fuiste peregrino á la fiesta decenal religiosa de Oberamergau, y produciste tu primer libro escrito en nuestro idioma, «Pasionarias de un

aleman español, refiriéndonos el gran drama que allí se ejecuta con ostentación, de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué páginas tan brillantes encierra! ¡Qué gravedad la de tu lenguage, que tiene la viralidad de Melo y de Mendoza, y sin embargo está empapado en la sabrosa armonía y galanura de Castelar y de Pepe Zorrilla! ¡Qué sentimentalismo tan esquisito y arrebatador en la atmósfera de la purísima amistad, y qué erudición tan pasmosa y profunda!

Ya creiamos aquí que se hubiese cansado tu talento, y que la literatura española, que es la tuya, la habias sellado con tu última obra escrita en el idioma de Cervantes; pero no ha sucedido así; nos has sorprendido una vez mas con tu gigantesca *Valhalla*, tu obra monumental de hipóstasis gigantes; tu obra de historiógrafo, de artista sublime, de hablista modelo, de poeta admirable, y de gran político.

Ahora bien; he leido tu libro de los héroes alemanes modernos, y no puedo por menos de aplaudir con todas mis fuerzas tu obra de poderosa inteligencia sobre la excelsitud de Alemania, en comparación con nuestra propia excelsitud, segun tu juicio de amigo. ¿Y qué he de decirte de todo ello fuera de mi aplauso de poeta, y de mi entusiasmo amistoso?

Quiero significarte en esta carta que estoy en un todo conforme con tus sentimientos y apreciaciones, y que sin embargo discrepo en alguna cosa, porque voy más allá de tu pensamiento político. ¿Qué quieres? Los aires que corren por esta desgraciada y anárquica España, así lo exigen.

Me conoces como publicista literario, y debo decirte que tambien soy publicista político en el sentido mas estenso de libertad; pues de otra manera no apreciarias bien mis opiniones y juicio.

La federación y la república es mi ideal, con su virtud y con su justicia

por muchas, muchísimas razones que omito, que se pueden coronar gráficamente con lo que dice el canciller de tu *Fausto* en el salon del imperio. «Cualquiera que desde esos altos picachos tienda la vista sobre este estenso reino, creerá ver en sueños cruzar por él espantosos monstruos, creerá ver al ilegal reinar legalmente y estenderse á su vista todo un mundo de errores.»

¿Deberé estar conforme con la moral política de tu obra? Debes creer que sí, pero traspasando el valladar de tu imperio portentoso para encargar el poder de acción y representaciòn en el pueblo y para el pueblo.

Tú dices magistralmente: «En Alemania la federación ha sido el camino para ir desde la variedad de estados soberanos hácia la unidad nacional. Y siendo así, ¿por qué está nuestra unidad nacional constituida de antiguo, no ha de poder seguir del mismo modo con la representación de la república federativa? Los esta-

dos soberanos de Alemania eran ya la última espresión del antiguo feudal sistema en el sostenimiento imposible del aislamiento, del individualismo, pobre de fuerzas en el gran concierto y grandes colectividades nacionales del progreso y de la vida; y gran pensamiento y gran obra ha sido la de tu héroe *Aun más todavía*, de sostener juntando las columnas antes aisladas en la gran resolución de la verdadera confederación germánica, para la unidad nacional del imperio de Alemania.

Bismarck ha hecho en tu pais mucha parte de la federal república, en cuanto esta idea puede caber dentro de la forma de un imperio. Tu gran príncipe, comprendiendo y adelantando los tiempos con prudencia, vió que era preciso darle á ese pueblo noble y libre mucha parte del todo que deseaba; y le dió cuanto podia, hermanando la estabilidad de la tradición y derecho antiguo, con el ideal del progreso moderno, consiguiendo

de este modo confundir las clases en iguales y bien medidos intereses políticos ante la ley; aliviando al pária y engrandeciéndole, y respetando lo justo y el derecho creado de todas las demás. Esta es, pues, la doctrina que se siente y dimana de tu hombre de estado, aunque por desgracia aún no sea así en la práctica, porque aún os dura la genealogía, la nobleza, el privilegio y el abuso de los superiores sobre los pequeños, la tiranía que aún no acaba, con el proletarismo que aún sufre.

Pero aquí en España con nuestra monarquía tradicional, destruido el feudalismo, alcanzada la unión de las coronas de Castilla y de Leon, y por último sepultados los invasores sarracenos por Fernando é Isabel, obtuvo nuestro pais el último grado de la grandeza poderosa con Cárlos V y de la grandeza tiránica con Felipe II, viniendo después á descender paso á paso, más bien por el desarrollo de lo infame, que por el progreso y la liber-

tad, á presentarnos ante nuestra vista y la de la Europa asombrada pobres y palidísimas figuras de monarcas que se sucedieron, terminadas con la miseria de Cárlos IV y la cobardía de Fernando VII, barriendo por fin el trono tradicional de San Fernando en 1868, y despreciado como se vió después por don Amadeo de Saboya, el empleado extrangero de treinta y dos millones de reales, ¿qué es lo que debe imperar en este país más que la federación?

Respecto á la preponderancia de la iglesia católica en el campo de la política, tú nos dices por boca de Bismarck en un discurso de la Cámara de los Señores del 10 de Marzo de 1873, la historia verdadera de su poder político en discordancia de las leyes naturales de los estados. Y yo digo en su consecuencia: ¿Por qué pues no ha de trabajar el artista en sus cuadros, el financiero en los estudios económicos, y el sacerdote en la moral eterna y santísima de la religión?

Nosotros los españoles eso deseamos; y deseamos la dulce y santa con la moral de Jesucristo; pero . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En tu obra admirable de los héroes alemanes, entre los que sobresales al engrandecerlos, más gigante, se vé una noble intención con la enseñanza que presentes y los ejemplos que aduces, para que España vuelva á buscar el derrotero cierto de sus anteriores grandezas en la nueva forma de la vida, la bandera del progreso y de la libertad.

Ese grito tuyo, ese deseo tuyo, ese sentimiento de grandeza que ves casi realizado en tu país, es la noble, aspiración que te conduce en tus obras, y pides igual fortuna para la pátria de tu alma y de tus afecciones, que siempre te acojió con cariño y con aplau-

so. Pues bien; ese deseo está encarnado, latente y poderoso en el alma de casi todos los españoles, pero no tienen aún uno superior, que armonice todos los elementos, que segregue los tiranos, que funda las opiniones, que demuela á los traidores é infames para llegar al tan bello ideal de la paz con la república.

Ese deseo tuyo es el deseo de todo nuestro pueblo, que trabaja y suda, que sufre y llora con la cadena en el pié y el estigma en el rostro.

«¡Pobre España! ¡Cuida de que no te conviertas en el Méjico de Europa, para ser más tarde la Polonia del Mediodía!»

¡Qué gran pensamiento es este con el que encabezas la biografía del Emperador Guillermo, y qué verdad tan dolorosa y triste, refiriéndose al estado de anarquía y bandidage de nuestro país!

¿Y qué ha de suceder en él?

Nadie lo sabe. ¡Cuánto daría yo porque todos conociesen tu libro, pues

entónces podría asegurar nuestra resurrección dentro del templo de la libertad!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Yo quiero por tanto la enseñanza de tu libro: el sincretismo que en él se deja entrever cubre nuestros dos países; quiero el apoyo moral de nuestros hermanos los alemanes, que comprenden y conocen nuestra lengua, nuestras costumbres y nuestra literatura; yo quiero su política, pero ya libre en toda su estensión. . . . .

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Quiero tu grande Alemania federativa verdad, y tus letras y tus sábios y tus hombres. El espíritu del progreso no mueve hoy en su corriente razas ni pueblos: por tanto yo no tengo en cuenta para nada, ni tu raza germana ni mi raza latina, porque los adelantos nos confunden, porque las distancias se estrechan, porque los corazones hermanos palpitan ante la misma idea de libertad.

Tu país con Bismarck obedece á su tradición legendaria. Primero en forma de monarquía con los descendientes de Cárlo Magno, no reguarizó su poder hasta principios del siglo VI con una república federativa de soberanos. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Bismarck en lo presente ha armonizado la tradición dentro del espíritu moderno; pero nosotros, gastada ya toda la nuestra, no podemos sino vivir en la nueva vida, en la grandiosa

atmósfera de la libertad. Alemania vuelta á su grandeza del principio como imperio, la logará por completo al terminar Guillermo, á ese pueblo, que es el que ha conseguido con su sangre, su importancia y sus privilegios.

¿Cuándo lo conseguirá España en el estado en que se encuentra? Tal vez más pronto y para ello debemos estar firmes y preparados, prudentes sobre todo. *El coro* en el párrafo de la madre y su hija, segunda parte del *Fausto*, dice: «Tuecos pues todos firmes en el banco ó en el taburete: para el que vaya rodando debajo de la mesa, todo se acabó.»

Ya ha de acabarse este estado en España y pronto. La Alemania hará que se termine en su primera intención; el pueblo español concluirá su obra de redención. Bismark, tu héroe, si lo lleva por buen camino, será desde entonces un nuevo héroe español; tú, gigante en la poesía, gigante en la literatura, nuestro hermano, habrás

sido la palabra y el escrito de este pensamiento con tu obra *La Walhalla*; entretanto debemos gritar en nuestra península lo que habla Atropos en las Parcas del *Fausto*. «Si entre los placeres y los bailes os veis á punto de olvidar lo que sois, pensad en la condición de ese hilo; obrad con cautela porque podría romperse fácilmente.»

Una palabra para concluir. Te ruego que no intentes con todo sobreponer á nuestra libertad é independencia la anfictionia germánica. Odin y los dioses escandinavos, tienen su inmortal asiento en la ingente montaña del Teutland, la Erecinia, Selva negra; lo mismo que el Redentor Cristo lo tiene en nuestra Europa romana.

Para acabar. He leido también los sentidísimos versos á la memoria de tu padre con que encabezas tu obra, los cuales me recuerdan los de Fray Luis de León. ¡Qué memoria tan grata y constante, qué cadena tan dulce

es esa con que ligas tu personalidad de gloria y el cariño inmenso del que te dió el ser! Con tu literatura, con tu fama y con tu cariño paterno, ¡qué grande felicidad la tuya! ¡Qué tranquila corriente de cristalinas aguas que se desprenden vivificando los valles y las montañas de la tierra con su sávia de moral y de justicia! ¡Qué éxtasis tan plácido tus coloquios con la humanidad durante el dia! ¡Què sueños de ángeles y de gloria en tus placenteras noches! Bendito el que ama á sus padres y reverencia á sus padres, y los eterniza y santifica.

He concluido. No te detengas en mis errores, sino en mi espontaneidad, mi sinceridad y mi cariño.

Tuyo siempre

Dàmaso Delgado Lopez.

Montilla 12 Octubre 1874.



Indice.

El espíritu. fol. — 1.
La loca de la Sierra 12.
Don Gonzalo — 43.
Las Parcas — 63.
Julia y Federico — 90.
Las tinieblas — 89.
Una hora fatal — 102.
Ramiro y Cintia — 163.
El caballo blanco — 181.
El fumar — 207.
De Cordoba a Valencia 222
El barbero y el corbeco 246

El agua de d. Vicente — 263.
Loma humana — 274
Juan Colin — 295.
Las Vacas — 374
El Viñco S. Dn. Juan
de Jaucuath — 388.
La viega de Tinbio — 403.
Fotografias — 452
Juan Grande — 463
Estudios sobre la Visita. 483
Martin Ruclamo — 506
La pierna de caña — 592.
La Cruz de los Martinez 602
Cuenta victima al ale-

-mene-espaiol don Jaute-
ath vbeta Valalla 613

Errata.

El espíritu p. 5. l. 4
el. unitus, debe decir
unitus
p. 10. l. 6. pariet
l. pater
p. 11. l. 22. el. depues
pida. l. despues de la.
La boca de la sierna.
p. 13. l. 10. el. dolor
l. dulce.
p. 26. l. 10. el. languido
l. languidecido.

p. 36. l. 9. d. tenebla-
bla. l. tenblaba.
Don Ignacio. p. 44.
l. 4. d. Santa Clara
l. (vó debe decir cada)
p. 45. l. 21. y 22. d.
magistralmente. l.
tracatadamente.
p. 46. l. 25. d. callan
l. callaban
p. 47. l. 6. d. concelote
l. concelote
p. 53. l. 1. d. cuantio-
so. l. cuantioso.
p. 58. l. 26. d. Jacio.

l. Jaccico.
p. 59. l. 3. d. alanzon
Marcian. l. a la de Dician
Marcian (hoy Sancher
Moleno) l. 10. d. pole-
ca. l. Jubicca
p. 60. ll. 25 y 26. d. vicen-
pre l. (No debe ser nada)
dos tartanas.
p. 88. l. 11. d. genealo-
gico. l. geneadlogico.
Una hora fatal
p. 103. l. 1. d. zafies.
l. zafios.

p. 167. l. 13. d. trabaux
l. habian
Sauvoc y cinfia p. 170.
l. 8. d. muia. l. muia
p. 191. l. 17. d. rencuca
l. rencuria.
El caballo blanco.
p. 193. l. 14. d. ortes-
tacion. l. rucada
El fuman.
p. 219. l. 1. d. distrae-
me. l. distraeme.
De Cordoba a Valencia
p. 222. l. 13. d. me
l. me.

f. 251. l. 24. d. corr. l.
corro.
f. 258. l. 4. d. Iguadal-
quivir. l. Iguadalquivir
El agua de S. Vicente.
f. 266. l. 9. d. corrocaua
l. corrocaua.
Sorca Iuuenca.
f. 281. l. 22. d. fuere
cio. l. fue mi Preco.
f. 231. l. 24. d. hace-
nco. l. hacemos.
f. 282. l. 3. d. caballo
l. caballos.
f. 286. l. 15. d. luz-

l. Luz.
p. 289. l. 14. d. Luz
l. Luz
p. 290. l. 19. d. titanica. l. catanica.
Juan Colin
p. 328. l. 14. d. Karh
l. Kam
p. 351. Desde esta pagina hasta la 358 estan equivocadas, pero no pueden exactamente ser perjudicial

cion de la tradicion
p. 354. l. 19. d. Hun
l. Atoin l'
p. 365. l. 24. d. vi-
dente. l. virlento.
p. 371. l. 8. d. mira-
mable. l. inaciable.
p. 372. l. 4. d. Kanh
l. Kan
Las vacas.
p. 383. l. 9. d. Hamlo
l. Hamlet
p. 383. l. 9. d. Zbe. l.
Zo be.

El Chrño ?.or d. Juan de
Jauregui

f. 392. l. 24. d. cate-
llace. l. cartí
f. 392. l. 25. Boscán
l. Boccaccio.
f. 393. l. 20. d. Sicas
l. Sicar.

La vieja de Bitrin

f. 430. l. 4. d. orcu
ñar. l. ocurridas.
f. 446. l. 5. d. Liebi
tor. l. Lebrton

fotografías.

p. 455. l. 15. d. engoue-
dan. l. engoundecen
p. 457. l. 3. d. leijo
l. leija

fuera afuera.

p. 471. l. 6. d. abou-
dano. l. abandonan-
do.

Cubrir sobre la tinta.

p. 483. l. 11. d. vano,
l. vanos á

f. 493. l. 20. d. ma-
nufactura. l. ma-
nufactud.
Martin Escalero.
f. 506. l. 9. d. moro
l. moro.
f. 507. l. 23. d. ovejas
l. ovejas
f. 509. l. 11. d. ma
l. en ma.
f. 518. l. 11. d. liga-
bea. l. ligabro.
f. 527. l. 5. d. corco

l. 1ruco.
f. 527. l. 6. d. Saurov
cauder. l. Surracau-
da.
f. 529. l. 20. d. coua
l. caud.
f. 536. l. 3. d. villa
l. ouilla.
f. 543. l. 12. d. mcfi-
cauta. l. notificaule
f. 563. l. 9. d. Boag-
dad. l. Bogdad.
f. 565. l. 10. d. tauco

l. torno.
f. 572. l. 1. d. lugar
l. lugar.
f. 581. l. 26. d. tala
cion. l. habitacion
f. 583. l. 24. d. ruí-
na. l. ruina.

La pieça de cama.
f. 592. l. 4. amuto
ha. l. amuto e ha
= d. l. 5. d. e po-
ra. l. e poda.

f. 593. l. 4. d. ricti
rivo. l. ubi rivo.
f. 597. l. 12. d. botica-
rio. l. boticario.
la <u>Corte de los</u> Madrid
f. 605. l. 15. d. albeo-
rco. l. Albergueco
f. 607. l. 14. d. Yfius
l. Ylius.
f 609. l. 11. d. la la
l. la.
f. 610. l. 5. d. especa
l. especo.

p. 610. l. 13. d. engui
ción. l. negación
p. 617. l. 8. d. Hacee
ro. l. Hacina.
Carta intima &a
p. 619. l. 1. d. rembro
l. clavito.
p. 622. l. 4. d. poe
ma. l. poesía.
p. 626. l. 11. d. or
nari. l. ornare.
p. 626. l. 24. d. ble
ra viergalla. l. blera

mergan.
f. 627. l. 9. d. vinal-
dad. l. vinifidad.
f. 633. l. 4. mpre-
mió el editor lo
siguiente.
" poco que no lien
la fe religiosa del
protestante, ni del
judío, ni del mahe
metano, porque esto
dentro de la humo
nidad, dentro de la
sociedad, dentro del

estado, tienen tu
unión que llevan
en el egercicio infi-
nito de la vida,

P. 6. 35. l. 4.

" Has dicho muy bien
hablando de la guerra
franco-prusiana "La
victoria de Napoleon
hubiera sido el triun-
fo de la infalibili-
dad, y la victoria del
jesuitismo. La victo-

ma de Alemania
era la victoria de la
humanidad.
P. 635. 1. 13.
11 y en el convoca-
miento de negocios
impresión, porque el
progreso moderno
así lo demanda, y
porque entre nosotros
nobles y libres fue
banido el tiránico
dicial de S. Jer-

mando, despreciando
dolo por último
el empleado ofrecien-
gen. D. Amadeo de
Saboya."

P. 636. l. 19.

"en que me encon-
go de mirar todas las
ntas, la iglesia
catolica y la noble-
za con las unicas
propiedades del
pais, y las dorin

nantes y tisanes
medicamente.

